

LA NOVELA DE CUATRO CUARTOS

Lectulandia

La obra narrativa de Bertolt Brecht (1898-1956) se entrecruza a partir de los años treinta con el resto de su labor creativa, animada por los mismos objetivos que guiaron su producción teatral y poética.

La novela de cuatro cuartos, aparecida en 1934 durante el exilio del autor en Dinamarca, lejos de ser una simple versión en prosa de la «Opera de cuatro cuartos», estrenada en Berlín durante 1928, constituye la obra narrativa de mayor aliento de Brecht. En ella la historia de la imparable ascensión del delincuente Maceath hasta llegar a convertirse en un respetable hombre de negocios de la «city» londinense se enriquece con nuevas y audaces perspectivas…

Bertolt Brecht

La novela de cuatro cuartos

ePub r1.0
Titivillus 16.07.2020

Título original: *Dreigroschenroman*
Bertolt Brecht, 1934
Traducción: Juan José del Solar B.

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

La novela de cuatro cuartos

El cobijo

Libro primero
Capítulo primero
El amigo del mendigo
Flor de melocotón
Capítulo segundo
Un deseo del gobierno de Su Majestad
Preocupaciones que el hombre de la calle ni se imagina
Todo por la hija
Capítulo tercero
Los almacenes B
La bomba
Capítulo cuarto
Deliberaciones serias
Quince libras
Capítulo quinto
Una empresa pequeña, pero sólida
Capítulo sexto
Baños turcos

Libro segundo
Capítulo séptimo
El señor Macbeath
Un mal paso
Una mano amiga
Capítulo octavo
Planes napoleónicos
Capítulo noveno
Luchas en derredor
Liquidación de existencias
Una sesión histórica
Donativos patrióticos

El señor X
Capítulo décimo
Otra vez el 20 de septiembre
El señor Peachum ve una salida
El señor Macheath no desea abandonar Londres
Capítulo undécimo
Las hojas amarillean
El pensamiento es líbre
La semana publicitaria de Chreston
Capítulo duodécimo
¿Tiene el señor Macheath a Mary Swayer en la conciencia?

Libro tercero
Capítulo decimotercero
Decisiones graves
El hombre enfermo muere
Capítulo decimocuarto
El hombre fuerte combate
La batalla en los muelles de las Indias Occidentales
Una catástrofe nacional
Operación limpieza
Días de desasosiego
Capítulo decimoquinto
La coartada
Un triunfo de la razón
Niebla

La mina de los pobres
El sueño del soldado Fewkoombey

Sobre el autor

Notas

El cobijo

«Y él aceptó cuanto le dieron,
que es muy dura la necesidad; mas luego les dijo (porque tonto no era):
“¿Por qué me dais cobijo? ¿Por qué me dais pan?
¡Ay! ¿Qué pensáis hacer conmigo?”»

De *El fin del caballero Aigihn*,
antigua balada irlandesa.

Durante la guerra de los bóers, un soldado llamado George Fewkoombey fue herido de bala en una pierna y tuvieron que amputársela hasta la rodilla en un hospital de Ciudad del Cabo. Regresó a Londres y le dieron setenta y cinco libras esterlinas, a cambio de las cuales tuvo que firmar un papel donde se comprometía a no reclamarle nada más al Estado. Invirtió las setenta y cinco libras en una pequeña taberna de Newgate que, según pudo ver en los libros de contabilidad, unos cuadernillos escritos a lápiz y manchados de cerveza, había dado hasta poco antes un rendimiento de unos cuarenta chelines largos.

Una vez instalado en la minúscula trastienda, y después de pasarse unas semanas despachando bebidas en compañía de una vieja, se dio cuenta de que su pierna no le había resultado particularmente rentable: los ingresos quedaban muy por debajo de los cuarenta chelines previstos, aunque el soldado no escatimara muestras de amabilidad en su trato con los clientes. Se enteró de que en los últimos tiempos se había construido mucho en aquel barrio, de suerte que los albañiles habían contribuido a animar la taberna. Pero las obras ya estaban concluidas y con ellas se había esfumado también la nutrida clientela. Según le dijeron, el nuevo comprador hubiera podido advertir eso fácilmente en los libros de contabilidad, pues, contra todo lo que enseña la práctica del oficio, los ingresos habían sido mayores los días laborables que los feriados; pero ocurre que hasta entonces el hombre sólo había sido cliente, y no patrón, de ese tipo de establecimientos. No pudo,

pues, mantener su taberna más de cuatro escasos meses, ya que encima perdió mucho tiempo tratando de dar con el domicilio del propietario anterior, y un buen día se encontró en medio de la calle.

Durante una temporada halló refugio en casa de la joven mujer de un combatiente, a cuyos hijos les contaba cosas de la guerra mientras ella atendía su tiendecita. Un día le escribió el marido diciéndole que iría a verla aprovechando un permiso, y la mujer le pidió al soldado, con el que entretanto ya había dormido, como suele ocurrir en las viviendas estrechas, que se fuese de la casa lo antes posible. Él se hizo el remolón unos días, pero al final tuvo que marcharse. Aún la visitó varias veces estando ya el marido de vuelta, y hasta logró que le dieran algo de comer. Pero cada vez fue cayendo más bajo y acabó sumándose a esa interminable caravana de menesterosos a los que el hambre arrastra día y noche por las calles de la capital del mundo.

Una mañana se hallaba en unos de los puentes del Támesis. Llevaba dos días sin comer nada sólido, pues la gente a la que se acercaba en las tabernas con su viejo uniforme de soldado le pagaba una que otra bebida, pero nada de comer. Y de no vestir el uniforme no le habrían pagado ni las bebidas, por eso se lo ponía expresamente.

Aquella vez iba nuevamente de paisano, con la ropa que solía usar cuando regentaba la taberna. Pues se había propuesto mendigar y sentía vergüenza. No se avergonzaba de haber recibido un balazo en la pierna ni de haber comprado un bar nada rentable, sino de tener que pedir dinero a gente totalmente desconocida. A su juicio, nadie le debía nada a nadie.

Mendigar le resultaba penoso. Era un oficio para quienes no habían aprendido nada, aunque al parecer también había que aprenderlo. Abordó una tras otra a varias personas, pero lo hizo con una expresión más bien altiva, cuidando de no cerrarles el paso para que no se sintieran asediadas. Además, elegía frases relativamente largas, que concluían cuando los interpelados ya habían pasado, y no les tendía la mano. Por eso, después de haberse él humillado un día cinco veces, casi ninguno notó que le había pedido limosna.

Sin embargo, otro sí que lo había advertido, pues de pronto oyó que una voz ronca decía a sus espaldas:

—¡A ver si te largas de una vez, *desgraciao*!

Su sentimiento de culpa le impidió volverse. Siguió caminando con la cabeza gacha, y sólo al cabo de un centenar de pasos se atrevió a mirar atrás y vio a dos mendigos harapientos de la más baja estofa que lo seguían con la mirada, de pie uno al lado del otro.

Y que empezaron a seguirlo cuando él se alejó cojeando.

Sólo al cabo de varias calles los perdió de vista.

Al día siguiente, mientras vagaba por la zona de los muelles, sorprendiendo de rato en rato a personas de condición humilde al intentar abordarlas, alguien le dio una palmada en la espalda al tiempo que le metía algo en el bolsillo. Cuando se volvió no había nadie, pero de su bolsillo sacó una tarjeta plegada varias veces e inefablemente mugrienta, con una dirección impresa: «J.J. Peachum, Old Oak Street 7», y debajo, emborronado a lápiz, lo siguiente: «Si en algo estimas tus güesos, ves a esa direcsión». Lo habían subrayado dos veces.

Lentamente cayó en la cuenta de que esa labor de espionaje guardaba relación con su mendicidad, pero no sintió el menor deseo de ir a la Old Oak Street.

Esa tarde, frente a una cervecería, fue abordado por un mendigo en quien reconoció a uno de los dos individuos del día anterior. Esta vez parecía más conciliador. Aún era joven y la verdad es que no tenía mal aspecto. Cogió a Fewkoombey por la manga y se lo llevó consigo.

—¡Venga, maldito perro! —empezó diciendo con voz amable y serena—. ¡Muéstrame tu número!

—¿Qué número? —preguntó el soldado.

Y mientras caminaba a su lado, siempre amable, pero sin soltarlo un instante, el joven le fue diciendo, en la jerga de los de su clase, que su nuevo oficio estaba tan bien organizado como cualquier otro, y quizá incluso mejor, que se encontraba no en un lugar salvaje y abandonado por la gente civilizada, sino en una ciudad grande y organizada, en la capital del mundo, y que para ejercer su nuevo oficio necesitaba, por tanto, un número, una especie de permiso que podía conseguir en tal o cual lugar —no en vano existía una asociación con sede en la Old Oak Street, a la cual tenía que pertenecer legalmente.

Fewkoombey lo escuchó sin preguntarle nada. Luego, con la misma amabilidad (estaban atravesando una calle muy concurrida), le replicó que se alegraba de que existiera una asociación semejante, igual a la de los albañiles

La novela de cuatro cuartos y peluqueros, pero que él, por su parte, prefería hacer lo que le viniera en gana, pues en su vida ya había soportado demasiadas órdenes, como lo demostraba su pata de palo.

Dicho esto le tendió la mano a su acompañante para despedirse. Éste lo había escuchado con la expresión del que oye las explicaciones, sumamente interesantes para él, de un hombre experimentado cuya opinión no puede, sin embargo, compartir del todo, y, rompiendo a reír, le dio unas palmaditas en el

hombro como a un viejo conocido antes de cruzar la calle. Su risa no le gustó nada a Fewkoombey.

En los días siguientes las cosas le fueron de mal en peor.

Resultaba que para conseguir limosnas con cierta regularidad había que instalarse en un lugar determinado (los había buenos y malos), y él no conseguía hacerlo. Siempre lo echaban. Ignoraba cómo harían los otros. Pero el caso es que todos tenían un aspecto más mísero que el suyo. Sus ropas eran auténticos harapos que dejaban entrever los huesos (más tarde se enteró de que, en ciertos círculos, un traje que no permitiera ver partes carnosas era comparado con un escaparate que tuviera los cristales empapelados). También su aspecto físico era peor, tenían defectos más graves y numerosos. Muchos se sentaban directamente sobre el frío suelo, y el transeúnte tenía así la total seguridad de que acabarían cogiendo alguna enfermedad. Fewkoombey se habría sentado muy a gusto sobre el frío suelo si se lo hubieran permitido, pero no todos tenían derecho, al parecer, a ocupar aquel asiento atroz y deplorable. Continuamente era incordiado por policías y mendigos.

Los rigores que tuvo que soportar terminaron provocándole un enfriamiento que le afectó los bronquios, y anduvo un tiempo con punzadas en el pecho y fiebre alta.

Una noche volvió a encontrarse con el joven mendigo, que en seguida empezó a seguirlo. Dos calles más allá se le unió otro pordiosero. El soldado echó a correr, y los otros dos también.

Se internó por unas callejuelas más angostas para deshacerse de ellos, pero cuando ya creía haberlo conseguido, los vio de pronto frente a él en una esquina, y antes de que pudiera cerciorarse bien, ambos lo atacaron a bastonazo limpio. Uno de ellos se lanzó incluso al pavimento y tiró de la pata de palo hasta hacerlo caer de espaldas y golpearse la nuca. Pero en ese preciso instante lo soltaron y echaron a corren por la esquina había aparecido un policía.

Fewkoombey pensó que el policía lo ayudaría a levantarse, cuando a su lado mismo, por una puerta falsa, salió en un carrito un tercer mendigo que, muy excitado, señalaba a los que huían mientras trataba de explicarle algo al policía con una voz empañada. Cuando Fewkoombey, levantado en vilo y despedido con un puntapié por el agente, echó a andar a trompicones, el mendigo lo siguió muy de cerca, haciendo avanzar su carrito metálico con ambos brazos, como si remase.

Parecía no tener piernas.

Al llegar a la esquina, el mutilado cogió a Fewkoombey por los pantalones. Se encontraban en el barrio más sudo, donde el ancho de las callejas no superaba la altura de un hombre. Junto a ellos se abrió un angosto pasaje cubierto que desembocaba en un patio oscuro. «¡Por aquí, entre!», ordenó el lisiado con su voz empañada. Y como al mismo tiempo golpeó con su vehículo, que tenía una palanca de acero a uno de sus lados, la espinilla de Fewkoombey, y éste se hallaba debilitado por el hambre, lo empujó de hecho hasta aquel patio, que no tendría más de tres metros por lado. Y antes de que el sorprendido joven pudiera mirar a su alrededor, el mendigo, un hombre algo entrado en años y de enormes mandíbulas, salió de su carrito como un mono y se precipitó sobre él. Tenía sus dos piernas sanas y enteras.

Le llevaba una cabeza de altura a Fewkoombey y sus brazos recordaban los de un orangután.

—*¡Quítate la chaqueta!* —exclamó—, *¡y demuéstrame en una lucha noble y abierta si estás más capacitado que yo para ocupar el rentable puesto al que ambos aspiramos! Mi lema es: «¡Vía libre a los capaces!» y «¡Ay de los vencidos!». Lo cual es de gran provecho para toda la humanidad, pues sólo los capaces acceden así a la cumbre y toman posesión de todo lo bello que hay en este mundo. No emplees, eso sí, medios sucios, ni des golpes en el bajo vientre ni en la nuca, ni utilices la rodilla en el juego. Para ser válido, el combate deberá ajustarse a las normas de la Asociación Británica de Boxeo*.

El combate fue breve. Física y mentalmente destruido, Fewkoombey avanzó deslizándose detrás del viejo.

No se volvió a hablar de la Old Oak Street.

Pasó una semana bajo la férula del viejo, que lo instalaba en una esquina determinada, vistiendo nuevamente su uniforme de soldado, eso sí, y le daba de comer por la noche, después de hacer cuentas.

Sus ingresos jamás superaban un límite muy bajo. Tenía que entregárselos al viejo, por lo que a veces ni sabía si esos pocos peniques cubrían el coste de los arenques asados y la taza de aguardiente de la peor calidad que constituían su comida principal. El viejo, cuyo defecto físico parecía muy grave y en realidad era inexistente, tenía mucha más clientela que él.

Con el tiempo, el soldado llegó a la conclusión de que su jefe sólo quería que el lugar situado enfrente de él, sobre el puente, estuviese ocupado. La principal fuente de ingresos era la gente que pasaba regularmente por ese sitio, cada mañana al ir al trabajo, o, de noche, al volver a casa. Sólo daban limosna una vez al día y, en general, utilizaban siempre el mismo lado de la

calle, aunque a veces, tras largas temporadas, acababan por cambiar. De todas formas, jamás se podía confiar plenamente en ellos.

Fewkoombey sentía que ese puesto suponía ya un progreso, aunque todavía no era el apropiado.

Al cabo de esa semana, y al parecer por culpa de él, el viejo tuvo dificultades con la misteriosa asociación de la Old Oak Street. Tres o cuatro mendigos los atacaron por sorpresa una mañana, cuando se disponían a abandonar su refugio en un barracón del muelle, y los obligaron a recorrer varias calles hasta llegar a una casa con una tienda pequeña e indescriptiblemente mugrienta, en cuyo letrero se leía: «Instrumentos».

Detrás de un mostrador apolillado había dos hombres. Uno de ellos, bajo y enjuto, de cara ordinaria, vestido con unos pantalones que en su momento debieron de ser negros y un chaleco del mismo color, estaba junto al escaparate en mangas de camisa y con un sombrero hongo abollado en la coronilla, las manos en los bolsillos del pantalón, contemplando la turbia luz de la mañana. No se volvió ni demostró el menor interés. El otro era gordo y tenía la cara roja como un tomate y un aire, si cabe, aún más ordinario.

—Buenos días, señor Smithy —dijo saludando al viejo con aparente sorna y lo precedió por una puerta revestida de hojalata que daba a la habitación contigua. El viejo miró a su alrededor con aire inquieto antes de seguirlo junto con los hombres que habían ido a buscarlo. La cara se le había puesto gris.

Fewkoombey se quedó en la tienda, como si lo hubieran olvidado. De la pared colgaban varios instrumentos de música: viejas trompetas abolladas, violines sin cuerdas, cajas de organillo rasguñadas. El negocio no parecía ir muy bien; los instrumentos estaban recubiertos de una espesa capa de polvo.

Más tarde se enteraría Fewkoombey de que esos siete u ocho cachivaches musicales no tenían mucho que ver con el negocio en el que acababan de entrar. Incluso la fachada de la casa, angosta y con sólo dos ventanas, anunciaba de forma totalmente imperfecta la dimensión de los inmuebles que representaba. Y el mostrador, con su tambaleante caja de caudales, tampoco decía mucho más.

En el viejo edificio con fachada entramada, que comprendía tres casas muy espaciosas y dos patios, se habían establecido una sastrería en la que trabajaban media docena de muchachas, y un taller de zapatería con un número no menor de especialistas de primer orden. Pero, sobre todo, en algún lugar había un fichero con unos seis mil apellidos de hombres y mujeres que tenían el honor de trabajar para esa casa.

El soldado aún distaba mucho de entender cómo funcionaba aquel negocio tan extraño y sospechoso; para ello tuvieron que transcurrir varias semanas. Se hallaba, sin embargo, demasiado desmoralizado como para no darse cuenta de que para él sería una suerte poder entrar en esa gran organización, tan poderosa y enigmática.

El señor Smithy, el primer amo de Fewkoombey, no volvió a presentarse esa mañana, y, más tarde, el soldado sólo volvió a verlo dos o tres veces como mucho, y únicamente de lejos.

Al cabo de un rato, el gordo entreabrió la puerta de hojalata y gritó hacia la tienda:

—Tiene una pata de palo auténtica.

El bajito, que parecía ser el amo, se acercó a Fewkoombey y con un gesto rápido le levantó la pernera para verle la pata de palo. Luego volvió al escaparate falso con las manos en los bolsillos, miró hacia fuera y dijo en voz baja:

—¿Qué sabe usted hacer?

—Nada —repuso el soldado también en voz baja—. Pido limosna.

—*Es lo que todos quisieran* —dijo el hombrecito con sorna y sin dignarse volver la cabeza—. *Tiene una pata de palo. ¿Y porque tiene una pata de palo quiere usted pedir limosna? ¡Ah! Conque perdió su pierna sirviendo a la patria, ¿verdad? ¡Tanto peor! ¿Que eso puede ocurrirle a cualquiera? Claro que sí. (Salvo que sea ministro de Defensa). ¿Que uno pasa a depender de los demás cuando pierde una pierna? ¡Indiscutible! Pero no es menos indiscutible que a nadie le gusta dar nada. Las guerras son casos excepcionales. Y nadie tiene la culpa de que haya terremotos. ¡Como si no supiéramos las marranadas que se haced con el patriotismo de los patriotas! Primero se ofrecen todos como voluntarios, y luego, cuando desaparece una pierna, resulta que nadie es culpable. ¡Y no hablemos de los innumerables casos en los que algún repartidor de cerveza que perdió una pierna mientras se ganaba la vida de modo habitual, es decir repartiendo cerveza, se desgañita hablando de la batalla tal y cual! Y algo más todavía, algo esencial: por eso resulta tan meritorio combatir por la patria, por eso se cubre a esos valientes de honores y de aplausos ¡porque al final se quedan sin pierna! Si no existiera este pequeño riesgo —bueno, digamos este gran riesgo— ¿a santo de qué vendría luego la profunda gratitud de la nación? En el fondo es usted un manifestante antibelicista, no intente negarlo. Al ir así por el mundo, sin hacer el menor esfuerzo por disimular su muñón, quiere usted pregonar «¡Ay! ¡Qué cosa tan terrible es la guerra, en la que uno*

puede perder una pierna!». Debería avergonzarse, caballero. Las guerras son tan necesarias como terribles. ¿O es que nos lo han de quitar todo? ¿Le gustaría que gente extraña, enemiga, viviera a sus anchas en las Islas Británicas? ¿Le gustaría vivir rodeado de enemigos? ¿Ve? ¡No le gustaría! Pues nada, no debería ir vendiendo de casa en casa su miseria, hombre. No tiene usted dedos de organista.

Cuando hubo terminado, se dirigió, pasando junto al soldado sin mirarlo, al despacho que había tras la puerta de hojalata. Pero el gordo salió llevándose a Fewkoombey —«debido a su pierna», según dijo— a través de un patio hasta un segundo patio interior, donde le encomendó cuidar una perrera.

A partir de entonces, el soldado solía salir a cualquier hora del día o de la noche a uno de los patios a vigilar los perros de los ciegos, que eran muy numerosos y no habían sido seleccionados en función de su aptitud para guiar a personas ciegas (apenas habría allí cinco de esos desgraciados), sino según otros criterios, por ejemplo el de si inspiraban suficiente lástima, es decir si su aspecto era lo suficientemente penoso, lo cual también dependía, en parte, de la alimentación. Y la verdad es que su aspecto era muy penoso.

Si algún funcionario del censo le hubiera preguntado a Fewkoombey qué profesión ejercía, éste se habría visto en apuros, al margen del temor de llamar, eventualmente, la atención de la policía. No se hubiera dado el calificativo de mendigo. Era empleado de una empresa que vendía material para practicar la mendicidad callejera.

No se hicieron nuevos intentos para convertirlo en un mendigo más o menos rentable. Los especialistas de la casa se dieron cuenta en seguida de que nunca llegaría tan lejos. Había tenido suerte. No poseía ni uno sólo de los atributos que suelen hacer a un mendigo, pero tenía —y no todos allí podían decir eso de sí mismos— una pata de palo, lo cual bastaba para conseguir trabajo.

De vez en cuando lo hacían ir a la tienda para que mostrara su pata de palo a algún agente de la comisaría más cercana. Para eso no hubiera hecho falta que fuese tan auténtica como por desgracia lo era. El otro apenas si la miraba. En esos casos, casi siempre estaba presente en la tienda la señorita Polly Peachum, la hija del jefe, que sabía tratar con funcionarios.

De todas formas, el ex soldado pasó el medio año que aún le cupo en suerte viviendo entre los perros. Luego perdería esa vida mezquina de manera harto curiosa, con una soga al cuello y entre los aplausos de una enorme multitud.

El hombrecito al que viera junto al escaparate aquella mañana de su estancia en esa interesante casa era el señor Jonathan Jeremiah Peachum.

LIBRO PRIMERO

Amor y matrimonio de Polly Peachum

Antes pensaba, cuando aún era inocente
Y lo fui como tú eres ahora,
Tal vez tenga también yo a un hombre
Y habré de saber cómo se adora.
Si tiene dinero
Y si es muy simpático
Lleva el cuello limpio como yo
Y si sabe cómo se trata a una dama
Yo le diré que «no».
Tendré así la frente muy alta
No dirán que «se perdió».
Claro está que aún brilla la luna
Que la barca va surcando la laguna.
Pero nada más pasó.
Sí, lo que importa es no abandonarse
Sí, hay que ser fría como yo.
Tantas cosas podrían darse
Pero la respuesta es: no.
El primero en llegar era de Kent
Era como se debe ser.
El segundo, tres buques anclados
Y a otro lo hice enloquecer.

Como tenían dinero
Eran muy simpáticos
Con el cuello limpio como yo
Y sabían cómo se trata a una dama
Fui y les dije que «no».
Tantas cosas podrían darse
Pero es todo lo que pasó.
Nadie dijo: «se perdió».
Sí, hay que ser fría como yo.
Sí, lo que importa es no abandonarse
Tuve así la frente muy alta
Que la barca va surcando la laguna
Claro está que aún brilla la luna
Pero la respuesta es: no.

Pero un buen día, un buen día azul
Vino uno y me rogó
Y colgó su sombrero en el clavo de mi alcoba
Y no supe ya qué pasó.
Como no tenía dinero
Como no era simpático
No tenía el cuello limpio como yo
Como no sabía cómo tratar a una dama
A él no le dije «no».
No tuve así la frente muy alta
Y dijeron: «se perdió».
De noche brillaba aún la luna
Y la barca está suelta en la laguna
¡Claro está que todo sucedió!
Lo que hay que hacer es abandonarse
No se puede ser fría como era yo.
Tantas cosas pueden darse
La respuesta no es siempre: no.

Canción de Polly Peachum[1]

Capítulo primero

El amigo del mendigo

Para contrarrestar el creciente endurecimiento de la especie humana, el comerciante J. J. Peachum había abierto una tienda en la que los más miserables entre los miserables podían agenciarse un aspecto que conmoviera aquellos corazones cada vez más insensibles.

Dedicado en un principio a la venta exclusiva de instrumentos musicales usados que los mendigos y cantores callejeros le compraban o alquilaban, pasó a ocuparse más tarde, dado que sus ingresos eran insuficientes, de los pobres de la parroquia, y tuvo oportunidad de estudiar la situación de los más indigentes. La utilización de sus instrumentos por parte de los mendigos fue lo primero que le hizo reflexionar.

Es sabido que los hombres emplean estos instrumentos para conmover los corazones, lo cual no es del todo fácil Cuanto mejor situada está una persona, más le cuesta, en general, conmoverse. Estará dispuesta a pagar los precios más altos para asistir a conciertos que le prometan la tan ansiada emoción espiritual. Pero también los menos bien situados tienen siempre irnos céntimos para dejar que alguna cancioncilla enternezca sus corazones, endurecidos en la lucha por la existencia.

Jonathan Jeremiah Peachum, sin embargo, veía cómo sus clientes se retrasaban una y otra vez con el pago del alquiler de los viejos organillos. Hay, como hemos dicho, pocas cosas capaces de conmover al hombre de nuestra época, sólo unas pocas; pero lo malo es que, si se utilizan varias veces, dejan de surtir efecto, pues el hombre tiene la espantosa capacidad de volverse insensible a discreción, como quien dice, cuando descubre las consecuencias, para él perjudiciales, de su sentimentalismo. Así, por ejemplo, ocurre que un hombre que ve a otro hombre exhibiendo un muñón en una esquina estará dispuesto a darle la primera vez, bajo el efecto de su primer horror, una moneda de dos peniques, pero a la segunda ya sólo le dará una de medio, y, si lo ve una tercera vez, quizá lo denuncie sin el menor escrúpulo a la policía.

Peachum había empezado muy modestamente.

Durante una temporada ayudó a unos cuantos mendigos con sus consejos: mancos, ciegos y gente de aspecto muy viejo. Les buscaba puestos de trabajo, lugares donde la gente diera limosna, pues no en todas partes daban, ni a cualquier hora. Mejor que tocar música era, en junio por ejemplo, ir de noche a los parques y abordar a las parejas en los bancos: pagaban más complacidas.

Los mendigos que se confiaban a la protección de Peachum conseguían mejorar muy pronto sus ingresos, y aceptaban cederle parte de sus beneficios por los esfuerzos que desplegaba.

Y él, ya más seguro, proseguía sus estudios.

En un plazo relativamente corto se dio cuenta de que un aspecto miserable de origen natural impresionaba mucho menos que un aspecto enmendado artificialmente. Quienes sólo tenían un brazo no siempre poseían el don de parecer desdichados. Por otra parte, a los más talentosos solía faltarles el muñón. Y entonces había que intervenir.

Peachum se dedicó a fabricar deformaciones artificiales, miembros manifiestamente machacados, por ejemplo, es decir brazos y piernas en los que se apreciaban claramente las huellas de la violencia. Y tuvo un éxito asombroso.

Poco después pudo montar un pequeño taller para la fabricación de esos miembros deformes.

Ciertos comerciantes, sobre todo los que vendían manjares finos y tenían salones de moda, aunque también carniceros comunes y corrientes, pagaban gustosos al mendigo que se instalaba ante su tienda con esos miembros tan repugnantes un pequeño tributo para que se marchase. Y después ya sólo hacía falta un paso mínimo para obtener contribuciones más altas, pagadas para que los mendigos se instalaran frente a las tiendas de los competidores. Los pequeños comerciantes luchaban denodadamente por sobrevivir.

Cuando creció el fichero de Peachum, el «amigo del mendigo», como solía llamarse a sí mismo, fue posible monopolizar ciertos distritos para determinados mendigos. Los intrusos eran expulsados por la fuerza, en caso necesario. Y fue esto lo que dio su verdadero impulso al negocio de Peachum.

Sin embargo, el hombre no se durmió sobre sus laureles. Era infatigable en su empeño por mejorar la calificación del personal. En algunas dependencias de su tienda, ya notablemente ampliada por entonces, los mendigos, que cada vez se transformaban más en empleados, eran sometidos a un examen de aptitud rigurosísimo antes de recibir adiestramiento técnico

en asignaturas tales como temblar, caminar a ciegas, etc. Peachum no toleraba treguas.

Se establecieron unos tipos básicos de la miseria humana: víctimas del progreso, víctimas del arte bélico, víctimas del despegue industrial. Aprendían a conmover corazones, a impulsar la reflexión, a hacerse engorrosos. A los hombres, claro está, no hay forma de hacerles abandonar las empresas lucrativas, pero a veces son lo suficientemente débiles como para querer disimular las consecuencias.

Tras unos veinticinco años de intensa actividad, Peachum había llegado a poseer tres casas y un negocio floreciente.

Flor de melocotón

Las casas en las que el señor Jonathan Jeremiah Peachum regentaba su curiosa fábrica tenían muchas habitaciones. Entre ellas había una pequeña y pintada de rosa, destinada a la señorita Polly Peachum. Dos de las cuatro minúsculas estancias daban a la calle, y las otras dos a uno de los patios, pero frente a éstas, siguiendo la pared exterior de la casa, había una galería con entramado de madera, de suerte que a esas ventanas hubo que ponerles cortinas de hilo para que no se pudiese mirar al interior. Sólo se abrían en las noches más calurosas del verano para que el aire circulara, pues en la habitación hacía un calor sofocante. Ésta quedaba en el segundo piso, debajo mismo del tejado.

La señorita Peachum era conocida en todo el barrio con el nombre de «Melocotón». Tenía una piel preciosa.

Cuando cumplió catorce años le acondicionaron la habitación del segundo piso; según decía la gente, para que no viera mucho a su madre, que no lograba vencer su afición por las bebidas alcohólicas. A partir de esa edad empezaron a llamarla «señorita» y, a determinadas horas, se presentaba en la tienda delantera, sobre todo cuando llegaba Mitchgins, el de la policía. Al principio quizá fuera demasiado joven para esos menesteres, pero, como ya se dijo, era preciosa.

Muy raramente iba a las otras dependencias de la casa, la sastrería y la talabartería. Su padre la animaba a que fuese a la iglesia más que a visitar sus talleres. De todas formas, la joven los conocía y no encontraba nada extraño en ellos.

La tienda de instrumentos atravesaba por entonces su mejor época, y todo el mundo decía que, de no haber sido por Polly, el gordo Mitchgins se habría interesado mucho más por la marcha de ese negocio. Aquellos pocos instrumentos provocaban un entrar y salir de muchísima gente.

Jonathan Jeremiah Peachum también era Procurador honorífico de los pobres en un total de tres parroquias, aunque esos pobres no acudieran muy gustosos a verlo: eran demasiado pobres para ello. Peachum tenía en muy poca estima la mendicidad, a menos que se ejerciera bajo su dirección y según criterios profesionales.

Por lo demás, era evidente que el Melocotón se esforzaba por ser amable con el gordo Mitchgins, ya que, viéndolo bien, todo se hacía exclusivamente por ella. A menudo le oía decir a su padre: «Si no tuviera esta hija, no llevaría un minuto más esta vida de perro, en cualquier caso no por ti, Emma. ¡No para que te emborraches todo el tiempo como un cosaco, Emma!».

Emma era la señora Peachum, y cuando su marido desaprobaba en esos términos sus pequeñas costumbres, ella solía decir: «Si hubiera tenido otras compensaciones en nuestro matrimonio, jamás habría probado una gota. Y aun hoy podría dejar de beber».

Los niños oyen con frecuencia frases como ésta, que les causan cierta impresión.

Y que nadie piense —digámoslo de pasada— que el Melocotón había sido educada para ser amable (aunque no demasiado) con Mitchgins o cualquier otro hombre. ¡Todo lo contrario! No recordaba una sola etapa de su joven vida en la que se hubiera bañado sin camisón en la cubeta del lavadero, así como tampoco una sola vez en que no hubieran corrido las cortinas. Al señor Peachum no le hacía ninguna gracia que ella viera su hermosa piel

Además, nunca se le habría ocurrido dejarla ni cinco minutos en libertad fuera de la casa paterna. Iba al colegio como todos los demás niños, pero a la salida siempre la esperaba Sam.

«Tu hija es un cúmulo de sensualidad y nada más», le dijo el señor Peachum a su mujer un día en que sorprendió a Polly colgando en la pared de su habitación la foto de un actor que había recortado del periódico. Y ésa fue su opinión sobre ella durante años.

Un concepto muy distinto tenía la señora Peachum sobre la sensualidad y era, sobre todo, amargo. Cuando su hija cumplió los dieciocho años, empezó a llevarla los domingos por la tarde al «Calamar», un hotel decente en cuya parte posterior había un jardincillo con tres castaños raquíticos. Los domingos por la tarde y por la noche tocaba allí una banda de metales y las parejas

bailaban con la máxima decencia, claro está, mientras sus madres hacían calceta junto a la valla del jardín.

Una joven como la Peachum no pudo pasar mucho tiempo inadvertida en un lugar así. Surgieron muchos pretendientes, dos de los cuales fueron tomados en consideración. El señor Beckett era el más antiguo, y el señor Smiles, el más simpático. Sin embargo, las perspectivas del primero empezaron a aumentar precisamente a raíz de la aparición del segundo.

El señor Beckett era un cuarentón bajo y fornido, con una cabeza que parecía un rábano. Usaba polainas abotonadas sobre los zapatos y un bastón extrañamente grueso del que casi nunca se desprendían sus enormes manos. El color de su tez no era de los más sanos. No se le podía comparar con Smiles, que era mucho más joven y lucía ese sano color de piel de los muchachos que suelen remar en el Támesis. Pero Beckett era un hombre de negocios y Smiles escribiente en un despacho de abogados, por lo que el caballero cuarentón le inspiraba una confianza muy distinta a la señora Peachum. La gente joven como Smiles no tiene ningún sentido de la responsabilidad; en general viven al día y se hallan a merced de sus instintos. ¿Qué ventaja les podría suponer a esos pobretones imponerse algún deber para consolidar su reputación? ¿De qué les serviría una reputación?

Aquella primavera, el Melocotón siguió unos cursos vespertinos en una escuela del hogar. En el camino de vuelta solía presentársele el señor Smiles, que llevaba a la joven hacia el portal de alguna casa y le hablaba con los brazos estirados a su izquierda y su derecha, las palmas de las manos contra la pared. En el fondo, Smiles confiaba en los perfumes que se poma y no hacía muchos esfuerzos adicionales.

Desde que empezó a barruntar algo, la señora Peachum revisaba a fondo la ropa interior de su hija una vez al mes y le hablaba bien del señor Beckett siempre que podía. Éste era comerciante en maderas, un hombre de sólidos principios que, bajo los enérgicos auspicios de la señora Peachum, supo pasar al primer plano, y no sólo exteriormente. A los atractivos del hermoso joven, Beckett oponía la nada escasa capacidad de seducción del hombre bien situado.

Su forma de coger por la cintura a su compañera de baile resultaba sorprendente en un comerciante de maderas. Precisamente esa felicidad asegurada, y ya reconocida por la madre, parecía ocultar otros recónditos deleites. No obstante, el señor Beckett nunca iba más allá de esas intimidades públicas.

Su principal desventaja frente al señor Smiles era que, en su condición de ocupadísimo hombre de negocios, no tenía tanto tiempo como aquél. No siempre podía escaparse.

Pese a ello, no tardó mucho en advertir que los Peachum estaban dispuestos a tomarlo en serio. Por suerte, tenía menos que objetar contra un matrimonio de verdad que cualquier otra persona. Invitó a la señora Peachum y a su hija a un *picnic* en el Támesis, que se llevó a cabo un domingo por la mañana. Y por cierto que casi se le va al agua, pues el señor Peachum llegó a su casa el sábado a las cinco de la tarde en un estado bastante calamitoso, pidió una infusión de manzanilla con una voz digna de lástima, se metió en la cama en seguida e hizo que su mujer le pusiera sobre el vientre un ladrillo envuelto en trapos calientes.

Llevaba ya un buen tiempo involucrado en un negocio totalmente ajeno al ámbito de sus actividades habituales: se trataba de unos barcos de carga. El asunto no parecía evolucionar favorablemente, y a él las preocupaciones le arrumaban siempre el estómago. Pero el domingo temprano se dirigió, pese a no sentirse muy bien, con su mujer y su hija a la iglesia y, de allí, a una reunión de trabajo. Las mujeres tuvieron suerte: Peachum parecía estar realmente envuelto en serias dificultades.

Para la excursión, el señor Beckett, que se presentó vestido con un traje blanco, había alquilado un *break*, un vehículo ligero de dos ruedas altas y sólo dos asientos. El cochero iba sentado en un pescante en la parte de atrás.

El comerciante en maderas había sudado tinta para agenciarse un coche con asientos tan estrechos.

Al partir, la señora Peachum se apretujó entre Beckett y Polly, pero una vez instalados en el campo, sacaron de la cesta —que habían tenido que acomodar entre sus pies como pudieron— no sólo huevos y emparedados de jamón y pollo, sino también tres botellas de licor, y de ese modo el señor Beckett, feliz, pudo sentarse junto a la muchacha en el viaje de regreso.

Llovía ligeramente, y la manta de lana en la que se envolvieron resultó corta para los tres. Con su voz de bajo, la señora Peachum apremiaba al cochero, pues ya eran casi las dos.

La despedida de ambas damas frente al «Calamar» fue breve, y no se concertó otra entrevista. A la hora de separarse, el comerciante en maderas adoptó la misma posición que había tenido ante su *break* cuando iniciaron la excursión, sólo que ahora la lluvia le pegaba de lleno en la cabeza. Pero ya no era el mismo hombre. La semana siguiente, él, una persona púa quien el tiempo era oro, fue todas las noches, salvo el jueves, al «Calamar»; una noche

fue incluso dos veces. Tan sólo la señora Peachum lo vio tres veces en la Old Oak Street a distintas horas del día, apoyado en un grueso bastón que pegaba a su espalda con ambas manos. En realidad, se dedicaba más bien a mirar el letrero en el que se leía: «Instrumentos».

Estaba estudiando la casa.

Mientras esperaba al Melocotón, observaba detenidamente el funcionamiento de aquella extraña tienda de instrumentos musicales. Veía entrar por la puerta a personas normales y salir a otras que avanzaban como remando en cochecitos de inválidos. Pronto advirtió que eran exactamente las mismas. Allí dentro las transformaban en ruinas humanas. Poco a poco fue comprendiendo la naturaleza del negocio. Y pensó que debería ser una mina de oro.

La señora Peachum, que lo espiaba desde la ventana del primer piso, se hacía las mil y una ideas sobre el tenaz pretendiente.

Éste parecía esperar del Melocotón algo que no se concretaba. Su idea de que durante la excursión había ocurrido algo que habría de tener ciertas consecuencias no era, al parecer, compartida por cierta personita. Cuando volvía de sus clases, la señorita Peachum utilizaba una puerta de entrada situada en otra calle.

No pocas veces se escapaba para encontrarse con Smiles. Era divertido pasear con él por los parques, de noche, cuando los bancos se llenaban de parejas jóvenes. Él le decía cosas bonitas y se interesaba por su aspecto, como quien dice. Pedía ver algún punto concreto de su cuello, y si no, decía que el vestido no la «favorecía». Para añadir que ella lo volvía loco.

Acudía siempre puntualmente y con mucha prisa a las citas, dando así la impresión de tener innumerables compromisos.

En aquellos días el Melocotón floreció de verdad. Era primavera. Envuelta en un vestido azul con puntos blancos, muy ligero, Polly se paseaba por la sastrería, donde con la plancha aplicaban cera de vela de estearina a la ropa para mancharla; y cuando las operarías, atrofiadas en aquella habitación estrecha y tortuosa con sólo dos ventanas en lo alto, hacían algún comentario irrespetuoso, la joven se alzaba las faldas y les mostraba un trasero blanco y pequeñín.

Se revolcaba con los perros en el patio y, riendo desaforadamente, les ponía nombres estrafalarios. A uno de ellos, un fox-terrier, lo llamaba «Smiles». De buenas a primeras encontró bonito el deplorable ciruelo del patio. Cantaba al lavarse por las mañanas, y estaba enamorada sin pensar en alguien concreto.

Apoyando en los codos su cara de luna llena, por las noches se instalaba en el alféizar de la ventana y leía novelas.

«*¡Ay!*», decía suspirando. *«¡Qué conmovedora es la lucha de Elvira, esa joven pura y bella, contra sus pensamientos pecaminosos! Ama a su amado, aquel hombre animoso y atlético, lo ama de todo corazón, con los sentimientos más puros y nobles, y, sin embargo, en lo más hondo de su ser bullen deseos oscuros, instintivos, ardientes, que no se distinguen mucho de las pasiones pecaminosas. A menudo se pregunta, suspirando: "¿Qué es lo que siento al ver a ese hombre amado? ¿Y dónde lo siento?". Pues mi caso, comparado con el de Elvira, es incluso peor. Porque yo no amo y, sin embargo, siento esos deseos. ¿Puedo acaso pretender que me los despierta mi amado? No, no puedo. No es que esté subyugada por la belleza —en el caso del señor Beckett no puede hablarse precisamente de belleza, ni de ánimo en el de Smiles—; cuando, muy de mañana, dejo el calor del lecho, como quien dice, y empiezo a lavarme (ocupación inocente, sin duda alguna), me asaltan esos deseos que, por desgracia, carecen de rumbo y se dirigen prácticamente a cualquier hombre, convirtiendo a los señores Beckett y Smiles en auténticas bellezas a mis ojos. ¿Qué debo pensar de mí misma? Si la cosa sigue así y en este cuartito apartado del mundo y con las paredes inocentemente pintadas de rosa, yo continúo imaginándome todo aquello cubierta con mi sábana hasta la barbilla —de mis sueños prefiero ni hablar—, mucho me temo que mis apetitos camales den conmigo en el arroyo, donde, según tengo oído, ya han ido a parar muchas. Unas noches más como éstas y me acostaré con George, el cojo, en el patio de los perros. ¿Qué debo hacer para seguir teniendo a raya al señor Beckett (quien después de todo ha de ser un buen partido), tal y como él lo espera de su futura esposa? ¿Cómo presentarme ante él con esa mirada clara y abierta que haga desaparecer sus posibles bajos deseos —aquellos que jamás deben satisfacerse antes del matrimonio— a la vista de mi fiable y manifiesta inocencia?»*.

La decisión del Melocotón de casarse con el comerciante en maderas se había afianzado en ella sin que él interviniera mayormente. La mentalidad netamente práctica de la hija del señor Peachum se había decidido por el más maduro y fiable de sus dos pretendientes.

No obstante, el alegre Smiles conseguía encontrarse una y otra vez con ella. Llegó incluso a convencerla de que visitara con él su habitación amueblada, donde ella se dio cuenta definitivamente de que el joven no estaba en condiciones de mantener a una esposa. La segunda vez que lo visitó, fue vista por el señor Beckett cuando salía con Smiles de la casa.

La señora Peachum abrió un día una interesante carta de Beckett en la que éste imploraba a Polly que le concediese una cita y le recordaba, sin tapujos, cierto incidente ocurrido durante el *picnic*. El efecto que produjo esa carta fue muy desagradable.

La señora Peachum se las ingenió para que el señor Beckett pudiera encontrarse nuevamente con su hija en el «Calamar» el siguiente domingo. La dama no sabía nada concreto sobre Smiles, y si le hubieran dicho la verdad, tampoco se la habría creído. Sólo pensaba en la forma más adecuada de prevenir a su hija contra cualquier desliz prematuro con el comerciante en maderas, a quien ya había elegido como yerno. De noche, y sobre todo de madrugada, estando en la cama junto a su maridito, se imaginaba complaciente las intimidades conyugales entre su hija y Jimmy, como solía llamar al comerciante.

Pero sus temores eran vanos.

Excepto cuando bailaban, los asistentes permanecían sentados a las mesas de hierro redondas bajo los castaños, todos muy apretujados. Polly y el señor Beckett también bailaron esa vez, lo cual dificultó la conversación. No obstante, Beckett consiguió cautivar a ambas damas.

El comerciante en maderas pidió una porción de hígado de cordero, aceite y vinagre. Y mientras la aliñaba como un experto, trajo a colación el caso del ladrón asesino Stanford Sills, al que los periódicos volvían a responsabilizar de varios crímenes ocurridos en la zona de los muelles de las Indias Occidentales. Las dos damas conocían el nombre e intercambiaron hipótesis con el señor Beckett sobre qué persona podría ocultarse tras ese asesino buscado hacía ya años.

El señor Beckett se refirió muy expresivamente a aquel personaje cuyos crímenes jamás tenían motivos lógicos a ojos de la policía, y ante el que la gente de los bajos fondos sentía un temor casi supersticioso, según decían. Había habido criminales buscados por la policía que se entregaban voluntariamente a Scotland Yard porque se sentían perseguidos por el «Cuchillo», nombre dado a Stanford Sills por la hez de los muelles.

Polly conocía su aspecto con total precisión y se lo describió al comerciante en maderas.

Era rubio y delgado como una avispa, y tan elegante que hasta vestido con ropa de estibador pasaba por un *gentleman* disfrazado. Tenía ojos verdes y era bonachón con las mujeres.

Polly hablaba con gran entusiasmo. Decididamente, el señor Beckett la había impresionado.

Ambos bailaron mucho, y la señora Peachum sólo consiguió pescar fragmentos de lo que decían. Para su gran sorpresa, su hija hablaba exclusivamente del señor Smiles y de lo divertido que era. Vio cómo el sudor empapaba literalmente el cuello duro de «Jimmy».

Polly parecía tenerlo bien controlado.

A la mañana siguiente volvió Beckett a plantarse al otro lado de la calle, justo enfrente de la tienda. Por la tarde le hizo una visita a la señora Peachum, lo cual la desesperó, pues le temía a su marido: éste no sospechaba nada y había que irlo informando con suma cautela.

Sentado al borde de una silla tapizada de terciopelo rojo, en el salón, el señor Beckett puso en guardia a la señora Peachum diciéndole que Smiles era un joven de dudosa reputación, bastante trasnochador y mujeriego. Preguntó si Smiles no abrumaba a Polly con cartas, y hasta pareció dispuesto a hurgar en la estufa en busca de restos de misivas.

Al salir se encontró con Polly en la escalera y la acompañó, a la escuela. Ella le habló de la casa de sus padres, de la cantidad de gente que entraba y salía, de los jóvenes de la ropavejería, entre los que tenía gran predicamento porque nunca se portaba mal con ellos.

El comerciante en maderas la encontró bastante ojerosa, cosa que lo deprimió mucho.

Y, de hecho, con los ojos de su imaginación la vio de pronto en una casa inmensa parecida a un palomar, con innumerables puertas por las que salían continuamente hombres jóvenes, en una vivienda, pues, muy poco apropiada para una doncella. Además, tenía entre ceja y ceja la imagen del incidente ocurrido durante la excursión o, mejor dicho, en el camino de regreso. Fue éste un suceso del cual no habló entonces ni más tarde, cuando una serie de desventuras muy graves y seguidas le impidieron conversar ratos largos con su mujer. Pero supuso un rudo golpe para él, y al inocularle la duda sobre la inocencia de la joven, le despertó también un extraño interés por ella.

Raras veces había estado tan loco por una mujer como lo estaba por el Melocotón. Y a ello contribuyeron felizmente varias circunstancias.

«*Es un grave error*», se decía a veces, cuando examinaba sus sentimientos, «*preguntarse si uno se casa con una muchacha por ella misma o por su dinero. A menudo es por ambas cosas. En una joven hay pocas cosas que sensualmente exciten tanto a un hombre como una dote. Yo la desearía incluso sin fortuna, claro está, aunque quizás no con la misma pasión*».

El comerciante en maderas no era ningún neófito en materia de mujeres. Ya tema en su haber varios matrimonios, y simultáneos, todo hay que decirlo.

Para aventuras le quedaba poco tiempo, pues se hallaba envuelto en negocios peligrosísimos y las preocupaciones lo abrumaban. Pero era evidente que necesitaba volverse a casar, sus almacenes no iban muy bien que digamos.

Al mismo tiempo llevaba en su cartera varios recortes de periódico con una entrevista concedida por el jefe de la policía a los periodistas sobre el ladrón asesino Stanford Sills, alias «Cuchillo». Se los había enviado un remitente anónimo, y aquello lo terna muy preocupado. Por eso no llegó a pronunciar las palabras que ya tema en la punta de la lengua.

Una semana más tarde, y debido a las intrigas de un tal Coax, el comerciante Jonathan Jeremiah Peachum se vio en gravísimos apuros y empezó a concentrarse en su hija, por entonces una muchacha en flor.

Capítulo segundo

Ya se iban a la guerra
desprovistos de cartuchos,
pero hubo gente amable
que los obsequió con muchos.
«Sin municiones no hay guerra»
«¡Llévate éstas, hijo mío!
que a luchar vais por nosotros,
y a defender nuestra tierra».

Mucha munición juntaron,
y otra guerra les faltó,
pero hubo gente amable
que pronto se la inventó.
«¡Venga, hijo mío! ¡Al frente!
¡Tu patria en peligro está!
¡A luchar por tus parientes,
por el trono y el altar!»

Canción de guerra

Un deseo del gobierno de Su Majestad

William Coax era corredor de comercio. Según su tarjeta de visita, en algún rincón de la city tenía un despacho al que casi nadie había ido nunca y que él mismo frecuentaba raramente. Tampoco hubiera servido de mucho, pues en él sólo había una señorita pálida y esmirriada y una máquina de escribir vieja y con el teclado hecho una ruina, cosa que no importaba, pues no estaba ahí para escribir. La joven tampoco tenía otra misión que recibir la correspondencia, y ésta llegaba allí para que el señor Coax no tuviera que darle su dirección particular a nadie. Pues él no recibía a nadie en su domicilio, sino que despachaba todos sus asuntos en restaurantes.

Solía decir:

«No necesito tanto bombo. Yo sólo hago grandes negocios». No tocaba nada que estuviera sucio, y siempre usaba guantes. Además, se ponía unos llamativos trajes de confección color gris claro, que combinaba con calcetines violeta y corbatas de un rojo chillón. En su opinión, tenía la talla para llevar trajes normales, aunque era alto y delgado. Creía que la gente lo tomaba por un militar vestido de paisano, y se mantenía siempre bien erguido.

Aunque no pagaba empleados caros, la verdad es que tampoco carecía totalmente de ayuda. En ciertos ministerios había gente que, como mínimo, le resultaba igual de útil que unos cuantos contables ociosos y desvergonzados.

Uno de esos hombres trabajaba, por ejemplo, en el Ministerio de Marina.

Por él se enteró un día de que el gobierno de Su Majestad tenía un deseo. Deseaba barcos para el transporte de tropas a Ciudad del Cabo. Y Coax decidió hacer todo lo posible por satisfacer aquel deseo.

Como se trataba de un asunto marítimo, preguntó en una taberna frecuentada por marineros de baja ralea —marineros de confección— dónde podría encontrar *barcos realmente viejos*. Le mencionaron unos cuantos, pertenecientes a la empresa de armadores «Brookley & Brookley», una especie de compañía naviera de confección.

Por entonces había en Londres mucha gente que no se tomaba muy en serio las solicitudes que el gobierno dirigía a los hombres de negocios pidiendo ayuda para la guerra contra Sudáfrica. Estaban dispuestos a venderle mermelada al gobierno, pero no a comérsela ellos mismos. El señor Coax no era uno de ellos. No pretendía enriquecerse con la desgracia de su país ni verse envuelto en indagaciones que, aunque inofensivas, eran larguísimas y requerían oficinas y máquinas de escribir. Cualquier otro, con sus relaciones, le hubiera ofrecido al gobierno los barcos sobre los que le habían hablado en la taberna aquella. Eran espaciosos y, según una pesquisa realizada con cautela en «Brookley & Brookley», también baratos.

En la breve entrevista que el corredor de comercio mantuvo con la casa «Brookley & Brookley» sobre los barcos en venta sólo se habló del tonelaje y del precio. Ni el señor Coax hizo más preguntas, ni los armadores sacaron a colación el estado de los navíos. Los tres señores hubieran podido jurarlo en cualquier momento y ante cualquier tribunal.

Pese a su capacidad de carga y bajo precio, los barcos de los señores «Brookley & Brookley» no entraban para nada en los planes de compra del señor Coax. Conocía a mucha gente en Londres dispuesta a adquirir barcos de carga a buen precio. Los fletes eran muy elevados debido a la guerra, aparte

de que había muy pocos barcos en venta, y esos pocos eran carísimos. Sin embargo, alguien que necesitara barcos en buen estado no se habría dirigido, claro está, a una empresa como «Brookley & Brookley».

El señor Coax siguió buscando afanosamente barcos en buen estado, aunque no para el gobierno, sino por encargo de empresas privadas. El deseo del gobierno de conseguir navíos con gran capacidad de carga era para él un asunto secundario y sólo cobraba cierto interés en relación con sus propios negocios. Se pasó una semana entera buscando.

Y descubrió otras tres embarcaciones aptas para el transporte, más nuevas y fiables en todo sentido. Para ello tuvo que hacer varios viajes —uno hasta Southampton—, y cuando por fin dio con las embarcaciones, resultó que eran de distintos propietarios y bastante caras, pero al menos tenían cierta semejanza con aquello que se denomina un barco.

El señor Coax tomó buena nota de ellas y regresó a Londres.

Allí volvió a preocuparse por satisfacer el deseo del gobierno, aunque, según se verá, no por ello descuidó sus propios intereses. Éstos se centraban de manera unívoca en la adquisición, al mejor precio posible, de unos cuantos barcos de carga en buen estado, como los que había visto en Southampton.

En Londres, el señor Coax habló sobre el asunto del gobierno con varios hombres de negocios convocados a tal efecto. No era difícil encontrar personajes así. Londres abundaba en gente ansiosa de hacer cosas. La city ardía en deseos de ayudar al país en su lucha contra los boers. Y el gobierno era un cliente francamente ideal

El señor Peachum se enteró del deseo del gobierno de Su Majestad junto con otros cuatro o cinco caballeros, no menos ansiosos que él de interpretar como una orden el deseo del gobierno.

Se reunieron todos en un modesto restaurante de Kensington. Y resultó que entre ellos había un auténtico *baronet*, un corredor de apuestas, el director de una fábrica textil de Gales del Sur, el dueño de un restaurante, un propietario de varias casas, un criador de ovejas y el propietario de un gran negocio de instrumentos musicales usados.

Cada uno pidió algo, y el señor Coax pronunció un pequeño discurso:

—La situación de nuestro país —declaró— *es grave. Como saben, la guerra en Sudáfrica empezó porque unos pacíficos ciudadanos ingleses resultaron agredidos de buenas a primeras. Las tropas de Su Majestad, que se pusieron en marcha para protegerlos, fueron atacadas por todas partes de la forma más inicua, y sus intentos por resguardar bienes británicos han sido constantemente objeto de sangrientas provocaciones. Todos ustedes han leído*

en la prensa los ataques a los que nuestro gobierno se ha expuesto gracias a su exagerada longanimidad y aun amor por la paz rayano en lo incomprensible. Hoy en día, a los pocos meses de iniciada la guerra, Inglaterra lucha contra un puñado de granjeros enloquecidos y lo hace ni más ni menos que por conservar todas sus posesiones de ultramar. En la ciudad de Mafeking las tropas inglesas sufren el asedio de un poderoso ejército bóer y luchan por sobrevivir. Aquel de ustedes que tenga algún trato con la Bolsa sabrá qué consecuencias suele traer todo esto. ¡Señores, se trata de romper el cerco y liberar a la ciudad de Mafeking! (Aplausos). *¡Caballeros, esta difícil hora también exige del mundo empresarial británico sangre fría, valor e iniciativa! Si éste no cumple con su cometido, el heroísmo de nuestra juventud resultará infructuoso. Pues ¿quiénes hacen realmente las guerras? ¡El soldado y el hombre de negocios! ¡Cada uno en su puesto! El gobierno no entiende nada de negocios. Eso es asunto nuestro. El gobierno dice, necesitamos barcos de transporte. Y nosotros le decimos: ¡Aquí tiene usted barcos de transporte! El gobierno nos pregunta: A ver ustedes, que son especialistas: ¿cuánto cuestan los barcos de transporte? Podemos averiguarlo, replicamos nosotros: los barcos de transporte cuestan tanto. El gobierno no regatea; sabe que el dinero se queda en el país. Entre hermanos no se regatea Da lo mismo que el dinero lo tenga uno o el otro, pues el gobierno y los hombres de negocios forman una sola familia. Se tienen mutua confianza y dependen unos de otros. «Tú no sabes hacer esto», le dice el uno al otro, «déjame hacerlo a mí. Y cuando yo no sepa hacer algo, lo haces tú». Así surgí la confianza y se crean intereses paralelos. «Mira, Billy», me dice el secretario de Estado X mientras nos fumamos un cigarrillo, «mi mujer ya no da abasto para atender las doce habitaciones de la casa ¿qué puedo hacer?». «No te preocupes por esas nimiedades», le digo yo, «¡piensa en tu cargo!». Y asunto arreglado. Luego se entera uno por el periódico de que el secretario de Estado ha pronunciado tal o cual discurso en beneficio del país y nos ha hecho avanzar un buen trecho en el mundo, y que en África o la India o qué sé yo dónde ha ocurrido algo importante, relacionado con nuestro patsy sus intereses, que son realmente generosos. «¡Has de tener la cabeza despejada, Charles!», le digo, «¡por nuestro interés! ¡Nada de perderse en fruslerías ni preocupaciones pecuniarias! Yo soy un simple hombre de negocios sin mayores pretensiones, no aspiro a salir en los periódicos ni a ningún reconocimiento oficial. Más bien quiero facilitarte, discretamente y en forma anónima, la gran tarea que has asumido por el bien del país». Y al igual que yo, caballeros, miles de empresarios actúan en silencio y, casi diría, sin pena*

ni gloria, pero con tenacidad e inventiva. El hombre de negocios consigue el barco y el soldado se embarca en él El hombre de negocios es hábil si soldado es valiente. Caballeros: ¡fundemos, sin gastar demasiada retórica, una empresa para la explotación de barcos de transporte!

El discurso del señor Coax tuvo un gran éxito. El dueño del restaurante le agradeció la sugerencia en nombre de los demás caballeros y de Inglaterra, y tras algunas consideraciones de orden financiero, redactaron un contrato provisional. El camarero trajo pluma y tinta, y el corredor de apuestas lo escribió. Las tres embarcaciones de la casa «Brookley & Brookley» mencionadas por el señor Coax deberían adquirirse a la brevedad posible y ser totalmente reacondicionadas. El importe de la compra se dividiría en 8 (ocho) partes y se entregaría en efectivo.

Al llegar a este punto se hizo un gran silencio en la mesa. Ahora se trataría del reparto de los beneficios, sobre todo de la participación de Coax, que había sido el promotor del negocio. Los señores volvieron a pedir puros y cerveza.

El fabricante de textiles dijo entonces como si tal cosa, mirando el humo azul de su puro importado:

—Pienso que los beneficios netos deberían dividirse entre ocho, pues somos ocho ¿verdad? Y nuestro amigo Coax percibiría aparte una comisión de, digamos… el diez por ciento del precio que pague el gobierno.

Los señores dirigieron la mirada hacia Coax, aunque no todos, a decir verdad. Coax se retrepó en su silla y dijo sonriendo:

—Supongo que es una broma.

Y, para asombro de los presentes, sus pretensiones resultaron ser elevadísimas. Se pasaron más de dos horas discutiéndolas, al final de las cuales seguían sin conseguir una reducción sustancial Todos teman la impresión de que tampoco la conseguirían aunque discutieran dos años. La comisión debería ser de un veinticinco por ciento.

En cuanto los señores estamparon su firma en el documento, suspirando y con cara de haber firmado la sentencia de muerte de sus seres más queridos, se dispersaron rápidamente, cada cual en dirección a su ciudad.

Peachum se llevó una excelente impresión de todo el asunto, en especial de la intransigencia del señor Coax sobre el reparto de los beneficios netos. Así se regatea sólo cuando el negocio es seguro.

Preocupaciones que el hombre
de la calle ni se imagina

Una mañana brumosa tuvo lugar, en una de las innumerables y pequeñas oficinas de la city, desangelada y con muebles amarillos, una entrevista entre cinco señores. En la puerta de cristal opaco que daba acceso a la oficina se podía leer, escrito en letras doradas: «Brookley & Brookley, armadores».

Dos de los interlocutores eran Brookley y Brookley, unos personajes descoloridos cuya actitud indecisa reflejaba un miedo acaso exagerado a responsabilizarse de una decisión que los concernía a ambos. Sólo tenían en mente su bienestar recíproco, y parecían absolutamente convencidos de ser demasiado débiles para soportar esa responsabilidad también recíproca.

Todo el que conociera bien la city trataba con pies de plomo a estos hermanos. Y el señor Coax conocía bien la city. Hicieron un contrato según el cual los cargueros «Bella Anna», «Joven Marinero» y «Optimista» serían transferidos a la nueva sociedad por la suma global de 8200 (ocho mil doscientas) libras. La inspección se llevaría a cabo un día jueves, y una vez efectuada, se firmaría el contrato y se pagaría el precio convenido.

—Tendré mucho gusto en verlos por aquí —dijo uno de los señores Brookley—, aunque el motivo no tiene por qué ser esos barcos.

Todo estaba ya firmemente estipulado.

Brookley y Brookley quedaron muy sorprendidos cuando, a la mañana siguiente, el señor Coax se les volvió a presentar solo en la oficina y, por cuenta propia y tras asegurarles la máxima discreción, les hizo una nueva oferta por los barcos en caso de que la operación que habían discutido el día anterior *no* se llevara finalmente a efecto. Cierto nerviosismo se apoderó de los hermanos.

El miércoles por la tarde, uno de los señores Brookley se presentó en casa de Eastman, el propietario de varias casas, cuya dirección conocía, y, con aire agobiado, le preguntó si no sería posible dar marcha atrás en el negocio: habían recibido una nueva oferta y él no podía asumir frente a su hermano la responsabilidad de cerrar la operación al precio antiguo.

Eastman dijo que lo sentía mucho en nombre de la compañía, y Brookley murmuró algo acerca del jueves a las seis de la tarde, hora en que él volvería a quedar libre de compromisos si algo fallaba. Eastman informó inmediatamente a los otros y los exhortó a ser puntuales. Pero el jueves por la mañana, el señor Coax citó a Eastman en un restaurante y le confesó que no podría aportar el dinero hasta el sábado a primera hora.

Debido a esto, a las dos de la tarde, poco antes de que se iniciara la inspección, tuvo lugar en otro restaurante un acalorado encuentro en el que el fabricante de textiles exigió enérgicamente a Coax que aportase su parte o bien se renegociara otra vez todo. Al mismo tiempo se ofreció a asumir el compromiso y los beneficios del corredor de comercio.

Al juzgar la exclusión de Coax, Eastman, por su parte, distinguió dos aspectos: se sumó a uno de ellos, la exigencia, pero rechazó el otro, la oferta. Y también se declaró dispuesto a asumir la parte de Coax.

De los siete había varios dispuestos a hacer lo mismo. Que Coax perdería sus derechos si no aportaba, y de inmediato, su octava parte, era algo evidente para todos, salvo para Coax. Éste expresó algunas dudas, aunque sin insistir demasiado. Por último acordaron dividir el negocio en siete partes, en vez de ocho, y que Coax sólo percibiría su comisión.

El corredor quedó, al parecer, tan afectado que cayó enfermo y se marchó a su casa para *meterse en la cama*. Declaró que tampoco podría participar en la inspección.

Para efectuar ésta Eastman había contratado a un ex ingeniero naval, un hombre alto y enjuto llamado Bile, que había perdido todos sus empleos por su afición a la bebida. Se encontraron con él en las proximidades de los muelles y, por consejo de Eastman, lo invitaron en seguida a tomarse unas copas para que se animase y acabase denigrando los viejos carracones como Dios manda.

Luego se reunieron con los hermanos Brookley y Brookley en su oficina, que no quedaba muy lejos de los barcos.

Eran éstos unos carracones bastante siniestros de la época de Nelson. Siempre hay gente que guarda antiguallas, sombreros, cajas de fósforos o cochecitos infantiles, unas veces por sentimentalismo y otras por pura estupidez. Ese tipo de gente se habría enamorado de aquellos barcos. Sea como fuere, lo cierto es que aún se mantenían a flote sobre las turbias aguas, desafiando la opinión de que a todo le llega su hora.

Daban la impresión de no haber sido utilizados durante años o decenios. Pero ahora, en algún rincón del Transvaal, varios miles de *tommies* aguardaban ayuda, y había que molestar una vez más a esos barcos. De todas formas, seguro que les daría igual.

El «Joven Marinero» era el más próximo, y a él subió la comisión.

La escalerilla era de madera, no cabía duda. La cubierta no parecía muy acogedora, pero el piso también era de madera, como en un barco de verdad.

Ninguno de los visitantes era hombre de mar. Un auténtico marino se habría negado a utilizar la escalera por temor a romperse la crisma.

Por todo el casco de la nave correteaban las ratas como los corderos por las praderas de Gales, unos bichos grandes y gordos que, pese a su avanzada edad, nunca habían visto un hombre y no sospechaban, por tanto, su peligrosidad.

El ingeniero Bile se había propuesto desenmascarar, con una franqueza no exenta de cinismo, todos los trucos con que ciertos armadores inescrupulosos saben camuflar un ataúd flotante hasta convertirlo en un acogedor yate de lujo. «¿Pero esto qué es, señores?», había pensado decir al tiempo que arrancaba uno de los engañosos artilugios. Y hete aquí que de pronto se vio allí cansado y sin saber qué hacer, y no abrió la boca. Hasta un niño habría advertido lo que estaba ocurriendo.

Pues ni con la mejor voluntad del mundo se hubiera podido calificar de enfermedad lo que tema el «Joven Marinero».

Ninguno de los diez hombres se alejó un solo paso de la escalera de hierro. Y de haber tropezado con alguno de los objetos podridos que yacían desperdigados por todas partes, ninguno habría osado apoyarse en la pared del barco, por miedo a atravesarla simplemente con la mano.

De pronto, Eastman dijo en voz alta y muy contento: «Pues sí, pues sí». Y sus palabras resonaron como en un desván viejísimo.

Uno de los señores Brookley añadió entonces con voz serena:

—Después de todo, el aspecto exterior importa poco. Lo principal es que un barco pueda navegar y resista un poco.

Hay gente que tiene la capacidad de no poder compartir nunca los sentimientos ajenos, de permanecer totalmente al margen de los hechos reales y decir lo que piensa sin ninguna inhibición, sin el menor miramiento por el entorno o el momento en que lo dice. Esos hombres son caudillos natos.

La «Compañía para la explotación de barcos de transporte» volvió a tierra como quien sale de una pesadilla. Apenas si echó una mirada a la «Bella Anna» y al «Optimista», quizás el más destartalado de los tres.

Cuando todos estuvieron nuevamente en la oficina de Brookley & Brookley, uno de los señores Brookley pronunció un breve discurso:

—Caballeros —dijo mirando por la ventana—, tengo la impresión de que esperaban ustedes algo más, aunque ya conocían el precio, y de que ahora están decepcionados y no acaban de ver claro este negocio.

Paseó una mirada fugaz por los circundantes, y viendo que nadie le replicaba, prosiguió:

—Si así fuera, les aconsejaría que en ningún caso actuaran contra esa voz interior que les dice: «¡Salid de este negocio!». Si tienen prisa, les costará mucho encontrar por ahora otros barcos en Inglaterra, y sobre todo a este precio. Pero si disponen de tiempo para buscar y no les importa esperar unos meses, seguro que encontrarán algo que les convenga. Da la casualidad de que Brookley & Brookley puede vender sin ningún problema esos barcos a otro cliente; como ya le dije ayer al señor Eastman, tenemos una oferta en el aire y no nos sabría mal que ustedes retirasen la suya. Hasta podríamos hablar de una pequeña indemnización por parte nuestra. En este momento son las cinco y media, y a las seis y cuarto mi hermano y yo tenemos otra reunión. Podemos y debemos resolver, pues, este asunto muy rápidamente.

—Los barcos valen en el mejor de los casos doscientas libras y no están en condiciones de hacerse a la mar —dijo Bile tranquilamente.

El señor Brookley miró el reloj.

—Ya han oído lo que dice su especialista. No tenemos ninguna razón para contradecirle, ni mucho menos pretendemos imponerles a ustedes esos barcos. No estamos en condiciones de asumir ningún tipo de responsabilidad. Desde un punto de vista técnico, tal vez lo mejor sea venderlos como leña. En ese caso, las doscientas libras que ha mencionado el especialista serían más o menos la tasación correcta. De modo que piénsenlo muy bien, señores.

Dicho lo cual abandonó la habitación con su hermano.

Cuando ambos estuvieron fuera, Eastman dijo a media voz:

—Esos barcos son los únicos que podemos comprar. No lo olvidemos. Yo me retiraría si no estuviera convencido de que la otra oferta no puede venir más que de nuestro amigo Coax. Le hemos apretado mucho, y ahora quiere hacer el negocio con otros socios. Más tontos.

Varios de los presentes empezaron a ver claro. Y cinco minutos después estaban todos inclinados sobre el contrato, pluma en mano.

En el camino de vuelta a casa, Eastman dijo al ingeniero:

—A un profano le es imposible imaginar que alguien pueda hacerse a la mar en una de esas carracas. Involuntariamente pensaría que esos cascos podridos acabarán deshaciéndose en el agua como si fueran de papel. Pero resulta que la técnica moderna es prodigiosa y siempre logra sacar algo de la nada. Apostaría a que una vez pintados y mínimamente restaurados, los carracones lucirán de maravilla y cumplirán su cometido como cualquier otro barco. El profano ni sospecha de lo que es capaz la técnica moderna.

Y después de avanzar unos pasos en silencio, prosiguió, acongojado:

—Es terrible comprobar cómo nos persigue la competencia. No hay negocio, por sucio que sea, que otra persona no asuma en cuanto uno lo deja. Hay que tener un estómago a prueba de balas. Si uno cede a consideraciones de tipo humanitario, aunque sólo sea un segundo, acaba inevitablemente devorado. Hacen falta una disciplina férrea y un riguroso control de sí mismo. Por otro lado, tampoco se puede pedir algo sin dar nada a cambio. Si uno quiere seguir siendo lo que se dice una persona honesta, tendrá que acarrear basura o trabajar en la construcción. Pues sí, en cuanto uno supera el nivel de vida medio, se ve abrumado por preocupaciones que el hombre de la calle y sin bienes ni se imagina.

Todo por la hija

Mucho preocupó al señor Peachum la ausencia del señor Coax durante la inspección. No pudo dormir y pasó una noche angustiada.

Había participado en la compra de tres barcos inservibles; su parte representaba el valor de medio barco, aproximadamente, y ahora dependía del señor Coax el que hubiesen tirado o no el dinero a la calle. Pero para un personaje como Peachum, «estar en las manos de alguien» significaba lo mismo que para un conejo estar bajo la protección de una boa. Las preguntas que se hacía eran: ¿Volvería a vender esos barcos el señor Coax? ¿Por qué no había participado en la inspección o, al menos, en la firma del contrato? Lo habían eliminado del negocio: ya no era copropietario, sino un mero intermediario.

En algún momento se levantó Peachum a ver si todas las luces estaban apagadas; lo hizo, sin embargo, impulsado más que nada por su propio desasosiego. No estaba en condiciones de aguantar la menor pérdida de dinero. Y lo peor de todo era que, en caso de pérdidas, y por mínimas que éstas fuesen, él perdía automáticamente la confianza en sí mismo. Si no confiaba en nadie ¿por qué habría de confiar en sí mismo?

Todas las luces estaban apagadas, pero la ventana del cuarto de Polly que daba a la galería había quedado abierta. En la oscuridad, Peachum distinguió a su hija echada en la cama y, molesto, cerró la ventana desde fuera.

«¿Por qué haré yo todo esto?», se preguntó mientras volvía a acostarse. «Sólo por la niña. Tengo que echar a la callé a otras dos chicas de la sastrería. Aquello es el reino de la pereza. Y no puedo seguir manteniendo a toda esa

gente. Cosen y cosen sin preocuparse si los trapos se venden o no. No corren ningún riesgo. Además, ya va siendo hora de que Polly trabaje un poco. ¿Qué se ha creído? Ese Coax no me inspira la menor confianza. No hemos debido pegarle la tostada. Es un mal bicho, y esto le servirá de pretexto para dejarnos en la estacada. Claro que yo le retorcería el pescuezo, pero ¿de qué serviría?».

Y se incorporó en la cama, bañado en sudor

«*¡Oh, qué imbécil soy! ¡A este paso acabaré durmiendo bajo los puentes! ¿Cómo he podido hacer un negocio con un hombre al que soy incapaz de torcerle el pescuezo?*».

A la mañana siguiente, Peachum fue a casa de Eastman y ambos se dirigieron al despacho de Coax en la city. Y, en efecto, la joven clorótica les salió con que Coax estaba de viaje. Además, la oficina, en la que Peachum aún no había estado hasta entonces, le causó una impresión deprimente. ¡Era la oficina de un estafador!

El resto de la mañana fue espantoso para Peachum.

Se había embarcado en ese negocio porque iban a timar al gobierno, lo cual le inspiraba una confianza ciega. Ese tipo de negocios solían ser seguros. Timar a otra gente podía ser realmente la honesta intención de un comerciante. Pero resulta que el mundo era mucho peor de lo que uno podía imaginarse. Para la maldad no existe límite alguno. Tal era la convicción más profunda de Peachum, la única, en realidad.

Pero después del almuerzo llegó Eastman con la noticia de que todo estaba en perfecto orden, que Coax había regresado —o quizá no se había ido de viaje—, y que esa tarde pensaba inspeccionar los barcos con su amigo del Ministerio de Marina: rogaba a los señores que lo esperasen en un restaurante.

¡Inspeccionar los barcos! ¡Otra noticia funesta! Los siete hombres que esperaban en el restaurante parecían más bien condenados a embarcarse en el «Optimista».

Y a las cinco y media llegó Coax con una nueva corbata de un rojo encendido y una pinta de indeseable y estafador realmente alarmante, y sacó del bolsillo de su americana un contrato firmado y sellado por el Ministerio de Marina junto con un cheque por 5000 (cinco mil) libras, pagadero de inmediato a la «Compañía para la explotación de barcos de transporte con responsabilidad limitada».

El secretario de Estado no había tenido tiempo para acudir a la inspección.

—Dada la confianza que existe entre nosotros, estas formalidades no tienen la menor importancia —dijo Coax como si tal cosa—. Por cierto, he hecho un anticipo de 2000 libras a cuenta de ustedes, poniéndolas a

disposición de Hale para su fondo de ayuda a las viudas y huérfanos de funcionarios de categoría mediana. Él opinaba que con mil bastaría, pero yo pensé que una máquina bien lubricada funciona mejor.

Coax estaba de un humor excelente. Aquel mismo día había vuelto a ir a Southampton y conseguido una opción sobre los cargueros allí anclados. Todo parecía ir sobre ruedas. El señor Coax había decidido dar una lección de moral a los caballeros de la «Compañía para la explotación de barcos de transporte». Y veía avanzar hacia él los barcos de Southampton a velas desplegadas.

Los pasos a dar, explicó Coax a los caballeros, eran los siguientes: entregar oficialmente esos barcos al gobierno lo antes posible, tras lo cual podrían reanudarse las reparaciones. Eso sí, el gobierno sólo pagaría el resto cuando las embarcaciones estuviesen totalmente a punto.

Todos estuvieron de acuerdo.

Decidieron iniciar en seguida los trabajos de reparación de los barcos «Bella Anna», «Joven Marinero» y «Optimista». Una pequeña revisión y una mano de pintura, entre otras cosas, se hacían impostergables.

—Después de todo —dijo Coax muy serio—, esos armatostes tendrán que aguantar un viaje de varios miles de millas.

La tarea fue encomendada a Eastman. Podría costar algunos cientos, o quizás algunos miles de libras. Advirtieron que había una preocupación general; de ahí la proclividad, incluso por parte de Peachum, a actuar ahora con cierta largueza.

Hasta allí todo fue bien, tan bien que Peachum se quedó de una pieza cuando, al cabo de unos días, el criador de ovejas lo buscó y le confesó que no podría seguir adelante con el negocio, pues necesitaba todos los fondos disponibles para atender unos pedidos del ejército. Tras un largo regateo, Peachum le compró su parte y se quedó así con dos séptimas partes del capital invertido. ¡Un golpe de suerte inesperado!

Pero un día llegaron noticias alarmantes del Ministerio de Marina.

El portador fue, una vez más, Eastman, que se había encontrado con Coax en un restaurante. Según éste, al secretario de Estado le habían sugerido encargar a una comisión de ingenieros la elaboración de un dictamen sobre los barcos adquiridos. El secretario de Estado se había opuesto hasta entonces a esa medida, pero ahora quería hacer como mínimo una inspección ocular de las embarcaciones. Y lo importante era que esto ocurriera cuando los trabajos de reparación y restauración estuviesen ya bastante avanzados.

Esta noticia fue la causa de que, poco antes del *picnic*, Peachum volviera a casa con todos los síntomas de una indisposición física y se metiera en cama con un ladrillo caliente y una infusión de manzanilla.

Transcurrió una semana de vertiginosas negociaciones que se complicaron todavía más porque Coax no daba su dirección. Cuando se la pedían, decía que estaba a punto de mudarse.

Todos los socios de la Compañía se pasaban los días yendo y viniendo de sus casas a los muelles. Y los trabajos de reparación avanzaban muy lentamente. En el casco del «Bella Anna» se hicieron descubrimientos que pusieron los pelos de punta a los carpinteros. El «Joven Marinero» dejó al descubierto un interior espantoso. Y el estado del «Optimista» era tal que los ingenieros dudaban de si se podía apoyar una escalera en las paredes sin que hubiera peligro para los obreros.

A ello se sumaron una serie de rumores y habladurías que recorrían la zona de los muelles. Los carpinteros de cubierta no ocultaban sus descubrimientos cuando se sentaban a comer. Las advertencias de Eastman de que se harían culpables de un delito de alta traición sólo provocaban carcajadas. Aquellos carpinteros estaban todos contaminados por el socialismo.

Resultaba evidente que las reparaciones costarían entre cinco y seis mil libras como mínimo.

Durante esa semana, Peachum se encontró con Coax en casa de Eastman y lo invitó a cenar en la intimidad familiar. Todo dependía ahora más que nunca de Coax, cuyo aspecto inspiraba, por lo demás, bastante confianza en líneas generales. En el curso de aquella cena, a la que también asistió Eastman, Coax conoció a Polly. Por cierto que el Melocotón lo impresionó. Coax era un mujeriego de la peor especie, es decir, de los que se hacen reproches a sí mismos.

Peachum se había ido informando poco a poco sobre los negocios de Coax, que se desarrollaban todos en los ambiente más bajos y rozaban siempre el borde de la indagación judicial. De haber sabido todo esto a tiempo, no se habría embarcado en un negocio con Coax. Los hombres de negocios que no tienen la cabeza exclusivamente centrada en el negocio están perdidos. De todas formas, y tal como iban las cosas, ya sólo quedaba darle carta blanca a Coax.

Polly sacó a relucir sus mejores prendas y conversó con Coax como toda una damita. Después del café hasta se sentó al piano y entonó una canción patriótica con su voz hermosa y un tanto metálica.

Acabada la cena, Coax no quiso volver a su casa y convenció a Eastman, e incluso a Peachum, de que recorrieran con él unos cuantos bares. Se puso el sombrero de terciopelo gris algo ladeado y en sus magras mejillas grises apareció un rubor malsano. El señor Peachum caminaba a su lado como quien va a un entierro. Hubiera preferido darse una vuelta por los muelles, donde ahora también se trabajaba de noche con un notable incremento de los gastos. En los clubes nocturnos, Coax se portó como un libertino y no como un hombre de negocios. Y pagó todas las cuentas.

Al día siguiente llegó con la noticia de que Hale, el del Ministerio de Marina, había adquirido oficialmente los barcos «Bella Anna», «Joven Marinero» y «Optimista», sin inspección previa y contra el pago de tres mil libras a la CEB.

Capítulo tercero

Pues ¿de qué vive el hombre?
¿Que de qué vive el hombre? Torturando
Despojando, atacando, devorando a otros hombres.
El hombre sólo vive olvidando,
Y al prójimo, mejor que no los nombres.
Señores, no os hagáis ilusión:
¡Al hombre le gusta la perversión!

Final de cuatro cuartos

Los almacenes B

Había en Londres un gran número de tiendas de idéntico aspecto donde las mercaderías eran más baratas que en otros sitios. Se llamaban almacenes B, lo cual significaba, supuestamente, almacenes Baratura, aunque algunos, sobre todo tenderos, leían almacenes Baratería. En ellos podía comprarse desde hojas de afeitar hasta enseres domésticos, todo a precios extraordinariamente bajos, y la administración era, en líneas generales, bastante honesta. La gente pobre compraba gustosa en esos almacenes, que los dueños de otras tiendas y los pequeños artesanos miraban, en cambio, con gran indignación.

Aquellos almacenes pertenecían al señor Macheath. También tenía éste otros apellidos, pero como propietario de los almacenes B se llamaba exclusivamente Macheath.

Al principio sólo había pocas sucursales, dos o tres en la zona del puente de Waterloo y una media docena más hacia el Este. Funcionaban de maravilla, pues los precios eran tan bajos que no tenían realmente competencia. Pero no es fácil encontrar mercadería tan barata, y el señor Macheath tuvo que realizar una ardua y peligrosa labor de organización antes de pensar en ampliar el negocio.

Esa labor debía hacerse, además, con suma discreción. Nadie sabía de dónde proveía sus tiendas ni cómo conseguía cosas tan baratas.

A quienes se devanaban los sesos intentando adivinarlo, él podía probarles fácilmente que en Londres y otros sitios siempre había pequeñas tiendas que quebraban y, como habían comprado buena mercadería a precios de mercado, a la hora del derrumbe se alegraban de que alguien se la comprase al precio que fuera. «*La vida es dura* —decía entonces Macheath—, *y no debemos ser débiles*».

Le encantaban las frases grandilocuentes. Pero no tenía resguardos igualmente buenos para toda su mercadería. Además, esas compras ocasionales apenas si bastaban para tener siempre llenos de objetos tan sorprendentemente baratos casi una docena de almacenes.

En el barrio comercial había asimismo otra tienda que no estaba organizada según el sistema B. En ella podían comprarse antigüedades, joyas y libros antiguos a precios más elevados, aunque todavía razonables; se rumoreaba que también pertenecía al señor Macheath, y que con los beneficios que le producía éste financiaba los almacenes B. Todo esto era, a decir verdad, poco probable, y siempre quedaba la incógnita de cómo se las ingeniaba para proveer de mercadería *aquella* tienda.

En el verano de 19…, y con gran satisfacción por parte de los demás comerciantes, el señor Macheath también acabó envuelto en serias dificultades y tuvo que pedir ayuda a un banco, el National Deposit Bank.

Sin embargo, una investigación realizada por el banco reveló que la empresa Macheath gozaba de buena salud. Particularmente sano era el sistema gracias al cual los distintos almacenes funcionaban de forma independiente, y sólo con reservas podían llamarse propiedad del señor Macheath. Éste se había dado cuenta de que para mucha gente humilde lo más importante es conservar la *independencia*. No eran nada proclives a hipotecar globalmente su fuerza de trabajo como obreros o empleados normales, sino que preferían confiar en *sus propias aptitudes*. No querían saber nada de esas *aburridas igualaciones*. Estaban dispuestos a trabajar más que otros, pero a cambio deseaban poder ganar más. Y no aceptaban que alguien tuviera derecho a impartirles órdenes o a tratarlos mal.

En varias entrevistas periodísticas, el señor Macheath había comentado este decisivo descubrimiento suyo sobre el instinto de independencia del hombre.

Él mismo lo calificaba de *instinto primigenio de la naturaleza humana*, aunque también expresaba la suposición de que el hombre moderno, el

hombre de la era tecnológica sobre todo, entusiasmado por el triunfo total e inaudito de la humanidad sobre la naturaleza, deseaba, con una especie de espíritu deportivo, demostrarse a sí mismo y a los demás la excelencia de sus propias aptitudes. Esta aspiración era para el señor Macheath moral en grado sumo, pues bajo la forma de la competencia, que todo lo abarata, redundaba en beneficio de todos los hombres por igual. Los pequeños querían participar ahora en la lucha competitiva de los grandes. Y al mundo de los negocios le incumbía, por tanto, someterse a este rasgo característico de nuestra época y sacar provecho de él. No debemos actuar contra la naturaleza humana, exclamaba el señor Macheath en sus artículos sensacionalistas, sino de conformidad con ella.

La organización de los almacenes B era el fruto de este descubrimiento. En vez de empleados o simples vendedores, la empresa Macheath tenía tenderos independientes que operaban dentro de su sistema de ventas. A estos comerciantes —cuidadosamente elegidos—, la empresa les daba primero la posibilidad de abrir un almacén B. Les montaba las tiendas y les otorgaba un crédito para la compra de mercaderías. Cada semana recibían una remesa de mercancías a las que debían dar salida. Tenían plena libertad de acción, y mientras pagaran sus intereses y la mercadería, nadie podía meter las narices en su contabilidad. Su único compromiso consistía en mantener los precios de venta bajos, ya que el sistema debía favorecer al máximo a la *gente de escasos recursos*.

En general, los tenderos se abstenían de contratar mano de obra cara. Toda la familia trabajaba en el almacén. Nadie escatimaba horas de trabajo ni mostraba esa típica indiferencia del empleado que no se interesa por los beneficios. *¡Los primeros interesados eran en este caso ellos mismos!*

«*De este modo*», escribía el señor Macheath en otro artículo, «*se puede prevenir también esa fatal disolución de la familia que tanto lamentan los filántropos. La familia entera participa en el proceso laboral Corno todos sus miembros tienen un único y mismo interés, reina entre ellos una paz y armonía absolutas. Y así desaparece la separación —tan peligrosa en muchos aspectos— entre trabajo y vida privada, esa separación que lleva al individuo a olvidar a su familia cuando trabaja, y a su trabajo cuando hace vida familiar. También en este aspecto los almacenes B son ejemplares*».

Muy fácil le resultó al señor Macheath convencer al banco de que sus dificultades, en el fondo, no eran tales. El dinero que necesitaba, lo necesitaba para ampliar su empresa. Pese a todo, el banco aún tenía dudas, pues no acababa de ver claro qué tipo de persona era el señor Macheath.

A decir verdad, en la city corrían rumores no muy favorables sobre su persona, unos rumores que, si bien nunca se condensaban en acusaciones, merecían ser tomados en cuenta. Y no se referían precisamente a sus métodos para adquirir mercaderías, aunque éstos también desempeñasen un papel.

Dos o tres veces se había visto envuelto en escándalos, pero siempre había podido demostrar su inocencia. Y ninguno de los casos llegó a los tribunales. Sin embargo, nunca faltaba en la city gente que, sin tener realmente tiendas ni estar emparentada directa o indirectamente con los tenderos, aseguraba —cierto es que no en público— que el señor Macheath no era un caballero. Algunos hubieran preferido ver procesos en vez de arreglos extrajudiciales; otros consideraban que los abogados del señor Macheath eran, simple y llanamente, demasiado buenos.

Las negociaciones con el National Deposit Bank se prolongaron más de lo que Macheath había imaginado. Y empezó a arrepentirse de haber recurrido al banco, pues un fracaso volvería a alimentar los viejos y ya olvidados rumores sobre su persona. Hubiera preferido retirarse.

Por razones muy concretas utilizaba los servicios de varios abogados del Temple. Por uno de ellos se enteró un día de que entre los clientes más respetables del National Deposit Bank figuraba un tal Jonathan Jeremiah Peachum, quien tenía una hija casadera. Macheath logró conocerla, y viendo que se le abrían nuevas perspectivas, se dedicó de lleno a cortejar a Polly Peachum, aunque ello le costara mucho tiempo y desgaste nervioso. El hecho de que se presentase ante Polly y su madre como Jimmy Beckett se debió exclusivamente a razones de cautela.

Se aseguró una vez más sobre la situación del negocio de Peachum. Era una organización de mendigos bastante ramificada, cuyos métodos parecían calculados con gran astucia y cuidadosamente verificados. Un hombre que conocía a Peachum le explicó, por ejemplo, por qué los mendigos de la casa Peachum no se limitaban a llevar algunos cuadros y exponerlos, sino que ellos mismos dibujaban con tizas de colores paisajes o retratos de personajes conocidos en las aceras. En el caso de obras de arte que llegaban ya listas, el público nunca sabía si el mendigo que terna delante era el verdadero artista. Además, los cuadros pintados en la acera eran perecederos; las pisadas de los transeúntes los dañaban y la lluvia los borraba del todo, ¡y ahí llovía a diario! ¡Cada día había que pintar de nuevo aquellos cuadros y pagarlos en el momento! Tales prácticas revelaban un profundo conocimiento de la naturaleza humana. Llevado así, el negocio de la mendicidad tenía que rendir jugosos beneficios.

A mediados de junio, Macheath decidió dejar de lado ciertos escrúpulos de segundo orden e insistir en sus pretensiones. Tema que apostar muy seriamente por el matrimonio y demostrar su existencia burguesa.

Preguntó por carta a la señora Peachum cuándo podría recibirlo. Había interpretado correctamente el nerviosismo de la dama la primera vez que las visitó.

Ella lo citó en el «Calamar» para «cambiar impresiones». Las insinuaciones que allí hizo la señora sobre las veleidades de la juventud moderna le pusieron los nervios de punta al señor Macheath, alias Beckett.

—Los jóvenes de ahora —se quejó la señora Peachum enjugándose de los labios la espuma de su cerveza— no tienen la menor idea de lo que quieren. Son como niños. Conozco a mi Polly al revés y al derecho, pero sobre su corazón no sé absolutamente nada. Quizá aún sea demasiado joven. Nunca ha tenido trato con hombres. Quizá sepa diferenciar un macho de una hembra tratándose de perros, pues tiene cierto contacto con ellos, aunque tampoco estoy del todo segura. No piensa nunca en esas cosas. ¡Tenga usted en cuenta que jamás se ha bañado sin camisón! Si algún jovenzuelo impertinente le hiciera piruetas con su bastoncillo, ¡sabe Dios qué sentimientos podría despertar en ella! ¡Los jóvenes son tan románticos! ¡No se imagina la de novelas que devora esa niña! Y ahora tiene al señor Smiles metido entre ceja y ceja, aunque yo sé perfectamente que está prendada de usted. Una madre sabe esas cosas. ¡Ay, señor Beckett!

Y lo miró de hito en hito tras comprobar que en su jarro de cerveza no quedaba ya nada, y que, fuera de ellos, no había nadie más en el jardín del hotel.

Cuando el señor Beckett le comunicó formalmente que no se llamaba Beckett, sino Macheath, que era el propietario de los conocidos almacenes B y tenía intenciones de lo más serias, ella no pareció darle particular importancia, como si de él hubiera esperado *cualquier cosa*, y se limitó a rozarlo con una mirada entre ausente y meditativa, que más bien era evasiva.

—¡Ay! —suspiró distraída—, ¡que mi marido no se entere de esto, por Dios santo! Él tiene sus propios planes con esta chica. Ya podrá usted imaginarse. Siempre anda diciendo: «Todo por la niña». Y lo dice en serio. Anteayer, sin ir más lejos, se nos presentó con un cierto señor Coax, una persona, al parecer, *muy* bien situada. ¿Conoce usted al señor Coax?

Macheath conocía al señor Coax. Era todo un personaje en la city.

A nivel personal, Macheath no había oído comentarios muy favorables sobre el señor Coax.

Era una *mujeriego* de baja estofa. Fueran cuales fueran las intenciones de tipo material de Macheath, que andaba siempre con la cabeza llena de contrariedades financieras, la simple mención del apellido Coax le produjo una punzada en el corazón. Estaba más comprometido con el Melocotón de lo que él mismo se confesaba.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó con voz ronca.

—Yo también quisiera saberlo —dijo la señor Peachum pensativa y lo escrutó con una mirada tan fría que Macheath se estremeció—. Las jóvenes de hoy son francamente veleidosas. Tienen la cabeza llena de ideas románticas.

Pero luego puso su mano pequeña y regordeta sobre la de Macheath y llamó al camarero para pagar.

En el breve trayecto por entre las mesas de hierro, Macheath sólo pudo enterarse de que todo debería hacerse con la máxima discreción y sin que Peachum lo supiera. Esa misma tarde se encontró con el Melocotón y obtuvo permiso para acompañarla un trecho.

Curiosamente, la joven bajó por la Old Oak Street en dirección a los Meath Gardens, aunque en verdad tenía que ir a clase.

Macheath pensó que quizás tenía allí una cita y lo abandonaría en cuanto llegasen. Polly miró un par de veces a su alrededor mientras bajaban, pero no hizo el menor ademán de despedirse, sino que incluso se sentó con él en un banco, entre los arbustos.

Lucía muy bonita y tranquila en su vestido ligero. Y eso que no era precisamente una muñequita, sino una joven alta y bien plantada. Era una porción entera, no una media.

Se negó a hablar de Smiles y de Coax.

—La noche es demasiado bonita para eso —dijo. Además, el que Macheath conociera a Coax parecía divertirla; y se rió.

Cuando volvieron, él no había sacado nada en limpio, pero habían ocurrido muchas cosas. Sin embargo, Macheath no estaba contento, pues ella no se había dejado hacer *h principal*, pese a no llevar prácticamente nada bajo el vestido. Esto no le hizo ninguna gracia al señor Macheath, y el hecho de que encima no hubiera ido a su clase lo sumió en sombrías meditaciones. ¡De modo que en esa escuela no controlaban la asistencia de las alumnas!

Al igual que la vez anterior, cuando volvían del *picnic*, ahora tampoco sabía si de verdad había dado un paso adelante, y eso lo mortificaba muchísimo. Ese tipo de cosas *deberían* significar algo para ella. Y sobre su inocencia no tenía la menor duda.

También el señor Peachum observó aquella noche a su hija con mirada escrutadora.

Los asuntos de la «Compañía para la explotación de barcos de transporte» habían tomado un cariz francamente desesperado. El día anterior había estallado la bomba.

La bomba

Peachum había reñido con Fewkoombey en el patio. Al principio, y feliz de haber encontrado un refugio, el soldado cumplía a conciencia con sus obligaciones y mantenía a los perros en el estado conveniente.

Alimentarlos no era tarea fácil; su aspecto debía ser de lo más lamentable, por lo que había que mantenerlos siempre al borde de la inanición. Un ciego con un perro gordo tenía escasas probabilidades de despertar auténtica compasión. Cierto es que el público reacciona de manera totalmente instintiva. Casi nadie para mientes en el perro, pero si por casualidad éste se viera bien alimentado, una voz interior aconsejaría al transeúnte que no tirase su dinero a la calle. No hay que olvidar que, en su inconsciente, esa gente siempre busca algún pretexto para no desprenderse de su dinero. Así pues, un buen perro apenas debía tenerse en pie de pura debilidad.

De ahí que todo el tiempo controlasen el peso de los animales, y si éste variaba, la culpa era de Fewkoombey.

Peachum estaba en plena tarea de inspección y se disponía a comprobar si el cojo había alterado los números en la libreta de control de pesos con el único fin de no quedarse sin pan, cuando llegó el dueño del restaurante con la noticia de que Coax se había presentado de improviso a bordo del «Bella Ana» y estaba hecho una furia.

Los dos señores se dirigieron de inmediato a los muelles. Y, en efecto, allí estaba Coax en medio de escaleras y pintores. A su lado, Eastman, pálido, tenía los ojos clavados en las enormes y oscuras paredes del interior del barco. Al parecer, no se atrevía a mirar a la cara a los recién llegados.

La mirada fría con que Coax lo recibió dejó a Peachum estupefacto.

—¿Es éste uno de los barcos que ha vendido usted al gobierno británico?

Peachum pareció envejecer de golpe varios años.

Sin embargo, tampoco se quedó del todo sorprendido. Siempre había barruntado que algo cojeaba en aquel negocio. Y con respecto a Coax nunca

se había hecho mayores ilusiones; aunque tampoco se esperaba algo así en tan poco tiempo.

Coax pensaba que el «Bella Anna» *no* estaba en condiciones de navegar. Peachum intuyó que de nada serviría ahora gastar largos discursos. Decirle, por ejemplo, que después de todo había sido el señor Coax quien les recomendó aquellos barcos. Peachum sabía, sin necesidad de dar muchos rodeos, que Coax alegaría simplemente no haberlos visto nunca. Pero ellos sí que habían inspeccionado todos los demás, ¡incluso en presencia de testigos!

Y en él se abrió paso un oscuro presentimiento relacionado con el giro que Coax pensaba darle al negocio (siempre había sospechado un negocio aparte). No contra el Estado, sino contra la «Compañía para la explotación de barcos de transporte» se dirigían ahora las maniobras de Coax como una monstruosa apisonadora.

Aún no se podía tener, claro está, una visión de conjunto de los detalles. El corredor de comercio aún no consideraba oportuno enseñar sus cartas. Ni siquiera hubo un intercambio de palabras.

El señor Coax giró sobre sus talones y se marchó en silencio, lanzando una mirada de profundo desprecio. .Visto de atrás, su traje parecía más que nunca de confección.

Peachum tampoco sintió la menor necesidad de comentar con sus compañeros de infortunio lo que se avecinaba. Vagamente le oyó decir a Eastman que había que convocar por correo urgente al fabricante de Gales del Sur y al criador de ovejas. ¡Al criador de ovejas! Peachum también se retiró sin decir palabra.

Esa noche tuvo fiebre alta y se aplicó paños fríos en la cama. No se levantó ni una sola vez. ¡Que la luz se quedara encendida! ¡Nunca más volvería a pagar la cuenta del gas!

A la mañana siguiente se dirigió a los muelles con aspecto de enfermo grave. No encontró un solo obrero. Los trabajos en el «Bella Anna» habían sido interrumpidos, sin duda por orden de Eastman. Lo cual permitía deducir su opinión sobre lo que estaba ocurriendo.

Cuando volvió a su casa al mediodía (y no precisamente para comer), oyó decir que dos señores habían preguntado por él y sospechó que la policía lo andaba buscando. Después de todo, la Compañía ya había aceptado el primer pago parcial del gobierno.

Pero un interrogatorio más minucioso reveló que sólo habían sido Eastman y el fabricante. Peachum se alegró de que no lo hubieran encontrado.

Ir al despacho de Coax no tenía ningún sentido. La secretaria clorótica enmudecía en cuanto le preguntaban la dirección del corredor.

Pero hete aquí que esa misma tarde, al volver a casa después de un vano intento de hablar con Eastman, Peachum encontró al señor Coax caminando en compañía de su hija por la Old Oak Street.

Coax se había encontrado con Polly y la había acompañado, aunque la joven no lo estimulara particularmente. Él le estuvo hablando de unos cuadros interesantes que hubiera querido mostrarle, pero ella no le entendió muy bien. El caballero no le resultaba simpático.

Cuando Peachum se unió a ellos, Coax se comportó como si jamás hubiera habido la menor diferencia entre ambos. Le tendió la mano enguantada y con la otra le dio unas cordiales palmaditas en la espalda, tras lo cual se despidió rápidamente.

Durante la cena, el señor Peachum se sintió más confundido que nunca.

Cuando acabaron de cenar, echó del comedor a su mujer, que no paraba de refunfuñar, e interrogó al Melocotón.

Sin esforzarse mucho se enteró de que el señor Coax le había revelado a su hija algo que les ocultaba a sus socios: su dirección. Se abstuvo, eso sí, de preguntarle para qué. Entró en su despacho oscuro y reducido, y durante unos minutos paseó su mirada ausente por el escaparate falso. Luego, tras escribir una carta a toda prisa, volvió al salón y le encargó a Polly que entregara esa carta lo antes posible en casa del señor Coax.

Polly se quedó muy sorprendida: ya eran las nueve y media.

Pero se puso el sombrero y fue a ver al señor Coax.

El corredor de comercio estaba en casa. Cuando le anunciaron que en una de las numerosas habitaciones había una joven con una carta que esperaba respuesta, puso, aturdido, la servilleta sobre la mesa y salió precipitadamente.

Coax vivía con su hermana, una mujer bajita y muy violenta que distaba mucho de apreciar a su hermano como éste lo hubiera deseado, y que tampoco solía disimular sus sospechas sobre las cualidades morales del caballero.

Tenía que aguantarle muchas cosas.

Coax poseía un gran talento para los negocios, y sus principios sobre la integridad de la vida privada también coincidían plenamente con los habituales en sus círculos sociales. En su opinión, que por cierto muchos compartían, existía una enorme diferencia entre la vida comercial y la vida privada. En la vida comercial era prácticamente una obligación aprovechar sin miramientos cualquier oportunidad de ganar dinero, exactamente como no

debía tirarse ningún trozo de pan porque era un don de Dios. En la vida privada, sin embargo, nadie tenía derecho a incordiar a nadie. Hasta aquí, sus opiniones eran de lo más correctas.

Por desgracia, él no siempre tenía la fuerza necesaria para vivir de acuerdo con esos principios. Entre sus ideas sobre los deberes de un caballero para con el sexo femenino y las de su hermana no existía la menor diferencia; al igual que ella, e incluso con las mismas palabras, Coax condenaba sus propias, y por desdicha constantes, flaquezas en este terreno. A menudo solía decir, pensativo: «No soy dueño de mí mismo». El caso es que ni su hermana ni él mismo podían, como quien dice, abandonarse un solo instante a sí mismos.

Y para colmo de males, sus deseos propendían, socialmente hablando, a perderse en el abismo. Las mujeres más depravadas eran las que más lo atraían. Aunque tampoco era capaz de resistirse a las criadas.

Lo mismo ocurría con sus trajes. Tenía un gusto espantoso. Su modo de vestir provocaba un malestar físico en su hermana. Pero para él era algo tan irrenunciable como su afición a las sirvientas.

Su hermana le regalaba corbatas de muy buen gusto en todas las ocasiones posibles. Y él se las ponía. Pero luego, como poseído por un demonio, al llegar al recibidor se guardaba otra en el bolsillo y en la escalera ya le colgaba del cuello, roja y desvergonzada.

En su caso eran síntomas patológicos. Y él mismo los atribuía a una dolencia intestinal. Eran ataques de una sensualidad incontrolable que provenían de su estreñimiento.

Su hermana lo ayudaba con todas sus fuerzas en esa trágica lucha contra sí mismo. Pero a veces, cuando cogía impulso, perdía a tal punto la cabeza que parecía sentir la ayuda de ella como una injerencia y la rechazaba violentamente.

Por eso, cuando anunciaron a una señorita Peachum, la hermana no pudo hacer mucho más que ponerse a arreglar algo en la habitación contigua y toser muy fuerte.

Precisamente aquella noche atravesaba Coax un mal momento. Sus pasiones no lo habían dejado tranquilo en todo el día. Y en semejante estado no le quedó más remedio que mostrarle al Melocotón su colección de fotografías, integrada por toda suerte de desnudos. Lo hizo pretextando que era una remesa que acababa de llegarle.

Apenas las miró, el Melocotón se puso roja como un tomate. Eran unas marranadas espantosas.

Entretanto Coax leyó la carta, en la que Peachum sólo le pedía una entrevista personal.

Sobre el vidrio que cubría el escritorio había un gran broche de oro que había pertenecido a la difunta madre de Coax. Había mucho oro en él, pero lo principal eran tres grandes piedras azul claro de escaso valor. En líneas generales, Coax parecía haber heredado su mal gusto de la madre.

Cuando acabó de leer la carta, o quizá cuando le pareció que la Peachum ya había visto suficientes fotos, cogió el broche y, mostrándoselo, le preguntó si le gustaba.

—Muchísimo —dijo ella con una voz algo apagada.

—Puede llevárselo —replicó Coax mirando uno de los rincones de la habitación.

Claro que ella no le respondió. Se había vuelto a sentar con toda calma y hasta le sonrió muy cortésmente, como si él hubiera hecho una broma. Coax tuvo que hacer grandes esfuerzos para contenerse. Ya estaba pensando acompañarla de vuelta a casa, cuando su hermana, para la que había demasiado silencio en la habitación de al lado, entró y se puso a conversar con Polly.

Coax se sintió un poco incómodo por las fotografías que estaban sobre la mesa, pero Polly les fue dando la vuelta con gesto distraído mientras hablaba.

La joven sabía tratar muy bien con caballeros, y ese pequeño detalle le causó una impresión excelente al señor Coax.

Poco después pudo Polly retirarse y comunicarle a su padre que Coax iría a verlo al día siguiente.

La joven no sentía absolutamente nada por el caballero. Sin embargo, no se olvidó del broche, que la había impresionado muchísimo. A la mañana siguiente, cuando le llevó el vaso de leche a George, el mutilado de la pata de palo, le contó que un señor ya maduro le había regalado un gran broche y que se lo enseñaría pronto. Y no dejó de pensar en él una y otra vez, sobre todo por la noche, antes de dormirse.

En efecto, Coax se presentó a la mañana siguiente. Se negó a abandonar la semipenumbra de la tienda de instrumentos para entrar en el despacho. Llevaba un abrigo color amarillo chillón y habló muy seriamente y en voz baja.

Admitió haber perdido los estribos al ver el barco de transporte «Bella Anna». Aquella carraca era de todo punto inaceptable, dijo. Cierto era que él mismo había mencionado a la empresa Brookley & Brookley, pero lo había hecho sin haber visto nunca sus embarcaciones. A su amigo, el secretario de

Estado, no podría ni siquiera mostrarle aquellos ataúdes flotantes. Y lo peor era, en su opinión, que la primera cuota ya había sido pagada y el almirantazgo contaba con los barcos. La compañía —a la que él gracias a Dios ya no pertenecía, todo hay que decirlo— podía ser acusada de estafa, pues era público y notorio que se había efectuado una inspección y existía un dictamen negativo elaborado por un perito de nombre Bile.

Coax insinuó que la única salvación que se le ocurría era la compra inmediata de otros barcos que estuvieran realmente en buen estado. Él podría encargarse de hacer quitar los nombres «Bella Anna», «Joven Marinero» y «Optimista» y sustituirlos por otros. En cualquier caso, su amigo no podría haber comprado nunca *aquellos* barcos.

Peachum parecía aquel día menos caquéctico que el anterior. Pero sabía, claro está, que como adversario no podría estar jamás a la altura de aquel hombre. El terreno en que él mismo era grande, e incluso terrible, era otro. Y él lo había abandonado. Imbuido por la oleada de patriotismo que inundaba el país, se había lanzado a algo nuevo. Ahora era tan inofensivo como un cocodrilo en la plaza de Trafalgar. No obstante, la certeza actual de tener que vérselas exclusivamente con la vileza humana le había devuelto, cosa extraña, una especie de seguridad y esperanza. En cualquier caso, se encontraba de nuevo entre los hombres.

Observó tranquilamente y casi con frialdad al locuaz corredor de comercio. Luego se limitó a comentar que, hasta donde él sabía, no había otros barcos disponibles.

Que sí, repuso Coax lentamente. En Southampton, por ejemplo, había uno.

Peachum asintió. «¿Cuánto me costaría retirarme de este negocio?», preguntó en tono seco.

Coax se hizo el que no había entendido y Peachum no repitió su pregunta. Ahora sabía que aquello era un gran negocio del señor Coax.

Tras una breve pausa, en la que recorrió la tienda y contempló los instrumentos cubiertos de polvo, el señor Coax añadió que era absolutamente necesario continuar los trabajos de reparación en los muelles con renovada energía. La inspección durante la transferencia oficial sería sin duda muy superficial, por lo que convenía que la superficie quedase al menos medianamente aceptable.

Ya en la puerta, dijo como al azar que el miércoles de la semana siguiente tenía algo que hacer en Southampton.

Capítulo cuarto

¡Ser un hombre bueno! ¿Quién no lo quisiera?
Pero las cosas no son así.

Final de cuatro cuartos:
Sobre la inseguridad de las cosas humanas.

Deliberaciones serias

Como no todos saben, las guerras no sólo sirven para exaltar los ánimos, sino que también animan los negocios de forma nada despreciable. Dejan muchas desgracias como secuela, pero los hombres de negocios no pueden, en general, quejarse.

Peachum había esperado poder participar en los beneficios cuando entró en la «Compañía para la explotación de barcos de transporte». El hecho de que su hija estuviese en edad de casarse también contribuyó a acrecentar su deseo de ganar más.

El curso desfavorable que fueron tomando sus operaciones comerciales al desarrollarse en un terreno para él desconocido, llevó a Peachum a mantener una serie de deliberaciones muy serias con Beery, su administrador.

Se reunieron varias veces en el despacho, al que se entraba desde la tienda por la puerta con revestimiento metálico. Peachum, con su inseparable sombrero en la cabeza, se sentaba al escritorio americano que habían pegado a la pared, exactamente debajo de la diminuta ventanita; el rechoncho Beery lo hacía en la tambaleante silla de hierro del rincón.

Con la sucia camisa arremangada, Peachum apoyaba los brazos sobre el escritorio sin mirar a Beery, que no paraba de mascar la colilla de un puro pescado sin duda años atrás en algún arroyo.

—Beery —le repetía una y otra vez Peachum en aquellos días—, no estoy contento con usted. Por un lado, es demasiado zafío, y por el otro, no le saca suficiente provecho al personal. Por un lado, oigo quejas de que no trata usted

con la debida cortesía a la gente, y por el otro, no hay ganancias. Las muchachas de la sastrería, por ejemplo, dicen que tienen que hacer horas extras y, sin embargo, no avanzan con los uniformes militares, y eso que son catorce en vez de nueve. Usted sabe que en mi empresa nadie debe hacer horas extras ni puede haber más personal del necesario. Los tiempos son difíciles, muy difíciles, Inglaterra está metida en una guerra muy dura, el negocio no aguanta la más mínima sobrecarga y usted actúa como si nadáramos en la abundancia. Si el carro se vuelca, todos los que se ganan el pan en esta empresa se quedarán en medio de la calle. Y eso puede ocurrir en cualquier momento. Espero que me haga usted propuestas.

—Es que si tomo medidas para ahorrar dinero, dirá usted que exploto al personal —dijo Beery obstinadamente.

—También lo hace. Hace poco se podía oír bramar a ese recién llegado a tres casas de distancia, y no hay derecho.

—Si le tapamos la boca con un cojín se nos ahoga, ¡y vaya lío el que armaría usted luego! Sabe perfectamente que no aflojarían un real si nos limitásemos a ponerles un cigarrillo en la boca y preguntarles: «¿Qué tal te va, viejo?». Y a ése sólo le ajustamos las clavijas pensando en los otros. Los de la nueva hornada ya no pagan regularmente. Además le dijimos que era debido a los otros, y en cuanto usted se marchó, lo tratamos muy humanamente.

—De todas formas, espero no tener que repetir muy a menudo mis advertencias, Beery. No tolero estas cosas. Y las aportaciones de los «soldados» también se han reducido. Nos estamos arruinando, Beery, ¡tendré que cerrar la tienda!

—Sí, es cierto que los soldados ya no rinden, señor Peachum. Yo mismo lo he verificado, el público no responde y no hay nada que hacer. Ya le dije que no deberíamos hacer política.

Peachum se quedó pensando. Clavó la mirada en una de las esquinas del polvoriento escritorio, y su cara adocenada perdió toda su insignificancia.

—Lo que ocurre es que su gente no está informada —dijo—. Publique usted en *La Rama de Olivo* unos cuantos artículos bien escritos sobre la vida militar y Sudáfrica, y sus soldados sabrán siquiera a medias de qué va la cosa.

En uno de los compartimientos del sótano se imprimía un periódico propio, *La Rama de Olivo*, que aparecía semanalmente y recogía una serie de noticias de tipo personal —defunciones, bautizos, matrimonios— para todas las parroquias. Era importante para la mendicidad a domicilio. La hoja

contenía además muchos relatos breves de corte sentimental, proverbios bíblicos y en cada número un acertijo.

—Además —prosiguió Peachum—, nosotros mismos cometemos disparates. No deberíamos mandar gente a la calle cuando llevamos mucho tiempo sin tener noticias del frente. Es un grave error. Ahora han asediado Mafeking y la guerra está en un punto muerto, lo que no habla en favor de los militares. La gente se pregunta —y con toda razón— para qué pierden brazos y piernas sí con ello no consiguen nada. ¡La incapacidad jamás recibe apoyo! Y, sobre todo, a nadie le gusta que le recuerden la guerra cuando no es un éxito. Por no hablar de comentarios tales como: Ésos ya pueden sentirse dichosos de estar siquiera en casa, hay otros que lo tienen peor. Fue una buena idea uniformar a parte de nuestros jóvenes, pero no habría que mandarlos todo el tiempo a la calle, sobre todo cuando no hay triunfos que celebrar. Y ahora haga entrar a esa gente.

Beery los hizo pasar, al menos a los presentes. Llevaban uniformes raídos y tenían cara de malas pulgas. No ganaban nada.

Peachum los examinó en silencio. Tenía la mirada ausente y no se detuvo en ningún detalle. Largos años de práctica le habían enseñado a adoptar esa mirada.

—¡Éstos tampoco valen nada! —dijo de pronto en tono grosero, mientras Beery observaba sus labios como un perro fiel, pues conocía la infalibilidad de su amo—. ¿Qué es lo que ha seleccionado? ¡Éstos no son soldados ingleses! ¡Son mineros! ¡Mire a aquel de ahí, por favor!

Y señaló con la cabeza a un hombre alto, de mediana edad y aspecto amargado.

—¡Ése es un derrotista, un comunista! ¡No es de los que mueren por Inglaterra! ¡Y si lo hace será a trancas y barrancas y después de regatear su paga! Los soldados son gente joven y simpática que conserva su frescura y buen humor incluso en la desgracia. ¡Y esas mutilaciones horrorosas! ¿No me dirá *usted* que quiere verlas? Para eso basta con un brazo en cabestrillo. Y los uniformes tienen que estar limpios para que la gente diga: No le queda sino su uniforme, pero sabe llevarlo con honor. ¡Eso es lo que atrae y reconcilia! ¡Necesito auténticos caballeros! Un tono discreto y cortés, aunque no sumiso. Después de todo, una herida así es algo honroso. Aquel de allí puede pasar; los demás, que devuelvan los uniformes.

Los «soldados» salieron. Ni el alto ni ningún otro dijeron esta boca es mía. Había una negocio de por medio.

Así que ya sabes, Beery. En primer lugar, sólo gente joven, simpática y bien plantada, que valga la pena enviar al frente y despierte compasión si le pasa algo. En segundo lugar, nada de mutilaciones crueles. En tercer lugar, uniformes impecables. En cuarto lugar, permitir que salgan esos *tommies* guapos sólo cuando, los comunicados oficiales anuncien algún progreso en la guerra, victorias o derrotas, da igual, ¡pero que sean progresos! Esto supone, claro está, que usted deberá leer los periódicos. Puedo pedirle a mi personal que esté a la altura de los acontecimientos y sepa qué ocurre en el mundo. El servicio continúa incluso fuera de las horas de trabajo. ¡Y usted baja la guardia, Beery, no me cansaré de repetírselo!

El administrador salió con la cara rubicunda y actuó enérgicamente los días que siguieron. Hubo despidos en los talleres y palizas en el despacho. Pero el señor Peachum sabía que no quedaba mucho por racionalizar en su empresa. Ya estaba racionalizada. Las pérdidas que amenazaban desde la «Compañía para la explotación de barcos de transporte» resultaban ya inseparables de la marcha del negocio.

Peachum intentó reconstruir la mirada con la que había visto a Coax examinar a su hija.

Quince libras

La señorita Polly Peachum no se encontraba bien. Se veía obligada a llevar personalmente su ropa interior a la cocina, y ya podía estar contenta de que los achaques cada vez mayores de Peachum impidieran a su madre ocuparse del lavado.

Varias veces había ido a ver al señor Smiles para pedirle consejo, pero el joven casi nunca estaba en casa.

Cuando por fin lo encontró, Smiles le dijo:

—Ya encontraremos una solución. Pero tendremos que cuidamos más en el futuro. ¿De qué sirven los anticonceptivos si no se utilizan?

Y acto seguido se puso a hablar del señor Beckett en términos sumamente hirientes, aunque el asunto no tuviera nada que ver con él.

En la casa vivía una criada vieja, y Polly, en su desesperación, le pidió ayuda.

Entre las dos subieron al cuartito de Polly la vieja bañera de cobre donde tomaban baños de asiento, y la joven empezó a pasarse horas escaldándose

con grandes jarros de agua casi hirviendo en la región lumbar mientras gemía de dolor.

La criada vieja le atraía asimismo tazones llenos de brebajes verdes o marrones que Polly tenía que beberse. De vez en cuando introducía por la puerta su cabeza, muy parecida a la de una gallina, y preguntaba si ya le había hecho efecto. Pero nada.

George, el de la pata de palo, se había habituado a su nueva vida con los perros. En sus ratos libres se refugiaba en un pequeño cobertizo de hojalata del segundo patio, donde se había montado un catre de campaña entre todo tipo de herramientas y cubos, de basura. Allí se entretenía leyendo un viejo tomo de una edición ya agotada de la Enciclopedia Británica que había encontrado en el retrete. A duras penas quedaba la mitad del tomo, y no era el primero. Aun así uno podía enterarse en él de muchas cosas que, sin embargo, no bastaban para dar una formación completa. Pero ¿quién puede jactarse de tenerla?

El Melocotón lo sorprendió un día leyendo y le prometió no decir nada al señor Peachum. En opinión del soldado, el señor Peachum no era de los que mantienen a sus empleados para que se instruyan.

En cierta ocasión, Polly no encontró al cojo en el cobertizo y se llevó el libro a su habitación con la esperanza de encontrar en él algo que pudiera interesarle. Pero no conocía las entradas en las que sin duda figuraba lo que le hacía falta, o quizás aquella parte del saber humano estuviese en otro tomo. El caso es que no encontró nada.

George se asustó muchísimo al no encontrar su libro. Se quedó varios días en cama, triste y melancólico, y hasta se mostró poco cariñoso con los perros. Fue un grave error del Melocotón no devolver el libro a su lugar al acabar de leerlo. La más mínima preocupación aumenta la indiferencia de la gente bastante más de lo habitual.

Pocos días después se puso a conversar con George sobre los perros. Lo estaba ayudando a vendarle la pata a un lulú, cuando de pronto le preguntó, sin alzar la mirada, qué debían hacer las jóvenes cuando creían que algo malo les pasaba. Se lo preguntaba, añadió, porque una compañera de estudios le había tocado el tema.

George terminó de envolverle la pata al gimoteante chucho con la tira de un pañuelo y formuló luego una sentencia tan sabia como universalmente válida.

Aquella noche, sin embargo, se puso su traje de paisano para dar una vuelta y a la mañana siguiente le indicó a Polly por señas que se acercase a la

perrera.

Le dijo que, si quería, esa misma tarde podría ir a Kensington donde un ginecólogo que tenía una gran consulta y no era nada tonto.

Su amiga, aquélla con la que había vivido mientras el marido estaba en el frente y a la que había visitado la noche anterior, le había dado la dirección. En realidad había dos direcciones: la del médico y la de una partera. Esta última era más bien para muchachas pobres. Fewkoombey pensó que al Melocotón le convendría más la del médico, que trabajaba en mejores condiciones higiénicas.

Como el Melocotón no quería ir sola, el soldado la acompañó.

El médico vivía en uno de esos grandes bloques de apartamentos de alquiler que rebosan de miseria y suciedad. Había que subir dos pisos por una escalera estrecha y pasar ante una larga serie de viviendas con las puertas abiertas de par en par, como si las habitaciones no pudieran albergar ya tanta miseria. Pero luego se quedaba uno asombrado al ver el aspecto tan confortable del piso del médico. Ya el vestíbulo era lujoso. En las esquinas había tiestos enormes con plantas ornamentales, y de la pared colgaban tapices provenientes, al parecer, de tierras exóticas. Tanto más raídos parecían, por contraste, los sobretodos y paraguas de los pacientes, que colgaban en perchas de hierro.

En la sala de espera había entre siete y ocho mujeres, todas de clase media. Cuando el médico abrió la puerta del consultorio para hacer pasar a la siguiente, le hizo una seña al Melocotón para que entrase primero, pues iba mejor vestida que las demás pacientes. Ella lo siguió compungida, y el soldado se quedó en la sala de espera.

El médico era uno de esos hombres que las mujeres llaman guapos, de frente alta y barba fina y bien cuidada. Su manera de cruzar las manos revelaba que se sentía particularmente orgulloso de ellas. Tenía, no obstante, una cara algo mustia, y en sus ojos leíanse muchas cosas desagradables. Su voz era un poco untuosa.

Mientras él anotaba el nombre y la dirección en su libro de consultas, Polly, presa de un terror secreto, paseó la mirada por la habitación. De las paredes colgaban todo tipo de armas, como venablos africanos, arcos, aljabas y puñales, pero también pistolas antiguas. En un rincón, varios instrumentos quirúrgicos lucían aún mucho más peligrosos dentro de una vitrina. Sobre el escritorio había una gruesa capa de polvo.

—*Pues sí* —empezó el médico, retrepándose en su asiento y cruzando sus manos blancas, sin que Polly hubiera dicho nada excepto su nombre—, *lo que*

usted me pide es absolutamente imposible, señorita. ¿Ha reflexionado bien sobre lo que pretende exigirme? Toda vida es sagrada, sin contar con que también existen disposiciones policiales al respecto. Un médico que hiciera lo que usted me pide perdería su consulta y acabaría, además, en la cárcel. Me dirá usted —y esto es algo que nosotros, bs médicos, oímos muy a menudo en nuestras horas de consulta— que esas disposiciones son medievales. Pues bien, mi estimada señorita, le diré que no fui yo quien las creó. De manera que vuélvase tranquilamente a su casa y confiésele todo a su señora madre. Ella es mujer como usted y seguro que se mostrará comprensiva Además, es probable que ni siquiera tenga usted el dinero para una operación semejante. Aparte de que mi conciencia tampoco me permitiría embarcarme en un asunto tan delicado. Ningún médico puede poner en juego su existencia por quince o veinte miserables libras. No somos insensibles a las desgracias de nuestros semejantes. Como médicos llegamos a veces a calar hondo en la miseria social Si se pudiera hacer algo, si usted presentase algún síntoma… de tuberculosis, por ejemplo, entonces sí que le diría: «¡Venga! ¡Pasemos ahora mismo a la acción!». Y en cinco minutos estaría todo resuelto, sin ningún tipo de complicaciones ulteriores. Pero usted no tiene en absoluto pinta de tuberculosa; puede creérmelo. Cuando se entregó al placer con la inconsciencia propia de la juventud, debió también medir las consecuencias. Hay que ser cauto y no dejarse dominar así como así por los sentimientos, por muy agradables que sean. Después vienen los ayes y, ¡hala!, a correr donde el señor doctor y a llorarle: «Oiga, doctor, no me haga usted desgraciada, por favor». Pero ninguna piensa que el desgraciado podría ser el médico tratante cuando, pese a correr un riesgo mayúsculo, no se vea con fuerzas para negarle su ayuda por puro humanitarismo. ¡Qué egoísmo tan grande! Después de todo, se trata de una operación prohibida, y aunque se renuncie a la anestesia en interés de la paciente, la cosa no baja de sus buenas quince libras, pagaderas por adelantado, porque después muchas te salen con un: «¿Cómo? ¿De qué operación me está usted hablando?». Y el médico, que también tiene que vivir, se queda en la luna de Valencia. Y es que en estos casos tampoco puede llevar contabilidad ni hacer facturas, ya en interés de la propia paciente. Si es un tío sensato, preferirá no meterse en un lío que pueda arruinarlo. La vida que se está gestando es tan sagrada como cualquier otra, mi estimada señorita. No en vano tiene la religión muy serios reparos al respecto. Mi consulta estará abierta el sábado por la tarde, pero mejor piénseselo a fondo una vez más, piense si quiere asumir una

responsabilidad tan grande, y si no, déjelo estar. Y no se olvide de traer el dinero, o será mejor que no venga. Por aquí es la salida, hijita mía.

El Melocotón salió muy abatida. ¿De dónde sacar esas quince libras?

La joven y el soldado echaron a andar a un pasito trotón, malhumorados.

—Aún tenemos otra dirección —dijo el soldado al cabo de un rato.

Y allí se dirigieron.

Era una mujer vieja y gorda, y discutieron el asunto en el salón. Polly se sentó en un sofá de felpa rojo.

—Cuesta una libra —empezó diciendo la mujer en tono desconfiado—; por menos no puedo hacerlo. Las muy cerdas te ensucian luego el sofá de sangre y te ocasionan gastos extras. Y al primer grito lo dejo todo y se me vuelve usted a casita. ¿Ha traído el dinero? En ese caso estaría todo listo en media hora.

Polly se levantó.

—No lo tengo aquí. Volveré mañana.

Y mientras bajaban la escalera, le dijo a Fewkoombey:

—Le eché una mirada a aquello. Es demasiado sucio.

—Es más bien para criadas —dijo el soldado. Y volvieron juntos a casa.

El Melocotón iba pensando en la caja de la tienda paterna.

Tenía cierta aversión al robo que le había sido inculcada desde niña junto con el robo. Le daban unos pocos peniques (para comprar guirlache) y muchos buenos consejos. Cuando metía el meñique en el pote de mermelada, le venían unos remordimientos espantosos. El sabor de la mermelada era dulce, pero la idea de la prohibición, amarga. Dios, le decían, lo ve todo y nos acecha día y noche. Y supuestamente veía todo lo que ella hacía, aunque mirar ciertas cosas no fuera muy delicado que digamos. Y cuando, según ella, se había hartado de ver cosas que no podía aprobar, ya había visto demasiado como para ponerse de parte del delincuente, aunque éste se esforzase en adoptar un comportamiento decente. La lista negra ya estaba repleta y no quedaba lugar para nuevos delitos que, por tanto, podían cometerse impunemente. Polly ya era un perdida y ahora podía permitirse cualquier acto infamante. Después de todo, era por pura pereza que los adultos ponían a Dios a vigilar los potes de mermeladas y las cajas fuertes como si fuera un perro guardián.

Pero entre sustraer unos cuantos peniques y robar quince libras había una gran diferencia.

Se equivocaba el Melocotón al considerar enormes las dificultades técnicas de un robo. Hubiera podido robarle a su padre con relativa facilidad.

La caja de la tienda estaba bien asegurada, pero el señor Peachum andaba con mucho dinero en los bolsillos de sus pantalones. Se lo quitaba implacablemente a los más miserables de penique en penique, cambiaba éstos en monedas de plata y se las guardaba indolentemente en el bolsillo. En su opinión, ni ese dinero ni ningún otro podría salvarlo a la larga. Si no lo tiraba era por puros escrúpulos, unidos a una total desesperanza: no debía desperdiciar un solo centavillo. Y sobre un millón de chelines hubiera pensado lo mismo. Estaba convencido de que ni su dinero (ni todo el dinero del mundo) ni su cabeza (ni todas las cabeza del mundo) bastaban realmente. Y por eso no trabajaba, sino que recorría de un extremo a otro su tienda y sus talleres, con el sombrero puesto y las manos en los bolsillos del pantalón, controlando simplemente que todo funcionara.

En el curso de una semana su hija le hubiera podido sustraer tranquilamente las quince libras del bolsillo, de noche, por ejemplo, en el dormitorio; y aunque él la hubiera pillado, la cosa no habría sido tan terrible como quizás ella se imaginaba. Si Peachum se hubiera despertado, pongamos por caso, y hubiera visto a su hija en el preciso momento en que le vaciaba los bolsillos, seguro que no habría parpadeado, sino que hubiera seguido soñando. Habría castigado a su hija, pero su estima por ella no hubiera desmerecido. No había nadie cuya estima pudiera desmerecer a sus ojos.

Por desgracia, los seres humanos se conocen muy poco, y Polly se creyó incapaz de sustraerle a su padre aquellas quince indispensables libras.

Cuando le mencionó la suma al soldado, éste se ofreció, en el patio, a romperle la crisma al responsable del desaguisado. Hay huchas que es preciso romper para sacar el dinero. Pero el señor Smiles no era una hucha, por lo que Polly volvió a pensar con más intensidad en el señor Beckett.

Una vez en casa, y después de ocuparse de los perros, el soldado se tumbó en su catre de campaña. De haber podido ponerse a pensar, el hilo de sus pensamientos hubiera sido más o menos el siguiente:

«*Una vez más, faltan quince libras. Y si no faltaran, sería una vez más inexplicable que naciera un ser humano. ¿Podría haber una mujer tan inhumana para traer un hijo a un mundo como éste si tuviera las quince libras que bastan para evitar que nazca? ¿De dónde saldría toda esta inmensa muchedumbre de hombres que viven destrozándose por unas cuantas bocanadas de aire fresco, por un techo que a veces no tiene goteras o alguna pitanza desabrida, si todo el mundo dispusiera de las quince libras para practicar el aborto? ¿Con qué personal se harían todas esas guerras inútiles y a quién beneficiarían? ¿A quién podría uno explotar si no hubiera*

explotado ya a su propia madre hasta dejarla sin las quince libras? Modificar las condiciones de la propiedad es imposible, dicen todos los profesores. No se puede eliminar a los propietarios, bien; pero ¿por qué no eliminar siquiera a quienes no lo son? La ley prohíbe el aborto, pero muchas infelices serían, al parecer, felices si pudieran abortar. Ellas luchan, pues, contra la ley. Desean que les revuelvan las entrañas con un cuchillo y les extraigan el fruto de su amor para arrojarlo a las letrinas. Pues bien: su deseo no puede cumplirse. Aparte de que es todo un escándalo. ¿No dice la Iglesia que la vida es sagrada? ¿Cómo pueden ponerla en peligro esas mujeres negándose a traer hijos a este pedregal hediondo y superpoblado, en el que resuena el clamor de los hambrientos? Deberían controlarse en vez de dejarse llevar por la corriente. Que se tomen un trago de whisky, aprieten los dientes y ¡a parir se ha dicho! ¡O si no, al final no habrá ninguna que quiera parir! Pues claro está que cada cual piensa primero en sí misma y lamenta que un hijo suyo deba venir a este mundo. ¡Y por supuesto que su hijo tiene que ser la excepción! ¡Maldito egoísmo! ¡Es una suerte que abortar cueste dinero! De lo contrario esto no lo piraría nadie…».

Más o menos así habría pensado el soldado, si hubiera pensado. Pero no pensaba: lo habían educado para la disciplina.

De todas formas, al poco rato se levantó y subió al piso de arriba para decirle al Melocotón algo que se le había ocurrido estando en su catre. ¿Por qué no llevarla a ver a su amiga? Seguro que ésta conocería otra salida.

Cuando entró en el cuartito pintado de rosa, el Melocotón yacía de espaldas en su cama, con las manos pegadas a ambos lados y la mirada fija en el techo.

Fewkoombey ya se disponía a hablarle, cuando vio un libro raído sobre una silla de mimbre. Era el tomo de la Enciclopedia Británica, o, mejor dicho, una parte del mismo que Fewkoombey había leído y releído durante tantísimas horas. Se sabía de memoria algunas páginas, pero ¡cuántas le faltaban todavía!

El hecho de encontrar allí aquel libro que tanto había echado de menos impresionó al soldado. No se alegraba de poder recuperarlo. Le impresionaba que se le hubiera perdido. A sus ojos, preciso es saberlo, tenía un valor inestimable. Hubiera podido adquirirlo en cualquier baratillo, suponiendo que por azar lo tuviesen. Aunque ¿por qué habrían tenido precisamente aquel tomo? Es algo que a lo sumo podía ocurrir una vez cada diez años. Para el Melocotón, ya lo sabemos, no tenía ningún valor. Para Fewkoombey, en cambio, quizá no había nada por lo que se hubiera dejado cambiar, excepto

aquel tomo completo. Pese a ello, no podía abalanzarse sobre él y exclamar: «¡Ah! ¡Este libro es mío! ¿Cómo ha venido a parar aquí?». Semejante reacción hubiera paliado la cosa de forma absolutamente inadmisible. Al ver el libro en esa habitación, Fewkoombey cambió por completo de opinión sobre la señorita Peachum.

Y cuando ella le preguntó qué quería, él murmuró algo parecido a «saber cómo se encontraba» y abandonó la habitación sin lanzarle una sola mirada a ella ni al libro. Polly estaba demasiado abatida como para advertir lo extraño de su comportamiento.

Y con él se fue de su habitación una persona amiga, indispensable en aquel mundo y de todo punto insustituible, así como un consejo que acaso hubiera dejado huellas en su vida.

Polly volvió a visitar a Smiles en aquellos días. Como la patraña de éste empezaba a sospechar algo, se dirigieron al parque municipal. La joven quiso sentarse en un banco, pero Smiles insistió en que se instalaran entre los arbustos.

Polly interpretó aquello como una extorsión.

Pero él, enlazándole el talle con su brazo, le dijo que había hecho grandes esfuerzos por buscar una solución.

—No creas que no pienso día y noche en este asunto —le dijo pegando su mejilla a la de ella—. Me resulta terriblemente desagradable. ¡Y tú te has vuelto tan irritable desde entonces! ¡En vez de estarte aquí tranquilamente sentada, por ejemplo, entre estos arbustos tan preciosos! Mira un momento la luna, cariño, no siempre está así; pero es que ni siquiera la miras; no me cansaré de decírtelo, en vez de distraerte un poco, cosa que te haría un gran bien, vuelves siempre con la misma cantaleta. ¿Es que ya no sientes nada por mí? ¿Ya no te gusta que ponga mi mano aquí, sobre tus pechos? No me tienes confianza. Soy yo el que tengo que sacarte de esta situación en la que te he metido, aunque tú también colaboraste, cariño, tienes que admitirlo. Pues mira, se me ha ocurrido algo, ya sé lo que hay que hacer. Es relativamente simple y puedes hacerlo sola. Y no cuesta absolutamente nada. Coges una cebolla…

Ella lo miró sin comprender. Y él retiró el brazo y prosiguió:

—Coges una cebolla, una cebolla corriente, de las que hay en toda cocina, te la metes dentro y esperas a que empiece a brotar. Echará raíces por todas partes, unas raicillas muy finas, ¿sabes? Cuando haya echado raíces, cosa que dura entre dos y tres días, te la sacas y verás que junto con ella saldrá todo lo demás. Muy sencillo, ¿verdad que sí?

Polly se levantó indignada. Se sacudió un poco de musgo de la falda y se arregló el sombrero sin decir palabra. Viendo que él se había ofendido, añadió:

—¡Nadie pagaría quince libras si todo pudiera arreglarse con una cebolla! ¡Seguro que te desangras!

Salieron del parque a toda prisa. Al despedirse, él le dio a entender claramente que, por su parte, había hecho todo cuanto podía.

Polly sabía que el otro nombre de Beckett era Macheath y que era el propietario de los almacenes B. Él mismo se lo había contado. Como también comerciaba con maderas, tenía todo el derecho a llamarse maderero cuando le conviniera.

Polly se encontró con él varias veces, y un día,, a título de prueba, le contó su conversación con el corredor de comercio Coax. No le dijo que lo había buscado en su apartamento, ni mencionó la carta de su padre, pero sí le habló de unas fotos muy interesantes que él había prometido mostrarle. Y añadió que pensaba visitar pronto a Coax, pues su hermana parecía una mujer muy simpática.

El señor Beckett la escuchó con aire sombrío. Daba la impresión de estar a punto de tomar serias decisiones.

Al caer la tarde, Polly siguió a su madre hasta un pequeño sótano donde guardaban manzanas sobre unas estanterías de madera. Sabía que a la señora Peachum no le gustaba que la siguieran hasta allí. Pero Polly esperaba conseguir algo si hablaba con ella en ese sitio y no en otro. Cuando abrió la puerta, vio a su madre de pie entre las estanterías, asustada y con un vaso de *whisky* en la mano. La botella estaba sobre la mesa. Para la señora Peachum era muy doloroso que su marido la obligara a ponerse en una situación tan indigna frente a su hija, y todo por un ocasional vaso de *whisky*. Tenía cuarenta y seis años y su falta de libertad la hacía sufrir mucho.

Pero Polly prefería hablar con ella cuando sabía que se sentía culpable, pues en otra situación podía resultar bastante repulsiva. La joven le participó su deseo de casarse con el señor Beckett

—Ni siquiera se llama Beckett —dijo la señora Peachum indignada.

—Ya lo sé, se llama Macheath, o, mejor dicho, quizá se llame así —dijo el Melocotón con toda calma.

—¿Y Peachum? ¿Qué dirá Peachum de un hombre que quizá se llame así o quizá se llame asá? —preguntó la señora Peachum al tiempo que, con gesto rápido, ponía su vaso sobre la estantería más cercana—. No es un hombre que te ofrezca garantías. Yo también tengo un par de ojos y he observado cómo

baila cuando él cree que no lo estoy mirando. Y encima se piensa que con cuatro o cinco copas del trago ese que te venden en el «Calamar» ya estoy que ni veo. Un hombre que tiene un negocio decente no coge de ese modo por el talle a una joven. ¡No me vengas con cuentos! Los motivos que puedas invocar para casarte con un hombre así no son nada sensatos, mi querida Polly. Para mí que hay otra cosa, de la que prefiero no hablar. ¡Te ha hecho perder la cabeza, eso es!

—Sí, me gusta.

—¿Ves? Ya lo decía yo —exclamó la señora Peachum en tono triunfante —. Has perdido la cabeza. Estás loca por él y eres incapaz de calcular cuánto es dos por dos.

Polly se enfadó.

—Deja ya de hablar tanto —repuso con dignidad—; díselo a papá y que él se encargue de hablarle.

Dicho lo cual dio media vuelta y volvió a su habitación.

La señora Peachum suspiró y vació su vaso, malhumorada. Esa misma noche habló con su marido. Conocía bien a Polly.

Aquella tarde, Peachum había tenido un terrible altercado con Coax. En la trastienda de un restaurante, el corredor de comercio había exigido abiertamente la compra de huevos barcos. Aquello había caído como un rayo sobre la «Compañía para la explotación de barcos de transporte». Eastman, que ya presentía muchas cosas desde hacía varios días, se derrumbó simplemente en su silla; el corredor de apuestas, en cambio, se levantó de un salto y empezó a mugir como un buey para acabar desplomándose bañado en lágrimas. De nada sirvió todo aquello. Según Coax, ya se habían dado los primeros pasos para constituir una comisión parlamentaria que investigara el contrato de compra. Y a Peachum, que representaba a dos partes, le encargaron que fuese con Coax a Southampton aquel fin de semana. Allí iniciaría negociaciones para la adquisición de barcos de transporte «en inmejorables condiciones».

Pese a todo, se dirigieron a los muelles para proceder a la entrega oficial de los barcos viejos a la comisión gubernamental. Tenían que entregarlos simplemente para no llamar la atención; ya los cambiarían más tarde. La reparación aún no había concluido; los trabajos proseguían bajo la dirección de la CEB. La comisión sólo estaba integrada por dos funcionarios de civil que liquidaron rápidamente las formalidades. Estuvieron apenas un cuarto de hora en un muelle ventoso. Llovía y hacía frío.

Y esa noche, cuando la señora Peachum le habló a su marido de Macheath en relación con su hija, Peachum tuvo un ataque de rabia.

—¿*Quién* se os ha presentado? —chilló—. ¿Ese estafador de los almacenes B? ¿Y qué significa presentado? ¿Dónde diablos os metéis para que se os presenten hombres desconocidos? ¡Ese tipo es un timador conocido en toda la city! ¿Es así como cuidas a tu hija? ¡Yo me mato trabajando día y noche para ella y tú la relacionas con calaveras conocidos en toda la ciudad, que hacen antesala en los bancos para intentar sanear sus almacenes-baratería! ¿Qué es lo que le pasa a tu hija? Es un capítulo en el que tendré que poner orden muy pronto. En presencia de sus padres intercambió el otro día unas miraditas con ese Coax que… ¿De quién habrá sacado esa sensualidad?

—De ti seguro que no —repuso la señora Peachum en tono seco, la manta bajo la barbilla.

—Pues claro que de mí no —dijo Peachum, furioso, en la oscuridad—. No puedo darme ese lujo. Necesito tener clara la cabeza para no acabar desgarrado por aquellas hienas.

Y añadió con voz tajante:

—Y no se hable más. Yo decidiré sobre las relaciones de Polly.

Ya había tomado una decisión con respecto a su hija.

A la mañana siguiente la llamó a capítulo en su despacho. La interrogó sin miramientos sobre su visita a Coax, y la joven, llorando, le contó incluso lo de las fotografías. Todas de chicas desnudas, le explicó.

Después del interrogatorio, Peachum le dijo que consideraba falsas la mayoría de sus declaraciones. Que el señor Coax era un hombre de negocios realmente decente y ella podía estar contenta de que le demostrase interés e ignorase lo de su trato con otros hombres. Peachum no fue más allá de esta insinuación.

Cuando Polly se encontró luego con el señor Macheath, le dijo que su padre jamás la dejaría casarse con él, y que el señor Coax la había invitado a un *picnic* aquel fin de semana. Lo primero era cierto; lo segundo, mentira.

Cuando Macheath se enteró por el Melocotón de que el señor Coax era el elegido de los padres de la joven, vio muy claro que tenía que hacer algo contra el Coax aquel.

Después de pensar un rato, se dirigió en un ómnibus con imperial a una de esas mugrientas salas de redacción de dos habitaciones pobladas normalmente por personajes bastante desaliñados y ávidos de noticias, que hablan con una solemnidad exagerada.

Después de sacar y hojear unos cuantos tomos manchados y casi deshechos de periódicos viejos, el señor Macheath se subió a otro ómnibus con imperial rumbo a Blacksmith Square, donde, en un edificio lateral, le dio un encargo a un hombre gordo y de aspecto sospechoso, que lo recibió en mangas de camisa.

Seguidamente, y aunque aún era de día, volvió a su casa en un tercer ómnibus.

Tenía una pequeña casa unifamiliar en un suburbio de la zona sur. Situada detrás de un minúsculo jardincillo, la casa formaba parte de una serie de viviendas perfectamente idénticas. La había conseguido hacía poco y aún estaba instalándose. En una de las habitaciones tenía unos cuantos muebles, entré ellos un sofá nuevo en el cual dormía, y en la cocina había un hornillo de gas y una gran nevera. Pero no era una casa nueva. Macheath la consiguió por uno de sus socios que había hecho bancarrota.

De pie en la escalerilla de piedra de la entrada sacó un enorme manojo de llaves del bolsillo y probó primero unas cuantas antes de dar con la correcta. Luego entró silbando en el vestíbulo completamente vacío, donde no había ni un gancho para colgar el sombrero.

En su habitación del primer piso, en la que imperaba un orden ejemplar, se quitó las botas, se tumbó en el sofá y permaneció recostado hasta que oscureció.

Hacia las diez de la noche sonó el timbre. Macheath bajó e hizo pasar a un hombre gordo al que en el mismo recibidor le quitó lo que traía y lo volvió a hacer salir, sin decirle una sola palabra. El hombre se alejó refunfuñando. Al parecer conocía la zona.

Después de haber vaciado en su lavatorio un lío de cartas y papeles envuelto en papel de estraza y de examinarlo media hora a la luz de una lámpara de petróleo, Macheath, que vivía en aquella casa bajo el nombre de Milburn, se hizo una cama con unas cuantas mantas que sacó del armario y no tardó en quedarse dormido.

A la mañana siguiente tuvo una entrevista con el inspector general en la jefatura superior de policía.

Inclinados sobre el macizo escritorio vacío, los dos señores estudiaron el contenido del paquete envuelto en papel de estraza, sobre todo un cuadernillo rayado de tapas rojas: el diario del señor Coax.

El diario sólo contenía fechas relacionadas con la vida privada del corredor de comercio. Antes de que el inspector lo revisara, el señor Macheath le había asegurado que en d cuadernillo no había una sola

anotación de tipo comercial, pues en este caso el señor Brown no hubiera estado en condiciones de inspeccionarlo.

El contenido del cuadernillo era, en general, de orden moral. No faltaban alusiones a ciertas visitas y otros hechos, pero en lo esencial eran consideraciones éticas, autorretratos sinceros, testimonios de una lucha incesante contra una sensualidad avasalladora. En el fondo, aquellas notas estaban muy por encima del nivel intelectual de ambos lectores, para los que tampoco habían sido escritas.

También había nombres, aludidos tan sólo por la letra inicial.

Casi cada dos o tres días (no faltaba un solo día, el diario había sido llevado con una minuciosidad extrema y apenas si había una palabra tachada) aparecían unos números escritos con tinta roja y pulcramente subrayados con regla: «2 veces» o «4 veces», por ejemplo. «4 veces» era más bien raro y no había ninguna cifra superior a «5 veces». Ocasionalmente se leía «1 vez», y en este caso el número no estaba subrayado, sino encerrado en un pequeño círculo.

Había asimismo otros dos signos diferentes cuyo significado lo explicaba una anotación en la cara interior de la tapa; deposiciones e ingestión de laxantes. También estos signos parecían dibujados. El señor Coax tenía una letra elegante, no desprovista de vuelo.

Integraban el resto del paquete unas fotografías de muy dudoso gusto y sumamente desgastadas por el uso.

Tras una lectura breve y silenciosa, Brown apretó un botón y entregó una esquela en la que previamente había escrito unas palabras a un empleado que acababa de entrar. Cuando éste volvió, dejó a su vez sobre la mesa un paquete que contenía expedientes e informes elaborados por la policía londinense.

Brown extrajo del paquete un documento oficial y comparó parte de él con una anotación del diario de Coax. Señalando con su grueso índice aquel pasaje, dijo en su tono de voz pausado y minucioso:

—Mi estimado Mac, a este tipo no podemos echarle el guante. No sabemos en qué negocios andará metido, y, por principio, nosotros no metemos la nariz en los negocios de la gente honrada. ¿Adónde iríamos a parar si no? El caso es que este hombre paga sus impuestos. Además, no entendemos nada de negocios ni nos ocupamos de la vida privada de ningún caballero. Y éste no ha cometido robos. Sólo quedaría una denuncia presentada hace dos años, cuando en el curso de una redada encontraron al señor en una casa de citas con la esposa de un secretario de Estado del

almirantazgo. Pero será mejor que dejes este asunto en manos de algún periodista. Te daré los nombres de unos cuantos que podrían ocuparse.

Volvió a apretar otro botón y le trajeron una nueva carpeta, bastante gruesa, sobre la cual se leía «Extorsiones».

La examinó detenidamente, según su costumbre, y decidió:

—¡Elige a Gawn! ¡Es uno de los mejores!

Macheath cogió la denuncia, la introdujo entre su propio material, le dio una palmadita a su amigo en la espalda y dijo como quien no quiere la cosa:

—Si tuviera que casarme un día de éstos, oficialmente, ya me entiendes, ¿podrías asistir a la boda? Me interesaría por la gente del banco. No funcionan muy bien que digamos.

—Por poco que pueda, iría —dijo Brown con desgana—; siempre que no ocurra muy a menudo.

Macheath se marchó pensativo. Brown ya no era el mismo de antes en sus relaciones con los viejos amigos. Cierto es que seguía siendo fiel como un perro guardián, pero en los últimos tiempos le había caído encima una montaña de responsabilidades…

Macheath tampoco acababa de entenderse con el banco, que siempre le salía con nuevas salvedades.

Ya su propia gente le creaba problemas. Querían ver dinero. Y le abrumaba pensar que era responsable de casi 120 personas, en parte con familia. No se lo tomaba a la ligera.

Algo tenía que ocurrir, no cabía la menor duda. Cuando el dinero del viejo Peachum pasara a sus manos, lanzaría un suspiro de alivio.

Se dirigió a uno de sus almacenes junto al puente de Waterloo. No era un almacén B, sino una honesta tienda de antigüedades regentada por una mujer, Fanny Crysler, una persona que algo entendía de objetos de arte. Allí solía ir cuando tenía que reflexionar sobre un problema. Se sentaba en la oficina y hojeaba uno que otro libro.

Lamentablemente Fanny no estaba. Había ido a una subasta. Mac insistía en que algunos de los objetos puestos a la venta tuviesen una auténtica documentación de origen.

Los libros, que yacían apilados en el despacho y, según constaba en lápiz azul sobre la tapa de la caja, provenían de la biblioteca del párroco de Kingshall, contenían grabados extremadamente obscenos. Era algo que Mac no podía soportar. Él era contrario al arte en todos los aspectos. Asqueado, apartó de sí los valiosos volúmenes.

Y se puso a pensar en Polly.

Siempre que pensaba en ella en los últimos tiempos lo invadía una indescriptible inquietud. La joven era demasiado sensual.

Se levantó y se dirigió a la Old Oak Street.

Cuando pasó por segunda vez frente a la casa, Polly bajó y dio con él unas cuantas vueltas a la manzana.

La encontró muy dócil y también más pálida que de costumbre. Parecía preocupada. A Macheath le llamaron la atención sus ojeras. Al despedirse, ella no lo miró a los ojos.

Mientras hablaban, Polly le dijo de pasada que no iría a la escuela del hogar durante un tiempo, y, por lo tanto, no podrían encontrarse. Y ese domingo tenía el *picnic* con Coax.

Macheath se dirigió malhumorado a Turnbridge. Se había acordado de que era su jueves.

Tenía la costumbre de pasar la noche de cada jueves en cierta casa de Turnbridge. Rodeado de jovencitas, pidió una taza de café y se puso a charlar con Jenny. Como estaba deprimido, le pidió que le echara las cartas. Pero ella no le dijo nada interesante. Las chicas lo aburrían como siempre. Hacía más de cinco años que frecuentaba aquella casa.

Al día siguiente fue a ver a Gawn, quien escribía para varios periódicos de dudosa reputación, y le entregó el material contra William Coax.

Muy poco después, Miller, del National Deposit Bank, deslizó en el curso de una entrevista comercial cierta observación que animó al señor Macheath, más allá de todas sus posibles reservas, a fundar cuanto antes un hogar burgués y respetable, cosa que también respondía a los deseos de la señorita Polly Peachum.

La lucha contra el señor Coax se convirtió así en algo superfluo para Macheath, quien se olvidó del material comprometedor que había entregado.

Capítulo quinto

Entre pescado y salvajina «intimaron»,
y ya «siempre unidos de por vida quedaron».
No tenían cama, no tenían mesa,
ni tampoco pescado o salvajina,
ni nombres que ponerles a sus hijos.
  Pero ya truene, llueva o caiga nieve,
  y aunque la sabana se aniegue,
  de su maridito, hijo mío,
  Hanna Cash nunca se apartará.

Según el *sheriff* es un pillo redomado,
y la lechera dice que es un malhablado.
Pero Hanna replica: «¿Y qué? ¡Es mi marido!».
Y como era una mujer muy libre,
junto a él se nos quedó.
  Y por más que él desvaríe o renquee,
  y diez mil palizas le arree,
  Hanna sólo le preguntaría,
  si la sigue amando todavía.

Balada de Hanna Cash

Una empresa pequeña, pero sólida

El National Deposit Bank era una empresa pequeña, aunque sólidamente cimentada, que trabajaba en lo esencial con bienes inmuebles. Pertenecía a una niña de siete años y era dirigido por un viejo apoderado, el señor Miller, que recababa consejo de un abogado también muy entrado en años, de apellido Hawthorne, y tutor, a su vez, de la pequeña propietaria.

En sus negociaciones con el banco, Macheath tenía que entenderse no sólo con el señor Miller, sino también con el señor Hawthorne. Entre los dos

sumaban más de ciento cincuenta años, y quien tuviera trato con ellos tenía que vérselas, de hecho, con un siglo y medio.

Al dirigirse a ellos, Macheath había sometido su paciencia a una prueba indescriptible, pues deseaba silenciar de una vez por todas los rumores que corrían sobre sus almacenes B. De hecho, a nadie en la city se le habría ocurrido pensar que una empresa en la que participaba el NDB hubiera sido fundada *después* de 1780. Y esas empresas tan antiguas son realmente sólidas.

Pero justamente esta circunstancia le impedía a Macheath avanzar.

El banco se inventaba un subterfugio tras otro. Quería saberlo todo, desde los alquileres de los almacenes hasta el *curriculum vitae* de los tenderos. Pese a ello, parecía extrañamente interesado en el asunto. Y Macheath sabía por qué: el negocio inmobiliario, sobre todo tal y como lo entendía el señor Miller, ya no era lo que había sido en otros tiempos. Las nuevas inversiones eran escasas y los bienes antiguos habían sufrido depreciaciones terribles en muchos casos.

El señor Hawthorne miraba con cierta inquietud el futuro. No estaba del todo contento con el apoderado, el señor Miller; aunque él mismo era mayor que éste, Miller le parecía a ratos demasiado viejo para dirigir el banco. Y con una prolijidad muy suya achacaba a la prolijidad de Miller la pérdida de más de un negocio. A veces hasta pensaba en secreto sustituirlo por una persona más joven y emprendedora, y el señor Miller lo sentía.

En realidad, ambos llevaban ya un tiempo preguntándose cómo debían entender la nueva época. Quizá no fuera muy aconsejable tomársela tan al pie de la letra. Otras empresas se la tomaban más deportivamente, hacían negocios y pasaban por ser fiables. Acaso el estilo de la nueva época exigiera simplemente cierta generosidad.

De ahí que cuando se les ofreció el contacto con los novedosos almacenes B, no se mostraran tan reacios como cabía esperar. Todo en aquel asunto era un tanto extraño y desordenado, pero eso era precisamente lo nuevo, lo moderno. Claro que su punto de vista les impedía captar las diferencias entre las nuevas empresas tan bien como las que había entre las nuevas y las viejas. Su continuo preguntar era más bien un hábito. En el fondo ya estaban medio decididos a embarcarse en el negocio. Sobre todo Hawthorne.

Miller ya le había hecho a Macheath ciertas insinuaciones que sólo podían significar que, en caso de invitación, él no dudaría demasiado en ir a visitarlo en la intimidad de su hogar…, lo cual suponía mucho. Por desgracia, Macheath no tenía hogar. Y cuando invitó formalmente al señor Miller a su

inminente boda, éste aceptó presuroso en su nombre y en el del señor Hawthorne.

Macheath tenía la sensación de que esta invitación era mucho más importante para la puesta en marcha del negocio que todos los documentos del mundo. Y tenía razón.

Del banco se dirigió, ya de muy buen humor, a la zona del puente de Waterloo. En el despacho trasero tuvo una conversación con Fanny Crysler y luego salió con ella.

Recorrieron juntos varias tiendas de antigüedades del barrio y eligieron unos muebles. Tenían que ser piezas selectas; los precios no importaban.

Pero mientras merendaban en un salón de té, Fanny guardó un breve silencio y dijo luego bruscamente, golpeando el plato con la cucharilla:

—Todo esto es un disparate. ¿Para qué quieres realmente esos muebles? ¿Para ti? ¡Claro que no! En caso de necesidad podrías vivir entre ellos, pero a mí no tienes por qué engañarme: un mobiliario flamante y correcto de cuarenta libras por habitación te agradaría más que el que acabo de elegir. Tienes un gusto de embalador de muebles, confiésalo. Y no es ninguna vergüenza. Pero esos muebles no son para ti, Mac. Son para los señores Miller y Hawthorne, y ¿qué quieres que hagan con ellos? Lo que tú necesitas es una casa moderna y cara. Debe ser la casa de un hombre que sintonice con su época. Claro que también puedes meter una que otra antigualla heredada de tu madre, como un sillón con costurero, por ejemplo. Ya me encargaré de conseguírtelo. Déjalo de mi cuenta. Y lo haré de forma que el Siglo y medio no tenga que preocuparse del dinero que te confíe.

Macheath se rió. Luego volvieron a pasar por las tiendas y anularon todos los pedidos. Fanny se encargó, ella sola, de conseguir otros muebles.

Polly había mentido cuando habló de un *picnic* al que la había invitado el señor Coax. Ni siquiera lo había visto. Varias veces pensó buscarlo por el broche, que, en su opinión, le hubiera aportado quince libras en una joyería o en cualquier casa de préstamo.

Pero se entendía muy bien con Mac, que le gustaba cada vez más. Y había observado que la hacía vigilar. En tomo a la tienda de instrumentos merodeaban continuamente un par de individuos que la seguían cuando salía. Al principio eso la molestaba, pero luego acabó halagándola. Con Mac se sentía protegida. No era un joven chulo como Smiles, sin ningún sentido de la responsabilidad. Cuando Mac le habló de un matrimonio secreto, ella se imaginó, complacida, la cara que pondría su padre cuando se enterase.

Estaba convencida de que la simple mención del *picnic* había animado a Mac a tomar esa decisión. Se ve que por *picnic* él entendía una orgía. Y Polly se reía al pensar en ello.

El viernes por la tarde, la señora Peachum metió en un maletín de mano una camisa y unos cuantos cuellos duros de su marido, y el señor Peachum partió con todo aquello a la estación. Media hora más tarde, Polly también hizo su equipaje en la pequeña habitación rosada.

Se había comprado en secreto una combinación de seda y un corsé lila, y para sorprender a Mac lo había hecho en uno de los almacenes B. Guardó todo en un viejo maletín negro y añadió un camisón largo y sin escote, el único no remendado que tenía.

En la esquina se le acercó un coche cerrado en el que iba Mac.

Estaba de un humor de perros, pues la intensa actividad desplegada desde muy temprano le había impedido hacer su siesta habitual.

Primero se dirigieron a la jefatura superior de policía. Macheath hizo parar el coche y subió un momento a ver a Brown, al que también encontró nervioso. Ya había ido dos veces a insistirle en que no dejara de ir.

Como la búsqueda de una casa adecuada aún no había dado resultados, aquel mediodía tuvo que darle otra dirección, lo cual no mejoró el estado de ánimo de Brown. Volvió a mostrar muy pocas ganas de ir, pero prometió que lo haría. De hecho, el éxito del matrimonio dependía totalmente de su asistencia. Y no sólo por Miller y por Hawthorne, sino también por otros invitados a los que la presencia del alto funcionario policial no dejaría de impresionar.

Mac dejó a Polly en un salón de té cerca de Covent Garden y siguió solo hacia Kensington. Sus hombres estaban acondicionando la casa para el matrimonio después de que esa mañana se hubiera producido un desagradable incidente en otra casa. El apartamento de Mac en la zona sur de Londres no servía para la ocasión por ser demasiado pequeño.

Aún encontró un gran desorden al llegar. Los muebles para el piso de abajo habían llegado antes que los de arriba e impedían el paso. Aquellos hombres no eran embaladores de oficio y, además, habían bebido. O’Hara, que dirigía la instalación, se disculpó alegando que había habido demasiadas protestas.

La casa era la pequeña residencia urbana del duque de Somersetshire. La gran residencia también hubiera estado libre, pues el duque se hallaba en la Riviera, pero habría resultado demasiado ostentosa y además tenía muebles,

mientras que la pequeña, exceptuando la vivienda del mayordomo, estaba vacía. El mayordomo le debía favores a Macheath.

No pudiendo hacer allí gran cosa, éste se marchó a ver nuevamente a Brown. Ya no lo encontró en la jefatura, por lo que atravesó el puente de Waterloo y envió a Fanny a reunirse con Polly. Luego fue a buscar a Brown en su domicilio particular, donde tampoco lo encontró.

Fanny reconoció en seguida al Melocotón por la descripción que le hiciera Mac, y se le presentó inmediatamente. Polly estaba un poquitín nerviosa porque Mac se hacía esperar demasiado. Ya iba por su tercera taza de té y no llevaba dinero consigo.

La llegada de Fanny la tranquilizó al principio, pero luego empezó a preguntarse qué relaciones podría tener esa mujer con Mac. Fanny tenía un poco más de treinta años y no era fea. De pronto se echó a reír y le contó al Melocotón que regentaba, por cuenta de Mac, una tienda de antigüedades junto al puente de Waterloo, y que tenía un marido enfermo y dos criaturas. Curiosamente, aquello calmó a Polly de inmediato, aunque no por mucho tiempo.

Lo peor es que se estaba haciendo demasiado tarde para recorrer tiendas en busca del vestido de novia. El miedo a tener que pasar la velada con su vestidillo de cada día quitábale a Polly toda la ilusión del casamiento. Mac le había dicho que asistiría mucha gente distinguida.

Macheath llegó bastante tarde, sin haber localizado a Brown, y se llevó a las dos mujeres en su coche. Polly no permitió que Fanny se quedara, como era la intención de Mac. Las objeciones de ésta de que no llevaba el vestido adecuado toparon con el silencio de la joven.

Mac soltó una maldición cuando miró el reloj. Claro que ya habían cerrado todas las tiendas. Comprendía perfectamente que Polly no quisiera entrar con su vestidito de diario en su futuro hogar, ni siquiera por una de las puertas de servicio. Y sin que ella tuviera necesidad de decir nada, Mac hizo detener el coche en el parque, a un centenar de metros de la casa, y se adelantó a buscar los vestidos.

Encomendó la tarea a uno de sus hombres, que era especialista en ropa de confección y terna el suficiente buen gusto como para dirigir una sección en los almacenes Worth, aunque careciera de la seriedad debida. Al día siguiente faltaban cinco vestidos en Worth, y la jefa de sección comunicó a la policía que eran de los mejores que había. Bully tuvo, pues, toda suerte de líos en las semanas subsiguientes, ya que, al menos en los bajos fondos, no había otro

hombre con un gusto igual al suyo. Pero el caso es que Mac pudo llevarle a Polly, que aguardaba en el coche, un estupendo vestido de novia.

Fanny se puso otro de los cuatro restantes, y acabó también vestida de novia.

En la casa, Polly fue recibida por unas cincuenta personas que, por cierto, parecían pertenecer a clases sociales totalmente diferentes. Además de saludar a un lord Bloomsbury, a un coronel, a dos miembros de la Cámara de los Comunes, a dos conocidos abogados y al párroco de St Margaret, que celebró la boda en una habitación contigua, Polly estrechó la honrada diestra de toda una serie de pequeños comerciantes, en su mayoría obesos y reposados, los agentes y compradores de Mac. Muchos de ellos habían ido con sus esposas.

También habían invitado a varios tenderos de los almacenes B, unos personajes lamentables, correctamente trajeados y con cara de fiesta, que parecían estar allí expuestos.

Con tanto jaleo no pudo Polly ver mucho de la casa. Oyó a su marido decirle al lord que se la había alquilado a su amigo el duque de Somersetshire.

A la izquierda de la novia se había sentado el viejo Hawthorne. Polly, a la que éste conocía desde niña porque solía ir con su padre al banco y jugar con talonarios de cheques mientras los dos señores hablaban de negocios, le contó que Mac y ella se habían peleado el día anterior con sus padres porque Mac no quería que nadie de la «fábrica» asistiera a su boda. La historia sonaba poco convincente, pero el Siglo y medio pareció tragársela.

El sitio a la derecha del novio quedó, al principio, libre.

Brown seguía sin aparecer. En el curso de la comida, Macheath salió varias veces para enviar a alguien en su busca. Sin Brown, la boda entera carecía de valor para él. Significativamente, creía que la presencia del inspector de policía dejaría una impresión duradera en el Siglo y medio.

Brown llegó en el preciso momento en que servían las aves. No parecía de muy buen humor ni llevaba puesto el uniforme, cosa que, en su fuero interno, Mac se tomó muy a mal.

Con Polly estuvo encantador. La joven le gustaba de verdad. Recta como un huso, terna la cara levemente enrojecida y representaba su papel de maravilla. Comía sólo un poco de todo, como conviene a una novia. Pues resulta muy desagradable ver a una criatura tierna y delicada engullir pollos y pescados enteros.

La distribución de los comensales no era del todo justa según muchos de los que estaban en el otro extremo de la mesa, pero nadie se lo echó en cara a la novia. Esta lucía tan radiante que reconciliaba a todo el mundo.

En su interior Macheath estaba preocupado por el comportamiento de sus invitados. La gente de los almacenes B hacía gala de buenos modales al comer porque no se sentía en casa, pero los compradores se lo tomaban, claro está, más deportivamente. Macheath, que se sentó con ellos a los postres, escuchó molesto el cuchicheo de sus mujeres que, claro está, no se podían soportar, y hasta pilló un chiste verde contado sin tapujos por alguien en quien se fijó muy bien.

En líneas generales, sin embargo, la selección que hiciera entre su gente había sido francamente acertada. Ninguno de los presentes figuraba en los registros de delincuentes nacionales o extranjeros, con la excepción de Grooch, al que, de no ser por sus huellas digitales, no lo habría reconocido ni el equipo entero de Scotland Yard. Formaban el contingente principal los tenderos, que, en efecto, no tenían pecadillo alguno en su conciencia y daban una impresión de honradez insuperable con su aire bobalicón. Invitar a Jenny había sido una desfachatez de O'Hara; las prostitutas no tenían por qué estar en círculos familiares, aparte de que el coronel, como mínimo, debía de conocerla. Gente como Ready, en cambio, el «Viajante», uno de los dos máximos asesinos y habladores del Imperio, elevaban poderosamente el nivel de sociabilidad de la reunión, que, a decir verdad, tampoco estaba nada mal.

Después del café, Macheath se retiró, junto con Hawthorne y Miller, a una habitación contigua donde aún se veían, en sillas y mesas, los accesorios de la boda. Brown se había despedido pretextando compromisos oficiales. Los tres caballeros se pusieron a comentar la participación del ND-Bank en los almacenes B, al tiempo que bebían una copita de licor.

Los dos ancianos no entraron en detalles ni dijeron una palabra sobre la ausencia de los padres de Polly, que, de alguna manera, los había apenado. Por cierto que Macheath había contado con que eso los intranquilizaría, pero no dio ninguna explicación. Confiaba en que, tarde o temprano, el señor Peachum aceptaría el hecho consumado, y el silencio del Siglo y medio venía a demostrarle que ambos se hacían cargo de la situación y compartían su confianza.

Cuando volvieron, ya había comenzado el baile. El Melocotón estaba bailando con O'Hara. El salón de caza, del más puro estilo modernista, daba una impresión de fiesta.

Mac se sentó unos minutos a la mesa abandonada. La papada se le hundía en el cuello duro, y su cabeza calva lucía enrojecida, pues ya estaba algo bebido. Intentó reflexionar. Y en un tiempo relativamente breve logró coordinar unas cuantas ideas:

«*¡Ay!*», pensaba más o menos, «¡*los momentos más hermosos de la vida están llenos de contrariedades como un trozo de carne de buey está repleto de tendones! ¡Nunca falta un engorro que dé al traste con las escenas más conmovedoras! Cuando el hombre se ha elevado interiormente al máximo y sólo se siente animado por el más puro de los sentimientos, hete aquí que los problemas financieros se cruzan en su camino. Yo no puedo estarme aquí tranquilamente sentado, bebiendo mi copa de vino. Si lo hiciera, mis queridos invitados, esos marranos, me lo emporcarían todo en un instante. Tengo, pues, que vigilar y no aflojarme estos pantalones que tanto me aprietan la barriga. Y también debo vigilarme a mí mismo, pues no soy menos marrano.* $_t$ *¡Qué bonito sería todo si esos perros sarnosos mostrasen un mínimo de consideración ante los sentimientos que uno tiene el día más hermoso de su vida! Yo soy buena persona, pero si Klauede se va ahora al cuarto de al lado con la mujer de Charley, me pondré hecho una furia Son cosas que jamás toleraré en mi casa Y la Jenny tampoco debió venir, la verdad es que desentona No puedo sentar a semejante gentuza al lado de mi mujer, sería demasiado. Polly le cae bien a todo el mundo. ¡Y pobre del que pretenda acostarse con mi mujer! ¡Cerdos! ¡Que se diviertan con sus zorras! La mía no es ninguna zorra. Aunque no debería decir esto, ¡qué vulgaridad!, no debería ni nombrarla junto con las otras. Ella está muy por encima de todas y también de mí mismo. Por desgracia no soy un hombre decente ni refinado. Pero sé hacer negocios. Cuando el asunto del banco haya concluido, sí que seré un hombre decente. Es tan agradable serlo, y no causa ningún perjuicio financiero. O uno muy escaso. O incluso es provechoso. Ahora tengo que levantarme. Los momentos más hermosos están llenos de contrariedades. Y esto es triste, sí, muy triste*».

Macheath se levantó para ir a buscar el coche. Cuando volvió por su cartera, sorprendió a Bully, alias Jakob Dedos de Gancho, con la mujer de Robert Serrucho, y les armó un escándalo porque «en su casa no toleraba esas marranadas». También le molestó que el Melocotón siguiera bailando con el pérfido O'Hara, e interrumpió el baile bastante bruscamente. Pero, en líneas generales, no pudo quejarse del desarrollo de la fiesta.

Cuando los recién casados subieron al coche para emprender su viaje de bodas, los invitados estaban todos en la escalinata haciéndoles adiós con la mano, como lo manda la tradición. Luego, algunos de ellos empezaron a festejar a Fanny como segunda novia, hecho que sólo Mac, viejo conocedor del ser humano, advirtió a través de la ventanilla trasera del coche.

Llegaron justo a tiempo de coger el tren a Liverpool.

Aquel viaje de bodas se producía en un mal momento para Macheath.

Dos semanas antes habían asaltado dos ferreterías en la periferia. En el semanario *El Espejo*, llamado así porque la redacción les ponía un espejo a sus contemporáneos hasta que pagaban, se había insinuado días antes que un redactor había comprado hojas de afeitar provenientes de esas ferreterías en uno de los almacenes B. O'Hara había iniciado negociaciones de inmediato, pero como Macheath no podía asumir pagos en aquel momento, echó fuera a un redactor que le puso el espejo delante. Desde entonces, *El Espejo* empezó a exigir que los almacenes B presentasen las facturas de compra de las hojas de afeitar. Cierto es que éstos pudieron hacerlo, pero no menos cierto era que el asunto no quedó, ni mucho menos, zanjado.

También se produjo un incidente a la hora de agenciarse la cubertería de plata. La excesiva prisa dio como resultado un fallecimiento. Quisieron ocultárselo al jefe, para no aguarle la fiesta, pero Macheath se enteró confidencialmente. Una vez más, el vado imperante en las arcas de la banda era el culpable de que se trabajase mal.

Al enterarse de aquella muerte, Macheath hubiera preferido renunciar en el último momento al viaje de bodas, pero ya no era posible. Por eso decidió combinar el viaje con algunas diligencias comerciales y eligió Liverpool.

Al Melocotón se la veía preciosa en el compartimiento del tren. O'Hara era un bailarín muy por encima de la media, y en el corto trayecto entre la escalinata y el coche, bajo los frondosos castaños nocturnos, Polly tuvo la clara sensación de que aquél era, de verdad, el día más hermoso de su vida. Nunca hasta entonces había visto tanta gente girando a su alrededor. Estaba feliz. Sin que los demás viajeros lo notaran, Mac le apretó la mano ardiente.

Habían reservado una pequeña habitación en un hotel de Liverpool. Antes de acostarse aún bebieron una botella de borgoña en el salón, lo cual fue un error. Al subir las escaleras, Mac advirtió que estaba bastante cansado.

Le resultó casi imposible admirar debidamente la nueva combinación, y a los corsés color lila ya parecía estar acostumbrado. En realidad, todo sé debía a su cansancio.

Se durmieron muy pronto, pero a la medianoche sonó el despertador, que él había puesto por precaución, y así pasaron un rato agradable. Interrogado seriamente, Mac confesó algunos de sus amoríos tempranos (aunque *no* el de Fanny y sólo parcialmente el de Jenny), y el Melocotón confesó haberle dado un beso a Smiles, aunque sólo después de muchas resistencias, y fue así como esa confesión constituyó el verdadero punto culminante del día y echó las bases de un amor duradero.

También Polly estaba feliz y perdonó a Mac su pasado como asaltante profesional, cosa que él le había revelado en el salón, mientras bebían el borgoña. Hasta la dejó sacar parte del estoque de su grueso bastón. Ella le perdonó incluso sus amoríos y, lo que es más, sus costumbres un tanto extrañas, como la de rascarse el pecho por debajo de la camiseta. Todo ello le hizo ver claramente que de verdad amaba a su marido.

El *baronet*, el corredor de apuestas, el fabricante de textiles, el propietario de casas y el dueño del restaurante habían delegado plenos poderes en el señor Peachum. Éste se encontró con Coax en el andén de la estación.

El viaje a Southampton transcurrió sin que ambos señores intercambiaran más de diez palabras. Coax, con unos quevedos en su nariz fina, se puso a leer el *Times*, mientras Peachum, sentado tranquilamente en un rincón, tenía las manos cruzadas sobre la región umbilical.

En un momento dado, el corredor de comercio alzó la mirada y dijo con indiferencia:

—¡Mafeking sigue resistiendo! ¡Qué tenacidad la de esos muchachos!

Peachum guardó silencio.

«*¡Mal asunto!*», pensó sentado en su rincón. «*¡Ingleses enfrentados con ingleses! No sólo este de aquí tino también los de Mafeking están contra mí. ¡Que se rindan de una vez por todas! Así no necesitarían ya ni ayudas ni barcos, y se anularía este negocio que me acabará costando la cabeza. Ahora están todos allí bajo ese clima ardiente, esperando día tras día unos barcos que yo tengo que comprarles con mis ahorrillos. Resistid a pie firme, se dicen unos a otros cada día, no vaciléis ni cedáis un solo palmo, comed menos, si es preciso, y plantaos bajo la lluvia de balas hasta que el viejo Jonathan Peachum compre con sus ahorrillos el barco que nos traerá la ayuda. Si fuera por ellos, el asunto tendría que acelerarse, pero si fuera por mí la compra de esos malditos barcos debería ir muy lentamente. Tenemos, pues, intereses diametralmente opuestos, y encima ni nos conocemos*».

En el hotel de Southampton se separaron rápidamente y ni siquiera cenaron juntos. Pero al filo de la medianoche se oyó un griterío en la habitación de Coax, que estaba junto a la de Peachum.

Éste se puso los pantalones y fue a ver qué pasaba. Encontró al corredor de comercio en la cama, tapado con la sábana hasta la barbilla, mientras que en medio de la habitación una damita aún bastante joven y sin más ropa que sus medias insultaba a Coax a voz en cuello.

Sus declaraciones permitían deducir que no estaba dispuesta a satisfacer las exigencias que se le habían planteado. Mencionó su larga práctica

profesional de varios años cargados de experiencias, e insistió en su absoluta falta de prejuicios; como testigos mencionó a una larga serie de trabajadores portuarios, y también marineros, gente toda muy viajada y difícil de contentar. Pero es que ni siquiera cierto magistrado entrado en años y con fama de cerdo en toda la ciudad se había atrevido a exigir semejantes cosas por diez chelines.

Era una maestra en dejar a Coax como una zapatilla. Sin ningún esfuerzo encontraba comparaciones que, de poderse reproducir en este libro, le otorgarían una duración casi ilimitada por su enorme fuerza poética.

Nada más entrar Peachum, llamaron a la puerta. Tuvo que obligar a varios camareros nerviosos a retirarse. Luego intentó que aquella dama, que con el mantel de felpa artísticamente colgado en sus hombros empezaba a ponerse los zapatos, se interesara de verdad por los negocios.

Tras un obstinado regateo, la mujer se marchó con unos billetes dentro de la media y diciendo:

—Haría bien en buscarle en seguida a su amigo dos o tres damiselas si realmente quiere convencerlo de que puede abandonar el hotel sin andar a gatas.

Cuando se hubo marchado, los dos caballeros tuvieron que hacer las maletas porque su presencia no era muy bien vista que digamos. Se mudaron a otro hotel.

A todo esto ya eran casi las cuatro de la madrugada, por lo que no se acostaron, sino que pidieron una tetera llena y se pusieron a charlar.

Coax reveló una fuerte necesidad de hablar. No le ocultó al señor Peachum que la escena le había causado una gran repugnancia. Con toda franqueza atacó su propia proclividad a frecuentar aquella escoria de la sociedad.

—Esa gente —dijo entre triste y excitado— pierde toda compostura cuando uno la saca de su medio habitual. No soportan ningún trato caballeroso, lo que ni siquiera se les puede tomar a mal, pues no saben portarse mejor. Siempre lanzarán los insultos más vulgares. A fuerza de rebajarse continuamente por dinero, acaban perdiendo todo sentimiento noble. No quieren trabajar. Ni tampoco dar el equivalente al dinero que reciben. En el fondo quieren una vida fácil y nada más. Esto es también lo que me desagrada del socialismo. Ese materialismo vulgar resulta intolerable. La suprema felicidad consiste, para un ser así, en entregarse a la holgazanería. Esos redentores de la humanidad jamás llegarán a nada. Y es que no cuentan con la naturaleza humana, que está podrida hasta el tuétano. Si los hombres

fueran como nosotros quisiéramos que fuesen, sí que se podrían hacer muchas cosas con ellos. Pero así todo se va al agua y al final sólo nos queda la resaca.

Fiel a su costumbre, Peachum estaba junto a la ventana mirando una plaza ya bastante iluminada por la luz del nuevo día. Un hombre de camisa azul la estaba regando con una manguera. Se oía el chirriar de los primeros carros que llegaban del puerto cargados de verduras.

Cuando Coax terminó de hablar, Peachum le dijo en tono seco:

—Debería usted casarse, Coax.

Coax se aferró a este consejo como a un clavo ardiente.

—Quizá sí que debería realmente —dijo en tono pensativo—, necesito a mi lado un ser que me quiera. ¿Querría usted darme a su hija?

—Sí —dijo Peachum sin volverse.

—¿De veras me la confiaría?

—Por supuesto.

Se oía respirar a Coax. De haberse vuelto, Peachum hubiera advertido que Coax hacía mala cara. El asunto le había atacado los nervios.

—Pues no tendría usted un mal yerno —dijo con cierta inquietud—; conozco mi oficio. Y soy un hombre de principios. La verdad es que deberíamos hablar del asunto. Mire usted, el negocio que ahora tengo entre manos es francamente bueno, de los que rinden. No se imagina lo *bueno* que es. ¡Usted mismo se halla involucrado y en una proporción nada desdeñable! Creo, Peachum, que usted ni sospecha lo que puedo yo sacar de este asunto. Ya ha visto lo que soy capaz de hacer. Y ahora que se está iniciando esta relación entre nosotros, se lo puedo confiar, tanto más cuanto que la cosa ya es segura. Hasta donde sé, usted mismo lleva invertidas siete mil libras como mínimo. ¿No se lo cree? Pues bien, ¿cuánto cree usted que cuestan las barcazas que iremos a visitar hoy día? Entre nos: yo ya lo sé. Son barcos de primera. Por menos de treinta y cinco mil libras no podríamos, o, mejor dicho, no podría usted adquirirlos. Y sin la opción que yo tengo sobre ellos serían aún más caros. En un primer momento me dirá que aún queda un margen de beneficios hasta las cuarenta y nueve mil que va a pagar el gobierno. Pero eso es pura apariencia. Usted compra los barcos nuevos y se deshace de los viejos, pero al precio que su experto le haya señalado. Más no valen realmente. ¿Lo recuerda? Doscientas libras.

Ya hacía rato que Peachum se había girado. Su mano temblorosa se aferraba a la cortina que tenía al lado. Miraba a Coax como quien contempla una boa gigantesca.

Coax se echó a reír y prosiguió:

—Los costes de reparación, los sobornos y mi comisión no supondrían demasiado para usted si los barcos fueran baratos y le costaran once mil libras. Pero la cosa cambia si han de costarle treinta y cinco mil. Y a eso hay que añadir ahora nuevos sobornos por el cambio de barcos, unas siete mil libras como mínimo. ¿Qué opinión le merece todo esto?

A la pálida luz del alba, Peachum parecía ahora un enfermo grave. Lo peor de todo es que lo había presentido. Había caído en manos de un delincuente y lo presintió desde el primer momento. De haber sido un hombre culto, habría podido exclamar:

«¿Qué es Edipo comparado conmigo? ¡Universalmente considerado durante siglos como el más infeliz de los mortales, la obra maestra de los verdugos divinos, el más engañado de todos los nacidos de mujer! A mi lado es un niño de la bola. Se metió en un mal negocio sin sospecharlo. Al principio parecía bueno; no, al principio era bueno. Era agradable acostarse con esa mujer, el vagabundo había encontrado la felicidad hogareña, durante años no tuvo que pensar en cómo ganarse la vida y disfrutó del respeto de todos. Luego resultó que el vínculo matrimonial que había contraído no podía ser duradero y hubo que deshacerlo. Él volvió a quedar libre de ataduras conyugales y el lecho de esa mujer le fue vedado en el futuro. Los necios y los envidiosos le hicieron la vida imposible; pues sí, eran muchísimos, casi todos, ¡algo desagradable! Pero había otros países además de ése; para vagabundos como él siempre los ha habido, y muchos. No tenía nada que reprocharse a sí mismo: no había hecho nada evitable. Yo, en cambio, lo sabía todo, el imbécil soy yo mismo, y he demostrado mi incapacidad para la vida. Está claro que cualquiera puede endilgarme una moscarda por 1000 (mil) libras. No puedo cruzar la calle sin temor a confundir un autobús con una hoja barrida por el viento. ¡Soy de aquellos que pagan muy caro las porras con que son abatidos, y a los que estafan hasta con el precio de sus tumbas!».

Pero ya Coax estaba aburrido de contemplar al viejo.

—Por todas estas razones —le dijo en tono sereno— soy un yerno francamente ideal.

El café matinal lo tomaron ya como parientes. Peachum dijo algunas palabras cautas sobre su tienda de instrumentos; el corredor de comercio pensó fugazmente en la deliciosa piel del Melocotón. Luego, ambos señores fueron a visitar sus nuevos barcos.

Había dos en venta, muy buenos y muy caros. Junto con un tercero, que Coax había descubierto en Plymouth, costaban exactamente 38 500 libras. La

comisión de Coax debería ser, como mínimo, de 8000 libras. Como Peachum se había pasado del rebaño de las ovejas al bando de los lobos, ya no puso mayores inconvenientes. Le entró, eso sí, una gran prisa por volver a casa. En el retrete había calculado, sobre una hojita de papel, lo que perdería sin Polly. Pero casi le resultaba peor soportar las ganancias de Coax. Y mientras las calculaba en términos aproximados, lanzó un suspiro tan profundo que alguien que pasaba fuera le preguntó si se sentía mal.

De hecho, a partir de aquel día Peachum empezó a pensar menos en la pérdida aniquiladora que había estado a punto de sufrir, y mucho más en los fabulosos beneficios que podría acarrearle su parentesco con el corredor de comercio.

Lo más importante era ahora lanzarle al Melocotón. La joven no podría encontrar un marido mejor. Él era un genio.

Y eso que Peachum sólo sabía una parte mínima de lo que planeaba Coax. Algunas de las cosas que creía saber no entraban para nada en los planes del corredor.

En Liverpool, Macheath arregló sus asuntos. Por vez primera lo acompañó Polly a uno de sus almacenes.

De la semipenumbra de una habitación les salió al encuentro un hombre alto y sin afeitar. El almacén estaba enjalbegado. En varias estanterías hechas con tablones sin cepillar se apilaban, en un orden impecable, grandes paquetes de telas, atados enteros de pantuflas amarillas, cajas de relojes de bolsillo, cepillos de dientes y mecheros, montones de lámparas, libretas de apuntes, pipas, en total una veintena de artículos diversos.

Cuando el hombre supo a quién tenía delante, abrió en silencio una puerta de madera baja que daba hacia atrás y llamó a su mujer. Ésta se presentó con una criatura en brazos desde un minúsculo cuartito de una sola ventana en el que Polly pudo ver, a través de la puerta abierta, una confusa mezcla de muebles y de niños.

Los dos tenían un aspecto enfermizo.

Y estaban llenos de esperanzas. El hombre pensaba que acabaría saliendo a flote. Se sentía muy contento de poder trabajar por cuenta propia, dijo. Cuando cogía algo, no lo soltaba tan fácilmente.

«Mi marido es de los que no se dejan doblegar por nada», dijo la mujer, que parecía bastante desnutrida.

Hasta donde pudo entender Polly, a esa gente le iban mal las cosas, a pesar de todo. El alquiler no era elevado, pero no les concedían prórrogas para pagarlo. Las remesas que suministraba la central del señor Macheath llegaban

con retraso y en cantidades desiguales, y los artículos no vendidos convertían el almacén en un auténtico baratillo. Y siempre había o demasiados o demasiado pocos artículos. Quien pedía un par de chanclos no terna el menor interés en relojes de bolsillo, pero a lo mejor se hubiera llevado un paraguas, según qué circunstancias. Los otros grandes almacenes les hacían una competencia enorme, pese a la diferencia de precios.

El hombre dijo que sería muy difícil arreglar cuentas a finales de ese mes.

Macheath le explicó con calma y sensatez que la competencia de los grandes almacenes era inmoral, pues explotaban mano de obra extranjera y, en colaboración con la banca judía, estaban arruinando los precios. Pero lo tranquilizó con respecto a los grandes negocios, diciéndole que en esas tiendas de lujo, como por ejemplo las de I. Aaron, no todo lo que relucía era oro. Pese al brillo exterior, por dentro estaban totalmente podridas. Y ahora se trataba, precisamente, de emprender una lucha enérgica y sin cuartel contra esos Aarons o como se llamasen. No podía haber ninguna consideración.

En cuanto al alquiler, le prometió subsidios. También le dijo que enviarían remesas más pequeñas y variadas, prometiendo puntualidad en las entregas. A cambio pidió más publicidad por parte del almacén. Podrían, por ejemplo, preparar volantes que los niños se encargarían de repartir entre los obreros a la salida de las fábricas. La central les daría el papel.

Niños había más que suficientes. Polly entró un instante en la trastienda.

Todo estaba bastante limpio, aunque sólo se veían, eso sí, ruinas de muebles. Sobre un sofá destartalado y a punto de hundirse yacía una anciana, la madre del tendero. Los niños los miraron con ojos desorbitados, mientras la vieja tenía la mirada fija en la pared.

Ambos se alegraron al salir de nuevo al aire libre. Mac resumió su opinión en esta frase:

—Una de dos: o se tiene un almacén B, o se tienen muchos hijos.

En el otro almacén lo (más de dos aún no había en Liverpool), Polly esperó fuera hasta que Mac terminó. A través del escaparate, detrás de unos trajes asombrosamente baratos y bien confeccionados, vio a Mac hablando con un joven de aspecto tísico que cortaba trajes sobre una mesa de madera sin pulir. No interrumpió un solo instante su trabajo durante toda la conversación.

Polly se enteró luego de que al hombre le enviaban las telas que necesitaba, cierta cantidad de metros para cierta cantidad de trajes cuyos precios ya estaban fijados, y muy a la baja, naturalmente.

—La gente que compra aquí no puede pagar mucho —dijo Mac.

Si el hombre no se equivocaba al cortar y la venta era buena, podía recuperar gastos. Le hubiera ido mejor de haber tenido familia, es decir, más mano de obra. Pero eso era asunto suyo. Según el sistema de los almacenes B, no tenía por qué aguantar instrucciones de nadie.

Macheath contó que el hombre había fijado a la pared, frente a su tabla de planchar, un recorte de periódico en el que se leía: «No hay atajó sin trabajo».

Después de encargar en una ferretería de venta al por mayor una partida de hojas de afeitar con fecha atrasada en la factura, Macheath terminó lo que tenía que hacer en Liverpool y ambos pudieron volver a Londres.

Su plan inmediato era ocultarle el casamiento al señor Peachum para no herir innecesariamente su susceptibilidad. Polly quería llegar sola a casa, taparle la boca a su madre (llevaba una botella de coñac en el maletín) y avisarle luego a Mac si su padre había vuelto de Southampton.

Pero cuando entró en la tienda, el señor Peachum ya había vuelto de Southampton y reinaba un alboroto general por la noche que ella había pasado fuera.

Ya en el umbral su madre le arrebató el maletín de las manos y extrajo de él una botella de coñac, una combinación comprada en Liverpool y un traje de novia.

El efecto que produjo ese descubrimiento fue enorme. Pero ¿a quién le gustan las escenas familiares? ¿Quién no renunciaría gustoso a enterarse de lo que el viejo matrimonio dijo a su hija, al bruto de sus vientres? Todo salió a la luz, desde el «Calamar» hasta la habitación de dos camas en el hotel de Liverpool. El apellido Macheath, que en adelante sería también el de su única hija, le cayó a Peachum como un mazazo en la cabeza. Para Jonathan Peachum, a quien todo Soho y Whitechapel llamaban respetuosamente el «Rey de los mendigos», los bajos fondos de las Islas Británicas y sus dominios eran un libro abierto. Sabía muy bien quién era Macheath.

Para remate, él ya no era sólo un hombre deshonrado, sino también arruinado. Ni las tres casas entre cuyas paredes acababa de recibir aquel horrendo mazazo del destino, ni la mesa apolillada sobre la que en ese momento se apoyaba, seguían perteneciéndole. Aquella mañana había visto en Southampton tres barcos, uno de los cuales, como mínimo, tendría que pagarlo él solo. ¡Y su hija, su última tabla de salvación, se había ido a la cama con aquel ladrón asqueroso en un hotel de Liverpool!

—*¡Acabaré en la cárcel!* —chilló hecho una furia—. *¡Mi propia hija me mandará a la cárcel! ¡Y pensar que esta mañana, en Southampton, fui a comprarle un vestido después de una noche de insomnio! ¡Allí está, en el*

despacho, y buenas dos libras que me costó! Pensé: voy a llevarle algo para que vea que uno se preocupa por ella. Otros muchachos tienen que ganarse el pan desde muy niños y las piernas se les tuercen porque hay que ahorrar leche. Tienen el alma apestada porque a una edad muy temprana empiezan a ver el lado oscuro de la vida. Mi hija, en cambio, se bebía la leche por litros, ¡leche entera! ¡Sólo veía cariño y atenciones a su alrededor! ¡Hasta aprendió a tocar el piano! Y ahora le pido una sola cosa: que se case con un eficiente hombre de negocios, un hombre de principios que la trate como a una reina! ¡Y un hombre que me mandará a la cárcel, pues me he embarcado en un negocio del que no entiendo nada con el único fin de procurarle una dote a ella! ¿Qué se ha creído esta chiquilla pervertida? Cuando pillo a alguna de mis costureras con el administrador, la echo en seguida. ¡Así velo yo por la moral de esta casa! ¡Y hete aquí que mi hija acaba revolcándose con un notorio cazadotes y engañanovias! Ahora tendré que ver cómo hago que se divorcien. Claro que ella quedará marcada de por vida. Coax jamás se lo perdonará es un tipo muy especial con eso de la pureza en la mujer, y, tal como están las cosas, tiene todo el derecho a mostrarse exigente.

Sentada en su habitación rosa, el Melocotón estaba hecha un mar de lágrimas y no se atrevía a enviarle un mensaje a Mac, que aguardaba en el «Calamar», cuna de todos los males, para saber cuándo podría hacerle la visita decisiva a su suegro.

Macheath se pasó la noche entera esperando, paciente o impacientemente, y a la mañana siguiente se dirigió a la tienda de instrumentos.

Salió a recibirlo un tipo alto y hosco, de aspecto peligrosísimo, y cuando Mac le dijo su nombre, el otro lo aferró por los hombros y lo echó a la calle sin decirle esta boca es mía.

Dos días después recibió una breve nota del Melocotón rogándole que no se presentase por la casa, aunque esa misma noche ella se reunió con él unos minutos en la esquina y le dijo, con los ojos enrojecidos, que su padre le exigía seguir viviendo en su casa. De lo contrario la desheredaría y, además, denunciaría a Mac a la policía, pues sabía muy bien quién era él.

Mac la escuchó con toda calma y al menos no le habló de fugas ni tonterías semejantes. Sólo quiso estar cinco minutos con ella en el parque, pero la joven se negó a seguirlo.

Durante una o dos semanas sólo se vieron a ratos.

Capítulo sexto

«Me consumo. No viviré eternamente.
Déjame, que mi vida es un soplo.

¿Qué es el hombre para que en tanto le tengas
y pongas en él tu atención,
para que le visites cada mañana
y a cada momento le pruebes?

Si pequé, ¿qué daño te inferí,
oh protector de los hombres?
¿Por qué me haces blanco tuyo,
cuando ni a mí mismo puedo soportarme?

¿Por qué no perdonar mi transgresión
y pasar por alto mi culpa?
Pues pronto descansaré en el polvo,
y si me buscas, ya no existiré».

Libro de Job

Baños turcos

En Battersea, en la esquina de las calles Fourney y Dean, había un antiguo establecimiento de baños sólo para hombres, frecuentado principalmente por señores de cierta edad. Las instalaciones eran un tanto primitivas. Las bañeras eran de madera y estaban ya bastante desgastadas; las mesas para los masajes se tambaleaban un poco y las toallas habían quedado agujereadas por el uso. Pero lo cierto es que allí podían tomarse unos baños medicinales a base de hierbas que era imposible encontrar en otro sitio. No los recomendaban los médicos: los mismos clientes se pasaban el dato unos a otros. El

establecimiento se llamaba Baños Feather. Los precios no eran precisamente bajos, y el servicio estaba a cargo de un grupo de jovencitas.

William Coax solía ir a esos baños una vez por semana como mínimo. Los miembros de la «Compañía para la explotación de barcos de transporte» se habían acostumbrado a ir allí cuando querían verlo.

Los baños se tomaban en unas cabinas cerradas donde también se hacían masajes. Las estufas y las tarimas para descansar se hallaban, sin embargo, en una sala común. Allí se podía conversar con relativa comodidad, sobre todo si se ocupaban todas las cabinas. Los del establecimiento ya estaban acostumbrados y en esos casos colgaban en la taquilla el cartel de «completo».

Ellos solían ir los lunes. Los fines de semana el local permanecía cerrado, por lo que el personal no estaba demasiado agotado al iniciar la nueva semana. Coax era un as para hacer esos cálculos.

Al principio, algunos de los socios se opusieron a la elección de semejante lugar de reunión. Y al final ya nadie quería quedar excluido. Sobre todo cuando los asuntos de la CEB tomaron aquel giro tan funesto, los encuentros se producían puntualmente.

Participaba incluso Finney, un hombre ya de cierta edad, enjuto y criticón, que despreciaba cualquier forma de lujo, aunque de su baño de hierbas afirmaba que le aliviaba los dolores de estómago más que cualquier otra cosa. Suponía que tenía cáncer y le gustaba conversar sobre los síntomas. La chica de la cabina número 6 ya se los sabía de memoria.

Peachum se había reservado de una vez por siempre los servicios del único bañero, un hombre alto y gordo, muy temido por sus masajes. Las chicas no eran, en general, demasiado indiscretas, aunque para el gusto de Peachum iban demasiado ligeras de ropa.

Nada más volver de Southampton, Peachum habló con Eastman y le comunicó los precios de los nuevos barcos. Le dio a entender que había que efectuar la compra lo antes posible, y se expresó en términos sumamente despectivos sobre Coax, calificándolo de usurero desalmado. Seguro que pregonaría por calles y plazas el intento de la Compañía de venderle al gobierno aquellos barcos viejos y destartalados. Desde un principio, todo el negocio se había orientado a hacerlos cometer algún acto delictivo para luego chantajearlos. Los beneficios habituales y justificables en materia de suministros bélicos eran del 300 por 100, y las pretensiones de la Compañía de elevarlos por encima del 430 por 100 acabarían por armar un gran revuelo. Eastman estuvo de acuerdo en que sólo se podrían hacer cuentas con el

corredor de comercio después de comprar los nuevos barcos. Y decidieron dejar a los socios unos días más en el aire y no mencionar los altísimos precios hasta su acostumbrada reunión de los lunes. La presencia de Coax debería incluso favorecerlos, ya que aún podría darles esperanzas sobre un aumento del precio de compra por parte del gobierno.

La entrevista de los siete caballeros el lunes siguiente en la casa de baños no estuvo exenta de tensiones.

Moon, el fabricante de textiles, Finney y el *baronet* ya estaban tumbados en sus tarimas. A Peachum aún le estaban haciendo masajes, y Crowl, el dueño del restaurante, que no quería bañarse, se hallaba sentado en una silla, vestido, cuando Eastman, metido en su estufa, empezó con su informe mientras Coax hacía gimnasia sueca.

Comenzó Eastman insistiendo en la necesidad de quitarse de una vez por todas de la cabeza la idea de vender los carracones. Hizo hincapié en que el plan había sido tentador, pero resultaba impracticable. Por las 5000 libras que le habían concedido al hombre de confianza de Coax en el Almirantazgo podía exigirse un apoyo efectivo a los intereses de la CEB, mas no una pretendida ignorancia rayana en lo delictivo. Encubrir el primer y desdichado intento de la Compañía con el «Bella Anna», el «Joven Marinero» y el «Optimista», así como rebautizar los nuevos barcos con estos nombres, iba a costarles

7500 libras más, pagaderas 4000 en el acto y 3500 al concluir la operación. Se debería considerar esa suma entre los gastos de aprendizaje.

Mientras el bañero lo masajeaba sin muchos miramientos, Peachum se dedicó a observar con interés una competencia silenciosa y subterránea a ver quién sudaba más, si el gordo Eastman metido en su estufe, o Crowl, que, totalmente vestido, lo escuchaba desde su silla de madera con una expresión de avidez indescriptible. El dueño del restaurante había pasado a ser el eslabón más débil en la cadena de la CEB tras el retiro del criador de ovejas. Desde el principio empezó a quejarse de su mala situación financiera y habló de una espada permanentemente suspendida sobre su cabeza. De ahí el gran empeño con que había seguido siempre aquel negocio nuevo y tan prometedor. El capital que apostó de entrada provenía de su suegro. Y ahí estaba ahora, curiosamente embarcado en esa grotesca competencia de sudores con el dueño del restaurante. Cuando Estman, aún totalmente seco, se puso a hablar de las dificultades de encontrar en aquel momento barcos de transporte apropiados, el sudor comenzó a resbalar discretamente por la frente de Crowl. Y cuando el gordo pasó a hablar de los precios reales (38 500 y

7500 libras) y empezó a producir él mismo las primeras gotas, el dueño del restaurante ya estaba bañado en sudor.

«*A tal punto*», pensó Peachum, «*puede el efecto de las influencias espirituales superar al de las puramente corporales. El cuerpo humano está totalmente a merced del alma y los atados de ánimo*».

También los demás caballeros revelaban en su aspecto y actitudes los terribles efectos de la excitación anímica. Finney, que era un auténtico gallina, se golpeaba el cuerpo gimiendo, y Moon lloriqueaba como una vieja. De haber estado allí, las jóvenes bañeras se habrían asombrado mucho ante la debilidad de aquellos caballeros normalmente tan autoritarios. De cualquier forma, según todas las investigaciones de la medicina, la mujer está mucho mejor preparada que el hombre para soportar el dolor.

El mismo Peachum se sentía muy infeliz al pensar en el terrible golpe que le había supuesto el intempestivo casamiento de su hija.

Cuando Eastman hubo terminado con su informe y salió de la estufa, el primero en hablar fue el dueño del restaurante. Con una voz extrañamente apagada dijo que en ese caso ya podía declararse en quiebra y rogaba a los señores que no contaran más con él. Todo lo que aún quedase por discutir podrían arreglarlo con su abogado.

Añadió que su suegro tenía setenta y ocho años y había conseguido el dinero con la garantía de su seguro de vejez, en la esperanza de asegurarle a su hija una existencia sin preocupaciones materiales. Él mismo tenía dos hijos de ocho y doce años. Eastman comentó, al tiempo que se secaba los macizos muslos, que tampoco había por qué dramatizar, pero Moon lo increpó bruscamente, cosa que lo ofendió.

Finney aludió a su grave enfermedad (probablemente mortal) y expresó sus dudas de que pudiese aportar las sumas requeridas. Eastman replicó irritado que él también podía imaginarse una forma más agradable de invertir las 3000 (tres mil) libras. El *baronet* callaba. En su educación se había invertido mucho dinero.

Entretanto Coax había acabado con su gimnasia sueca y pudo darles la puntilla a sus corderos. Llevaba un bañador color rosa y unas zapatillas de baño negras.

—Caballeros —dijo—, aún no hemos terminado. Ya han oído a qué precios se pueden conseguir barcos en buen estado. No se sorprendan, pues, si ahora les digo que no todo puede comprarse por dinero. Esos barcos, por ejemplo, no pueden adquirirse sólo con dinero.

En aquel momento esbozó Crowl una sonrisa sarcástica. Totalmente aniquilado, sonreía desde la silla de madera balanceando su rechoncha cabezota. Aquel segundo golpe no pudo hacerle nada, pues el primero ya lo había derribado.

Coax lo miró con recelo y prosiguió:

—Puedo imaginarme que, de algún modo, hayan perdido la confianza en ustedes mismos. Pero desgraciadamente no sólo ustedes han perdido la confianza en la CEB, sino también nosotros. Mi compañero de colegio, el que hoy es funcionario del Almirantazgo, desea que de ahora en adelante sea yo quien se ocupe de este asunto.

Los caballeros, todos desnudos excepto el dueño del restaurante, es decir, en ese desapacible estado en el que, según la asignatura de religión, tendrían que comparecer un día ante el trono de Dios, se derrumbaron un poquitín más. Peachum apartó al bañero gordo de un empellón y se incorporó. Lo que acababa de decir Coax también era nuevo para él.

—Hemos pensado arreglar esta desagradable historia como sigue —prosiguió Coax—. Vuestra Compañía pagó 8200 libras al principio. Con ellas se compraron los carracones esos de los que más vale no hablar. A embellecer esa compra destinaron ustedes más de 5000 libras, según tengo entendido, Y del gobierno han recibido 50 000 libras. En virtud del contrato, a mí tienen que pagarme el veinticinco por ciento de lo que ha dado el gobierno, es decir, 12 250 libras, en concepto de comisión, y a mi amigo, que hasta ahora sólo ha cobrado 5000 libras, otras 7500 pagaderas en dos cuotas, como ya lo ha sugerido el señor Eastman. A esto hay que añadir 38 500 libras para los nuevos barcos. Si echan cuentas, verán que sus desembolsos ascienden, en total, a unas 75 000 libras. El pago del gobierno sube a 49 000, y yo, por mi parte, me declaro dispuesto a vender por cuenta de ustedes, a unas 2000 libras, aquellos trastos de los que prefiero no hablar porque no soy fiscal. Su valor real, a juicio del perito que ustedes mismos contrataron, es de 200 libras. De todas formas, también es cierto que ya invirtieron 5000 libras en gastos de reparación, y a mí me gustan las cosas bien hechas. Haciendo un balance final, y suponiendo que no me equivoque, el volumen total de sus pérdidas no debe superar las 26 000 libras. De más está decirles que esta suma compensa los veinte años de cárcel que les podrían caer encima. Caballeros, claro está que también pueden optar por esta última salida. De ser así, yo puedo devolverles ahora mismo los cheques por valor de 5000 libras que me entregaron para mi amigo. Los tengo aquí conmigo.

Los más listos entre los presentes no dudaron un instante de que la cosa había sido perfectamente maquinada por Coax. Pese a la devolución de los cheques y a unos cuantos perjurios, el hombre del Almirantazgo también caería en la trampa, ya que había comprado barcos no revisados. Pero eso de nada le serviría a la Compañía: había vendido unos barcos sabiendo que no valían nada.

Coax exigió que la Compañía eligiera un apoderado con quien él pudiera llevar el asunto paso a paso. Todo seguiría estando a cargo de la Compañía hasta poco antes de la entrega definitiva de los barcos ya listos al gobierno. Él mismo prefería no figurar en el contrato con el gobierno hasta que los nuevos barcos hubieran sustituido a los viejos.

Hasta entonces, y en previsión de inspecciones repentinas, deberían proseguir los trabajos, de reparación de los barcos viejos. Fue así como la CEB tuvo la espada de Damocles suspendida sobre su cabeza hasta el último momento.

La Compañía ya no tuvo fuerzas para formular una reclamación.

Cuando, al final, Coax invitó a todos los asistentes a un pequeño refrigerio en un local cercano, nadie se sintió de humor para responderle. Viendo lo cual él se apresuró a decir que en ningún caso podía esperar la entrega de los barcos más de ocho semanas y se marchó antes que todos.

Los señores decidieron encomendar a Eastman y a Peachum el cálculo exacto de los gastos que aún se producirían y reunirse nuevamente con ellos en cuanto lo tuvieran, lo más tarde el lunes siguiente. El asunto había llegado a esa fase en la que se prefiere evitar las oficinas sobrias y actuar como si los encuentros ocasionales fueran más que suficientes.

Peachum estaba más preocupado que nunca.

Dentro de la CEB le hacía el juego a Coax. Pero ¿cómo acabaría todo aquello ahora que ni siquiera podía ofrecerle libremente a su hija?

Por las mañanas iba a los muelles. En los barcos se trabajaba como en una colmena. De pie en escaleras tambaleantes o colgados en frágiles cestos de alambre, los obreros martilleaban, serruchaban y pintaban sin tregua. Y Peachum, tiritando, se instalaba en medio de todo aquel empeño y laboriosidad. Se economizaba al máximo el material; la madera, el hierro y hasta la pintura: todo era baratísimo. ¡Y aun así era un negocio absolutamente ruinoso!

Luego volvía Peachum rápidamente a su fábrica. Allí también todo seguía su curso. Los mendigos presentaban cuentas en la oficina. Beery comparaba cuidadosamente las cantidades entregadas con las anotaciones de sus listas y,

cuando había una disminución, escuchaba las excusas con el aire desconfiado de quien conoce el oficio. Zanjaba los conflictos de límites y las acciones contra los intrusos. En los talleres, las muchachas se inclinaban sobre sus largas mesas de trabajo. Cuando las necesidades de la fábrica quedaban cubiertas, trabajaban para ropavejeros y lencerías. El fabricante de instrumentos reparaba tubos de organillos. Algunos mendigos probaban nuevos rollos de pianola, seleccionándolos mucho rato antes de decidirse. En la habitación destinada a la enseñanza, una vieja reseca que por las noches vigilaba los servicios en un restaurante le enseñaba a una jovencita cómo vender flores.

Peachum iba de un lado a otro, suspirando. ¿De qué servía todo aquello si en cualquier momento podía oír pasos en la escalera porque la policía había decidido visitarlo en su despacho?

Su hija tenía la culpa de todo.

Acuciada por su irrefrenable sensualidad, sin duda heredada de su madre, y una imperdonable falta de experiencia, Polly se había arrojado a los brazos de un individuo más que siniestro. Por qué, encima, se había casado inmediatamente con su amante, era un enigma para Peachum, que se imaginaba cosas terribles. Pero su opinión sobre la necesaria distancia que debía guardarse entre parientes no le permitía conversar con la joven sobre asuntos tan privados. Además, sólo podía ser perjudicial hablar de cosas que no debieran ocurrir bajo ningún concepto y cuya reparación podía perfectamente exigirse. Hablar de ellas era llevarlas de algún modo al ámbito de lo posible y privarse así de un arma esencial: la evidentísima incapacidad de imaginarse que hubiera podido ocurrir algo malo.

A medianoche, o a veces de madrugada, solía Peachum levantarse y subir hasta el corredor de entramado para ver si Polly aún seguía allí. Y entonces la veía borrosamente a través de la ventana entreabierta, durmiendo en su cama. Ella continuó viviendo tranquilamente en la casa y parecía no verse casi con su marido.

En cualquier caso, su matrimonio tenía que ser anulado lo antes posible. Peachum necesitaba a su hija.

No le cabía la menor duda de que Coax seguía dispuesto a quedarse con Polly. En Southampton había observado la ciega avidez de aquel libertino que, con excesiva evidencia, vivía dominado por sus apetitos carnales.

Y, no obstante, el tal Macheath parecía aceptar la permanencia de su mujer en la casa paterna. No había dado ningún paso por impedírselo, se había dejado echar de la casa sin tomar represalias y, según pudo comprobar

Peachum, tampoco había dicho en ningún sitio con quién se había casado. La amenaza de desheredar a Polly había surtido, al parecer, muy buen efecto. La avidez pecuniaria de aquel hombre era bastante palmaria. Sin duda necesitaba dinero.

Sus almacenes B estaban montados en gran escala y aprovechaban sesudamente los ahorros de la gente más modesta y humilde, pero también eran bastante primitivos: unos simples agujeros oscuros y enjalbegados, con cerros de mercadería barata apilada sobre tablones de pino y un personal desesperado detrás de ellos. Tampoco quedaba muy claro de dónde provenían esas mercancías tan baratas.

A través de sus mendigos intentó Peachum entrar en contacto con algunos tenderos de los almacenes B; no tuvo mucho éxito. La gente guardaba un tenaz silencio, aborrecía a los mendigos y tampoco parecía saber gran cosa sobre la procedencia de sus mercaderías.

Mejor resultado tuvieron sus indagaciones sobre el pasado del tal Macheath. Tropezaron con aquella semipenumbra que envuelve largos períodos en la vida de nuestros grandes hombres de negocios y empobrece sus biografías durante muchas páginas. La mayoría de ellos surgen brusca y sorpresivamente de la oscuridad y «ascienden en línea recta y vertical» tras muchos y largos años de un «trabajo duro y lleno de privaciones», sólo que, en general, no se suele mencionar quién las padece realmente.

Los pequeños competidores de los almacenes B afirmaban que, en su juventud aún no muy lejana, el señor Macheath había practicado el timo del casamiento con jovencitas que ellos denominaban «novias B», aunque no pudieran dar ninguna dirección. Con irnos rumores tan vagos no se podía hacer nada. Una cosa sí quedaba clara: al seguir el curso de esa vida a contrapelo uno acababa recalando en las profundidades del hampa. En una época no demasiado alejada, los métodos de aquel triunfador aún eran más evidentes, groseros y fáciles de detectar por los tribunales.

Entre otras cosas, Peachum visitó *El Espejo*, aquel diario que durante un tiempo había afirmado tener material contra el propietario de los almacenes B. La gente ya sólo recordaba vagamente el asunto y adujo falta de documentación adecuada. Peachum tuvo que retirarse sin sacar nada en claro, aunque sí con la impresión de que sabían algo más y también tenían material.

La señora Peachum, por entonces más abandonada que nunca a sí misma, es decir, al sótano donde se guardaba la fruta, presentía confusamente el peligro que se cernía sobre la casa y también se devanaba los sesos pensando

cómo podría liberar a Polly de las manos del «tratante en maderas». No podía soportar a Coax porque era un «falsario», pero sin duda era el mejor partido.

Rumiaba planes para sorprender a Macheath en algún lío de faldas. Unos cuantos tendría; no se le había olvidado la forma como cogió aquella vez a Polly por el talle, y ahora el tipo estaba todo el tiempo sin mujer.

Pero luego, iluminada por algunas copitas de *kirsch*, pensó que, en aquel estadio, ese tipo de historias con sus reconciliaciones lacrimosas acabarían creando irremediablemente relaciones más íntimas. De modo que renunció nuevamente a sus planes.

Peachum ya estaba considerando la posibilidad de ofrecerle dinero al cazadotes, pero esa solución antinatural le pareció al final demasiado arriesgada.

Y envió a Beery a hablar con Macheath. El tratante en maderas conversó con él en la tienda de antigüedades de Fanny Crysler.

Beery, una bola de carne cruda, se sentó en el borde de una frágil silla *chippendale* y empezó a mecer su bombín entre sus gruesas rodillas.

—El señor Peachum le manda decir —explicó— que deje usted libre a Polly lo antes posible, de lo contrario se las verá negras. Ella está harta de usted, y sobre todo el señor Peachum está harto de usted. Si cree haber encontrado la gallina de los huevos, de oro anda muy equivocado, caballero. ¡No habrá ninguna dote! A duras penas tenemos el efectivo que necesitamos. Si le han dicho otra cosa es que le han tomado el pelo. También nosotros vamos en pos de unas cuantas damas que podrían llamarse señora Macheath si lo quisieran y supieran dónde vive usted. Ya es hora de que sepa que haremos lo posible por liberarnos de usted. Pero el señor Peachum dice que no quiere pleito, sino arreglarlo todo con calma y cordialidad. ¿Por qué? La verdad es que no lo sé. Yo actuaría de manera muy distinta, ¿sabe?

Macheath se achó a reír.

—Dígale a mi suegro que si algún día se encontrara en apuros, yo podría ayudarlo con pequeñas sumas —dijo en tono amable.

—No estamos en apuros —repuso Beery bruscamente—, pero usted lo estará pronto. ¡Vivimos en un Estado de derecho, caballero! Una vez más: no tenemos la pasta que usted se imagina. Es inútil, señor Macheath. Somos paupérrimos, pero no se debe pisar a la gente pobre, pues podría sacar las garras y atacar de verdad.

—Pero fuera —le pidió Macheath—; que saque las garras fuera y no aquí en mi negocio.

Beery se retiró gruñendo pérfidamente. Peachum lanzó un suspiro de alivio cuando recibió el informe.

Tenía ocho escasas semanas. Luego debería disponer nuevamente de su hija o bien pagar.

Crowl, el dueño del restaurante, no había mentido. Al final resultó que no sólo no podía pagar ninguna suma adicional, sino que incluso dependía de los beneficios que la «Compañía para la explotación de barcos de transporte» obtuviera con el gobierno, y muy pronto. Estaba en la ruina total.

Además, el *baronet*, un hombre todavía joven, también acabó confesando su insolvencia. Poseía tierras hipotecadas en Escocia y estaba a punto de ser inhabilitado. Peachum y Eastman hablaron con él como con un caballo enfermo en el despacho del primero.

Aún le quedaba la posibilidad de casarse con una mujer rica. Había una americana muy independiente que estaba dispuesta a comprarle su antiguo apellido y sus buenos modales. Le gustaba el mobiliario de las casas solariegas inglesas, sobre todo las sillas.

El joven Clive la trató de «cabra vieja» y dejó entrever su repulsa, pero Eastman reaccionó muy violentamente, puso una cara seria y de rechazo y pidió con todo respeto información sobre la dama. Se hizo el que no oía cuando compararon las piernas de la señora con las patas de un jamelgo.

Los dos señores amenazaron con armar un escándalo si la CEB se disolvía, y se pasaron tanto rato amonestando al joven que éste prometió tratar debidamente a la americana.

—*¿Para qué* —dijo Eastman en el camino de regreso a casa de Peachum — *educamos con tanto esmero a nuestra aristocracia en los colleges, la entrenamos y mantenemos cuidadosamente alejada de cualquier conocimiento que pudiera deformarla? ¿Para qué ennoblecemos su comportamiento a un grado tal que bien podría competir con la mejor servidumbre? Los gobelinos no se cuelgan en el desván. Y a los caballos de raza bay que hacerlos correr. Nadie cría por placer razas superiores. Durante una temporada el mercado estuvo algo saturado con nuestros lores. Pero hoy vuelve a estar en condiciones de recibir sangre nueva. Esas hijas de carniceros y calceteros de ultramar no pueden realmente desear nada mejor que nuestra juventud si quieren estar rodeadas de gente que sepa bostezar según las reglas del arte y pueda, además, tener en jaque a las razas inferiores. En cualquier revista puede usted leer que la flor y nata de nuestro país se comporta admirablemente por aquellos pagos y encuentra muy buena acogida*.

Pese a todo, Clive seguía siendo, de momento, un peso muerto en la CEB.

Antes de la reunión del lunes, Peachum y Coax tuvieron una entrevista.

Coax recibió sin inmutarse la noticia de la insolvencia definitiva de Crawl y provisional del *baronet* Se limitó a decir que él consideraba la «Compañía para la explotación de barcos de transporte» como un todo. Y aconsejó podar las ramas podridas de la empresa cuidando de que los miembros expulsados guardaran silencio. Luego pasó a hablar de Polly y confesó que no podía apartarla de su mente. Aquella horrible experiencia de Southampton lo había transformado interiormente, despertando en él una serie de buenos sentimientos. Ahora sentía una sed de pureza que a él mismo lo sorprendía. Y Polly era de momento su ídolo. Le parecía una fuente cristalina, y una conversación con ella santificaba, por así decirlo, toda su semana laboral. Dijo todo esto con sobriedad, mirando a Peachum de hito en hito.

Éste lo escuchó atentamente y comprendió que el acuerdo definitivo sobre el negocio de los barcos entre ellos dos no resultaría particularmente difícil. Aprobaba la cautela de Coax al hablar. El corredor de comercio sabía conservar la sangre fría.

Peachum se dirigió solo a los baños turcos.

Los otros señores ya lo estaban esperando. Ninguno se bañó. Todos se habían sentado con ropa en los taburetes de madera, aunque el aire era atrozmente cálido y húmedo.

Peachum les comunicó primero el derrumbe de Crowl y del *baronet*.

Los dos tenían la mirada fija en el vacío, y el *baronet* sonreía.

La pérdida total ascendía, prosiguió Peachum, a unas 26 000 libras, como ya lo había indicado muy bien Coax, de modo que a cada miembro le tocaba pagar 3800. La CEB tenía el máximo interés en que todo se desarrollase lo más discretamente posible.

Él mismo se ofreció a conseguir ayuda en su propio banco, el National Deposit Bank, si le confiaban la dirección del negocio.

Los señores asintieron con la cabeza, bañados en sudor. También Crowl y el *baronet* dieron su aprobación.

Peachum se quedó mirando a estos últimos, pensativo. Luego reanudó su discurso y, sin ningún tapujo, pidió a Crowl y al *baronet* que suscribiesen pagarés por la cantidad correspondiente a su participación en las pérdidas y firmasen al pie de un informe detallado sobre todo el asunto. Deberían firmar que tras haber inspeccionado los viejos barcos y escuchado un informe pericial sobre su escasísimo valor, los habían vendido al gobierno y habían recibido un primer pago. Este documento les sería devuelto cuando acabasen

de pagar todas sus deudas y, de hecho, no podría ser utilizado contra ellos, ya que hacerlo supondría comprometer a toda la empresa. Ésta, en cambio, quedaba así protegida contra cualquier indiscreción por parte de ellos.

El *baronet* firmó resignado. Sólo tenía claro que debería casarse con la «cabra vieja» sin rechistar. El dueño del restaurante parecía haber perdido el juicio.

Dijo que no podía infligirle semejante oprobio a su mujer y a su suegro, un hombre de setenta y ocho años; que él no podía haber vendido así como así unos barcos inservibles al gobierno. Su suegro había sido coronel, añadió, y después de firmar un documento semejante él ya no podría mirar cara a cara a sus inocentes hijos: ¡no podían tener por padre a un delincuente! Él se había resistido siempre a la tentación de enriquecerse ilícitamente, de lo contrario no estaría ahora donde estaba. Su honor le importaba mucho más que las pérdidas materiales.

—Ustedes me han arruinado —dijo bañado en lágrimas mientras firmaba el documento—; estoy hecho polvo.

La escena les crispó a todos los nervios.

—Este Crowl —dijo Eastman a Moon al volver a casa—, este Crowl no sabe perder. ¡Mala raza! ¡No tiene ni pizca de dignidad! ¡Mire usted al *baronet*! ¡Firmó como un hombre! y se va a casar con una persona horrible…, ¡como un hombre! ¡Sí, él da la cara por lo que hace! Un hombre con familia jamás debería embarcarse en la lucha por la vida. No puede mirar cara a cara a sus hijos, pero al «Bella Anna» sí que pudo mirarlo cara a cara. Y el «Joven Marinero» es al menos tan viejo como su suegro, pero no vaciló en mandarlo nuevamente a la guerra. ¿Por qué no podría volver a pelear el suegro? A mí tampoco me gusta pagar. Finney tiene un cáncer de estómago. ¿Acaso rezonga o lo invoca como pretexto para no pagar? Peachum tiene dos participaciones, ¿acaso se queja? Lo que le falta a Crowl es una buena educación y punto. No deberían tolerar personas como él en la city. Antes de iniciar cualquier negocio habría que preguntarle a cada socio: «Caballero, ¿dónde se educó usted? ¿Podría mirar cara a cara, a sus hijos después de haber hecho este negocio? ¿Se conserva su suegro en buen estado?». Este Crowl no es un verdadero inglés. Al menos para mí. ¿Y eso pretende ser una raza superior?

Peachum se sintió muy infeliz después de aquella reunión. El contrato con el gobierno pasaría a manos de Coax en cuanto la CEB acabara de financiar la operación. Y él no había suscrito aún ningún acuerdo vinculante con Coax sobre una participación en los ingentes beneficios, ni siquiera una promesa de

que lo resarciría de su pérdida. Dada la situación, tampoco cabía pensar en un acuerdo semejante mientras no se pudiera redactar un contrato matrimonial entre Coax y Polly.

Peachum evitaba cuidadosamente pensar qué ocurriría si no llegaba a un acuerdo con Coax. Por lo pronto ya eran tres las personas que debían soportar la enorme pérdida: Finney, Moon y Eastman. Si no estaban en condiciones de pagar los nuevos barcos, todo podría degenerar en una gran catástrofe.

Necesitaba, pues, a Coax más que nunca.

Una noche habló con Polly sobre él y le pidió que lo tratase correctamente. No debía enterarse de su matrimonio. Luego le dio a entender que ambos estaban metidos en un negocio con ciertos barcos y que «tal vez tuvieran que vender un día la casa con tienda y todo».

Al oír aquello, Polly paseó una mirada temerosa por el amable y bien conocido salón con su piso de tablones sin pintar y pulcramente fregados con arena, la estufa de azulejos blancos, los muebles de caoba y las cortinas de crespón. Quería mucho aquella casa vieja, sobre todo sus patios y galerías de entramado, y como habían hablado de barcos, esa noche soñó que la casa, que en realidad constaba de tres casas, se hundía en el mar y las olas entraban por sus puertas.

A la mañana siguiente ya estaba medio decidida a sacrificarse.

«Después de todo, no quisiera ser culpable de algo así», pensaba. «No quiero que más tarde puedan reprocharme falta de espíritu de sacrificio. Claro que para una joven no es poca cosa entregarse a un hombre al que no ama y encima tiene el aspecto del señor Coax. Pero la familia es la familia, y el egoísmo es algo muy feo. ¡No se puede pensar sólo en sí misma!».

Y mientras se acurrucaba un rato más en la cama, se acordó del broche que viera aquella vez donde Coax y estaba inseparablemente unido a su imagen del personaje. Al principio había querido tenerlo para venderlo por 15 libras, cantidad que por entonces necesitaba con urgencia. Ahora ya no le hacían falta, pero le hubiera gustado poseer la joya.

Después de almorzar se dirigió a casa de Coax con una carta de su padre. Puso una fría cara de rechazo cuando le entregaron la carta. Ya no le parecía cierto lo que su padre le dijera el día anterior sobre la amenaza de ruina. Su padre no podía ver a Mac, eso era todo.

También estuvo muy fría con Coax; y apenas si le echó una mirada al broche, que seguía sobre el escritorio.

Pero estaba impresionada por él.

Coax la instaló bastante lejos del escritorio, en una mecedora, y le puso delante unos libros con ilustraciones, encuadernados en cuero grueso. Pero ella ni los hojeó mientras él leía la carta. Por último, el corredor de comercio se levantó y salió de la habitación.

Pero esta vez tampoco abrió Polly los libros, pese a que tenía la cara roja cuando Coax volvió a entrar.

Y es que de pronto había decidido llevarse el broche. «Si me lo regala», pensó, «todo no durará más de cinco minutos, si es que los dura. Pues un tipo así no da puntada sin hilo. El broche seguro que vale unas veinte libras y no luciría nada mal en un vestido escotado. Claro que no le permitiré más de un beso, y a lo sumo dejaré que me pase el brazo por encima del hombro. No es demasiado por un broche. Otras chicas de mi edad tienen que hacer cosas muy distintas para poder pagar el alquiler. Los hombres son realmente locos al dar esas cosas a cambio. ¡Pero son así y no hay vuelta de hoja!».

Y suspiró.

Cuando volvió, el corredor de comercio pensó que Polly había estado mirando los libros y se hallaba bajo su efecto. Agitando en el aire la carta que acababa de escribir para que la tinta pudiera secarse, Coax se dirigió hacia ella. Y Polly se levantó bruscamente al verle la cara.

El corredor se había asegurado de que su hermana no estaba en casa. Dejó la carta encima del escritorio y se abalanzó sobre la muchacha.

Ella apenas se defendió. Al principio lamentó un poco no haber conseguido el broche, pero luego cedió al ver a Coax tan fuera de sí y también por el placer. No fue éste muy grande, pues en plena faena le vino a la mente Mac, al que todo aquello no le haría ninguna grada.

Cuando se despidió, la tinta de la carta ya estaba seca.

Dejó la carta abajo, en la oficina, sobre el pupitre de su padre, y subió a su habitación, donde empezó inmediatamente a hacer maletas. Media hora más tarde, y sin tomar precauciones especiales, salió con su valija por la tienda de instrumentos.

En el camino de vuelta había oído decir que Macheath estaba viviendo con otra mujer, aquella Fanny Crysler que tenía la tienda de antigüedades junto al puente de Waterloo.

Su padre y su madre se pasaron media noche en vela aguardando su regreso. De pie junto a la ventana, el señor Peachum decía:

—Pues nada, se la ha llevado. Se cree con derecho a hacerlo. Para un tipo de su calaña no hay leyes que valgan. Cuando quiere algo, lo coge sin más ni más. Cuando siente la necesidad de pasar la noche con mi hija, pues

se la lleva de mi casa y se le tira encima. Su piel le agrada. Y yo he pagado hasta la última manopla de baño usada por ella. Siempre he procurado que no llegara a ver su propio cuerpo. La bañaban con el camisón puesto. Pero la estupidez de una madre ninfómana y su propia frivolidad, que le viene de tamo leer novelas, la han convertido en lo que es ahora. Pero ¿qué digo? ¡Como si de amor se tratara! ¡Como si esa clase de pillos se acostaran con algo que no sea una dote! ¡Quiere mi dinero y ha venido a llevárselo! ¡Qué se ha hecho de la familia, ese remanso de paz! Cuando las tormentas de la vida pasaban ululando a lo lejos, aquí reinaba la calma Las crueldades de la lucha por la existencia no llegaban hasta aquí donde una apacible niña florecía, rodeada de toda suerte de cuidados, en medio de la urbanidad y las buenas costumbres. Las discusiones del comercio y del regateo no tenían validez alguna en este recoleto recinto. En otros tiempos, cuando un joven cortejaba a la hija de la casa con la intención de unir su vida a la de ella (tras haber demostrado ser capaz de mantenerla) los afligidos padres podían estar seguros de que lo que unía a ambos jóvenes, salvo algunas lamentables excepciones, era el amor. Lo mismo debiera ocurrir con mi hija. Pero ¿qué ha sucedido? ¡Un rapto brutal! A fuerza de trabajo y parsimonia consigo hacer una fortuna, pese a estar rodeado de bribones y de obreros perezosos que me explotan y ya no hallan placer en el trabajo, sino sólo en el salario, ¡y hete aquí que de pronto aparece este Coax, me engatusa con sabe Dios qué historias y me roba! ¡Y mientras defiendo contra él mi vida y mis bienes, debo ver cómo otro ladrón me roba también a mi hija! Me he desollado las manos trabajando por ella. ¿Por qué tendré yo que vérmelas con la escoria de la humanidad? ¡Este hombre es un tiburón! Si le regalo a mi hija, que es el último soporte de mi vejez, se me vendrá abajo la casa y hasta mi último perro pondrá pies en polvorosa. Ya no me atrevería a regalar ni el ribete negro de mis uñas sin tener la sensación de encaminarme directamente a la muerte por el hambre.

Pero Polly no volvió, ni esa noche ni las siguientes, hasta que su marido fue arrestado.

Y el señor Peachum jamás llegó a enterarse de que su hija no había excitado los apetitos del corredor de comercio, sino que los había satisfecho.

En los días siguientes la señora Peachum se emborrachó más que de costumbre, y en ese estado le confiaba sus cuitas al ex soldado Fewkoombey, que cuidaba a los perros.

Éste aún no le había perdonado al Melocotón lo del libro, pese a haberlo recuperado. Al principio se negaba a ir a buscarlo, pues su orgullo se lo

impedía. Pero al final se rindió después de intensas luchas internas, y un día, a la hora de comer, volvió a tenerlo en sus manos.

Su pacífico estudio se vería interrumpido por las conversaciones con la señora Peachum.

Cuando la afligida madre le confesó que la desdichada joven se había casado con el comerciante Macheath, él recordó la época más penosa de su vida, cuando, licenciado del ejército y despojado de su indemnización, encontró refugio en casa de la mujer de un combatiente. Se llamaba Mary Swayer y regentaba uno de aquellos almacenes B. Imprudentemente, Fewkoombey hizo un par de comentarios sobre el tema. Aquella noche el señor Peachum lo llamó a su despacho y le dio un encargo.

En los muelles de las Indias Occidentales, varias docenas de obreros seguían haciendo malabares para recuperar los tres carracones viejos y destartalados que, antes de su desintegración definitiva, deberían, de acuerdo a una idea del señor William Coax, sacar algún dinero de una propiedad rural mediana en Escocia, de una floreciente oficina de apuestas, de un restaurante en Harwich que no funcionaba muy bien, de unos cuantos bloques de viviendas en Kensington, de una fabrica de textiles en Gales del Sur y de una gran tienda de instrumentos musicales usados en la Old Oak Street, y hacerlo llegar a nuevos bolsillos. Al menos debía salvarse la última de estas empresas amenazadas.

LIBRO SEGUNDO

El asesinato de la tendera Mary Swayer

Los escualos tienen dientes
Que cualquiera puede ver
Y Macheath tiene un cuchillo
Pero a él no se le ve.

En el verde y frío Támesis
Caen los muertos por doquier.
No es la peste ni es el cólera
Es que Mackie lo hace bien.

Schmul Meier ya no existe
Y lo mismo muchos más
Mackie tiene su dinero
Pero ¿quién le acusará?

Jenny Towler está muerta:
Cuchillada al corazón.
Por el muelle va el Cuchillo
Con su aire inocentón.

Alfons Glite, el cochero
De repente se esfumó
Pero ¿dónde se ha metido?
Mac no sabe nada, no.

Y ese enorme incendio en Soho
Siete niños y un senil…
Entre el público, el Cuchillo
Que pasaba por allí.

Las aletas del escualo
Son muy rojas al matar.
Mac Cuchillo lleva guantes
Y no hay nada que observar.

Balada popular de Mackie Cuchillo

Capítulo séptimo

Caelum, non animum mutant,
quitrans mare cummt.

El señor Macbeath

En la conciencia del londinense medio, figuras como «Jack el Destripador» o aquel asesino desconocido al que llamaban «El Cuchillo» no parecían tener mucha importancia. Aunque de vez en cuando aparecían en los periódicos menos serios, no podían competir en fama con los generales que dirigían la guerra del Transvaal. Cierto es que éstos amenazaban a un número incomparablemente mayor de personas que el más activo de los navajeros. Pero en Limehouse y en Whitechapel, el renombre del «Cuchillo» superaba con creces al del general que combatía a los bóers. La gente que vivía en las enormes latas de conserva pétreas de Whitechapel sabía distinguir muy bien entre las proezas de un general del montón y las de sus propios héroes. Para ellos era decisivo el hecho de que el «Cuchillo» cometiese sus fechorías con un riesgo personal muy diferente al de los héroes oficiales del libro de lecturas.

Limehouse y Whitechapel tienen su propia historia y su propia forma de enseñarla. Esta enseñanza empieza con los lactantes y es impartida por gente de cualquier edad. Los mejores de estos maestros son los mismos niños, que se conocen al dedillo las dinastías de los gobernantes reconocidos en su barrio.

Estos gobernantes saben castigar tan bien como los de los libros de lectura a quienes se niegan a rendirles tributo. Hay entre ellos, como entre los otros, justos e injustos, pero también menos cobardes, ya que la policía arremete a veces contra ellos, cosa que a los demás, de hecho, nunca les ocurre. Claro que también intentan, como los otros, presentarse bajo una luz que los favorezca: falsean la historia y fomentan la leyenda.

Hay hombres eminentes que surgen de la oscuridad como meteoros. En cuestión de semanas superan obstáculos que a otros, no menos dotados que ellos, les costaría decenios superar. Unas cuantas fechorías temerarias perpetradas ya la primera vez con el virtuosismo de gente experimentada, y están arriba. El hombre al que en los barrios bajos llamaban el «Cuchillo» no podía, en realidad, jactarse de una carrera semejante. Y, sin embargo, parecía hacerlo. Los de su entorno inmediato, la banda, disimulaban como podían los nada loables esfuerzos del comienzo, aquellos años de aprendizaje consumidos sin pena ni gloria.

Pero no era seguro que el fundador de la banda fuese realmente el «Cuchillo». Frente a su gente él afirmaba categóricamente ser el asesino Stanford Sills, y sólo así consiguió integrar su banda. Pero resulta que en 1895 ejecutaron en la cárcel de Dartmoor a un hombre al que la policía, ya que no él mismo, había identificado como Stanford Sills.

Los hechos que cimentaron la fama del «Cuchillo» habían sido unos robos con homicidio perpetrados en plena calle y muy poco tiempo. Por ellos fue ejecutado aquel hombre en Dartmoor. Pero es sabido que el pueblo no cree en la muerte de sus héroes, como ha podido observarse estos últimos años con la muerte de Kitchener y Kreuger, y fue así como en el invierno del 95 aún se le atribuyeron al «Cuchillo» otros crímenes que, con toda seguridad, no habían sido cometidos por el muerto del cementerio de Dartmoor, y probablemente tampoco por el hombre que había usurpado su apodo y suscribía con él esos delitos.

La crueldad, la astucia y el ensañamiento con que el hombre en cuestión obligaba a otros delincuentes a cederle la gloria de sus crímenes eran quizá mayores que los de éstos con sus propias víctimas. Y no les iban muy en zaga a los de nuestros profesores universitarios que estampan sus nombres al pie de los trabajos de sus ayudantes.

Los crímenes habían sido cometidos probablemente por hambre, pues corría un invierno extremadamente riguroso y el desempleo era muy grande. Pero el individuo que había utilizado la fama del «Cuchillo» para organizar su propia banda compartía aún otra pasión con hombres de ciertas esferas que, en la vida diaria, están más cerca de nosotros, los que compramos libros: como la mayoría de nuestros industriales, escritores, eruditos y políticos de renombre, leía con sumo agrado en los periódicos que él cometía sus fechorías impulsado no por un verdadero interés material, sino por una especie de *espíritu deportivo* o alegría creadora, cuando no por un inexplicable *instinto demoníaco*.

Continuamente aparecían en la prensa sensacionalista artículos que subrayaban el elemento deportivo en los crímenes del «Cuchillo».

De todas formas, es probable que aquel demonio, al igual que nuestros otros célebres amigos, también leyera, además de los periódicos, los extractos de sus cuentas bancarias. Pues se había dado cuenta a tiempo de que el mejor botín se obtiene siempre de los colaboradores, y ésta es la única intuición que garantiza una carrera de éxitos.

Al principio la banda era pequeña y su campo de acción, modesto. Se trataba siempre de atracos sueltos, y muy raras veces de robos violentos con efracción. Más originales resultaban, en cambio, algunos métodos para colocar los objetos robados. Uno de ellos dio la vuelta al mundo.

Dos pequeños burgueses de aspecto enérgico entraban, por ejemplo, en el comedor de un restaurante de lujo en Hampstead, se quedaban unos minutos como buscando a alguien y se dirigían luego hacia una de las mesas, donde había un caballero elegantemente vestido.

—¡Éste es! —decía uno de los dos a voz en cuello—. ¡Aquí lo tiene, devorándose mi dinero! Yo me llamo Cooper y él se llama Hawk. ¡Aquí tiene usted mi pagaré, señor alguacil! La sentencia puede ejecutarse ahora mismo. El anillo que lleva en el dedo medio es auténtico y puede valer sus buenas doscientas libras, y allí fuera el buen señor tiene además un birlocho que no será de cartón a la hora de subastarlo.

Normalmente, los camareros tenían que retener al caballero deseoso de lanzarse al cuello de su impertinente acreedor, pues si bien éste afirmaba reconocer su deuda, no podía aceptar que lo embargasen de esa forma.

La discusión acababa cuando los señores y varios clientes salían a inspeccionar el birlocho. Luego se celebraba la subasta en una taberna cercana.

El caballero y los dos pequeños burgueses desaparecían, y los beneficios que el «Cuchillo» obtenía así del birlocho y las joyas robadas eran mucho mayores que los que le hubiera proporcionado un encubridor.

Aquéllos eran, sin duda, métodos nuevos. El cáncer del robo era el encubridor. La dificultad de convertir el botín en dinero seguía siendo el punto más débil de toda la operación. Todos los esfuerzos por sacar a flote a la banda se estrellaban contra este escollo.

Hacia finales del año 96, el «Cuchillo» desapareció casi por completo del campo visual del hampa, y un pacífico individuo llamado Jimmy *Beckett* abrió en Soho un negocio de adoquines anexo a un pequeño almacén de

maderas. Cuando demolían casas compraba adoquines viejos y era muy meticuloso con las facturas.

Por entonces se produjeron en Whitechapel varios importantes robos de adoquines. En pleno día, mientras los peones camineros almorzaban, un ejército de carretillas se alzó una vez con los adoquines nuevos que yacían apilados. A nadie se le ocurrió detenerlas. Las huellas llevaban a la tienda de Jimmy Beckett. Pero el señor Beckett pudo presentar resguardos totalmente en regla para sus adoquines.

Cerca de los muelles se robaron un día una calle entera, esta vez de adoquines de madera. Al caer la tarde se presentaron unos cuantos hombres uniformados de obreros municipales, cerraron la calle pese al intenso tráfico, arrancaron los adoquines de madera y se los llevaron en carretillas.

El escándalo no apareció en los periódicos porque precisamente en esos días el ayuntamiento estaba investigando la actuación de una empresa que, de forma absolutamente legal y basándose en viejos contratos mantenidos en prudente reserva, se había apoderado en ese barrio de algunas calles construidas por otras empresas más modestas, de suerte que los trabajos, aunque enteramente concluidos, tuvieron que ser nuevamente pagados a la gran empresa. Se querían evitar paralelismos.

Por esos días volvieron a registrarse nuevos casos de robos y homicidios que se atribuyeron a la banda del «Cuchillo» y fueron, por lo demás, los últimos. Pero los periódicos les dieron muy poca importancia porque las víctimas pertenecían a las capas más bajas de la sociedad. Se trataba casi exclusivamente de delincuentes que caían abatidos a tiros en el curso de refriegas provocadas.

En este caso es menos dudoso que los crímenes fueran cometidos por la banda del «Cuchillo», que pasó del vulgar atraco callejero al robo con efracción, especializándose en asaltos a tiendas perpetrados por todo lo alto.

Ya por el año 1897 la banda del «Cuchillo» contaba con más de 120 colaboradores fijos. Estaba cuidadosamente organizada, y a lo sumo dos o tres miembros conocían al «jefe» en persona. La componían contrabandistas, encubridores y abogados. El «Cuchillo» (es decir, el hombre que se hacía llamar así) había sido un ladrón bastante mediocre y lo había reconocido, al parecer, él mismo. Como organizador era, en cambio, muy superior a la media. Y ya se sabe que éstos se llevan la palma en nuestra época. Parecen ser los más indispensables.

En efecto, en un tiempo increíblemente breve la banda logró hacerse con el control de casi todo lo relacionado con atracos a tiendas. Y eso que intentar

algo por cuenta propia en este campo era una tarea más que peligrosa. Llegado el caso, la banda no se avergonzaba de confabularse incluso con la policía. Todo el mundo sabía que el señor Beckett terna relaciones con la Jefatura superior de policía.

Entregar gente a la policía también se convirtió en un medio para fortalecer la disciplina interna de la banda. Los integrantes que aún habían conocido al fundador ya estaban todos, o casi todos, en manos de la policía a principios de 1898, condenados a largos años de prisión.

Un buen día, Beckett vendió todas sus existencias a un tal *Macheath*, que acababa de inaugurar varias tiendas en la city, los llamados almacenes B, y quería surtirlos de mercaderías baratas.

Cuando Jimmy Beckett, el comerciante en maderas, desapareció de Inglaterra —al parecer, se trasladó a la América anglosajona—, un tal *O'Hara* , hombre joven y de gran talento, se convirtió en el jefe oficial de la organización según los rumores que recorrían los bajos fondos.

El señor Beckett se lo había recomendado al señor Macheath, quien lo tenía en gran estima y le compraba continuamente grandes partidas de artículos de fácil salida. Aquello significó la eliminación del gremio de encubridores.

La organización había encontrado un cliente estable y floreció poderosamente.

El señor Macheath podía mantener sus precios bajos, pero nunca sabía exactamente qué tipo de mercadería iban a entregarle. Resultaba muy ventajoso elegir artículos cuyo aspecto pudiera ser transformado por los tenderos de los almacenes B. Así pues, en vez de conformarse con lo que les suministraban, los almacenes pasaron a encargar lo que mejor se acomodara a sus propósitos.

Alcanzado este nivel de desarrollo, surgió el problema de la adquisición de capital Una nueva ampliación de la banda con miras a especializarla en robos y atracos a tiendas y depósitos exigía más medios que los que estaban a disposición del señor Macheath. Su empresa había llegado ante esa encrucijada tan temida por todos nuestros hombres de negocios.

Si se ampliaba la organización para la adquisición de mercaderías, los almacenes existentes no podrían absorber todas las remesas, y si se aumentaba el movimiento de los almacenes, la primera organización resultaría insuficiente. En cuanto se organizase la planificación de la compra y la venta habría que reforzar simultáneamente ambas organizaciones.

Ya existían otras cadenas de establecimientos, grandes empresas bien relacionadas con los bancos. La competencia era muy fuerte entre ellas. Para plantarles cara se necesitaban medios mucho mayores que los del señor Macheath.

En esas circunstancias se había casado éste con la señorita Polly Peachum.

Un mal paso

Una agradable noche de verano se dirigió el señor Macheath en un viejo coche de alquiler a uno de los barrios del oeste, donde vivía el señor Miller, del National Deposit Bank.

Llevaba un ligero traje gris, y ese viaje en coche descubierto a través de los suburbios no carecía de atractivo; pero él no se sentía feliz. Su matrimonio había sido un mal paso.

Su mujer era más bonita que todas las que había tenido hasta entonces, y, a su manera, él estaba enamorado de ella, pero ya no era un muchacho de veinte años ni estaba para romanticismos. A veces lo asaltaba la idea de que en mayor o menor medida lo habían engatusado.

El señor Miller lo recibió en la escalera de su casita. Detrás de él estaba su mujer, una cincuentona bondadosa y acogedora que en seguida trató a Macheath como a un hijo. Tomaron el té, y Miller se puso a hablar de tiempos pasados. Contó algunos episodios de la historia del National Deposit.

El fundador del banco había sido empleado de los Rothschild cuando esta casa libraba sus primeras grandes batallas. Se llamaba Talk. Miller repitió una historia que el viejo Talk había contado a menudo.

Los Rothschild ya habían consolidado su negocio y se contaban entre las empresas más importantes del continente cuando el director de la sucursal londinense, Nathanael Rothschild, puso en práctica una nueva idea. Eran tiempos de guerra, y las operaciones consistían mayormente en financiar determinados proyectos de los gobiernos; no se trataba sólo de suministros para el ejército, aunque éstos también entraban, claro está, en consideración. Las liquidaciones de los bancos con sus grandes clientes solían ser bastante complicadas, y en ellas prevalecía cierta liberalidad. La proliferación de incidentes imprevistos lo encarecía todo extraordinariamente. En las cuentas aparecían cientos de comisiones destinadas en su mayoría a personas que no querían figurar en ellas, etc. Pues al viejo Nathanael, que por entonces aún era joven, se le ocurrió que quizá podría hacer contratos y darles cumplimiento

según lo estipulado. Quería calcular previamente los gastos y que la suma resultante permaneciera inalterable, pasara lo que pasara.

De este modo pensaba introducir en el mundo de las finanzas aquello que en la vida privada se denomina *honradez*.

Era una idea temeraria, y los otros Rothschild, todos banqueros como se sabe, se opusieron a ella desde el principio. Le hicieron la vida imposible al jefe de la familia. Pero éste no les hizo el menor caso y en seguida puso en práctica el audaz proyecto.

Miller lo describió con toda exactitud mientras miraba pensativamente los rododendros del jardincillo; era una operación bastante enrevesada, algo relacionado con la explotación del cinc.

La familia estuvo a punto de convertirse en un montón de ruinas en el curso de aquella especulación. Los hermanos consultaron incluso con un psiquiatra, y en cierta ocasión intentaron sacar a Nathanael de su despacho por la fuerza e internarlo en un sanatorio privado. No les costó mucho convencer al médico. Al escuchar la idea, éste ya supo de qué iba la cosa. La idea le ahorró cualquier diagnóstico ulterior.

El médico entró en la oficina de Nathanael acompañado de dos enfermeros y le dijo:

—No siga usted torturándose, señor Rothschild. Sus hermanos me dicen que recientemente ha tenido ideas muy interesantes, pero que está un pelín agotado y mal de los nervios. Ahora vendrá usted conmigo a una casa preciosa y muy tranquila en el país de Gales, no se preocupará de nada durante una temporada y vivirá sólo para su salud. Ya hablaremos sobre sus ideas, que sin duda son enormemente fructíferas. No me diga nada, yo estoy de acuerdo en todo con usted y lo entiendo. Tiene toda la razón, y su familia está equivocada. No quiere usted asestar ningún gasto en sus facturas, y eso demuestra su buena fe. ¿Me podría decir cuánto es 4 por 13?

El médico tuvo que largarse, pero Nathanael se vio a menudo envuelto en situaciones apuradas. Todo el mundo lo engañaba, es decir, nadie respetaba los contratos, pero él sí tenía que hacerlo. Pese a todo, el negocio resultó un éxito a la postre, aunque los hermanos no estuvieron tan equivocados como todos pensaban luego. El destino de la familia llegó a estar, en efecto, pendiente de un hilo. Y el éxito sólo llegó porque la idea era original y totalmente inesperada. Por todas partes surgían gastos adicionales, y sólo los Rothschild se abstenían de cargarlos en las cuentas. Incluso había algo de competencia desleal en todo aquello, pues naturalmente los gobiernos acudieron a los Rothschild, al menos hasta que los otros también aprendieron

el truco. La absoluta honestidad en las cuentas es hoy día una evidencia, pero alguien tenía que descubrirla un día u otro. La humanidad ha de luchar duramente por todo, por cada paso adelante.

Macheath hacía grandes esfuerzos por escuchar. No acababa de entender el contenido del relato del viejo Miller; el fondo, por así decirlo, se le escapaba.

—De ello se deduce —dijo por último en tono inseguro— que en el mundo de los negocios hay que probarlo *todo*. ¿Es eso lo que quería decir? Si se quiere ir a más y tener un margen de beneficios decente a fin de año, es preciso probarlo todo, incluso las cosas más estrafalarias.

Mientras sorbía su té con el grueso pulgar metido hasta el fondo en la taza, no dejó de pensar un solo instante. Tenía la impresión de que Miller dudaba de sus ideas y quería hacerle ver cuáles eran los verdaderos trucos. De ahí que, cuando Miller terminó, su interlocutor se esforzara por realzar algunas de sus propias sugerencias.

Antes de empezar, sacó del bolsillo interior de su americana dos recortes de periódico cuidadosamente doblados, que contenían sus artículos sobre la idea de los almacenes B, la autonomía de los pequeños tenderos, etc. Estaban marcados con lápiz rojo. Miller ya los conocía.

Macheath sacó un puro de su bolsillo exterior, le mordió la punta, que arrojó con dos de sus gruesos dedos sobre el sendero de grava, y encendió luego su puro con toda calma

Aún tenía otras ideas que no habían aparecido en los periódicos.

Su principal actividad en aquel momento era el estudio del cliente, precisó.

El cliente solía presentarse ante el dueño de la tienda como un individuo sin necesidades, cicatero, malintencionado y receloso, dijo. Su actitud era decididamente hostil. No veía en el vendedor a un amigo y consejero dispuesto a hacer cualquier cosa por él, sino a un desalmado lleno de segundas intenciones y deseoso de seducirlo y estafarlo. Ante semejante cuadro, el vendedor suele sentirse intimidado de entrada y renuncia a cualquier esfuerzo por ganarse al cliente, por convertirlo en un hombre mejor y más abierto a nivel humano, por hacer de él, en suma, un comprador de categoría. Se resigna a la voluntad divina y deja su mercadería sobre la mesa, poniendo su única esperanza en la carencia y la miseria pura, que de vez en cuando obligan al cliente a hacer alguna compra.

Añadió que, sin embargo, con ello se interpretaba mal y se subestimaba profundamente al cliente. En el fondo éste era mejor de lo que parecía. Sólo

ciertas experiencias trágicas vividas en el seno de su familia o en su lucha por la existencia lo habían vuelto desconfiado y hermético. En lo más hondo de su ser abrigaba la secreta esperanza de ser reconocido como lo que era: ¡un comprador de primera! ¡Pues lo cierto es que *quería* comprar! ¡Le hacían falta tantísimas cosas! ¡Y cuando no le faltaba nada se sentía desdichado y quería que lo convenciesen de que algo le hacía falta! ¡Sabía tan poco!

—*Ser vendedor* —dijo Macheath golpeando la mesa de caoba con su cucharilla— *es ser maestro. Vender significa combatir la ignorancia, la estremecedora ignorancia del público. ¡Qué poca gente es consciente de lo mal que vive! Duermen en camas duras y chirriantes, y se sientan en sillas feas e incómodas Aquello es una ofensa permanente para sus ojos y traseros; ellos lo intuyen vagamente, pero no lo saben hasta que no ven otras cosas. Como a los niños, hay que decirles lo que necesitan. Deben comprar lo que pueden necesitar, no lo que deben tener. Y para conseguir que lo hagan hay que hacerse amigo de ellos. En cualquier situación, hay que tratarlos con amabilidad y condescendencia. Claro está que el que no compra nada nos parece un individuo ruin. «¡Un muerto de hambre!», pensamos involuntariamente llenos de asco y de desprecio. Pero eso es justamente lo que no debe hacer un vendedor. En esos casos hay que creer en la bondad del ser humano, qué sólo necesita ser despertada, y seguir siendo amable, siempre amable, aunque se nos parta el corazón.*

Macheath se había exaltado más de lo que pensaba. Ése era uno de los puntos débiles en sus pequeños almacenes. La gente no era lo bastante amable. Él los controlaba continuamente a través de sus «agentes compradores», y castigaba a todos los tenderos que hubieran sido descorteses. Mas no servía de mucho. Los grandes almacenes sí que lo tenían más fácil. Para sonreír, el personal tiene que sentir el látigo en la espalda. Los pequeños tenderos sólo pensaban en el alquiler ya vencido cuando un cliente tardaba mucho en decidirse. Si salía del establecimiento sin haber comprado nada, ponían tal cara de vinagre que parecía que el mundo les iba a caer encima. Y al cliente no le gustaba nada, claro está, que lo hiciesen responsable de toda la miseria del vendedor. Si éste le hacía notar que le había clavado la puntilla al no comprar nada, se enfadaba. ¡Había que aprender a sonreír aun con la muerte en el corazón! Ya les enseñaré a poner buena cara aunque para ello tenga que azotarlos con escorpiones, pensó Macheath al tiempo, que se enjugaba el sudor de la frente con un gran pañuelo.

Luego siguió hablando, no sin humor.

Enumeró una larga serie de métodos para despertar los apetitos débiles y poco desarrollados del público. Presentando los artículos con cierto desorden se podían ya, según él, hacer milagros. Ello permitía al cliente hacer descubrimientos. Éste salía a la caza de cosas útiles. La vista se le agudizaba muchísimo al poco rato, y buscando una cosa, encontraba también la otra. Bajo un montón de ropa, su ojo de halcón divisaría un jabón que le agradaba, por ejemplo. El jabón nada tenía que ver con las telas que deseaba para hacer delantales, pero ¿lo hacía eso inservible? Claro que no. Y el tipo se asegura el jabón, pues no sabe si lo necesitará más adelante. Llegado a este punto, ya es un comprador.

Decisivos eran, por supuesto, los precios. Si variaban demasiado, el comprador se cansaba. Y empezaba a hacer cálculos, cosa que era preciso evitar a toda costa. Macheath quería crear varias categorías de precios. Pues nada provocaba, según él, un delirio de seguridad tan grande en el comprador como el poder vislumbrar de golpe todo lo que podía comprar por una suma determinada. ¿Cómo? ¿Ese enorme mueble de jardín cuesta sólo esto? ¿Y esta complicada máquina dé afeitar no es más cara?

Sin embargo, había que escalonar muy cuidadosamente los precios. El público se asustaba menos de las grandes sumas que de los números altos. Dos chelines eran demasiado para muchas mujeres que pagaban gustosas un chelín y once peniques y medio.

Miller lo miraba con sus ojos afelpados, llenos de curiosidad. Macheath, cada vez más animado, se puso a explicarle su idea de los almacenes Baratura: sólo unos pocos artículos y tres o cuatro categorías de precios. Poco importaba que algunos artículos tuviesen que ser elegidos separadamente por los propios clientes. Así, por ejemplo, esas sillas de jardín que constan de un asiento plegable, un banquillo para los pies y una sombrilla podían venderse por piezas sueltas, de suerte que aunque todo junto saliera más caro de lo que prometían los precios máximos, mantenidos a rajatabla, por separado no se salían de las tres categorías de precios.

Los almacenes más pequeños, con talleres en los que se fabricaban y vendían zapatos, ropa interior o artículos de fumador, seguirían funcionando como hasta entonces y sólo recibirían créditos. Pero, en cambio, quería llenar de mercaderías los más grandes. El precio único era la idea genial que conquistaría a Londres. Y él quería lanzarla en una gran semana publicitaria.

Miller le hizo una seña a su mujer.

La señora Miller se levantó discretamente y salió. Pensativo, Miller balanceaba de un lado a otro su cabeza blanca y miraba a su visitante como

buscando palabras.

—¿Y qué piensa ahora el viejo Peachum de vuestro matrimonio? ¿Ya se ha hecho a la idea? —preguntó.

—No tiene un corazón de piedra —respondió Macheath.

—¡Vaya! —dijo Miller sorprendido.

Macheath bebió un sorbo de té. Ambos permanecieron un rato en silencio. En la calle se oyó un griterío de niños que maldijeron algo.

Miller prosiguió, en tono suave:

—En ese caso todo es muy sencillo. Como usted comprenderá, nos gustaría que su suegro entrase en el negocio. Más que nada por la gente, que quizá podría preguntar por qué no participa el suegro. Al fin y al cabo, es la persona que mejor debería entender sus ideas, ya que está unido a usted por vínculos de parentesco. Traiga aquí al señor Peachum y en diez minutos estará todo arreglado, Macheath.

—¿Y si no me diera la gana —preguntó éste en un tono repentinamente brusco— de pedirle ese favor a mi suegro?

—No se ponga nervioso, Macheath, que no hay ninguna razón. Pero entienda que debemos ser prudentes. El banco no es nuestro, sino de la pequeña Talk, una niña realmente encantadora, por cierto. Es verdad que usted tiene los almacenes, pero lo que más nos interesa es su idea, Macheath; los almacenes vienen en segundo lugar, y además son bastante simples, ¿verdad? El punto esencial en todo este asunto es y será su famosa idea, el precio único, la semana publicitaria y la promoción de la autonomía de los pequeños tenderos.

Macheath se despidió muy de prisa.

Aún recorrió un buen trecho a pie. Ya había oscurecido. Iba agitando en el aire su grueso bastón, con el que golpeaba los setos de tejos de los jardincillos delanteros. Se sentía profundamente descontento.

La tarde anterior Polly había dado un paseo con él por el parque. Al cabo de dos horas se fue «a casa». Y él no se atrevió a retenerla.

¿Por qué se había casado realmente?

Al día siguiente volvió a tener otra entrevista con Miller y Hawthorne en el banco. La situación no cambió nada. Se limitaron a fijar un plazo.

Macheath hizo cuanto pudo por convencer a ambos ancianos de la bondad de sus ideas. Describió muy expresivamente el efecto que tendrían sobre la competencia.

Ellos lo escucharon con benevolencia y atención, y luego le dijeron que aquello aún era música del futuro. Que tratase de interesar a su suegro y todo

iría sobre ruedas.

Mientras duraron esas atroces negociaciones, Macheath no pudo quitarse la idea de que la tarde que pasó en casa de Miller era la causante de todos sus males. Probablemente sus ideas eran demasiado progresistas para esos ancianos tan chapados a la antigua. Y una vez más le molestó la absurda historia del viejo Talk sobre los Rothschild.

Tan sólo mucho más tarde le haría ver Fanny Crysler que, muy comprensiblemente, el viejo y honorabilísimo National podía haber renunciado a tener tratos con él debido a su origen oscuro, que se correspondía con la proveniencia no menos oscura de sus mercaderías.

Cuando llegó el plazo fijado, Macheath no tenía; claro está, nada nuevo que comunicarles. Tuvo que reconocer que estaba en «muy malos términos» con el señor Peachum. Miller y Hawthorne pusieron en seguida caras de desconcierto total. No lo echaron a la calle, pero sí le hicieron unas preguntas muy directas, sorprendentes y poco delicadas.

Estaban realmente desilusionados. Ya se habían resignado a hacer innovaciones y ardían de impaciencia por hundir sus viejas redes en las aguas nuevas.

Pocas semanas después, Macheath se enteró de que estaban en negociaciones con la cadena de tiendas «Chreston».

Aquello fue un golpe muy duro. La cadena de tiendas «Chreston» era precisamente el modelo que Macheath soñaba con superar, unos locales grandes, acreditados y bien situados, con un amplio surtido de mercaderías. Él había pensado doblegarlos con sus ideas. Y en vez de esto le informaron que el grupo «Chreston» proyectaba hacer *innovaciones* con motivo de una ampliación de capital, y anunciaba una gran *semana publicitaria* con toda suerte de sorpresas para el público. Se trataba evidentemente de un vulgar robo de sus ideas, algo de lo que Macheath jamás hubiera creído capaces a aquellos dos viejos y que lo puso de un humor de perros.

—*¡Habráse visto!* —rompió a vociferar en presencia de Fanny—. *¡Pretender engañarme a mí! Hago cuanto puedo por ser un hombre bien situado, me niego a emplear cualquier tipo de violencia y me atengo religiosamente, o al menos con bastante fidelidad, a las leyes, reniego de mis orígenes, me pongo un cuello duro, alquilo un apartamento de cinco habitaciones, contraigo un matrimonio de conveniencia con la hija de una respetable familia burguesa, ¡y mi primera experiencia al llegar a las altas esferas es ser víctima de un robo! ¿Y esto pretende situarse en un nivel moral más alto que todo lo que yo he hecho en mi vida? ¡Pero si está en uno mucho*

más bajo! Nosotros, los delincuentes comunes, no estamos a la altura de esa gente, Fanny. ¡En un plazo de cuarenta y ocho horas nos arrebatan no sólo todo el botín que hemos juntado con el sudor de nuestra frente, sino también nuestra casa y nuestras botas! ¡Y se lo llevan sin infringir ninguna ley, probablemente con la agradable sensación de estar cumpliendo con su deber!

La estafa de la que había sido objeto había calado muy hondo en él, haciéndolo dudar de sus capacidades. Se pasaba horas y horas recorriendo Londres de un extremo a otro en un ómnibus con imperial, enfrascado en sombríos pensamientos. El vaivén de la gente que subía y bajaba lo distraía, y la alternancia de barrios pobres y opulentos lo acababan reanimando. Pero su falta de formación, que había permitido a un pequeño banco y a la cadena de tiendas «Chreston» sacar una buena tajada a costa suya, lo abrumaba permanentemente. Mucho le costó recuperar su equilibrio.

Macheath estaba atravesando uno de los peores períodos de su vida.

Una mano amiga

En aquellos días, Fanny Crysler fue para él un auténtico puntal.

Tenía un pequeño apartamento en Lambeth, con muebles antiguos muy bonitos y una habitación de huéspedes.

Macheath se pasaba horas en la tienda de Fanny, quien por la noche se lo llevaba a su casa, pues él no quería volver a la suya. Siempre decía que allí no le daban desayuno.

Ella superó sin problemas ciertas dificultades con Grooch, con quien mantenía una relación estable. Simplemente lo mantuvo varias semanas alejado.

Jamás hablaba del matrimonio de Macheath; sabía que él lo consideraba un mal paso y que apenas se veía con Polly. Con tanto mayor ahínco lo ayudó, en cambio, a poner orden en los asuntos de los almacenes B, que iban cada vez peor.

Los tenderos hacían las cuentas mal o ya ni las hacían. Continuamente recibían grandes remesas de mercaderías del mismo género, unas veces relojes y gafas, otras, tabaco y pipas, y no sabían cómo deshacerse de ellas.

Un penoso incidente con una mujer a la que él había cedido amablemente una pequeña tienda puso al descubierto la situación de aquellos míseros negocios. Se trataba de una de sus viejas amigas, una tal Mary Swayer.

Ésta se había enterado del matrimonio de Macheath y, por algún motivo, lo tomó como un agravio a su persona. Armó un gran barullo y encontró protectores entre ciertos individuos que merodeaban por los almacenes B, tratando de sonsacar a los tenderos información sobre el señor Macheath. Esos protectores trabajaban en la redacción del diario *El Espejo* y estaban muy interesados en todos los asuntos del amo de los almacenes B desde que éste echara por las malas a uno de sus colegas. Eran lo suficientemente supersticiosos como para creer que a quien rompiera un espejo le caerían siete años de desgracias. El diario, además, tenía fama como órgano de lucha social porque sólo atacaba a los ricos debido a que los otros no tenían dinero para poderlos chantajear. Macheath tenía, pues, que estar ojo avizor. Como toda persona adinerada, debía tener una reputación moral intachable. La necesitaba para que le permitieran estafar a los tenderos de los almacenes B.

La entrevista entre él y la Swayer tuvo lugar en la tienda de antigüedades de Fanny Crysler y contó con la presencia de ésta.

La Swayer, una rubia guapa y pechugona de entre veinticinco y treinta años, dijo que ya no podía más. Que Mac la había sacado de su entorno y la había incordiado durante años con sus celos. Y ella, también durante años, había tenido que verlo mariposear de flor en flor, como quien dice. ¡Y ahora, sin ninguna vergüenza, le jugaba la mala pasada de casarse a la vista y paciencia de todo el mundo! Que sólo con el consentimiento de Mac se había ella casado con su marido, añadió, quien ahora estaba en el frente y la tenía totalmente sin cuidado. La tienda que Mac le había montado era un asco, y su marido, encima, le había endosado dos criaturas. Si no le daban al menos unas cuantas libras para contratar a una o dos costureras, no podría seguir tirando. Sus nervios ya no daban más. Sólo así podían explicarse ciertas declaraciones que había hecho poseída por la rabia.

Fanny intentó aclarar sobre todo si ya existían contactos con *El Espejo*. Le preguntó:

—¿A quién le has hecho esas declaraciones? Es muy importante.

Pero a la Swayer aún le quedaban nervios como para no caer en la trampa. Se limitó a decir vaguedades en un tono más bien moralizador. Que ella le había entregado a Mac los mejores años de su vida. Cuando empezó a salir con él era una jovencita en flor; aparte de la violación que sufriera a los doce años, y que le había confesado en seguida, nunca había tenido relaciones con un hombre. Y ahora que Mac la abandonaba, ya no estaba en condiciones de pescarse uno nuevo. Y mostró las huellas que los años y las preocupaciones por él habían dejado en su rostro.

Cuando ella hubo concluido, empezó Mac.

Insistió en que abogaba por la independencia total de la mujer. Cuando ésta se entregaba a un hombre, lo hacía asumiendo la responsabilidad y los riesgos de su acción, y él se oponía que se le impusieran cualquier tipo de condiciones. El amor no era un seguro de vejez. Y amor concedido era también amor gozado.

Mary volvió a chillar. ¿Qué terna que ver con Mac el placer que ella hubiera tenido? Como si no lo hubiera podido sentir con otro hombre, con un hombre decente, por ejemplo, que se preocupara por una mujer que le había sacrificado todo. Ella era vendedora cuando Mac la sacó de ese empleo porque un día vio cómo el jefe la hizo subir por una escalera de mano para que bajara una caja de la estantería y poder mirarle así las piernas. Ahora nadie quería mirarle las piernas, a ver si Mac se enteraba. Aquel joven tan amable con el que había hablado sobre toda esa marranada se lo había confirmado.

Macheath quiso replicar con dureza, pero Fanny pensó que era preciso actuar con prudencia. Ya se veía que la mala situación del negocio era culpable de la reacción de esa mujer, un tanto vulgar, mas no del todo mala.

—¿Cómo quieres que venda esa basura? —preguntó Mary indignada— No todos mis clientes necesitan relojes. Me he especializado en ropa interior. Si la señora Scrubb quiere unas enaguas, ¿cómo voy a decirle que no me quedan y que en vez de ellas se lleve un reloj? Es posible que a vosotros os resulte más fácil robar relojes; no me interrumpáis, que a veces yo también me pongo a pensar, aunque no haya estado en ningún pensionado, como la nueva mujer de Mac; la ropa no la puedo acabar yo sola, necesito una o dos chicas y para eso me hace falta dinero.

La entrevista fue larga y agotadora. Mary se defendió como una tigresa. Con el cuerpo inclinado hacia delante, el ceño fruncido y una visible desconfianza, escuchó la propuesta de Fanny: pese a no reconocer ningún tipo de obligación para con ella, Mac la ayudaría a ampliar su almacén lo y a vender también géneros de punto, siempre que ella guardara absoluto silencio sobre las relaciones entre ambos.

Cogió ávidamente el cheque, lo guardó con aire ausente en su bolso de seda y se marchó sin siquiera rozar a Mac con la mirada.

—*Es muy extraño* —dijo Macheath cuando estuvo de nuevo en Lambeth con Fanny, por la noche—, *esos almacenes no quieren seguir siendo lo que son. Antes uno abría un negocio, una ferretería por ejemplo, y seguía siendo una ferretería. Hoy se tiende a cambiar continuamente. Hagas lo que hagas,*

no consigues conservarlo tal cual es. Una tienda de géneros de punto ha de convertirse en un taller de costura o se va al agua. Y ese taller de costura querrá abrir sucursales en seguida. Cuando, ya no puede pagar su alquiler, se le ocurre abrir sucursales. Y con los grandes negocios ocurre lo mismo. Chreston posee una cadena de almacenes, unas tiendas gigantescas, pero tiene que venir a robarme mis ideas e intentar algo totalmente nuevo. No es un progreso, es una huida. Y se debe a que la propiedad ya no es propiedad. Antes alguien poseía una tienda o una casa, y ésa era su fuente de ingresos. Ahora puede ser una fuente de gastos, el origen de su ruina. ¿Qué carácter puede forjarse en una situación así? Supongamos que un hombre tiene valor y espíritu de empresa En otro tiempo hubiera hecho fortuna. Hoy abre un negocio y está perdido. Aunque sea prudente, estará perdido. El valor consiste de pronto en pagar sus deudas, y la prudencia, en hacer nuevas. Un hombre que durante tres años seguidos mantiene la misma opinión no hace más que evidenciar que no lo dejan entrar en el juego hace tres años.

Fanny preparó té y se puso su pijama. Su piel, incluso en las piernas, era morena; muy diferente de la de Polly, pensó Macheath.

Ella tenía su propio punto de vista sobre los almacenes B.

Los consideraba arruinados desde que fallara el intento por conseguir capital a través del matrimonio o del National Deposit Bank. Según ella, Macheath debía traspasarlos.

—Mi tienda es mucho mejor —dijo retrepándose en su silla escocesa, con las piernas cruzadas y su taza en el regazo—. Deberías concentrarte en ella, Grooch es muy hábil. Dice que si tuviera herramientas modernas, podría hacer mucho. Aunque la cosa te parezca demasiado lenta, con unas cuantas maniobras bien hechas podrías ganar un montón de dinero y luego ya verías. Aunque él lo intentaría sólo con herramientas muy modernas.

—¡Otra vez robos con efracción! —dijo Macheath con expresión sombría.

—Sí, pero con herramientas modernas.

Sólo se pusieron de acuerdo hacia al amanecer.

Antes de irse a su tienda, Fanny quitó la ropa de cama del cuarto de huéspedes, y esa misma noche fue Grooch a verlos e impuso sus condiciones.

El asunto no acababa de convencer a Macheath. Le sabía mal que Fanny tampoco lo considerase capaz de enfrentarse al gran juego con los bancos. Tenía la sensación de que aquello era una degradación terrible y, además, definitiva.

Unos días más tarde, Macheath y Grooch viajaron a Liverpool, donde precisamente se celebraba una exposición internacional de criminología.

Vieron cosas extraordinarias. Había ganzúas para forzar cualquier caja de caudales, incluso la más moderna. Ningún sistema de alarma podía enfrentarse a la técnica moderna. Por muy complicadas que fuesen las cerraduras, sólo constituían un obstáculo para la gente de buena fe; para el especialista no tenían secretos.

Por la noche tuvieron una discusión en el hotel, pues Grooch quena unos modelos franceses, mientras Macheath prefería los ingleses.

—Estamos en Inglaterra, Grooch —le recordó malhumorado—. ¡Ingleses, utilizad herramientas inglesas! ¡Adonde iríamos a parar si aquí se prefirieran los productos franceses! ¡Vaya papelón el que haríamos! Se ve que no tienes idea de lo que significa una nación. Estas herramientas han sido concebidas por cabezas inglesas, fabricadas por manos inglesas y son, pienso, suficientemente buenas para los ingleses. No pienso coger otras.

Esperaron hasta las dos y luego se pusieron en marcha

Muy pronto llegaron al edificio y redujeron al guardián con no menos rapidez. Pero cuando oyó un ruido de pasos fuera, Macheath perdió completamente los estribos. Con la frente perlada de sudor y los ojos aterrorizados, no lograba, dar con la ganzúa necesaria Grooch, meneando la cabeza, le quitó el manojo de la mano. El gran comerciante no servía ya, al parecer, para esos menesteres.

Grooch tuvo que arreglárselas prácticamente solo. Y se las arregló. AI mediodía siguiente le presentaron las herramientas a Fanny.

En sus horas de ocio, Grooch había ido maquinando una serie de proyectos para futuras operaciones. Tenía varios en su lista.

—Eso significa un montón de dinero —dijo extasiado—. Es más seguro que casarse.

Pero cuando Macheath fue a ver a Brown a orillas del Támesis para pedirle consejo en un asunto concreto, se llevó una desagradable sorpresa.

—¿De modo que fue Grooch, eh? —le gritó Brown—. ¡Es el colmo! ¿No has leído los periódicos?

—Su cólera no era infundada. La prensa informaba en grandes titulares sobre el robo en la exposición de criminología.

Le parecía grotesco que hubieran robado a la policía herramientas para robar.

Brown estaba seriamente enfadado y se puso muy enérgico.

—No dejaré que te confisquen nada —se lamentó—, y pienso que bien puedo esperar de ti el mismo respeto hacia mi carrera. Hasta. ahora hemos jugado limpio. Reconozco que sin las detenciones que tú me facilitaste no

hubiera llegado tan fácilmente a mi posición actual. Pero nuestras relaciones, que se remontan a cuando aún estábamos en la India, tienen para mí más importancia que la puramente comercial. Y tú echas ahora en saco roto el más elemental de los respetos debidos a los viejos amigos. Siento apego a mi profesión. Si no fuera así, no la ejercería. No soy albañil. Y gracias a mis aptitudes puedo llegar a jefe superior de policía. No son sólo los galones en el hombro, como tú tal vez pienses. No puedo soportar que le den ese puesto al borrico de Williams, que nunca ha reunido las condiciones para ejercerlo. Necesito recuperar esas herramientas esta misma noche, junto con el hombre que se las robó.

Macheath lo escuchó asustado. Comprendió que había ido demasiado lejos con Brown. Sólo le quedaba explicarle los motivos que lo habían inducido al robo.

—Si necesitas dinero —dijo Brown un tanto apaciguado—, hay otras vías para procurártelo. ¿Por qué no te diriges a un banco? El National Deposit no es el único.

Macheath replicó que ni sus almacenes ni la empresa que le suministraba la mercadería estaban en condiciones de poder interesar a los bancos y conseguirle una financiación. Sin un despacho decente en la city no podía hacer absolutamente nada.

Fue entonces cuando Brown puso al descubierto su mejor faceta. Sin insistir demasiado, le prometió anticiparle algún dinero.

—¿Para qué apartarse del buen camino? —dijo apelando a la conciencia de Macheath—. Nunca hay que hacerlo. Un comerciante no comete robos con efracción. Un comerciante compra y vende. Y así obtiene lo mismo. Cuando estábamos tumbados en aquel arrozal frente a Petchavar, Macky, en medio de un fuego graneado, ¿acaso te levantaste y te lanzaste contra los shiks con una rama gruesa en la mano? Hubiera sido una reacción indigna de un profesional y, por tanto, inapropiada. Dices que tus negocios deben llegar primero a una situación que resulte atractiva para los bancos. Bien. Pues llévalos a esa situación. ¿Por qué no te diriges a mí? Si te molesta aceptar dinero de un amigo, págame intereses. ¡Págame más intereses que a cualquier otro! ¡Un veinte o, si prefieres, un veinticinco por ciento! Así el favor me lo harías tú. Sé que trabajas a conciencia, y no quiero que vayas por mal camino como cualquier pequeño burgués tonto que no entiende nada de negocios y empieza a robar. ¡No vuelvas a trabajar con gente como ese Grooch! ¡Trabaja con los bancos, como todos los hombres de negocios! ¡Y notarás la diferencia!

Macheath estaba profundamente conmovido. Como hombres que habían capeado los temporales de la vida, les resultaba difícil exteriorizar sus sentimientos. Una mirada de perplejidad quizá diga en esas situaciones mucho más que un abrazo.

—Así eres tú, Freddy —dijo Mac con voz apagada— Hay quienes te dan un buen consejo, y eso está bien. Pero tú encima das ayuda material. Y eso es la amistad, sólo eso es la amistad. Una mano amiga…

—No exijo sino una cosa —añadió Brown clavando en Macheath una mirada penetrante—, exijo que no tengas más tratos con tipos como Grooch y O'Hara. Si no puedes romper con ellos ahora mismo, hazlo en cuanto salgas del follón en que estás. El negocio que tienes entre manos debería permitírtelo. Si ahora te echo una mano es porque en el futuro quiero verte en otro ambiente. No tiene por qué ser hoy ni mañana. Sé que aún necesitas a esos elementos para levantarte. Pero un día u otro habrás de poner fin a esta historia. Te lo exijo.

Macheath asintió sin decir palabra y con lágrimas en los ojos.

Se marchó feliz. Aún convinieron en dejar tranquilo a Grooch de momento, y detener a otro hombre como presunto ladrón. Macheath le entregó las ganzúas esa misma tarde.

Brown también cumplió su palabra. No le fue nada fácil conseguir el dinero. Primero tuvo que organizar redadas en ciertos clubes, y Mac pudo comprobar los efectos de sus esfuerzos ya en casa de la señora Lexer, en Turnbridge, donde solía pasar las noches de los jueves. Las chicas se quejaron mucho de los descuentos que les hacía la propietaria.

Pero una semana más tarde Macheath ya tenía los medios para impulsar su programa de «compras».

Junto con O'Hara elaboró un plan de acción muy detallado.

Además de los depósitos que ya tenían, alquilaron unos cuantos cobertizos. También se preocuparon del transporte, unos pesados carros de carga Para efectuar operaciones en ciudades de provincia se previeron fondos y alojamiento.

O'Hara demostró ser muy útil pese a su juventud. Tenía esa aversión visceral a echar una mano al prójimo que es la condición previa de toda gran carrera. Macheath lo intuyó en seguida; en eso se le parecía el muchacho. Había iniciado su ascenso desde abismos muy oscuros. A los dieciséis años ya solía preñar chicas que robaban tiendas o teman que asumir ciertos delitos, y gracias a su estado obtenían con más facilidad la absolución. Pero no le gustaba que le recordaran esa época ni aquella profesión.

Fanny se entendía menos bien con él Lo encontraba excesivamente mimado por las mujeres. Y desconfiaba de él. Además, le hacía la competencia a Grooch, quien desde la historia de Liverpool había bajado en la estimación de Macheath.

Celebraban sus reuniones en Lambeth. Al acabar, Macheath se iba siempre con O'Hara, lo cual demostraba a Fanny que tampoco Mac confiaba mucho en el joven. En cierta ocasión O'Hara volvió para quedarse en casa de ella, y Fanny tuvo que hablarle muy claro.

Lo que más le desagradaba de O'Hara era la actitud de explotador sin escrúpulos que adoptaba ante sus propios compañeros. Era una sanguijuela auténtica y realmente inexorable. Aunque él mismo no obtuviera ventajas, siempre era partidario de exprimirlos al máximo.

Se pasaba noches enteras en vela, maquinando nuevos trucos que le permitieran sacarle más dinero a la gente.

Fanny siempre le llevaba la contraria. Consideraba que comercialmente aquello era un disparate.

A raíz de la historia de Liverpool, la policía había detenido a Robert Serrancho. Esto llevó a la banda a rebelarse casi abiertamente contra sus jefes. Se comentaba que Robert Serrancho había sido entregado a la policía y de pronto se recordaron otros casos parecidos.

En tono algo burlón, O'Hara informó un día sobre las violentas discusiones que habían estallado en la Blacksmith Square.

Fanny lo interrumpió bruscamente. Que aquello no era para reírse, dijo indignada. Por muy necesaria que fuera, esa medida no dejaba de ser sumamente seria, aparte de muy lamentable.

—Pero si el jefe en persona ha ido a ver a Robert Serrancho a su celda y ha estrechado su mano —dijo O'Hara con soma y mirando de reojo a Macheath.

Y, en efecto, éste había ido a la prisión después del arresto y le había dicho a su compañero preso que estaba de su parte. En detalles como éstos se manifestaba su condición de jefe.

A Fanny Crysler le pareció simplemente cínico.

En el pequeño apartamento llegaron a producirse acaloradas discusiones durante las que Macheath permanecía sentado y en silencio, con un puro negro y fino entre los labios. Discutir le hacía gracia. Seguía siendo celoso, aunque no estuviera en absoluto enamorado. Y le alegraba que O'Hara no tuviera el menor éxito con Fanny.

Ésta argüía que desde la detención de Robert Serrancho los ánimos no se habían serenado en la banda y algunos proyectos habían fracasado por eso. Tras largas horas de discusión con O'Hara consiguió que, de momento, no entregasen a nadie más a la policía. Convenció incluso a Macheath, siempre dispuesto a buscar arreglos generosos, de la necesidad de contratar a un buen equipo de abogados para defender a los miembros de la banda que frieran detenidos.

Mac fue aún más lejos. Introdujo salarios fijos.

—Quieren cierta seguridad —dijo con aire pensativo—; prefieren algo parecido a una existencia de funcionario que les permita dormir tranquilos por la noche, sin preocuparse de que al terminar el mes no tengan en casa el dinero para el alquiler. Es comprensible, aunque yo me había imaginado todo esto de otro modo. Me había imaginado algo así como una unidad de destino con mis muchachos, en las buenas y en las malas; que el jefe se apriete el cinturón y los empleados se lo aprieten un poquito más, una cosa así, ¿me entiendes? Pero tendrán lo que quieren. Y como, según creo, quieren sueldos, los tendrán. Así de claro.

Preveía que los salarios fijos le resultarían mucho más baratos, ya que ahora tenía que comprar en gran escala para lograr que algún banco se interesase por sus almacenes.

La banda consideró una victoria el nuevo sistema de remuneración estable, y a partir de entonces Fanny pasó a gozar de gran predicamento entre la gente de la Blacksmith Square, pues Grooch ya había pregonado sus alabanzas por calles y plazas, con gran indignación de O'Hara. Decía que ella había obligado al jefe a asumir todos los riesgos y, quieras que no, ésta había tenido que aceptarlos, pues la necesitaba y debía mantenerla contenta.

Tras la reorganización, los ladrones de la banda de O'Hara dejaron de ser pequeños empresarios aislados para convertirse en empleados de una gran empresa que sólo podían trabajar como tales, es decir, en colaboración con sus otros colegas. Había, por ejemplo, especialistas que sólo tenían que aplicar el soplete; otros, los «viajeros», ya habían reconocido previamente el terreno, unos terceros se encargaban de elaborar un plan de acción, alguno de ellos había comprobado dónde podía instalarse la mercadería, y otro se había hecho cargo de las coartadas. De este modo, en los casos de robos con efracción, el «agente comprador», que debía elegir la mercadería y ser todo un experto, se dirigía a través del muro protector directamente hasta las estanterías, acompañado por sus embaladores y sin que nada lo detuviese. Era un forma de trabajar moderna y agradable, mientras que un retomo a métodos

más primitivos hubiera sido prácticamente imposible para esos expertos, ya por motivos puramente psicológicos. Un trabajo dependiente como el suyo exigía, claro está, una ocupación permanente o, al menos, el pago puntual de sus salarios. Se vendiera o no la mercadería, ellos tenían que seguir cobrando, ya que el problema de las ventas no era asunto suyo.

—Ahora sí que los dominas mucho mejor —le dijo Fanny a Macheath la noche en que O'Hara fue a Blacksmith Square—. No utilizas revólveres ni cuchillos contra ellos, pero tienes sus herramientas de trabajo. No haces que la policía los detenga, pero el hambre los obliga a trabajar. Créeme, es mejor así. Todos los empresarios modernos hacen lo mismo.

Macheath asintió con airé pensativo. Haciendo tintinear unas monedas en el bolsillo de su pantalón y sacando de vez en cuando una que lanzaba al aire y volvía a pescar, se paseaba en mangas de camisa sobre la alfombra china azul, la mejor pieza de Fanny.

Había vuelto a recuperarse bastante bien del golpe que le asestara el Siglo y medio, y preparaba grandes planes.

Eran gigantescos, pero no provenían de un exceso de vitalidad de su parte. Los necesitaba para no acabar arruinándose. Las compras prosperaban y un alud de mercaderías afluía a los almacenes. Las estanterías se llenaban: Las Marys Swayers trabajaban hasta muy entrada la noche. De los fardos de cuero surgían botas. La lana se convertía en jerseys entre las manos de familias enteras. Artículos de escritorio y lámparas, instrumentos de música y alfombras iban llenando hasta los topes aquellos pelados agujeros.

Pero Macheath sabía que el dinero que le había conseguido Brown apenas alcanzaría para mantener durante seis semanas el ritmo de compras de O'Hara.

De semejante situación sólo podían salvarlo unos planes de dimensiones napoleónicas.

Capítulo octavo

On s’engage et puis on writ.

Napoleón

«¡Pero si fuera está lloviendo!».
«¡Pues la cabaña está ardiendo!
¡Y más vale un moño mojao
que acabar carbonizao!».

Canción de los pioneros

Planes napoleónicos

En un gran edificio de la city, un hombre joven alquiló un piso entero. Firmó el contrato a nombre de lord Bloomsbury y montó entre cuatro y cinco despachos. Utilizó unos muebles bastante viejos y deslucidos, que, sin embargo, daban a las oficinas una apariencia de empresa ya antigua y absolutamente honorable. Una mujer joven, de tez bronceada, le ayudó a instalar los muebles y a contratar al personal.

—¿Sabes una cosa? —le dijo cuando llegaron los muebles y él empezó a examinarlos con aire desaprobatorio—. Los negocios con solera ejercen una gran fascinación. Su edad demuestra que nunca han incurrido en fallos, lo que a su vez permite augurar que tampoco se dejarán pillar fácilmente.

La habitación más espaciosa fue acondicionada como sala de sesiones. Sobre la puerta vidriera que daba al vestíbulo se leía, en grandes letras doradas: SCC. Y debajo, en caracteres más pequeños: «Sociedad Central de Compras».

La sesión inaugural de la nueva sociedad fue breve. Dos abogados conocidos en la city, un señor O’Hara, el propio lord Bloomsbury y una señora Crysler eligieron al mayorista Macheath como presidente. Lord Bloomsbury quedó de vicepresidente. Macheath lo había conocido en una

casa de Turnbridge donde solía pasar las tardes de los jueves. Pocos esfuerzos le costó contratar a aquel joven intrascendente, pero agradable, que estaba siempre en dificultades económicas y dependía totalmente de Jenny Month, la mejor ayudante de la señora Lexer. Era muy tonto, pero callaba con pasión y tenía una sonrisa de extrema superioridad y absolutamente inmotivada. Causaba una excelente impresión y vivía de ella.

La primera actividad de la empresa consistió en la firma de dos contratos. En uno de ellos, el señor O'Hara se comprometía a entregar a la SCC grandes partidas de mercadería barata. En el otro se concedía al señor Macheath una opción sobre las mercaderías suministradas por la SCC para sus almacenes B. A continuación, el señor Macheath cedió la presidencia oficial a su amigo lord Bloomsbury y pidió a los asistentes que, tal como habían convenido, no divulgasen que él era el verdadero presidente hasta recibir nueva orden.

Los señores se despidieron satisfechos, y las oficinas iniciaron su actividad bajo la dirección de la señora Crysler.

El trabajo consistía en mantener correspondencia con algunos agentes distribuidos en ciudades de provincia inglesas y en el continente. Tales agentes se encargaban de comprar a bajo precio, y para la SCC, las existencias de empresas en quiebra, y de enviarlas a un depósito en el Soho. Los resguardos de la mercadería ingresada y los recibos de los pagos efectuados eran cuidadosamente archivados, pero en distintos ficheros. Las entradas del depósito también eran contabilizadas por separado y tratadas al margen de los suministros a los almacenes B.

No hacía ni dos semanas que funcionaban dichas oficinas, cuando un día se presentaron en las oficinas del Commercial Bank dos caballeros, el señor Macheath y lord Bloomsbury, y pidieron hablar con los directores del banco.

El Commercial Bank era una institución que mantenía excelentes relaciones con los *dominions* y cuya sede quedaba en un lujoso edificio nuevo de la Great Russell Street Financiaba toda suerte de empresas comerciales, entre ellas la cadena de tiendas Aaron, el gran competidor de B. Chreston, además de una larga serie de establecimientos similares, aunque más pequeños, en provincias.

Los directores del Commercial eran personas muy honorables y versadas en el comercio al por menor. Recibieron a Macheath con una reserva extremada. Resultó que conocían asombrosamente bien la organización y situación de los almacenes B.

Macheath había adoptado una actitud muy concreta.

—El viejo National no me ha dado nada por mis existencias porque éstas no tenían un árbol genealógico de primera —le dijo a Bloomsbury antes de ir a la Great Russell Street—. Pero ahora ya tienen un árbol genealógico, aparte de que la competencia es fortísima. Eso ha hecho disminuir la curiosidad por conocer la procedencia de la mercadería barata. Tendré que decir que mis existencias son muy baratas, de lo contrario no creerán que pueda sacar beneficios del dinero que ellos me presten. Sin embargo, para poder enfrentarme al exorbitante tipo de interés que me exigirán, tendría que decir que las existencias son *tan* baratas que ellos acabarían interrogándome sobre su procedencia, o bien debería presentarme como un loco que se está arruinando. Les gusta la gente desesperada. Y créame, Bloomsbury, que en mi situación actual no me resulta muy difícil presentarme como un desesperado: estoy realmente perdido.

No se presentó Macheath, pues, como un frío hombre de negocios, sino como un hombre arruinado. Con la cara pálida y la frente cubierta de sudor, confesó que se había quedado sin recursos. Que lleno de confianza y con un proyecto bien elaborado se había dirigido al National Deposit Bank, y su sinceridad había sido ignominiosamente explotada. Aquella gente le había robado sus ideas con total sangré fría para ofrecérselas al consorcio Chreston. Y ahora se hallaba él en el dique seco con unas existencias gigantescas que se había comprometido a comprar y por las que la SCC le obligaba a pagar a diario unos alquileres e intereses exorbitantes.

Para ampliar sus almacenes y conseguirles créditos le hacía falta dinero, añadió. Las existencias podían ser inspeccionadas en los locales de la SCC.

La inspección se llevó a cabo en la Blacksmith Square y dio como resultado, en efecto, la presencia de importantes partidas. También pudieron presentarse recibos y resguardos de compra, algunos de empresas danesas y francesas.

Las caras de los directores del Commercial se fueron iluminando apreciablemente en el curso de la inspección.

Pero cuando al día siguiente Macheath y Bloomsbury regresaron al banco, vieron sentado junto a los señores Henry y Jacques Opper a un caballero gordo y de aspecto muy judío, el señor *I. Aaron*, propietario de la cadena de tiendas Aaron, con quien colaboraban los señores Opper, según explicaron ellos mismos.

—El señor Aaron —dijo el más joven de los Opper en tono obsequioso—, el señor Aaron, a quien conocerán ahora, se muestra muy interesado por sus ideas, caballeros.

Macheath se quedó un tanto perplejo.

L Aaron poseía como mínimo Una docena y media de grandes tiendas en los mejores barrios de la ciudad, y los almacenes B no eran, en comparación, más que un vulgar y pulguiento perrillo callejero junto a un gigantesco y bien cuidado terranova.

Durante unos instantes se preguntó Macheath si no sería mejor abandonar inmediatamente la habitación. Le bastó echar una mirada a los señores Opper para convencerse de que sin Aaron no llegarían a ningún trato con él. Tuvo la sensación de haber sido nuevamente engañado, una sensación que aún recordaría tiempo después. Pero su situación no le permitía dar marcha atrás. Necesitaba dinero.

Macheath repitió su historia, y el gordo Aaron dijo en tono jovial que eso era exactamente lo que él hubiera esperado de B. Chreston. En su opinión, que fue exponiendo en frases ingeniosas, Chreston aún era un hombre relativamente joven, sin ningún escrúpulo y con una sola pasión: ganar dinero. Pese a su juventud —o quizá gracias a ella—, era uno de esos comerciantes, ya algo pasados de moda, que pensaban conseguirlo todo estafando al público. Y eso que él mismo, Aaron, no era en absoluto un moralista, añadió, y que la inmoralidad hasta le hacía gracia, pero le parecía irrelevante en el mundo de los negocios: muy pronto se quedaba sin aliento.

—Su idea de fijar precios únicos no es mala —dijo de buen humor y dándole unas palmaditas a Macheath en la rodilla—, pero sus existencias —y al decir esto se dirigió a Bloomsbury, quien representaba a la SCC— son casi mejores. ¿Cómo así se dirigió al señor Macheath? ¡Debió venir a verme directamente! Pero ya entiendo que el camino ha de pasar por el señor Macheath. Hay que acoger al hermanito de los almacenes B.

Macheath lo escuchó de muy mala gana. Sus bromas le parecieron insulsas. No sentía el menor deseo de que Aaron tuviera participación en sus existencias. Y tuvo que dominarse mucho para seguir representando el papel del pequeño comerciante ofendido por el gran Chreston.

Aaron parecía divertirse mucho, pero Macheath se dio perfecta cuenta de que cada vez que pronunciaba el apellido Chreston, al otro se le enrojecían levemente las sienes. Algo tenía contra Chreston.

Y es que, en efecto, Chreston ya había subido demasiado. Lo cual también preocupaba a los señores del Commercial Bank. El National Deposit era para ellos lo que Chreston para Aaron. Los Siglo y medio se habían ocupado siempre de inmuebles. ¿Qué querían ahora en el comercio al por menor? ¡Una institución pequeña y aburrida con cajas de caudales ligeramente

enmohecidas! El Commercial era demasiado importante para envidiar a sus competidores, pero tenía un concepto muy alto de su posición en el comercio al por menor. Se creía el árbitro de todo lo relacionado con ese sector. No sentía la necesidad de hacer negocios rápidos e inescrupulosos. Su misión consistía en velar por la *moralidad en el comercio al por menor*.

Era evidente que con individuos de la calaña de Macheath sólo se podía actuar con pies de plomo, aunque en este caso parecía que un hombre algo dudoso había sido tratado de forma incorrecta, por decir lo menos. Cualquiera podía ver que los nervios le fallaban. Daba la impresión de una persona profundamente afectada.

Macheath dio a entender claramente que sólo abrigaba sentimientos de venganza contra el NDB y el consorcio Chreston. Lo que más le importaba era darles un escarmiento a esos señores, aun a costa de sacrificios personales. Cautivado, al parecer, por su propia elocuencia, puso a disposición de I. Aaron sus existencias a un precio irrisorio para poder hacerle una competencia brutal a Chreston. Como compensación se limitó a exigir que también entrasen en el negocio sus almacenes B, con los cuales tenía compromisos. Y es que además se trataba de una serie de pequeños tenderos independientes que habían depositado en él su confianza, dijo.

La posibilidad de explotar la sed de venganza del Napoleón de los almacenes B —un disparate comercial que parecía delatar su bajo origen— animó a los caballeros del Commercial y al señor Aaron a interesarse más de cerca por el proyecto.

El señor Macheath recibió una invitación del presidente del Commercial Bank, el señor Jacques Opper, para que pasara el fin de semana con él en Warbom Castle.

Warbom Castle era para el comercio al por menor lo que Downing Street para la política exterior y Wall Street, en Nueva York, para otra rama de las finanzas. Allí convergían todos los «hilos».

Macheath llegó muy nervioso al despacho de la SCC y Fanny mandó llamar a Bloomsbury en seguida. Mac le dijo que no tenía idea de cómo se comía el pescado en Warbom Castle.

Los tres deliberaron sobre cómo ingeniárselas para que la invitación se hiciera extensiva a Bloomsbury, aunque éste también afirmó no saber cómo se comía el pescado en Warbom Castle. Los Opper aún no llevaban mucho tiempo allí.

Fanny arregló el asunto mediante una conversación sincera con Jacques Opper. Se dirigió al Commercial Bank con una cartera llena de muestras bajo

el brazo y destruyó todas las posibles ilusiones de los Opper sobre los buenos modales de su jefe. Las personas acostumbradas a usar sus manos como palas para juntar dinero, dijo, también suelen usarlas para servirse carne en su plato. Si extendían la invitación también a Bloomsbury, tendrían a alguien menos genial que Macheath. Y Opper invitó a Bloomsbury.

Pero éste por poco lo echa todo a perder. No tenía tan buena opinión de los Opper como Macheath, pues entendía poco de dinero, y quería llevar consigo a Jenny. Se imaginaba que ésa sería la broma principal. Pensaba decir que Jenny era su hermana y luego bailaría con ella algún ritmo de moda. Así esperaba conseguir algo.

A Fanny le costó mucho disuadirlo.

Controló severamente la vestimenta de Macheath y le quitó su bastón-estoque.

—Ya no te hará falta —dijo.

Pero al último momento él se compró otro par de guantes de piel de color natural, con costuras muy gruesas. Fanny ya no los vio, pero Bloomsbury reparó en ellos muy complacido.

Durante el viaje a Warbom Casde, Bloomsbury convenció a Macheath de la absoluta necesidad de mantener los buenos modales de siempre, de lo contrario los Opper dejarían de tomarlo por un nuevo rico. El discursito con el que Bloomsbury formuló este consejo fue su única contribución al negocio que se inició con la entrada de Macheath en Warborn Casde.

El fin de semana fue mucho más agradable de lo que Mac se había imaginado.

Se pasearon sobre céspedes muy bien cuidados y comieron venado con vino de Oporto añejo. La biblioteca olía a cuero viejo y caro, y Mac pudo hacer gala de sus conocimientos en la materia, que Fanny le había ido inculcando a través de lujosas ediciones de obras pornográficas.

El jefe supremo del banco, Jacques Opper, que era soltero y se dedicaba a las bellas letras, trabajaba en ese momento en una biografía de Licurgo. La fuerza impulsora del negocio era Henry Opper.

La presencia de Bloomsbury resultó harto superflua. El problema del pescado no llegó a desempeñar ningún papel.

Mucho se sorprendió Macheath por la manera como se hablaba de negocios en Warborn Castle. El dinero jamás salía a relucir. Bloomsbury descubrió que el gran Aaron no había sido invitado porque hablaba demasiado de dinero para el gusto de Jacques Opper. Y éste no podía soportarlo. Decía: esas cosas deben solucionarse de alguna manera para hacer posible una vida

relativamente llevadera. Y por la noche, tras una espléndida cena, volvió a hablar del tema.

—Es cierto que hay que comer para vivir. Pero haber comido no significa haber vivido. La verdadera fuerza motriz de la humanidad es la necesidad de expresarse, es decir, de eternizar su personalidad. El porqué y el cómo lo consiga es totalmente secundario. El jinete nato se expresa cabalgando. Que el caballo sea suyo o no, es absolutamente indiferente. Lo que él quiere es montar. Otro querrá fabricar mesas. Y será feliz cuando tenga su querida madera entre las manos y pueda encerrarse con sus herramientas en una habitación. Éste es todo el secreto de la economía. Quien no desee nada, quien lo haga todo sólo por ganar dinero, será siempre un pobre hombre, aunque se gane aquel dinero. Le falta lo esencial. Como él no es nada, tampoco querrá hacer nada.

Sin Henry Opper, no le hubiera sido fácil a Macheath llevar la conversación hacia el tema de los créditos y las cadenas de tiendas.

Sólo un buen rato después del café logró exponer lo que significaban sus principios sobre la autonomía de los tenderos. Como se fue animando, aprovechó para explicar asimismo cómo pensaba aplicar su principio, al menos parcialmente, en tiendas más grandes, como las de Aaron, por ejemplo.

Con gran insistencia les aseguró una y otra vez que era pura superstición creer que los máximos beneficios había que obtenerlos de la clientela. La verdadera fuente de ingresos era y seguiría siendo el empleado.

En realidad, la clientela sólo existía para permitirle al comerciante obtener beneficios de sus empleados y obreros.

Pero el verdadero móvil del empleado era su propio interés. ¿Qué le importaban al vendedor, exclamó Macheath, el bienestar o los problemas de la empresa? Le daba igual que el cliente se marchara sin comprar, siempre y cuando él cobrara su sueldo. La única solución era darle participación en el negocio. En pocas palabras, había que echarle algo en la boca, decididamente.

—¿Se refiere usted a una participación en los beneficios? —preguntó Opper aterrado.

—Así es.

—Pero eso resulta carísimo —dijo Opper.

—No comparto su opinión —replicó Macheath—. La participación se daría, naturalmente, en forma de vales de la misma empresa, y los vendedores se convertirían así en clientes.

Henry Opper masculló algo. Pero Jacques, el ratón de biblioteca, clavó en Macheath una mirada atenta y escrutadora.

Entre una cosa y otra, la velada transcurrió bastante bien. Todos se retiraron relativamente temprano a sus habitaciones. Mac, que no logró dormirse en seguida, le soltó a Bloomsbury un discurso sobre la indolencia de las clases altas.

—A esta gente —dijo paseándose por el cuarto con los tirantes caídos— le falta seriedad. Al oírlos se diría que sólo quieren ganar dinero por las emociones que eso conlleva. Exactamente como si un dogo caído en un remolino afirmase que el espíritu deportivo es lo único que le impulsaba a nadar hacia la orilla. Piensan que la penetración del Siglo y medio en el comercio al por menor les va a quitar el sueño. Chreston ha recibido dinero, lo cual significa que Aaron necesita dinero. Me invitan a venir aquí como si quisieran observar mi carácter, pero lo único que en realidad les interesa son mis depósitos de mercancías. Si no lo saben, peor para ellos. Sin mis existencias Aaron jamás podría bajar los precios de sus costosas mercaderías. Y pese a toda su cháchara sobre Licurgo, o como se llame el griego aquél, Jacques también escuchó muy atentamente lo que cuestan mis mercancías. Ya ni me preguntan de dónde las saco. El viejo dicho: «¿De dónde sacar sin robar?», ha sido superado hace ya tiempo, desde que robar cuesta tan caro. Yo ya veré cómo sacarles ese dinero que tanto desprecian.

Macheath desaprobaba mucho más a Jacques que a Henry, y lo tildó de limitado; pero en el mismo momento en que él se expresaba así de su colaborador, Jacques Opper le habló bien de él a su todavía indeciso hermano mientras se desabrochaba los tirantes.

—Ese hombre sencillo tiene ideas —le dijo—; y algo incluso más valioso: tiene instinto. Su intuición del valor de la competencia entre vendedores es casi griega. No ve simples liquidaciones como Aaron; en su imaginación ve carreras de carros. Su vale de participación es en realidad el laurel que le hace señas al mejor. Él no sabe nada de esto, pero lo siente. Y tiene toda la razón cuando exige una *personalidad* armónicamente desarrollada en todo buen vendedor. *¡Kollokakadia!* Mientras él lo describía, yo veía ante mí al mismísimo Alcibíades. No está nada mal.

Antes de dormirse, el menor de los Opper aún vio a los vendedores de Aaron arrastrar hacia la caja a los clientes muertos, como Aquiles a Héctor.

Durante la semana posterior a ese *week-end* cristalizó el acuerdo entre el Commercial Bank, la cadena de tiendas Aaron y la SCC. A partir de entonces, Aaron recibiría de la SCC mercaderías al mismo precio que pagaban los almacenes B.

Los contratos que Bloomsbury tuvo que firmar por la SCC eran terroríficos.

Macheath no se atrevió a mirarlo a la cara.

Luego, ya en la calle, lo acometió un llanto convulsivo. Y Bloomsbury, consternado y no poco sorprendido, lo llevó a un salón de té cercano, donde pidieron unos panes con mantequilla. Muy lentamente fue recuperando Mac el dominio de sí mismo.

—A los precios que paga Aaron —le dijo a Bloomsbury cuando salieron del salón de té—, no podemos robar la mercadería. Será imposible aguantar esto mucho tiempo. A lo sumo podremos montar una semana publicitaria, como Chreston, que es lo que quieren los dos hermanos. Quieren tratar con nosotros el menor tiempo posible. Son demasiado distinguidos. ¿Ha visto usted qué casa, Bloomsbury? ¡Mármol y cobre! Nunca he entendido por qué el público lleva su dinero a unos edificios que han costado tanto y siguen costando un dineral. La gente debe de pensar que las empresas que pueden permitirse esos lujos de mármol y cobre ya no necesitan dinero, y, por lo tanto, el suyo estará allí seguro.

El viejo y pequeño National Deposit le agradaba más a Mac. Sus modestas oficinas parecían decir: Nosotras ganamos poco con nuestros clientes.

Pensaba con pesar en el National Deposit Bank, aquel anfibio viejo y traicionero. No *estar con* el National significaba estar *contra* él. Pero el National custodiaba la dote de su mujer. Recordarlo le dejaba mal sabor de boca. Tenía claro que su lucha se dirigía ahora contra esa dote que, dada su peculiar situación actual, él debería destruir con todas sus fuerzas si quería salir a flote. Era una lucha sin cuartel, que sólo se ganaría aniquilando al enemigo.

Macheath veía ante sí una temporada de trabajo muy duro.

Convertir la SCC en un señuelo para el Commercial había resultado caro, pero de haber podido ampliar ahora sus raquíticos almacenes B, seguro que habrían estado estupendamente atendidos y habrían vivido una temporada de esplendor. En vez de eso había sucedido lo peor: ¡se había visto obligado a aceptar a Aaron, la competencia, la todopoderosa competencia, en el negocio! ¡Había ampliado sus existencias para que se las robaran! Una vez más, no había avanzado un solo paso. A menos que algún azar providencial lo ayudara, seguiría estando perdido. Se asemejaba a un hombre descalzo sobre una plancha dé hierro incandescente. Ese hombre no dejará nunca de saltar

para cambiar de sitio, aunque, de hecho, sólo pase a otro igualmente ardiente. Sus momentos de alivio eran los que pasaba con los pies en el aire.

De momento Macheath había podido conseguir un capital para sus almacenes B, que pudieron ser ampliados y contaron con nuevos créditos. También acabaron de pagar los sueldos atrasados de los «agentes compradores» de O'Hara.

Ante los tenderos de los almacenes B convocados precipitadamente en Newgate, Macheath pronunció un discurso en el que resumía sus principios.

Primero les comunicó que había decidido dedicar todas sus energías a ellos, los almacenes B. Que para ir menos cargado de trabajo dejaría de encargarse prácticamente de las compras y se las había encomendado a una empresa muy poderosa, la SCC. Esta empresa ofrecía artículos que sólo resultaban baratos si se compraban en grandes cantidades. También había tratado de evitar que hiciera ofertas igualmente ventajosas a otras tiendas. Sin embargo, añadió, los almacenes B solos nunca hubieran podido ocupar totalmente a la SCC.

Y prosiguió:

—Como seguramente habrán oído, los Almacenes B Reunidos han iniciado desde ayer una estrecha vinculación comercial con la cadena de tiendas Aaron. La Sociedad Central de Compras s.c.r.l., que en el futuro los proveerá a ustedes, también suministrará mercadería a la cadena de tiendas Aaron, señores. ¿Qué significa este paso sensacional del poderoso trust Aaron? Significa, señores, una victoria, una avasalladora victoria de los almacenes B. Y, lo que es aún más importante, de la idea de los almacenes B. ¿Qué idea es ésta? Es la idea, señores, de poner también al alcance de las capas pobres y paupérrimas de la población los productos de la industria moderna. Decir un hombre de la masa o un hombre del montón no suena muy decoroso que digamos. Pero además hay en ese juicio, señores, una buena dosis de ignorancia. Pues justamente la masa es la que decide sobre todo. El hombre de negocios que mira con desprecio ese céntimo que el trabajador se ha ganado con el sudor de su frente, comete un grave error. Ese céntimo es tan bueno como cualquier otro dinero. Y una docena es doce multiplicado por uno. Ésta es la idea de los almacenes B. Y esta idea de los almacenes B, una idea de ustedes, acaba de obtener una victoria total sobre el poderoso consorcio Aaron y sus docenas de grandes tiendas. Y en un futuro el consorcio Aaron también abrirá sus puertas a las capas más pobres, poniéndose así al servicio de la idea de baratura y progreso social. Pero ya me parece oír a algunos hombres de poca fe perdidos entre ustedes —pues

criticones y derrotistas los hay en todas partes— preguntarse en voz baja: ¿Por qué el poderoso consorcio Aaron habrá querido colaborar a partir de ahora con nosotros, que somos pequeños comerciantes? Y a esto hemos de responder: ¡seguro que no por la hermosa cara ele los almacenes Baratura! ¡Miremos a donde miremos, nada ocurre en la naturaleza sin que haya intereses materiales de por medio! Cuando alguien le dice a su prójimo: te aprecio mucho, trabajemos juntos, etc., éste tendrá que ir con mucho cuidado. Pues los hombres son precisamente humanos y no ángeles, y se preocupan ante todo por ellos mismos. ¡Nada, absolutamente nada se realiza por puro humanitarismo! El más fuerte sojuzga al más débil, de ahí que en nuestra colaboración con el consorcio Aaron también debamos preguntamos: a pesar de la amistad, ¿quién es aquí e\ más fuerte? ¿Conque hay lucha, eh? ¡Pues sí, señores, hay lucha! ¡Pero una lucha pacífica! ¡Una lucha al servicio de una idea! El hombre de negocios con sentido común no rehúye la lucha. Sólo la teme el débil, por encima del cual pasa la rueda de la historia. El consorcio Aaron se unió a nosotros no porque le gustara nuestra hermosa cara, sino porque tenía que hacerlo, porque admira y respeta la labor tenaz, constante y sacrificada de los almacenes B, y considera deber suyo fortalecerla. ¡Nuestra fuerza se funda en nuestra capacidad de trabajo y nuestra moderación! Saben que, llegado el caso, nosotros arrimamos el hombro. ¡Y por todo esto he decidido consagrar en el futuro todas mis energías a ustedes y a los almacenes B, no movido por el interés material, sino porque creo en la idea y porque sé que el comercio minoritario autónomo es la espina dorsal del comercio en general y, además, una mina de oro!

El discurso fue escuchado por medio centenar de personas de ambos sexos y unos cuantos periodistas, y causó una profunda impresión. Entre los oyentes había no pocas personas débiles o de aspecto debilitado, pero es sabido que cuando se apela al esfuerzo individual de la gente, raras veces se cae en el vacío.

Macheath podía estar contento con su éxito, pero abandonó la reunión en compañía de Fanny Crysler y de algún modo Polly se enteró.

Un día él se la encontró, a una hora bastante avanzada, ante la puerta de su casa en Nunhead. Ella había averiguado la dirección en uno de los almacenes B y llevaba ya varias horas esperando ante la reja. Estaba muy abatida y en seguida le dijo que no podía seguir viviendo sin él.

Mientras abría la puerta, Mac la fue iniciando en los secretos de la nueva vivienda, en la que de momento sólo había una habitación amueblada. Y

cuando ella estuvo arriba, sentada en la única silla y con su maleta a los pies, él le explicó por qué había dejado la casa grande.

Le dijo en tono serio que la actitud de su suegro le había creado toda suerte de dificultades. Le confesó abiertamente que había contado con la dote, o, como mínimo, con una ampliación de su crédito.

—Espero —añadió— que no te decepcione tener un marido que cuente cada penique. Toda mi vida he trabajado muy duramente, y ahora que por fin diviso tierra necesito algo de dinero para arreglar mis cosas. Un hombre como yo no puede casarse a ciegas. Ha de saber dominarse. Y su mujer deberá serle una ayuda. Cuando descubrí mis sentimientos hacia ti, mantuve la cabeza bien serena y me pregunté fríamente: ¿será ésta la mujer que te conviene? Mi instinto me dijo: sí, y las averiguaciones que realicé discretamente y bajo cuerda me demostraron que mi instinto no me había engañado. Ya decía Kipling que el hombre enfermo muere y el hombre fuerte combate.

De ahí que, por otro lado, él mirase ahora fríamente la nueva situación.

Había vuelto a vender el apartamento, añadió. Por ahora se instalarían allí, si ella no prefería volver a casa de su padre, cuya enemistad no le convendría a él para nada por los motivos antes mencionados.

Polly lloró un poco y habló luego de las impertinencias del señor Coax, a las que estaba irremediablemente expuesta. Él lo entendió en seguida, y cuando ella le comunicó que se sentía embarazada y un pequeño Macheath empezaba ya a crecer en su vientre, Mac se portó como un perfecto caballero.

Y al instante le permitió quedarse con él.

El tono en que le dijo esto era distinto, y empezó a tratarla con cierta lacónica superioridad que a ella le encantaba.

Dichosa, Polly le confesó que siempre había esperado que él iría a verla cualquiera de esas noches. No era difícil treparse por el balcón. Y él, ingratamente sorprendido, le replicó que no tenía por qué treparse a un balcón en plena noche para ver a su propia esposa. Aquello le parecía totalmente incorrecto.

Y ella lo admitió.

Aún pasó Mac un buen rato echado junto a ella, despierto, con las manos cruzadas bajo la nuca y la mirada fija en la incierta luz de las cortinas.

«*Le llamaré Dick*», soñaba, «*y le enseñaré de todo, le diré todo lo que sé. Y yo sé mucho. Muchas de las cosas que yo tuve que aprender con grandes esfuerzos él las escuchará simple y llanamente de mis labios, sin ningún esfuerzo. Lo cogeré por la manila y le explicaré cómo se dirige un consorcio y se le puede sacar algo a la gente, a esos tipos infames y traicioneros que*

rehúyen cualquier trabajo. Cuando quieran robarte la papilla de tu plato, ataca a cucharazo limpio hasta que el otro comprenda, le diré. Cuando veas una puerta entornada, mete el pie sin vacilar y ¡adelante!, introdúcete en el edificio con todo el ímpetu del que seas capaz. Todo menos acobardarse y esperar a que caiga el maná del cielo. Le enseñaré estas cosas con mucha paciencia, pero también con gran rigor. Tu padre era un hombre inculto, pero ningún profesor de historia universal fue capaz de enseñarle cómo despellejar a la gente. Podrás estudiar, pero nunca olvides quién te dio la posibilidad de hacerlo. El dinero para tus estudios tuvo que sacarlo tu padre penique a penique de los bolsillos de unos cuantos desalmados. ¡Aumenta ese capital! ¡Incrementa tu saber, pero también sus fundamentos!».

Se quedó dormido con una profunda arruga en la frente, pero muy contento con Polly.

A partir del día siguiente ella empezó a ir a la lechería a buscar la leche, aprendió a prepararle el hígado de carnero como a él le gustaba y lo ayudó a arreglar las otras habitaciones.

No habló de Fanny Crysler aquella primera noche ni más tarde. Macheath temió al principio que Fanny, con quien sus relaciones se habían vuelto más íntimas en los últimos tiempos, pudiera crearle problemas, pero, con gran alivio por su parte, Fanny no mostró cambio alguno en su comportamiento al ver que él regresaba a su casa por la noche. No quería indisponerse con ella, pues le suponía una gran ayuda en la SCC. La había metido en el negocio porque creía que Fanny se sentía vinculada a él por razones físicas.

La necesitaba.

Durante una reunión que tuvo lugar en la gran sala de sesiones del Commercial, entre paredes revestidas de caoba, decidieron librar la batalla decisiva contra Chreston tres semanas después de la semana publicitaria anunciada por éste con bombos y platillos, y hacerlo con una semana publicitaria de los almacenes Aaron y B, que ya había que ir anunciando desde ahora.

Capítulo noveno

De la cabeza vives
Y no puedes vivir
Si tú de la cabeza vives
De piojo has de morir.
  Pues en esta vida
  Hay que ser casi genial
  Y el que no se cuida
  Acaba muy mal.

Primero traza un plan
¡Con toda inspiración!
Y luego traza un nuevo plan…
Así harás colección.
  Pues en esta vida
  Hay que obrar bastante mal.
  Y el que se descuida
  Termina fatal.

Si corres tras la suerte
¡No corras demasiado!
Pues todos corren tras la suerte
Sin ver que está a su lado.
  Pues en esta vida
  Hay que ser irracional
  La ida o la venida
  Viene a ser igual.

Canción de la inutilidad del esfuerzo humano

Luchas en derredor

También el señor Peachum luchaba denodadamente.

Se pasaba noche y día pensando en cómo quitarse de encima el negocio de los barcos. Con todas sus energías aspiraba a volver a su verdadera especialidad: la mendicidad en gran escala.

Su temor de ir a parar bajo los puentes, así como la sensación de haber sido engañado por un individuo más listo e inescrupuloso y con mayor capacidad de lucha, todo esto cristalizó dentro de él en la idea de ampliar su negocio de la mendicidad, que sólo medraba a partir de la opresión y el timo. Estaba acostumbrado a aprovechar también sus propias cuitas.

A veces se detenía en el patio, junto a la perrera, y se ponía a hablar con Fewkoombey como si fuera su socio. El cojo se sorprendió mucho al principio, hasta que advirtió que el señor Peachum quizá se dirigiera tanto a los perros como a él, pues nunca lo miraba a la cara.

—*He leído en los periódicos* —decía por ejemplo— *que en los últimos tiempos hay demasiada mendicidad. Y eso que sólo se ve un mendigo cada dos o tres kilómetros, y es siempre el mismo. A juzgar por el número de pordioseros, podría creerse que no hay miseria. Muchas veces me he preguntado: ¿dónde están los miserables? La respuesta es: en todas partes. Se ocultan tras su condición de seres masivos. Además, existen ciudades gigantescas pobladas exclusivamente por mendigos que, en cierta medida, se esconden en ellas. No se dejan ver en los lugares bonitos y evitan las calles agradables. Por lo general trabajan, y es así como mejor se esconden. Nadie nota que no pueden comprar nada que aplaque su hambre, pues no aparecen en las tiendas para no comprar nada. Son pueblos enteros que languidecen en viviendas interiores. Su moderna forma de exterminio es casi imperceptible, además de anónima Son aniquilados, pero su aniquilación dura años. Alimentos adulterados e ingeridos en cantidad insuficiente, viviendas pestilentes y limitación de todas las funciones vitales, todo esto necesita mucho tiempo para acabar con el hombre. El ser humano es increíblemente resistente. Sólo muere muy lentamente, a trozos. Aún conserva largo tiempo su aspecto humano, y sólo al final se quita la máscara y se derrumba del todo. Esta singular manera de ir pereciendo dificulta la percepción de ese acabamiento masivo e inconmensurable. ¡Cuántas veces me he puesto a pensar cómo podría sacarse algún provecho de toda esa miseria, la verdadera miseria! ¡Sería un negocio increíble! Pero es imposible. ¿Cómo aprovechar la imagen, conmovedora de por sí, de una madre que, con una criatura enferma en brazos, mira resbalar el agua por las paredes de su habitación? Madres así hay cientos de miles, pero ¿qué*

hacer con ellas? No se pueden organizar visitas por los barrios pobres como se hacen por los campos de batalla También la visión de un hombre de cuarenta años que toma conciencia de que ya no puede resistir la competencia porque está agotado —y no es él, sino su entorno el que no ha sabido administrar sus energías—, esta visión es sin duda sobrecogedora, pero el hombre no la exhibe en público, por lo que no tiene valor comercial Son dos ejemplos entre miles.

Y el señor Peachum perdía de pronto las ganas de seguir hablando. Con un gesto ausente le señalaba a Fewkoombey su trabajo y se alejaba con aire inquieto y preocupado.

O bien decía:

—El negocio de la mendicidad es un tanto especial Al principio hasta a mí me resultaba difícil creer en él Pero luego advertí que el miedo que lleva a la gente a apropiarse de algo, también la induce a dar. Tampoco es que escasee la compasión, pero ocurre que con la compasión no puedes ganarte una comida caliente tan bien como sin ella. También sé por qué la gente no examina con más detenimiento los achaques de los mendigos antes de darles algo. ¡Están convencidos de que esas heridas son producto de sus propios golpes! ¿Cómo no va a haber gente arruinada allí donde ellos han hecho negocios? ¿Cómo no iba a haber familias que acabaran bajo los puentes cuando ellos velaban por sus propias familias? Desde un principio están todos convencidos de que, viviendo ellos como viven, tiene que pulular por todas partes gente mortalmente herida y sin ningún recurso. ¿Para qué darse el trabajo de examinarlos? ¿Por las cuatro perras que están dispuestos a darles?

Y en otra ocasión se limitó a decir:

—No vaya usted a creer que alimento mal a mis perros por crueldad. Si engordaran, me estropearían el negocio.

Y un día criticó la expresión serena de Fewkoombey en los siguientes términos:

—Se le ve demasiado contento. No me canso de decirles a mis hombres que deben tener aspecto de humillados y ofendidos: la gente paga con gusto para no ver ese odioso espectáculo.

Un buen susto se hubiera llevado Peachum de advertir que palabras como ésas, dichas en presencia de empleados, ponían de manifiesto una grave dolencia psíquica; pues sabía que la gente enferma no podía contar con ningún miramiento.

La obtención del dinero para comprar los barcos de Coax en Southampton resultó ser muy difícil.

Miller, el del Deposit Bank, se negó a conceder un crédito de 50 000 libras con los brazos en alto. Como no quería decepcionar a su cliente, se excusó esgrimiendo su responsabilidad ante la propietaria del banco, una niña de siete años. Dijo estar metido hasta el cuello en negocios con grandes consorcios, y admitió confidencialmente que se trataba de Chreston. Pareció muy asustado por el escaso capital de Peachum, y en verdad lo estaba más de lo que parecía.

Peachum tenía depositadas unas 10 000 libras en el National Deposit Bank, y no quería tocarlas bajo ningún concepto. Además, tampoco habrían alcanzado.

Finney afirmaba que tenía que operarse urgentemente y amenazaba todo el tiempo con internarse en el hospital al día siguiente. Sólo Eastman luchaba, aunque sin poder anotarse muchos éxitos.

Y entonces llegó la noticia de que Hale, el del Almirantazgo, estaba amenazado por un escándalo.

Coax se presentó personalmente en casa de Peachum y esperó en el pequeño despacho, detrás de la puerta de hojalata, a que fueran a buscar a Eastman.

Y les comunicó lo siguiente:

Hacía días que Hale venía recibiendo cartas amenazadoras. Dos años antes, su mujer había sido sorprendida con uno de sus amigos en un hotel de citas durante una redada policial.

El chantajista afirmaba tener el diario de ese amigo, del que se deducía que Hale estaba enterado del asunto… y no había actuado en consecuencia. Incluso seguía haciendo negocios con dicho amigo…

El corredor de comercio clavó una larga y penetrante mirada en Eastman, a quien más se había dirigido al hablar. Éste volvió su atormentada cara hacia Peachum.

Peachum parecía otra vez muy enfermo.

—¿Cuánto cuesta ese diario? —preguntó con gran dificultad y esquivando la mirada de Cóax.

—Mil libras —dijo Coax en tono displicente.

—Ya las tiene. La CEB le pagó 9000.

Esto lo dijo Eastman.

Y Coax añadió sin inmutarse:

—No tiene absolutamente nada. Su mujer tiene vestidos. De lo contrario, no conseguiría amigos ni para los hoteles de citas. El resto del dinero que recibió de la CEB tendrá que utilizarlo para impedir la investigación. El caso de ese hombre es trágico.

—¿Y qué ocurrirá si no paga? —preguntó Peachum.

—Pues tendrá que irse. Es terrible que la gente con la que uno mantiene tratos comerciales tenga, además, asuntos privados. Hale, en su desesperación, se dirigió en seguida a mí, pues yo soy su mejor amigo. De una ayuda no quería saber nada. Es tu arrogancia de funcionario, le dije. Pero tus dificultades son las mías. Caballeros, tenemos que encontrar alguna solución. No se puede echar por la borda a un hombre como Hale por semejantes fruslerías. Humanamente es inadmisible. Pero incluso por consideraciones puramente egoístas debemos ayudar a Hale, caballeros.

A la hora de despedirse en la tienda, Coax vaciló un instante.

—¿Verdad que la señorita Polly aún no ha vuelto de Chamonix? —preguntó arreglando su borsalino, que, por cierto, adquirió una forma atrevida y aventurera.

—No —dijo Peachum con voz ronca.

Le habían hecho creer a Coax que Polly estaba en Suiza para completar su educación. Y Peachum ya se había preguntado si, para completar la ilusión, no le convendría agenciarse algunas postales falsas de Chamonix. Pero no era aconsejable. Tarde o temprano habría que confesarle a Coax la penosa historia en su totalidad, vale decir, cuando todo estuviera arreglado. Y claro está que las mentiras no podían ser demasiado gordas.

Coax nunca se olvidaba de preguntar por Polly.

Peachum debería encontrarse con Hale y Coax el lunes siguiente en los baños. Por principio, Coax despachaba sus asuntos con la CEB en los Baños Feather y siempre los lunes, sin importarle el tiempo que allí perdiera.

Coax y Hale se encontraron media hora antes de que llegara Peachum.

Se desvistieron lentamente, sin ayuda de las muchachas. Y Hale, un cuarentón gordo, empezó diciendo:

—Sabes muy bien que siempre he desaprobado tus escapadas con Evelyn, William. Con eso sólo has conseguido distanciarla de Ranch. Sé que por tu culpa ha tenido unas escenas terribles con Ranch, lo sé perfectamente. Cualquier contrariedad anímica la tumba durante varios días. Y yo tampoco me siento bien cuando algo le falta. La quiero muchísimo. Además, eso de llevarla a un hotel de citas: ¡es algo enfermizo en ti! Lo que me extraña es que no haya cogido una urticaria. ¡En un hotel de citas, donde cada dos horas

cambian la ropa de cama y ésta ha de estar inevitablemente húmeda! ¡Y sobre todo la idea de un hotel de citas! Evelyn es la criatura más sensible que conozco. ¡Esa ropa de cama debió de tener un atractivo francamente perverso para ella! ¡Es una chica tan natural normalmente! ¡Y ése es su mayor encanto! Jamás te lo perdonaré, y no lo digo por las consecuencias, que no me afectan en absoluto, tú ya me conoces. ¡Pero resulta que ahora debo presentarme ante esos mercachifles y mendigarles 1000 libras! ¡Y esto es algo que detesto! ¿Qué tienen que ver ellos con mi vida privada? Podrían decirme con toda razón: Caballero, con usted hacemos negocios, pero no pensamos pagarle sus baños termales. Preferiría retirarme ahora mismo. Después de todo, soy un funcionario.

Coax lo miró y le dijo:

—Sí, después de todo eres un funcionario.

—Me gustaría saber cómo ha conseguido ese tal Gawn tu diario —rezongó Hale al tiempo que acomodaba sus calcetines en un taburete.

Ambos se metieron en las bañeras de madera.

Hale tomó un baño de fango; Coax tenía unas hierbas medicinales en su cubeta.

—*Piensa* —prosiguió Hale en tono afligido— *que los funcionarios somos muy meticulosos en cuestiones de honor. Podemos hacer negocios menores. No quiero hablar de los que hemos hecho hasta ahora en el Almirantazgo, no quiero mezclar a Gran Bretaña en este asunto, no sé nada ni quiero saber nada de ellos en mi condición de ciudadano inglés. ¡Pero piensa en los negocios que al otro lado está haciendo el señor Bismarck! ¡Ése sí que es un gran hombre! Ha sabido hacerse con una respetable fortuna y su país va de maravilla. A los políticos no siempre se nos juzga con justicia. Sólo se ve una que otra acción y se la juzga. Pero ¿qué se sabe de ellos? La gente dice que tal o cual misión diplomática ha sido desacertada, pero sólo porque contempla sus éxitos aparentes. ¡Una manera muy rudimentaria de ver las cosas! ¿Saben acaso cual fue su verdadero propósito? Cuando el Kaiser alemán telegrafió al presidente Krüger, ¿qué acciones subieron y bajaron en la bolsa? Claro que esto sólo se lo preguntan los comunistas. Aunque, dicho entre nosotros, no solamente ellos: también lo hacen los diplomáticos. Sin duda es un modo algo burdo de pensar, pero se trata de un pensamiento muy próximo a la realidad. Lo principal es aprender a pensar burdamente, que es como piensan los poderosos. La política es la continuación de los negocios personales con otros medios. Precisamente por eso hemos de cuidar que ninguna sombra empañe nuestro honor personal Si saliera a la luz este*

asunto del hotel de citas, me echarían ignominiosamente del Ministerio. Contra una sospecha así de nada sirven los méritos. Aunque, después de todo, tengo mi pundonor y éste no me permite negociar con esos mercachifles.

En ese momento fue interrumpido por la entrada de Peachum. Los tres señores tomaron juntos un baño turco.

Estaban tumbados en las tarimas para refrescarse, con las toallas húmedas por el vapor bajo la nuca, cuando Peachum empezó a hablar. Hablaba lentamente, como un enfermo, y de hecho lo estaba.

—Nuestro trabajo en común, señor Hale, no se ha visto muy favorecido por la suerte. Defraudando nuestras bien fundadas expectativas, no ha podido usted adquirir nuestros barcos para el gobierno, según nos han dicho, y esto supone una pérdida enorme para nosotros.

Hale masculló algo. Yacía estirado y se palmoteaba el pecho esponjoso con sus manos pequeñas y regordetas.

Peachum continuó hablando en voz cada vez más baja y con cierta dificultad.

—Somos todos pequeños comerciantes, muy pequeños, y sudamos mucho para ganamos el pan. Espero que lo habrá intentado todo.

Peachum giró la cara hacia un lado y miró al secretario de Estado, que ahora callaba y no ofrecía un aspecto particularmente imponente. Presentarlo sin ropa había sido un error de Coax. Así parecía simplemente un hombre obeso y falto de inteligencia, no un alto funcionario. Y algo en él llamó la atención del amigo de los mendigos.

En el tono de voz de Peachum se produjo un cambio casi imperceptible, pero evidente.

—El señor Coax nos ha dicho que tiene usted problemas personales que entorpecen su trabajo. Lo lamentamos mucho. ¿Le sería de alguna utilidad que lo liberásemos de sus preocupaciones?

Hale volvió a mascullar algo. Le hubiera gustado mirar a Coax. La conversación no seguía el curso esperado.

—Usted sabe —prosiguió Peachum— que tuvimos mala suerte con la compra de los barcos. No resultaron ser tan buenos como nos lo habían dicho. También hemos oído que podría usted tener complicaciones por culpa de ellos. Y nos imaginamos que por sus problemas personales le será aún más difícil enfrentarse a esas complicaciones. También yo quisiera hacer aquí un pequeño inciso de carácter privado: considero al señor Coax como a mi futuro yerno.

Coax se giró perezosamente. Con un ligero asombro miró al que acababa de hablar, y de pronto recordó un instante en la tienda de Peachum en el que éste le había preguntado por cuánto le permitiría dejar el negocio de los barcos. Aquella vez se había llevado una impresión extraña de él, que más tarde había vuelto a olvidar.

Entre tanto, Peachum reaundó su discurso:

—Deberíamos intentar —dijo con total tranquilidad— utilizar los barcos viejos pese a todo.

Los otros dos señores no abrieron la boca. Y Peachum se enteró en ese momento de algo que aún no sabía en Southampton: ¡esos señores seguían pensando utilizar los viejos barcos!

Coax soltó una carcajada discordante.

—¡Ajá! —dijo—. ¿O sea que a última hora quiere usted endilgarle sus carracones al gobierno por mil miserables libras?

Esta vez calló Peachum.

—¿Es esto lo que exige la CEB? —preguntó bruscamente Coax.

Peachum volvió hacia él la cabeza y dijo sin levantarse:

—No, soy yo quien lo exige.

Al cabo de unos minutos Hale empezó a quejarse de la niebla londinense y Peachum le dio la razón. Se dirigieron a las cabinas. Luego concertaron otro encuentro frente a los baños. Coax no volvió a abrir la boca.

Tras meses de andar a tientas en la oscuridad y de terribles temores, Jonathan Jeremiah Peachum empezó, por fin, a ver claro.

Cuando inició su conversación con el secretario de Estado no pensó en ningún momento que podría evitar la aprobación de unas reivindicaciones injustificadas o conseguir siquiera una retribución a cambio, por mínima que fuese. Tan sólo esa inveterada costumbre del comerciante que no concibe dar algo sin recibir nada lo había impulsado a buscar, al menos por aquello de guardar las formas, alguna cosa que pudiera exigirles. La humillación de dar dinero por *nada* le parecía sencillamente insoportable. Es así como el hombre de negocios medianamente hábil intenta quedarse aunque sea con el seguro de vida de su hermano arruinado, cuya ruina deberá impedir por razones de orden social. O bien ordenará al mendigo que, por la vieja corteza de pan que le da, le abra en el jardín un hoyo que más tarde hará tapar por otro. El mutismo de Hale había alterado muchísimo a Peachum. De pronto *vio claro*. Y vio claro sólo para sufrir.

No se entregarían al gobierno los nuevos barcos de Southampton, que significaban su ruina, sino los viejos y no aptos para navegar. De ese modo,

Coax y el miserable de Hale exprimían sin ningún escrúpulo lo que aún quedaba en la débil, enfermiza y bonachona «Compañía para la explotación de barcos de transporte»: que compraran o no los nuevos barcos no terna nada que ver con el negocio del gobierno; la CEB tendría que pagarlos de todas formas. ¡Y todo aquello había sido planeado desde el principio!

Le asustó muchísimo que Coax no le hubiera revelado aquel plan. Por lo demás, el corredor lo trataba en todo como a un futuro suegro.

Al mismo tiempo, nada temía Peachum tanto como que Coax pudiera impacientarse debido a Polly. Pero el corredor de comercio no daba muestras de impaciencia.

Cuando Peachum le entregó el dinero para Hale en nombre de la CEB, derivó, angustiado, la conversación hacia su hija. Coax permaneció mudo al principio; luego le aseguró que no tenía intenciones de presionar a Polly. Quería que ella lo amara por él mismo. Y que Peachum tampoco se preocupara, añadió. Cualquiera que fuese la actitud de Polly, para él, Peachum seguiría siendo el padre de la joven. Era una gran alegría sacrificarse una vez en la vida, una vida tan llena de facetas desagradables, por un sentimiento tan puro y profundo.

El señor Coax pertenecía a esa especie tan extendida de los que no tienen pelos en la lengua.

Peachum lo escuchó con cara impasible y decidió por milésima vez llevar a término el matrimonio entre Coax y su hija. Los discursos del corredor le parecían demasiado etéreos y sus motivos demasiado bellos para ser duraderos. De todas formas, Coax ya había dado a entender que no desdeñaría el dinero de Peachum en relación con el negocio de los barcos.

Tras una conversación minuciosa se decidió en la Old Oak Street hacer un nuevo intento. Quizá podrían crearle dificultades financieras al señor Macheath.

Un día, en plena campaña publicitaria, le comunicaron a Macheath que un apreciable número de mendigos se había congregado de pronto en el interior y fuera de los almacenes. Revolvían la mercadería y no escatimaban críticas, mezclándolo todo y lanzando tacos a voz en cuello. En grupos de dos o tres se plantaban en las puertas de los almacenes y hablaban sobre las porquerías que vendían dentro. Como el público tenía que abrirse paso entre ellos para entrar en los almacenes y la cochambre de los mendigos era espantosa, muchos clientes daban simplemente media vuelta en dirección a la calle. Macheath fue a observar a los emisarios de su suegro frente a distintos almacenes. En un principio pensó pedirle a la policía que pusiera orden. Pero luego se le ocurrió

algo mejor, y un viernes, cuando el movimiento era más intenso, mandó colgar en los escaparates letreros pintados a mano en los que se leía:

HASTA LOS MENDIGOS
PUEDEN COMPRAR AQUÍ
BUENA MERCADERÍA

El asunto llegó a los periódicos y los almacenes B alcanzaron su máxima cota de popularidad.

Al señor Peachum le salió una vez más el tiro por la culata.

Pero aunque su yerno viera aún muchos obstáculos en su camino, había uno que se le escapaba. El dispendioso encuentro del señor Peachum con un alto funcionario del Ministerio de Marina en los Baños Feather acabaría afectando muy seriamente los ambiciosos planes del señor Macheath. A partir de entonces, el señor Peachum empezó a tener la indeleble visión de tres carracones viejos y destartalados navegando en alta mar repletos de soldados: ¡un negocio horrendo!

Liquidación de existencias

Macheath distribuía su tiempo entre O'Hara y Fanny Crysler. Al primero solía encontrarlo en una barbería junto con otros personajes de Blacksmith Square: Father y Grooch, dos viejos atracadores. En cualquier taberna solían planear sus acciones más importantes.

Macheath aún tenía buenas ideas y era insuperable como organizador, pero sus reuniones con Fanny en la oficina de la SCC le procuraban una satisfacción interior mucho más grande. La compra de existencias a tiendas en bancarrota requería no menos astucia y era, en definitiva, algo más acorde con los tiempos. Se habría sentido como pez en el agua en ese negocio de no haber mediado el contrato aquel con Aaron.

Unas conversaciones íntimas en los locales de la SCC entre Macheath, Fanny Crysler y O'Hara acabaron en un sombrío silencio.

Prudentemente habían empezado a introducir artículos de la SCC en las tiendas Aaron. Los «agentes compradores» a sueldo desarrollaban una actividad febril bajo la dirección de O'Hara. Pero muy pronto resultó evidente que la SCC, que hubiera sido una fuente casi inagotable para los almacenes B, distaba mucho de poder cumplir con los ingentes suministros que exigían la

semana publicitaria y las tiendas Aaron, con un potencial de consumo casi dos veces superior al de los almacenes.

Y poco después empezaron a escasear las reservas de artículos de venta inmediata.

Macheath pasó unos días más deprimido que nunca. Le daba un miedo horrible confesar a los señores Aaron y Opper que la tan discutida batalla decisiva contra Chreston no podría tener lugar. Pero lentamente fue tomando cuerpo en su cerebro un plan extraordinariamente peligroso.

De noche, acostado junto a Polly, se pasaba muchas horas meditando sobre su comprometida situación. Lo veía todo más claro y pensaba con más facilidad cuando oía a su lado la respiración tranquila y confiada de la joven. Así fueron surgiendo sus decisiones más audaces.

Una mañana, sin decirles nada a Fanny ni a O'Hara, fue a ver a Aaron y le comunicó lo siguiente:

—No debemos jugarnos todo a la semana publicitaria. Hemos de procurar que Chreston se quede sin aliento ya antes de que inicie su propia semana publicitaria. Lo mejor será que empecemos a bajar los precios ahora mismo. La SCC puede entregar mercadería tanto ahora mismo como más tarde, da igual. Pero los artículos baratos de Chreston aún no están a punto.

Aaron lo miró con aire ensoñador. Algo había en Macheath que no acababa de gustarle. Para ser un ladrón era demasiado burgués, y para ser un burgués era demasiado ladrón. Tema además muy poco pelo en su cabeza de rábano. Y Aaron concedía cierta importancia a esos detalles.

Pero al final le dio su conformidad. Últimamente su esposa salía a comprar con la señora Polly y sólo decía cosas buenas del matrimonio Macheath. Vivían muy parsimoniosamente, según se enteró Aaron por esta vía. Por las noches, Macheath controlaba el libro de gastos de la casa. El penique tenía siempre, según él, la última palabra.

Además, Macheath encontró un apoyo en el mayor de los Opper, quien había participado personalmente en la reorganización del personal de los establecimientos Aaron. Vivía obsesionado por la idea de la competencia griega y celebraba altruistamente a Macheath como su iniciador. Los vendedores tenían participación en los beneficios y mostraban tanto interés en la buena marcha del negocio como los tenderos de los almacenes. La competencia florecía plenamente.

Multiplicaron la publicidad. Los almacenes recibían un amplísimo suministro de mercaderías y el número de artículos aumentó. Incluso las pequeñas trastiendas de los almacenes Bo se llenaron hasta los topes. El

público compraba una cosa y descubría otra. Y cargaba con todo lo que podía, seducido por los precios de regalo. Grandes anuncios pintados con lápices de color sobre papel de estraza informaban al público que ésa era la única e irrepetible oportunidad para comprar cosas superfluas. La gente salía de los almacenes como ladrones, temiendo secretamente que de pronto el tendero se diera cuenta de que había cobrado peniques en vez de chelines.

Macheath estuvo activísimo. Iba personalmente de un almacén a otro y apoyaba a los tenderos con buenos consejos y vales para comprar mercadería. Sobre todo se agenciaba cantidades enormes de artículos muy baratos procedentes, en parte, de Dinamarca, Holanda y Francia. Su Sociedad Central de Compras trabajaba día y noche bajo la dirección de O'Hara.

Un día se comprobó que algunas de las remesas provenían de robos. La denuncia se hizo contra un almacén lo de la Mulberry Street, cuya administradora se llamaba Mary Swayer. Los artículos habían sido denunciados por unos mendigos.

Macheath los hizo retirar, entregó a la policía también los de otros almacenes y hasta permitió que detuvieran a unos cuantos ladronzuelos.

Pese a todo, pasó una temporada intranquilo. Barruntaba que su suegro aún no había dicho la última palabra. Hasta entonces sólo le había faltado la ocasión.

—El odio de tu padre —le decía Macheath a Polly— no es natural. Su dependencia del tal Coax ha de ser otra vez mayor. No para de acecharme. Pensar en él me produce una sensación desagradable. Creí que un día u otro se haría cargo de la situación. Después de todo, estoy trabajando para que los dos nos forjemos una existencia.

El giro tormentoso que muy pronto tomaron sus negocios le hizo olvidar, sin embargo, esta preocupación.

Las tiendas del consorcio Aaron y los almacenes B publicaron en los periódicos de mayor circulación que harían rebajas para los familiares de los combatientes, y a la hora de entregar nuevos almacenes también tendrían muy en cuenta a las viudas de los soldados muertos en combate. Esta iniciativa encontró una gran acogida.

Se hizo todo lo posible por rebajar los precios.

La cadena de tiendas Chreston empezó a notar muy pronto la delirante competencia y se vio obligada a reducir igualmente sus precios. El National Deposit Bank hizo esfuerzos sorprendentes. Miller y Hawthorne se pasaron noches enteras revisando los libros con Chreston.

La campaña devoraba sumas fabulosas. Los Siglo y medio apenas se atrevían a mirarse a la cara. Eran muy conscientes de su responsabilidad.

Para animarlos a lanzarse a fondo, Macheath reanudó relaciones con ellos valiéndose de intermediarios. Debían sacar la conclusión de que el Commercial Bank, puntal de las tiendas Aaron y los almacenes B, estaba declinando lentamente, y que los hermanos Opper buscaban alguna vía discreta para entrar en contacto con I. Chreston.

Y, en efecto, llegaron a esta conclusión y volvieron a bajar los precios de los artículos pequeños.

También Aaron y Macheath tuvieron, claro está, que reducir nuevamente sus precios. ¡Y eso que las grandes semanas publicitarias de ambos consorcios estaban ya a punto de comenzar!

El público había advertido hacía rato que se trataba de una batalla campal entre Aaron y Chreston. También se dio cuenta de que ahora podía comprar barato, y compró muchísimo, aunque muchas amas de casa esperaban que todo bajase todavía más. Recorrían ávidamente las tiendas y comparaban los precios.

Aaron inició los trabajos preparatorios para la nueva clasificación de los precios y al hacerlo pudo calibrar a su nuevo socio. Cuando veía su cabeza de rábano, se preguntaba si aquel hombre sería capaz de escribir una simple esquela sin faltas de ortografía; lo que sí podía, sin duda, era calcular mentalmente. Y pronto quedaría demostrado que era capaz de más cosas.

La SCC terna que preparar ahora una semana publicitaria que debería eclipsar todo lo visto hasta entonces. La cadena de tiendas Aaron seguía absorbiendo continua y gustosamente todos los artículos que la SCC le suministraba, y apenas le decía gracias. Cierto es que los beneficios no eran demasiado grandes, pues los precios se hallaban ya por debajo de cualquier límite real de rentabilidad. Pero de momento sólo se trataba de eliminar definitivamente la competencia. Para su gran semana publicitaria, Aaron confiaba plenamente en la prodigiosa SCC, cuya capacidad de rendimiento parecía ilimitada.

Pero no lo era en absoluto.

Cuando vio que las existencias se iban reduciendo más y más, Macheath sufrió un fuerte ataque de nervios en la tienda de Fanny. Rompió a gritar, entre lágrimas y sollozos, que lo estaban desvalijando y había caído en manos de una banda de salteadores. Que él hacía lo que podía, pero se ve que querían despellejarlo. ¡No aguantaba seguir viviendo sobre el volcán! No podían exigirle más de lo que un hombre solo es capaz de dar.

La causa inmediata de este ataque había sido una conversación con Jacques Opper, en el curso de la cual éste describió la gran semana publicitaria como una olimpiada y Henry Opper aprobó unos créditos fabulosos para anuncios publicitarios.

Fanny preparó unas compresas y le frotó el torso con árnica. Mac se pasó media noche llorando y la acusó de considerarlo también un campeón de boxeo condenado a llevar su salud al mercado para que todos ellos se beneficiaran.

Como muchos grandes hombres, se aterraba a la hora de poner en práctica sus propias decisiones. Así también se desmayó Napoleón cuando llegó el momento de dar el golpe de Estado tan largamente planeado.

Ese estado de ánimo alternaba con otros muy distintos.

A ratos estaba de mejor humor e invitaba a Fanny a buenos restaurantes en el Soho, donde ambos se reían imaginando qué Cara pondrían Aaron y los Opper si el gran *plan* de Mac llegaba a tener éxito.

Fanny se reía con él, aunque no sabía a qué se refería con eso del gran plan. Durante mucho tiempo Mac no reveló sus intenciones a nadie; tampoco a ella.

Pero en general solían predominar los estados de ánimo sombríos.

La gente de O'Hara empezó a aprovecharse de la situación y a plantear exigencias.

Un día de septiembre O'Hara le envió un mensajero a Macheath invitándolo a presentarse en la Blacksmith Square.

Era algo totalmente inusitado. Macheath jamás se había dejado ver en los depósitos de Blacksmith Square. De toda la banda de O'Hara, sólo éste, Father y Grooch lo conocían desde la época en que solía llamarse señor Beckett.

Pese a todo, Macheath acudió a la cita. Debía de tratarse de algo muy especial. Se encontró con O'Hara en la barbería.

Ambos se dirigieron en silencio a una taberna cercana.

O'Hara se excusó por haberlo convocado y le dijo que quería hablar con él sin que la Crysler se enterase. Que estaban pasando cosas muy extrañas en el seno de la banda y Fanny desempeñaba un papel bastante turbio.

La nueva organización no le gustaba a la banda, añadió. Los sueldos fijos les resultaban demasiado bajos. Él, O'Hara, había contraatacado enérgicamente, pero Fanny se le oponía donde y cuando podía, saboteando todas sus medidas. Era probable que estuviese en combinación con Grooch,

quien la secundaba fielmente en su tarea de hostigar a la banda. Hacía poco había regresado a vivir en Lambeth, en casa de ella.

Mac quedó muy afectado. Había creído plenamente en la fidelidad de Fanny.

Y resultaba que ahora, según decía O'Hara, había compensado las reducciones salariales impuestas a los miembros de la banda a raíz de la campaña contra Chreston mediante el pago de comisiones por parte de la SCC. Pero eso no le había bastado a la banda. Llevaba ya una semana sin trabajar como de costumbre. Se habían producido actos de sabotaje y algunas unidades ya ni acudían al trabajo. O'Hara preguntó si los almacenes B no habían presentado reclamaciones por la reducción de suministros.

Macheath no sabía nada de reclamaciones. Por el contrario, los tenderos se mostraban justamente ahora más esperanzados que nunca.

—En ese caso —dijo O'Hara indignado— la que debe comprar la mercadería en otro sitio es ella y a usted no le dice nada de lo que ocurre aquí abajo.

Al tiempo que dibujaba figuras con el dedo aprovechando la cerveza derramada sobre la mesa, Mac miró a O'Hara de soslayo con sus ojos acuosos. Pidió dos puros fuertes y envió al joven a la Ride Street, donde, según dijo, la banda estaba reunida en ese mismo momento.

O'Hara no sabía nada de las compras regulares de la SCC. En opinión de Macheath, no tenía por qué importarle que la SCC se agenciara resguardos.

Cuando volvió, O'Hara le dijo que no había nada que hacer. Le habían comunicado que la Crysler sabía lo que ellos exigían.

Por centésima vez se quejó de que Macheath lo había despojado de todo poder al prohibir la entrega de los miembros rebeldes a la policía.

Juntos se dirigieron al puente de Waterloo, pero la tienda de Fanny ya estaba cerrada. La encontraron en Lambeth, en compañía de Grooch.

Se produjo una discusión muy violenta en la que Macheath, una vez más, guardó silencio. Tras lanzarle una mirada torva a Grooch, a quien ya había saludado muy fríamente, se dirigió a la habitación contigua y sacó una caja de puros de un armarito estilo imperio, dando así una impresión de gran familiaridad con aquel apartamento y dejando un tanto perpleja a Fanny.

Por lo demás, resultó que Fanny consideraba justas las reivindicaciones de la banda. Querían cambiar una vez más las condiciones laborales. La banda debería volver a trabajar por su cuenta y riesgo y se le pagaría la mercadería.

—Les han bajado demasiado los sueldos —concluyó Fanny—, y ya no quieren seguir.

—Pero es sólo por poco tiempo —se dignó responder Macheath—, la mercadería ahora debe ser barata. Cuando hayamos derrotado a Chreston, podremos subir nuevamente los precios y, claro está, también los sueldos.

O'Hara dio un puñetazo sobre la mesa.

—¡Sólo están aprovechando la coyuntura! ¡Eso es!

—No se les puede explicar qué medidas tomaremos contra Chreston —insistió Fanny—, y tampoco es cosa de ellos. No saben para qué sirven ni cuándo concluirán. Lo que quieren es su dinero.

—No es muy amable que digamos —dijo Macheath con aire, al parecer, ausente—; primero querían sueldos fijos, como los funcionarios, y ahora reclaman otra vez ingresos independientes. No es precisamente la unidad de destino que debe existir entre un caudillo y sus guerreros. Se pasan todo el tiempo yendo de un lado a otro. Un día quieren una cosa, y al siguiente, otra. Ayer salarios fijos, y hoy día participación. Esto no conduce a nada bueno. No es solidaridad en las buenas y en las malas.

—No hables tanto de solidaridad en las buenas y en las malas, Mac —dijo Fanny irritada—. Podría acabar siendo buena para ti y mala para ellos.

—Es que pueden venir malos tiempos —insistió Macheath—, ¿y quién cargaría entonces con la responsabilidad?

—Ellos mismos la asumirían. No seas tan quisquilloso.

—Bien —repuso bruscamente Macheath—. Tendrán lo que quieren. Diles que pueden darte las gracias, Fanny.

Y se levantó.

Fanny lo miró muy atenta.

—¿O sea que podrán suministrar otra vez libremente?

—Sí. Pero yo haré los pedidos.

Cogió los sombreros de O'Hara y Grooch de la percha del vestíbulo y se los dio con mirada ausente. Grooch parecía un tanto asombrado.

—Aún tengo que hablar contigo —le dijo Mac a Fanny con displicencia, y los dos hombres se alejaron de mala gana.

Fanny los acompañó hasta abajo. Cuando volvió a subir, encontró a Macheath junto a la ventana, con una expresión indefinida en el rostro. Había descorrido la cortina y estaba mirando la calle.

—A lo mejor vuelve Grooch —dijo con voz tranquila—, a ver si todavía hay luz. Más vale que vayamos al dormitorio.

Él la precedió. El dormitorio quedaba junto a la sala y también daba a la calle. Macheath esperó a que Fanny estuviera dentro y apagó la luz de la sala.

—Basta con la luz del dormitorio —dijo—. Tienes que ahorrar. Las comisiones para los de la banda saldrán de tu cuenta.

Se sentó en la cama y señaló un sillón floreado. Fanny también tomó asiento, ofendida e inquieta. Mac no solía expresar de esa manera sus derechos de posesión.

—¿Estás celosa? —le preguntó de pronto.

Ella lo miró sin comprenderlo.

Luego rompió a reír.

—Es lo que iba a preguntarte, Mac. ¡Qué divertido!

—Entonces dime: ¿qué sabes del plan? —gruñó malhumorado—. ¡Dímelo todo!

Fanny se sorprendió bastante, pues no sabía nada del plan de Mac. Simplemente era partidaria de que se tratase bien a la gente. No quería líos y su filosofía era: vivir y dejar vivir. Tal vez pensaba así porque Grooch pertenecía a la banda.

Cuando él le expuso su plan, ella se quedó asombradísima.

Mac le creyó lo de que no había sospechado nada, pero esta vez estaba animado y le contó todo. Fanny sabía escuchar mejor que nadie.

Había muchos puntos débiles en la posición de Chreston y del National Deposit Bank. Y era ahí donde él aun veía enormes posibilidades de desarrollo. De todas formas, no había que olvidar que uno de los principales clientes del Siglo y medio era el señor Peachum, y que el señor Peachum era su suegro. Pero antes deseaba «aclarar las cosas» con sus aliados, con Aaron y el Commercial Bank.

—No podría luchar a su lado tan incondicionalmente y sin segunda intención como me gustaría, mientras tenga la sensación de que él me ha estafado. Es eso lo que nos separa. Cuando le haya dicho cuántas son cinco será mucho más fácil entablar una relación decente entre los dos.

Se había propuesto suspender en fecha próxima el suministro de mercaderías a las tiendas Aaron y a sus propios almacenes. Con esta maniobra pretendía poner a Aaron y a los del Commercial Bank en una situación desesperada poco antes de que hubieran doblegado a Chreston, es decir, «con el pan ya en la puerta del horno», dejándolos sin mercadería para lanzarse a la lucha final y haciéndoles ver así lo mucho que dependían de él. La SCC podría entonces renovar los contratos e imponer nuevos precios. En plena lucha competitiva y a punto ya de iniciar la gran semana publicitaria, Aaron no querría quedarse con los depósitos vacíos. Pero si pagaba otros precios, más acordes con la realidad, se podría renunciar al sospechoso sistema de

compras utilizado hasta entonces. De ahí que el nuevo convenio pactado aquella noche con la gente de O'Hara fuera para Macheath un golpe de suerte totalmente inesperado. Aspiraba a vivir en una situación clara y ordenada.

—Tengo que fundar un hogar —dijo simplemente—. He llegado a una edad en la que hay que tener cuenta bancaria.

Mientras hablaba se fue alegrando y empezó a recorrer la habitación de un extremo a otro con paso firme y el puro bien encendido.

Y, de hecho, el esfuerzo que le costaba hacerse entender por Fanny le había hecho olvidar su enfado con Grooch. También pensó que ella debía haber adivinado parte de su plan al defender tan ardorosamente las ansias de libertad de la banda.

Y estaba tan entusiasmada que a Mac no le fue fácil marcharse.

Sólo en el camino de vuelta a Nunhead volvió a pensar en Grooch y recordó que éste vivía otra vez con Fanny. Y decidió cortarle un poquitín las alas a su amiga, que ya empezaba a resultarle demasiado independiente.

Una sesión histórica

Al cabo de unos días tuvo lugar una sesión de la SCC en presencia de Macheath.

Mac la inauguró invitando a los asistentes a servirse unos puros y poniendo también a su disposición *whisky* con soda, pues las conversaciones serían probablemente largas y complicadas.

Más tarde, haciendo girar entre sus labios el puro recién encendido, puso sobre la mesa cubierta de un paño verde las listas relacionadas con la semana publicitaria que habían confeccionado él y Aaron. Eran bastante voluminosas y abarcaban hasta el último detalle.

—Nos han costado cuatro días de trabajo. El domingo pasado las presenté en Warborn Castle. Jacques Opper dijo que sería como una olimpiada que los círculos financieros londinenses aún recordarían al cabo de muchos años.

Macheath hablaba lenta y pausadamente. Se retrepó en su silla tapizada de hule y preguntó a Fanny si la SCC podría conseguir a tiempo la cantidad de mercadería requerida. Las cifras que mencionó eran gigantescas.

Fanny sonrió y, volviéndose hacia Bloomsbury, que no entendía nada y miraba perplejo a los dos abogados, dijo:

—Ni hablar. Estamos en las últimas. A lo sumo podremos entregar una tercera parte. La campaña se ha iniciado muy prematuramente.

—Mal asunto —dijo Macheath mirando el techo.

—De todas formas, podemos entregar esa tercera parte —propuso valientemente Fanny.

—No es una propuesta digna de un plan tan gigantesco, de un plan que, según Jacques Opper, sólo los antiguos griegos lograban realizar en sus competiciones deportivas —replicó Macheath con aire enigmático—. ¡Una tercera parte! Yo soy de la opinión de que con los compromisos o se cumple totalmente o no se cumple. Y los compromisos que tenemos con nuestros amigos, ¿lo serán también en un sentido jurídico y no sólo moral?

—Hemos cumplido con todos —dijo Fanny lacónicamente.

—Mal asunto —repuso Macheath mirando el techo.

—Acabe de una vez —dijo Rigger, uno de los abogados al que la comedia no divertía tanto como a Macheath—. ¿Quiere dejar a Aaron en la estacada?

—¡Cómo que *quiere*! ¡Debo! Después de todo, es algo que también afecta a mis almacenes B —dijo Mac en tono desaprobatorio—, y los afecta muchísimo. No puedo hacer una excepción con ellos. Chreston podrá organizar su semana publicitaria y nosotros no, y eso ya es una gran desgracia. Pero no nos queda nada. No en vano les aconsejé que se proveyeran de *whisky*, estamos sin reservas y podremos darnos con un canto en los pechos si la SCC logra superar la crisis. Pongámonos a trabajar, quisiera evitar una explicación brusca frente a Aaroa El suministro de mercaderías tendrá que disminuir gradualmente. Y eso requiere organización. Si no podemos organizar como es debido el suministro, organicemos siquiera la forma de pararlo. Y algo más, señores: no olviden que el hombre enfermo muere, y el hombre fuerte combate. Así es la vida.

—¡Arreglemos lo más urgente! —concluyó Rigger. No tenía nada que decir, pero el asunto no le hacía mucha gracia.

Macheath aún no había terminado.

—Es una dura prueba para nuestros amigos de los almacenes B —prosiguió lentamente y cogiendo el puro en la mano izquierda para poder agarrar un lápiz con la derecha—, y por desgracia no está en nuestro poder ayudarlos. Muchos de ellos se han ido retrasando en los pagos de intereses y facturas, y ahora que los tiempos han empezado a ponerse duros, necesitamos cada penique de nuestro dinero prestado. Deberán pensar en devolverlos. Nosotros los ayudamos concediéndoles créditos, y ahora ellos deben ayudamos devolviéndonos lo prestado; es simplemente lo justo. Necesitamos reservas para superar los tiempos de escasez. También hay que tener presente que todos ellos se arruinarían si nosotros fracasáramos.

Esta vez hasta Fanny se asustó. No pensó que eso sería necesario. ¿Para qué quería Mac las reservas? ¿Acaso él progresaría si sus almacenes quebraban? Aaron se tambalearía, pero acabaría por salir airoso; Chreston, el enemigo, vencería con gloria, aunque sólo por una temporada, según esperaba Mac; pero los pequeños almacenes sucumbirían como moscas efímeras.

Macheath ya estaba en pleno trabajo, emborronando cuanto papel se le ponía por delante. O'Hara se hallaba en su elemento.

Los cinco precisaron cómo se podía frenar la afluencia de mercaderías a las tiendas, y Mac insistió en que los almacenes B sufrieran las mismas restricciones que las tiendas Aaron. No quería quejas justificadas de Aaron y, por tanto, del Commercial Bank.

La puesta en práctica de estas decisiones se inició de inmediato. El suministro de mercadería empezó a disminuir en plena campaña de ventas.

Ciegamente convencido de la inagotabilidad de la SCC, Aaron no había firmado con ella nuevos contratos en los que constase expresamente que, en caso de no entregar mercadería, tendría que indemnizarlo. Aaron y su banco acabaron confundidos y averiguaron ante todo si los almacenes B estaban siendo mejor abastecidos. Y se enteraron de que estaban tan hambrientos de mercaderías como ellos mismos.

Y, en efecto, los tenderos de los almacenes B invadían la oficina de la SCC en la city, donde la señora Crysler, tan amable como siempre, los consolaba diciéndoles que volvieran al día siguiente.

Al volver a sus casas, encontraban cartas del señor Macheath en las que les pedía ponerse al día en el pago de los créditos atrasados.

Macheath, convocado en la oficina de los señores del Comercial Bank, se mostró perplejo y dolorosamente sorprendido.

Mientras sacaba un puro de su pitillera y volvía a guardársela moviendo la cabeza, como si en esos días se le hubieran ido hasta las ganas de fumar, les dijo:

—Mi decepción es, sobre todo, de índole humana. La situación de mis almacenes no puede ser peor. Esa pobre gente ha tenido que gastar fortunas en la publicidad previa. La mayoría pintaron sus letreros ellos mismos, y ahora los almacenes están más vacíos que una ratonera. ¡Repletos de gente y desprovistos de mercadería! ¡Y poco antes del primero de octubre, cuando hay que pagar los alquileres! Además, han contratado vendedores auxiliares para la liquidación. Pero no quisiera hablar de eso, ya que después de todo sólo son pérdidas *materiales*. Mucho más me ha afectado el lado humano del

asunto. Bloomsbury era amigo personal mío. Jamás ha debido hacerme una cosa así. No lo considero un fallo comercial, sino más bien humano.

Macheath mantuvo esta actitud en forma decidida y consecuente. No se escondía de sus amigos de los almacenes B, sino que seguía visitándolos. Con una expresión muy seria justificaba los motivos que lo obligaban a ahorrar, sin ningún prejuicio de clase se metía en las trastiendas, se sentaba a los niños en las rodillas y se esforzaba por transmitir a los desesperados tenderos su confianza en que las cosas mejorarían pese a todo.

Comentaba las penurias de las mujeres con ellas mismas y les mostraba nuevas posibilidades de ahorrar dinero. Luego hablaba un rato a solas con los hombres.

—A mí también me cuesta mucho todo esto —insistía—, pero trato de que no se me note. Tiene usted que prestarle apoyo a su mujer en estos tiempos difíciles.

De este modo demostró ser un caudillo nato y probó que es posible decirlo todo cuando se tiene una voluntad inquebrantable.

Conocía a esa gente humilde. Las caras sombrías con que lo recibían no lo asustaban. Ahora tendrían que ser fuertes y resistir a pie firme. «Sólo los fuertes sobreviven», les decía escrutando sus inseguros ojos con una mirada penetrante, que ellos no olvidaban en mucho tiempo.

La historia ha demostrado que son precisamente esos estamentos los que tienen cierta debilidad por las ideologías que celebran el triunfo del fuerte sobre el débil

Cierto es que por entonces Macheath también hablaba con Polly en el mismo tono. Le exigía que ahorrase al máximo. Quería pasar hambre junto con su personal, le decía. Se compraba puros malos y fumaba menos. Y hasta dejó de suscribirse a un periódico.

—Solidaridad ante todo —decía—. Yo les exijo mucho, el máximo. Y tal como le dijo aquella madre espartana a su hijo que iba a combatir: «Vuelve con el escudo o encima del escudo», yo también les digo a mis amigos de los almacenes B: ¡Volved con el letrero o encima de él! Pero en las horas difíciles tengo que hacer causa común con ellos. Por este motivo he reducido los gastos de la casa.

Luego intentó cambiar impresiones con Jacques Opper. Pero Opper se mostró extrañamente parco y reticente. Dijo en tono seco que, para él, quedaba tan excluido el que no tenía suerte como el necio. Compadecer a los fracasados era un síntoma de debilidad.

Macheath encontró la filosofía griega un tanto cruel.

Donativos patrióticos

Macheath aún tenía grandes existencias de lana y lencería. Poco antes de que la SCC decidiera frenar el suministro de mercadería a los almacenes, Mac había recibido importantes remesas de lencería provenientes de un robo en una fábrica textil de Gales. Y no sabía qué hacer con ellas.

En los periódicos volvía a hablarse mucho de la guerra en Sudáfríca.

No sólo en Londres se combatía encarnizadamente, sino también en Sudáfríca, y no sólo las luchas de los grandes intereses en Londres afectaban especialmente a las clases pobres (piénsese en los Tom Smiths y Mary Swayers de los almacenes B, que andaban buscando mercaderías desesperadamente), sino también las luchas de los grandes intereses en Sudáfrica.

Y allí había que ayudar.

Se formaron comités de ayuda. Las damas de la alta sociedad se lanzaron al ataque. Viejas y jóvenes rivalizaban entre sí. En las casas de postín y en los colegios había hermosas manos que convertían los retales de lencería en vendajes para los heridos. También se cosían camisas para los recios combatientes y se tejían calcetines. La palabra «sacrificio» adquirió nuevas resonancias.

Macheath envió a Polly a varios de esos comités y consiguió buenos contratos para su lencería, que también incluían lana.

Polly se pasaba así las tardes en talleres de costura improvisados, donde las damas cosían camisas de hombres mientras tomaban el té. Todas ponían caras muy serias y las conversaciones se hallaban bajo el signo del *sacrificio*.

—¡Qué contentos se pondrán al recibir estas camisas tan blancas y bonitas! —decían las damas.

Y hablaban de la grandeza de Inglaterra mientras alisaban con la uña del pulgar los dobladillos.

Cuanto más viejas eran las damas, mayor era su sed de sangre.

—Pienso que se gastan demasiados cumplidos con esos bribones que, desde sus emboscadas, matan a tiros a nuestros valientes *tommies* —dijo una dama mayor y muy distinguida junto a Polly—; deberían cogerlos y fusilarlos para que sepan lo que significa meterse con Inglaterra. ¡No son seres humanos! ¡Son fieras salvajes! ¿No ha oído usted decir que envenenan las fuentes? Sólo nuestra gente es siempre noble, y no debería serlo con semejante gentuza. ¿No le parece, mi querida amiga?

—Nuestra gente —suspiró otra aún más vieja, que llevaba unas gafas enormes— sale a combatir con gran valor, según dicen. Avanzan bajo una

lluvia de balas como si estuvieran en un campo de maniobras. Les da igual morir o no. Un corresponsal de guerra los interrogó y todos respondieron lo mismo: «No importa nuestro destino. Lo importante es que Inglaterra se sienta orgullosa de nosotros».

—Se limitan a cumplir con su deber —dijo la primera en tono severo—. ¡Cumplamos nosotras con el nuestro!

Y siguieron cosiendo con renovado fervor.

Dos jovencitas rompieron a reír solapadamente. Se ruborizaron e hicieron esfuerzos por no mirarse una a la otra, pues hubieran estallado en carcajadas. Sus madres las hicieron callar, indignadas.

Una de unos veinte años dijo con voz tranquila:

—Cuando lees en los diarios lo que está pasando en el frente y piensas en todos esos muchachos guapos con su uniforme de soldado, la cosa ya no te hace mucha gracia.

Las dos jovencitas resoplaron con fuerza, aunque sin abandonar un instante la lucha contra su naturaleza juguetona; tragaron saliva, pues, desesperadamente, y mientras el cuerpo les temblaba de risa, ellas intentaban poner cara seria y se curvaban bajo el esfuerzo que esto les suponía.

Una dama joven acudió en su ayuda.

—No sé —dijo iniciando una nueva conversación—; cuando veo a nuestros valientes *tommies* en sus uniformes sudados y raídos y pienso en las batallas y pejigueras que han tenido que soportar, les juro que podría besarlos tal como están, sin haberse bañado, empapados en sudor y sangre.

Polly le lanzó una mirada fugaz.

«¡Cuánta razón tiene mi padre! —pensó inclinando aún más su cara redonda sobre su labor de costura—. Después de las victorias hay que mandar soldados heridos, miserables y harapientos a mendigar, pero después de las derrotas han de ser muchachos guapos y limpios como una patena. Ése es el secreto».

La conversación derivó hacia los donativos patrióticos.

Las damas solían enviar al frente paquetitos con tabaco, chocolate y cartas breves, todo ello atado con unas preciosas cintas de color lila y rosa.

—En la tienda Aaron de la Miller Street es donde más tabaco te dan por un chelín —dijo una de las chicas muy entusiasmada—. Tal vez no sea muy bueno, pero ellos prefieren la cantidad a la calidad, lo dicen todos.

Los soldados agradecían en unas cartas que las chicas mostraban a todo el mundo. Había en ellas deliciosas faltas de ortografía y el contenido era bastante romántico.

—Lástima que no se puedan remitir también las camisas y calcetines junto con las cartitas —dijo la chica que compraba en la Miller Street—; sería mucho más divertido.

La vieja de las gafas se volvió de pronto hacia Polly y dijo con una voz que le temblaba por la rabia:

—Cuando pienso que esta impecable tela inglesa quizá esté pronto teñida con la sangre de un joven británico, sería capaz de matar con mis propias manos a esos asesinos.

Polly miró aterrada a la vieja dama, cuya mano reseca temblaba en el aire sosteniendo la aguja, y cuya mandíbula se le había caído sin fuerzas.

Se sintió mal y tuvo que salir de la habitación.

Las damas la asistieron entre ayes y lamentos.

—Está embarazada —susurró una de ellas dirigiéndose a las otras.

Cuando Polly volvió a la habitación, aún algo pálida, y se sumó en silencio al coro de las sanguinarias costureras, una que tenía un par de ojazos dulcemente vacunos dijo:

—¡Ojalá sea un varón! ¡Inglaterra necesita hombres!

La conversación derivó luego hacia otros temas.

Una gorda con un vestido de seda floreado, cuyo esposo, como todas sabían, era almirante, dijo:

—La actitud de las clases bajas es digna de admiración. Yo estoy también en otro comité, donde confeccionamos vendajes. Deberían ir alguna vez. Es un círculo muy agradable. El martes pasado se presentó una buena mujer que visiblemente no nadaba en la abundancia, y nos dio una camisa bien lavada y con varios remiendos. Mi marido tiene dos más —dijo—, y he leído que por ahí hay gente con unas heridas espantosas. Cuando se lo conté a mi marido, me dijo: ¡Ésa es una madre británica! Más de una duquesa podría aprender de ella.

Y miró muy orgullosa a su alrededor.

—¡Cada cual en su lugar y según sus medios! —repuso en tono displicente la anciana sentada junto a Polly.

Esta pudo contarle luego a su marido que había recibido una serie de invitaciones para ir a casas de postín. Macheath estaba muy contento de haberse liberado tan ventajosamente de sus existencias, y animó a Polly a seguir participando con entusiasmo en la gran campaña de ayuda a los combatientes británicos.

El señor X

Siempre que se encontraba con los señores Aaron y Opper, Macheath se quejaba de la infidelidad de su ex amigo Bloomsbury, aunque tenía la sensación de que en ese momento debía acentuar aún más su propia dependencia de la Sociedad Central de Compras. Difícil de aplacar era sobre todo la desconfianza del Commercial Bank, que, tras la maniobra de frenar las remesas de mercadería, cayó en manos de la SCC, unas manos que en ningún caso deberían identificarse con las del señor Macheath.

Éste convocó, pues, una segunda reunión, estrictamente confidencial, de la SCC, en cuyas actas figuraba como «el señor X». Hizo aprobar el texto de una carta escrita en un tono cortésmente jurídico y dirigida a cierto señor Macheath, de Nunhead, en la que la SCC señalaba en términos amables, aunque enérgicos, que los convenios firmados en su día contenían precios calculados exclusivamente con fines publicitarios. Las reservas de la SCC se hallaban de momento algo agotadas, pero la empresa volvería a suministrar remesas en cantidades mayores tan pronto como le fuera posible. Lo haría, eso sí, sobre la base de nuevos precios.

Todos se quedaron de una pieza cuando, a eso de las nueve y estando ya todo arreglado, Bloomsbury se puso en pie y preguntó tartamudeando si esa medida no perjudicaría a los tenderos de los almacenes B.

La objeción de Bloomsbury cayó realmente de sorpresa.

La noche era apacible, y los asistentes se hallaban pacíficamente sentados en tomo a la gran mesa. Como hacía calor, las ventanas estaban abiertas y podía verse el follaje de los castaños de enfrente a la luz de las farolas de gas.

Macheath dejó a un lado su puro y pronunció un breve discurso especialmente dirigido a su amigo Bloomsbury. En él aseguró que, aquello supondría una breve temporada de privaciones para los tenderos de los almacenes B, pero que los éxitos comerciales y, en general, de orden humano se hallan ligados a la capacidad para *sacrificarse* en un momento dado. Que el hombre enfermo muere y el hombre fuerte combate, añadió. Así había sido y seguiría siendo siempre. Los tenderos de los almacenes B deberían demostrar ahora *lo que de verdad valían*. Aconsejó asimismo a Fanny Crysler que observase atentamente quién fallaba y quién se mantenía firme. A los agentes compradores de O'Hara también les había llegado la *hora decisiva*.

Él, por su parte, asumía toda la *responsabilidad*. Cualquier tendero de los almacenes B al que Fanny Crysler pusiera en la calle debería considerarse despedido por *él mismo*. Quien no creyera en él, no podía trabajar con él.

Pero luego se levantó Fanny, y, sin mirar a Macheath, informó escuetamente dando algunos detalles sobre la difícil situación de los tenderos. Lo que pensaban hacer no era otra cosa que estrangularlos simple y llanamente. La mayoría no resistiría ni un mes más. Ella se había preguntado a sí misma, y ahora se lo preguntaba a los demás, si la Sociedad podría aguantar la bancarrota de los almacenes B.

Concluyó con las palabras:

—Si no decidimos ahora mismo campañas de ayuda, la catástrofe será inevitable.

Macheath respondió fríamente y, al parecer, sorprendido, que quienes se arruinarían serían a lo sumo los tenderos y no los almacenes B, dos cosas muy diferentes, y, en segundo lugar, que la Sociedad no estaba en condiciones de prestar ayuda a viudas ni huérfanos. Además, él era partidario de dejar caer al que se cae y, una vez caído, darle hasta en el suelo.

Y así acabó la sesión. Era un sábado por la noche. Un 20 de septiembre.

Al irse, O'Hara aún estaba indignado por el discurso final; siempre le había indignado la tendencia de Mac a la afectación. ¿Por qué tenían que comportarse como si creyesen en sus propias palabras por culpa de aquel Bloomsbury? Pero Mac no se quitaba esa máscara ni cuando conversaban los dos a solas. Odiaba los comentarios cínicos y hablaba sobre las cosas más dudosas en un tono de máxima probidad comercial. Al oírlo, O'Hara se sentía regularmente herido en su pudor.

Sin embargo, hizo puntualmente cuanto habían convenido y les plantó cara a los agentes compradores, que deberían seguir de vacaciones unas semanas más, esta vez por su propia cuenta. El suministro de mercaderías se paralizó totalmente. Y el efecto de la carta de la SCC, que Macheath entregó en silencio al Commercial Bank, fue extraordinariamente intenso.

Los tenderos de los almacenes B cayeron presa de la mayor confusión en cosa de pocos días. Todos tenían compromisos personales con los dueños de los locales, además de innumerables letras pendientes debidas en parte a los artículos, y en parte también a la instalación. En un plazo muy breve habían inaugurado media docena de nuevos almacenes B, que estaban empezando a medrar. Ahora tenían motivos fundados para creer que habían sido traicionados en favor de las grandes cadenas de almacenes. Su desesperación fue total.

A partir de entonces, los empleados del señor Peachum empezaron a pescar tenderos de los almacenes B o parientes suyos que intentaban mendigar por las calles.

Como los agentes del señor Macheath los habían echado a la calle, su *independencia* era aún mayor. Su autonomía había alcanzado proporciones casi insostenibles, y ya ni siquiera estaban atados a una vivienda fija. Gracias a su *propia habilidad* se habían adelgazado hasta llegar a las cien libras de peso corporal.

Peachum no podía utilizarlos porque aún necesitaban al menos dos meses para perder todo su *orgullo*.

Aaron y los Opper se hallaban ante un enigma. Inicialmente emplearon un tono muy violento contra Bloomsbury, pero fueron suavizándolo muchísimo a medida que se acercaba la semana publicitaria. Los establecimientos Aaron se habían acostumbrado a los artículos baratos de la SCC como a la cocaína. Les resultaban indispensables.

Macheath no estaba en el Commercial cuando hizo su aparición Bloomsbury. Ante Aaron, Mac insistió en que había roto definitivamente con el joven lord y llevaba ya varias semanas sin poner los pies en los locales de la SCC.

Aaron y los dos Opper (éstos ya no parecían estar en tan buenos términos con Aaron como lo habían estado tiempo atrás) trataron de congraciarse con el lord, quien, con un grueso habano en su boca pequeñita, pensaba todo el tiempo en Jenny y prometió hacer todo lo posible por allanar las «diferencias». Decidieron no suprimir de momento la gran semana publicitaria. Bloomsbury dejó entrever que la SCC volvería a estar pronto en condiciones de reanudar los suministros. Todos los señores se despidieron con cordiales apretones de manos. Estaban convencidos de haberse aproximado entre sí a nivel humano. También se habló de elevar los precios.

Por lo demás, Jacques Opper invitó a Macheath a pasar el fin de semana con él en Warborn Castle.

Esta vez Macheath llevó consigo a Polly. Fanny tuvo que hacer uso de todas sus artes persuasorias para que Polly fuera vestida sobriamente. Macheath quería engalanarla como a una princesa, lo que hubiera sido peor que, unas semanas antes, el plan de Bloomsbury de llevar con él a Jenny.

La señora Opper recibió a Polly con gran cordialidad. La joven no habló ni demasiado ni demasiado poco, y sólo se sorprendió de que los Opper hicieran tanto ruido con la boca al comer. Con el señor Jacques Opper, el director del banco, volvió a tener ese éxito especial que siempre tenía con los señores de cierta edad.

Mientras Jacques Opper y Macheath se paseaban por el parque, el banquero señaló unos robles viejísimos y nudosos entre los que crecía hierba

verde, y dijo:

—Fíjese usted, mi estimado Macheath: esos árboles están aislados y a gran distancia unos de otros. ¡Qué bien se lo pasan! ¿Verdad? ¿Sabe una cosa? Yo estoy con los que tienen suerte. Y esos árboles la tienen. Que no me digan que no fue cosa de ellos si los jardineros los plantaron con todo esmero: ¡lucen espléndidos!

Macheath caminaba en silencio junto al banquero y se propuso tener suerte.

Lamentablemente, una disonancia vino a interrumpir aquel desarrollo armónico: Macheath recibió un comunicado del inspector general Brown, anunciándole que no podría impedir por más tiempo el arresto de su amigo. A la pregunta (de pronto muy difícil de formular) de por qué, le respondieron a Macheath que se sospechaba de él como asesino de la tendera Mary Swayer.

Capítulo décimo

Ay, señores, hoy me ven aquí lavando vasos
Y yo hago las camas silbando.
Y si hoy me dan un penique yo doy gracias por él
Y ya ven mis andrajos y este andrajoso hotel
No saben quién les está hablando.
Pero una noche se oirá gritar en el puerto
Y ¿qué gritos son ésos? se oirá
Y me verán sonreír entre mis vasos
Y ¿de qué se ríe? se oirá
  Será un barco velero
  Con cincuenta cañones
  Que atracará.

Dicen: lava esos vasos para hoy
Me dan un penique si voy.
¡Y yo cojo el penique, y la cama ya está!
(Pero nadie podrá dormir en la cama más).
Y no saben ustedes aún quién yo soy.
Pero una noche habrá un gran ruido en el puerto
¿Pero qué ruido es ése? se dirá.
Y estaré allí junto a la ventana
¿Y esa mueca? se preguntarán
  Y ese barco velero
  Con cincuenta cañones
  Nos bombardeará.

Y señores, dejarán entonces de reír
Y los muros verán derribar
Y toda la ciudad será arrasada
Sólo un costroso hotel quedará como si nada
Y ¿ahí quién vive? se oirá preguntar
Y en esa noche un griterío se va a escuchar

Y dirán: ¿por qué no lo han tocado?
Y me verán salir a mí cuando sea de día
Y dirán: ¿vivía ahí sin cuidado?
  Y ese barco velero
  Con cincuenta cañones
  La bandera izará.

Centenares a las doce bajarán a tierra
Y por la sombra avanzarán
Y atraparán a todos, puerta por puerta
Y encadenados vendrán a la cubierta
Y ¿a quién matamos? preguntarán.
Y ese día habrá silencio en el puerto
Si preguntan quién va a morir.
Me oirán entonces a mí decir ¡Todos!
Y al rodar las cabezas, diré: ¡Hópala!
  Y ese barco velero
  Con cincuenta cañones
  Conmigo zarpará.

Sueños de una pincha de cocina

Otra vez el 20 de septiembre

La tienda de géneros de punto de Mary Swayer se hallaba en la Mulberry Street, cerca del puente de Waterloo. Cuando Fewkoombey fue a visitarla, la encontró viviendo con sus dos hijos en un cuartucho ubicado detrás de la tienda, como la mayoría de tenderos de los almacenes B. Su tienda era algo más grande que las otras y una cortina la dividía en dos espacios. En la parte que daba a la calle se hallaba el mostrador, tras el cual trabajaban dos costureras aún adolescentes con luz de gas. La zona destinada a vivienda recibía luz del patío a través de una ventana diminuta. La iluminación era insuficiente para el salón de costura, aunque la puerta que la unía a la vivienda estaba siempre abierta para aprovechar la calefacción.

A Mary le iban mal las cosas. Su marido no le enviaba casi nada de Mafeking. Antes de casarse con ella ya había estado casado, y como se había divorciado por ella, tenía que repartir su sueldo entre ambas mujeres.

Sobre la tienda pesaban cuantiosas deudas. El cheque de Mac no había durado mucho. Ella, por su parte, era un poco descuidada y no entendía muy

bien el negocio. A las costureras les pagaba una miseria, aunque el producto de su trabajo tampoco valiera gran cosa, y en su deseo de parecer buena, les daba siempre algo de comer cuando ellas sacaban sus míseras barritas de pan untadas con margarina y las masticaban durante horas mientras trabajaban. Mary quería caerle siempre bien a todo el mundo y que la admirasen por su generosidad. A veces hasta prestaba dinero.

Contra el cristal de su escaparate había pegada una tira de papel en diagonal, sobre la cual se leía:

«ESTA TIENDA ES ADMINISTRADA POR LA MUJER DE UN COMBATIENTE».

También le gustaba hablar con los clientes sobre su marido, que estaba en Mafeking, o bien les mostraba recortes del *Times* en los que se podía apreciar la situación de esa ciudad asediada. Lucía Mary preciosa detrás de su mostrador, y la única desgracia era que, en general, su mercadería era comprada por mujeres y no por hombres. De lo contrario, quizá habría hecho mejores negocios. Pero aun así, nunca hubiera debido empaquetar, por descuido o por indiferencia, dos calzones en vez de uno. Esas cosas van minando la confianza de la clientela.

Fewkoombey solía ir a verla de noche, a la hora del cierre, y la acompañaba mientras ella arreglaba la tienda después de acostar a los niños.

Una vez Mary le contó que el letrero del escaparate le causaba un sinfín de molestias. Las tiendas del vecindario se quejaban de competencia desleal. El hecho de que su marido fuera soldado, decían, no tenía nada que ver con las medias que ella vendía a precios demasiado baratos. También por motivos patrióticos podían impugnarse esos letreros. No causaba muy buena impresión que las mujeres de los soldados ingleses tuvieran que apelar a la misericordia del público. Y Fewkoombey compartía esa opinión.

Sobre Mac ella no hablaba mucho. Y apenas preguntaba por Polly. Después de todo, hacía años que casi ni lo trataba.

Las cosas le iban algo mejor desde que tenía a las costureras. El negocio se había animado.

Pero luego llegaron los días en que cortaron los suministros. Bastante alterada volvió a su casa de la reunión en que Macheath anunció la fusión de los almacenes B con la cadena de tiendas Aaron. Eso sólo significaba que los precios bajarían aún más y el género ya no les llegaría a un coste menor que el que le hacían a las tiendas Aaron. A Mary la tenía sin cuidado la población menesterosa de Londres. Para ella, la elocuencia de Mac era más o menos lo

mismo que el arte de nevar de las nubes en invierno o el arte aniquilador de las olas tempestuosas para el barco.

Todas las tiendas seguían rebajando precios. Hasta los establecimientos Chreston malbarataban su mercadería. ¡Y de pronto, en pleno otoño, cuando la gente le hubiera comprado hilo y lana, a ella se le agotaban el hilo y la lana! Le enviaron a su casa una tarjeta impresa donde le sugerían que estirase al máximo sus reservas de mercadería, pues de momento no llegarían nuevas remesas. Y en ese mismo instante perdió la cabeza.

Ya no tenía capacidad de resistencia. Las preocupaciones y la vida poco sana la habían ido socavando. Además, había empezado demasiado pronto su lucha por la vida. Las frecuentes interrupciones de embarazos, torpemente practicadas, habían minado su salud. Normalmente, al empezar su tercer decenio la gente tiene por delante la mejor época de su vida, siempre que no administre un almacén B en el Soho. Había muchos hombres y mujeres como ella en Londres y en otros sitios.

Primero intentó ponerse en contacto con Mac y, por supuesto, no lo conseguía. Fanny Crysler la consolaba prometiéndole que la próxima vez lo vería. Por último, Mary amenazó con ir a la redacción de *El Espejo* si él no accedía siquiera a hablar con ella.

Mac no accedió, y ella se dirigió una noche con Fewkoombey a la redacción de *El Espejo*.

Allí la trataron muy amablemente y le prometieron dinero a cambio de material contra el Napoleón de los almacenes B. Querían información sobre la procedencia de las mercaderías. Pero Mary no sabía nada. Para ella provenían de la Sociedad Central de Compras. Les contó, eso sí, que Macheath era el «Cuchillo». Aquella gente la miró con la boca abierta y prorrumpió después en una carcajada homérica. Y cuando ella les dijo, confundida, que Mac se había cargado a Eddy Black, los periodistas le dieron palmaditas en la espalda y, bromeando cariñosamente, la invitaron a cenar.

Mary se fue desesperada. Fewkoombey le contó todo a Peachum. Fue el primer informe que pudo presentar.

De pie en su pequeño y oscuro despacho, con el bombín en la cabeza, Peachum lo miró con aire pensativo. Había hecho salir al cancerbero gordo. Después de todo, Macheath era su yerno.

Pero aquello fue totalmente inútil. Sus mendigos ya le habían llevado el rumor de que Macheath era el «Cuchillo». Claro que no cometió la insensatez de ir con el soplo a la Jefatura superior de policía. Se hubieran reído en su cara. Que aquel tipo había surgido de los abismos más profundos de la

sociedad era, sin duda, cierto. Pero que encima fuera el «Cuchillo» era algo que ni el propio Peachum acababa de creerse. Y aunque lo hubiera sido, el asunto carecía totalmente de interés. ¡Que otros malgastaran su tiempo investigando verdades que eran *inverosímiles*! ¡La verdad no era nada, la verosimilitud lo era todo!

—*Todo el mundo sabe* —solía decir Peachum— *que nada protege tanto los delitos de los poderosos como su inverosimilitud. En general, los políticos pueden embolsarse dinero sólo porque la gente cree que su corrupción es más espiritual y refinada de lo que realmente es. Si alguien la describiera tal como es, de una ordinariez total, todo el mundo exclamaría: ¡qué personaje tan burdo!, refiriéndose al que la hubiera descrito. ¡Y lo cierto es que sólo resulta efectivo lo burdo debido precisamente a que es inverosímil! El señor Gladstone podría incendiar Westminster con toda tranquilidad y afirmar que lo hicieron los conservadores. Claro está que nadie creería semejante cosa de éstos, pues en opinión de todo el mundo disponen de medios mucho más refinados para conseguir lo que quieren; pero nadie culparía tampoco al señor Gladstone. ¡Un ministro no anda por ahí con latas de petróleo en la mano! Por supuesto, dice la gente humilde, que los poderosos no les quitan así como así el dinero del bolsillo a los otros. Y, en efecto, hay una diferencia entre la forma como Rothschild se hace con un banco y un vulgar atraco a un banco. ¡Ya se sabe! Pero yo sé otra cosa: los que cometen delitos en gran escala son prácticamente los únicos que también pueden cometer otros pequeños sin que los pillen. ¡Y se aprovechan descaradamente de esta circunstancia!*

Fewkoombey debería seguir tratando con la Swayer e intentar sonsacarle más información.

El soldado fue, pues, a verla muy seguido aquellos días. Se pasaba tardes enteras conversando con ella. Y Mary presentía vagamente que en las altas esferas se estaba tramando algo que la llevaría a la ruina.

Macheath la había inducido a invertir sus magras economías en el almacén, y ahora le retiraba su apoyo. Todo, al principio, parecía presagiar ayuda. El hecho de que no le llegaran más remesas le parecía poco importante. Simplemente no había. Pero Macheath debería ayudarla en caso de que ella no pudiera pagar el alquiler.

—Ese hombre es el culpable de mi perdición —decía Mary—; nada puede hacerse contra el destino, Fewkoombey. Mi destino se llama el señor Macheath y vive en Nunhead. A veces pienso que me gustaría aporrearle la cara una y otra vez con mis puños. ¡Cuánta falta me haría! Al menos quisiera

soñar con algún castigo para su infamia. Siempre deseo tener ese sueño, pero nunca me viene. Por la noche estoy demasiado cansada.

En otra ocasión se quejó:

—Tengo que administrar cada penique. La gente dice que fío demasiado y soy excesivamente bondadosa. Pero son acusaciones totalmente falsas. Si no fiara, no tendría clientes. Sólo me llega gente muy modesta. Los otros van a los grandes almacenes, donde hay más variedad. Lo peor de todo es que él ha inaugurado un nuevo almacén lo en la Clithe Street. Y me ha partido por el eje. ¡Es demasiado!

Siempre acababa refiriéndose a ese nuevo almacén. Lo veía ante sí día y noche. Y cada vez hablaba más de arrojarse al río.

Fewkoombey estaba a su lado cuando ella acomodaba sus cajas en las estanterías, tarea que la obligaba a empinarse un poquito. Él se sentaba al borde de una silla de mimbre agujereada y sólo tres patas, y entre su espalda y el respaldo se hacinaban varías cajas de cartón. Pero así y todo fumaba su pipa corta, que había logrado salvar allí donde tuvo que dejar su pierna, y lanzaba sabios discursos.

—*No tienes talento* —le decía lentamente— *ni tampoco nada que vender. Los escasos pechos y la piel tierna se te acabaron rápidamente. Y los ofreciste a un precio demasiado bajo, aunque tal vez no hubieras podido pedir más por ellos. La gente es muy exigente. Hay quienes llegan cargados de talentos, todos muy vendibles, y casi ni pueden arrastrarlos; basta con levantar cuatro paredes alrededor y la tienda está lista. De ellos no formamos parte ni tú ni yo. La gente como tú y yo vendemos agua salada a la orilla del mar. Tenemos menos talentos que dientes tiene una gallina en el pico. Sin embargo, yo he encontrado un refugio donde tampoco puedo quedarme eternamente. Ha sido más bien una casualidad. Y la verdad es que aún no acabo de entender por qué allí me mantienen. Siempre ando en busca de algo que me vuelva imprescindible. Quizá deba ser algo relacionado con los perros, me digo a mí mismo, aunque cualquiera puede cuidarlos. Tendría que ser algo que lleve a la gente a preguntarse: ¿dónde está Fewkoombey? Que venga ahora mismo, sin él las cosas no funcionan. La tienda entera se ha paralizado. ¡Gracias a Dios que ahí viene! Largo tiempo he estado buscando ese algo, pero no he encontrado nada. Cuando no se tienen talentos, hay que hacer un poco más de lo necesario. ¡Multiplicar dos y tres veces la propia capacidad de ser útil!*

Llegado a este punto, se ponía nervioso en su silla y empezaba a acosar otra vez a Mary interrogándola sobre el tal Macheath, pues si no averiguaba

detalles más precisos podían echarlo del trabajo.

Pero sólo conseguía despertar su recelo y que no le dijera nada.

Mary hablaba casi siempre en términos generales.

Un día fue a ver a una adivina en compañía de una mujer mayor que también tenía un almacén lo y a la que había conocido en la sesión donde Macheath habló sobre su fusión con el consorcio Aaron. Varias veces le contó a Fewkoombey lo ocurrido allí.

No era una adivina de las caras.

—Quizá por eso —decía Mary— tampoco era tan buena como esas caras.

Vivía en el quinto piso de una casa interior y echaba las cartas en la cocina. Ni siquiera se sentaba para trabajar. Muy de prisa, y «como una lección aprendida de memoria», soltaba alguna profecía «aun cuando las cartas no hubiesen caído», aunque quizá sólo se limitase a improvisar.

—Tiene usted un carácter forjado por las tempestades de la vida —le dijo a la mujer mayor, que había ido a verla muy preocupada por su almacén—; está acostumbrada a imponer su voluntad a quienes la rodean, es usted un Capricornio. Se enfrenta a la vida con seguridad y energía, y al final acabará triunfando. Tendrá que cuidarse, eso sí, de dos pasiones que dominan su alma, y no confiar demasiado en una dama cuyo nombre empieza con «B». Podría ser un obstáculo para su felicidad. En junio del próximo año tendrá que cuidarse mucho, porque Sirio entra en el signo de Libra y eso es desfavorable para usted. De todas formas, hasta donde puedo ver es el único peligro que la amenaza. Me debe un chelín, señora.

Mary se lo sabía de memoria y hasta le daba risa. Pero también se habría dejado echar las cartas aquella vez si la señora mayor no se hubiera sentido mal por no tener nada sólido en el estómago.

—Una quisiera saber muchas cosas —decía—, pero ¿dónde podría enterarse?

Tras su fallido intento en *El Espejo*, Mary se dirigió un viernes por la mañana a la tienda de antigüedades de Fanny Crysler. Fanny se quedó aterrada al ver su aspecto y la retuvo a su lado toda la mañana, creyendo que Mac pasaría. Pero éste no se presentó, y hacia el mediodía ambas mujeres se dirigieron a casa de Mac en Nunhead, aunque Fanny sabía que la visita no le haría mucha gracia.

Polly no las recibió fríamente. Las hizo pasar a la sala y fue a la cocina a prepararles té. Pero antes se puso un delantal e hizo todo con esa activa diligencia de las jóvenes amas de casa para las que el trato con las ollas aún tiene un componente sexual.

Fanny había prohibido expresamente a Mary que hablara de negocios. Sólo dirían que esperarían a Mac. Pero cuando el Melocotón entró con el té, Mary rompió a llorar. Ya no podía esperar más tiempo.

Le contó casi todo lo que había que contar, exceptuando, claro está, las absurdas acusaciones que ya habían provocado las carcajadas de los de *El Espejo*; sí le dijo, en cambio, todos los motivos por los que Mac se había comprometido a ocuparse de ella.

Polly la miró con curiosidad. No tuvo tiempo ni de sentarse y se quedó todo el rato con la vajilla del té entre las manos.

Los hechos quedaron clarísimos: Macheath había atraído a esa mujer con halagos a uno de sus almacenes Baratura, y ahora la dejaba perecer miserablemente. Hubiera sido más generoso de su parte liquidarla de un mazazo en cuanto se hartó de ella.

Las tazas y la tetera temblaban ligeramente en las manos de Polly cuando le respondió a Mary. Y le dijo más o menos lo siguiente:

Que lo de las tiendas no podía dominarlo. Y no le parecía del todo creíble que su marido (mi marido) hubiera «atraído» a Mary con halagos a uno de esos almacenes B. Probablemente se lo había regalado. Y que la dejase perecer allí miserablemente era una acusación ridícula, contra la que ahora tenía que defender a Mac en su condición de esposa. Además, Mary tampoco era la única en tener un almacén B, y Mac jamás pretendería dejar «perecer» miserablemente a toda la gente que tuviera alguno. Que eso ya era un tanto inverosímil. En cuanto a lo otro debía decirle, de mujer a mujer, que lo que Mac hubiera hecho o dejado de hacer antes de casarse con ella, la tenía francamente sin cuidado. Aunque como mujer también quería decirle otra cosa: cuando una mujer se va con un hombre, sabe, en general, por qué lo hace y asume su propio riesgo. Y no puede pretender que el hombre en cuestión la siga manteniendo toda la vida. De ser así, cada hombre tendría media docena de familias antes de cumplir los treinta años. Cuando alguien da un mal paso, la culpa no siempre es de los demás.

Cuando hubo dicho todo esto, dejó violentamente la bandeja con las tazas sobre la mesa y se produjo un momento de silencio. La Swayer había dejado de llorar y miraba con expresión desconcertada a la joven que tenía delante. Fanny no estaba menos perpleja y se levantó de golpe.

También Mary fue saliendo de su postración y se puso en pie, aunque más lentamente. Con manos inseguras y sumo cuidado buscó su bolso sobre la mesa.

Entre tanto, Polly volvió a coger la tetera y empezó a servir té en las tazas. Aún la tenía en la mano cuando las dos mujeres se fueron.

Fanny quiso llevarse a Mary a su casa, pero ésta meneó la cabeza y se subió a un tranvía que pasaba en aquel preciso momento. Terna una expresión ausente, y, como advirtió Fanny en seguida, el tranvía no iba hacia la tienda de la Mulberry Street Cierta imprecisión se había apoderado de su pensamiento. Ya sólo le quedaban 27 (veintisiete) horas de vida.

Fanny se pasó el resto del día buscando a Macheath. No lo encontró hasta la mañana siguiente, cuando él se le presentó en la tienda, inquieto y furioso por lo que su mujer le había contado sobre la visita de ambas. Increpó a Fanny en tono brusco y quiso saber qué había pasado. Fanny le contó todo impertérrita. El comportamiento de Polly la había disgustado más de lo que podía explicar. De buenas a primeras tuvo la sensación de que no era sino una empleada. También le había molestado la actitud de Mac.

Trajo a colación la nueva tienda de la Clithe Street y el agotamiento general de la Swayer, que hablaba continuamente de arrojarse al río.

Él se limitó a mirarla con rabia cuando ella le dijo que Mary lo esperaba en la Mulberry Street Luego salió precipitadamente. Era el día en que iba a celebrarse la segunda sesión del consejo administrativo, de la SCC. Y antes tenía que arreglar un montón de cosas.

Unas horas más tarde envió un mensajero con una nota pidiéndole a la Swayer que lo esperase a las siete en un bar de los muelles de las Indias Occidentales. Se acababa de acordar que ella sabía muchas cosas.

Cuando Fanny llegó a las cinco a la Mulberry Street, aún encontró, para su gran alivio, la tienda de Mary abierta. La Swayer estaba sentada detrás del mostrador e hizo un gesto de asentimiento al oír el mensaje. En la tienda había además un hombre con una pata de palo.

A las seis en punto cerró Mary su tienda, envió a las costureras a sus casas y poco después acostó a los niños. Luego se dirigió a los muelles de las Indias Occidentales en compañía de Fewkoombey. Fue así como en sus últimas horas tuvo siempre a alguien a su lado.

En el camino, el soldado intentó hacerla hablar, pero ella permaneció monosilábica. Frente al bar lo despidió. La había acompañado en vano. ¡Y qué poco le hubiera costado, pensaba el soldado, comunicarle algo que le permitiese mejorar su posición ante el señor Peachum!

La Swayer esperó unas dos horas, según declararía luego el patrón del bar, que a esa hora estaba vacío. Después, viendo que Macheath no aparecía, se alejó en dirección a los muelles. Quería, según le dijo al tabernero, ir al

encuentro del señor con el que se había citado. Pero ya no encontró a nadie ni nada.

Pocas horas después, un policía y dos estibadores rescataron su cuerpo del agua.

El señor Peachum ve una salida

Como la Swayer le pidió a Fewkoombey que echara un vistazo a los niños antes de irse a su casa y encima le dio la llave, él pasó la noche allí. De no ser así, ella no hubiera podido entrar.

La trajeron por la mañana. Al punto se agolpó una cantidad enorme de vecinos en la tienda, de suerte que el soldado pudo escabullirse sin llamar la atención. Pusieron el cadáver sobre el mostrador, ya que en la cama del dormitorio había pilas de cajas para los géneros de punto.

Fewkoombey comunicó muy a tiempo a Peachum la muerte de Mary Swayer, permitiéndole tomar sus medidas de inmediato. La primera fue averiguar la verdad de los hechos.

Envió a no menos de treinta mendigos a hacer pesquisas en los muelles de las Indias Occidentales, en la Mulberry Street, en la tienda de antigüedades de Fanny Crysler y en Nunhead.

Cuando la policía inició sus pesquisas en la Mulberry Street, ya había allí enviados de Peachum.

Se enteró de que hacia las nueve unos estibadores habían visto en los muelles a una mujer que caminaba apresuradamente en dirección al agua. Por la tarde, cuando fue a la Mulberry Street para llevar a los niños a casa de Fanny Crysler, Fewkoombey llevó consigo la nota que contenía el mensaje de Mac. Uno de los niños la había mordisqueado. Esa misma tarde Peachum daba por seguro que se había tratado de un suicidio.

Para asegurarse todavía más, se pasó otros dos días haciendo indagaciones sobre Macheath. No había forma de averiguar dónde había estado a la hora de los hechos, pero sí era seguro que aquella noche no llegó a encontrarse con Mary Swayer. Eso bastaba, en principio, para entablar una acusación.

Era necesaria la irrefutable certeza de que Macheath no tenía nada que ver con la muerte de la Swayer, pues de lo contrario hubiera dispuesto, claro está, de una coartada extraordinaria. Podía tener alguna, pero había que correr el riesgo. En todo caso, no la había preparado. Y una coartada natural era siempre menos creíble y concluyente.

Contrató Peachum, pues, a un buen abogado que actuase como acusador privado en nombre de los huérfanos de la Swayer y entregase el material obtenido a la fiscalía. Peachum podía hacerlo, pues era procurador de los pobres.

El abogado, Walley, estuvo totalmente de acuerdo con Peachum en cuanto a la coartada del señor Macheath. Le dijo:

—Según lo que sabemos, también yo considero imposible que su señor yerno tenga algo que ver con la muerte de la Swayer. Debido a ello, es altamente improbable que tenga una coartada. Nos saldrá con excusas tales como que «estuvo en el restaurante» o «en el teatro», o que se niega a «comprometer a una dama». Esto último quizá sea lo más conveniente para usted, dadas las circunstancias. Una buena coartada ha de estar bien preparada, y eso sólo lo hace quien planea algún crimen. Es una parte, y una parte esencial, de la acción criminal misma. ¡Piense usted en la política! Cuando se organizan guerras, por ejemplo, siempre hay coartadas. ¡Y no hablemos de los golpes de Estado! El culpable es siempre el agredido. ¡El agresor tiene su coartada!

El material consistía en la nota manuscrita de Macheath, la declaración del ex soldado George Fewkoombey y la de dos mendigos callejeros que afirmaban haber visto a Macheath la noche del sábado, a eso de las nueve, paseando por la zona de los muelles de las Indias Occidentales en compañía de la Swayer.

El señor Macheath no desea abandonar Londres

Macheath no fue detenido hasta el jueves siguiente. En cuanto recibió el aviso de Brown, citó a su mujer en un hotel de la zona este de la ciudad. O’Hara pasó a buscarla y los tres cenaron juntos. O’Hara había investigado el asunto, del que se había enterado demasiado tarde. Fanny Crysler había mantenido un extraño silencio, aunque sin duda debió de tener noticias de la muerte de Mary.

O’Hara había ido personalmente a ver a Brown, quien también había descubierto demasiado tarde que aquel asunto concernía a Macheath. Las primeras investigaciones las llevó a cabo un tal Beecher, de Scotland Yard, un sabueso loco al que nada detenía cuando se lanzaba en pos de una pista. Beecher supuso primero que se trataba de un suicidio. Y las indagaciones efectuadas entre otros tenderos de los almacenes B, relacionadas con ciertos

artículos de *El Espejo* sobre las maniobras más recientes de Macheath que habían provocado un descalabro en los almacenes, también habían revelado la existencia de motivos suficientes para justificar un suicidio. Pero tras la enérgica acusación presentada por Peachum a través del abogado Walley, Beecher presentó una carta inconclusa de la Swayer encontrada entre las ropas de la difunta. En ellas reconocía haber enviado en forma anónima unos recortes de periódicos relativos al «Cuchillo», y preguntaba al destinatario si no estaría dispuesto a portarse «un poco mejor» con ella. La carta tenía por encabezamiento las palabras: «Querido Mac».

O'Hara sabía además la hora exacta en que debió de morir Mary: hacia las nueve de la noche. Cuando lo dijo, Macheath lo miró fugazmente a los ojos. Las nueve era una hora muy incómoda. Precisamente a las nueve Mac había estado en la reunión de directorio de la SCC. Y bajo ningún concepto debía ventilarse en público lo tratado en esa reunión, ni tampoco la presencia de Mac en la sede de la SCC. De lo contrario, toda la acción coordinada de los últimos días se iría al agua. Bloomsbury era un tipo joven y bonachón, pero seguro que no llegaría a mentir ante el tribunal declarando que los señores habían pasado el rato jugando al *bridge*.

Era, pues, imprescindible que, al menos hasta que Brown lograra anular la investigación o se cerrase el negocio con el Commercial Bank, Mac desapareciera y se mantuviera oculto en el extranjero. O'Hara era partidario de que Macheath viajara a Suecia junto con Grooch y Fanny para organizar allí las «compras».

O'Hara quería un poder para atender los negocios, pero Macheath prefería dárselo a Polly. Discutieron un rato, y al final O'Hara se marchó.

Pálida, Polly había escuchado la discusión sin preguntar nada. Se dio cuenta de que todo no era sino una maniobra de su padre contra Macheath. En cuanto al caso Swayer, estaba convencida de que ésta se había lanzado al agua sólo por vengarse de Mac Pero lo que bajo ningún concepto estaba dispuesta a permitir era que Mac viajase a Suecia con Fanny Crysler.

Después de cenar volvieron a casa en silencio. Cuando ella, furiosa, habló del viaje con Fanny al tiempo que se desvestía, Mac se rió y le prometió dejar a la Crysler en Londres. Le aseguró que Fanny se entendía con Grooch. Pero Polly desconfiaba. A Mac le creía todo, excepto las cosas relacionadas con mujeres.

Macheath se despertó ya muy avanzada la noche porque la oyó sollozar. La joven se puso a hablar sin ton ni son, y al final, cuando él le prometió que no se enfadaría, le confesó que había tenido un sueño muy tonto hacía cosa de

una semana. Soñó que se había acostado con O'Hara. Sollozando le preguntó si aquello era muy malo, mientras Mac se quedaba como un trozo de hielo a su lado.

—Ya ves —dijo ella—, ahora te has enfadado. No debí decirte nada, nunca hay que decir nada. No soy culpable de mis sueños. Y éste fue muy breve y no estoy nada segura de que el personaje fuera O'Hara. Tal vez no era él. Simplemente me lo pareció al despertarme; y me asusté. No quiero dormir con nadie sino contigo. Y además no soy culpable de mis sueños. En seguida pensé: ¿y ahora qué hago? Se lo contaré a Mac y todo acabará bien. Pero después pensé que no lo entenderías y quizá pensarías que me gusta O'Hara, lo cual no es cierto. No me gusta nada. ¡Dime que todo esto no tiene importancia, Mac! ¡Me siento tan infeliz por haber tenido ese sueño! Si no tuvieras que ausentarte ahora, no te habría dicho nada. Desde entonces no he vuelto a soñar nada tan estúpido. Y si he soñado, ha sido contigo.

Mac se quedó un rato tumbado, sin responder. Luego, haciendo caso omiso de los intentos de Polly por arrimársele, tieso como un huso, la interrogó con voz ronca y en frases breves. Que cómo había ocurrido todo aquello exactamente. Si había sido en la cama. Si ambos se habían encamado expresamente. Si él se había limitado a abrazarla o había sucedido otra cosa. Y si ella también había colaborado, si se había percatado al instante de que era O'Hara. Y por qué no lo había dejado cuando, ya al final, se dio cuenta de por dónde iban los tiros. Si había sentido placer. Y si no había sentido placer por qué no interrumpió todo en cuanto reconoció a O'Hara. Qué entendía ella por «ningún placer especial», y otras preguntas por el estilo. Hasta que Polly, cansada de tanto llorar, se quedó dormida.

Al final volvieron a hacer las paces, como es natural, y Macheath se alegró mucho cuando ella, de nuevo en un tono fogoso, le arrancó la promesa de que no viajaría con Fanny Crysler. Él la persuadió de que se friera a vivir a casa de sus padres, arguyendo que desde allí podría ayudarle mejor. Podría comunicarle lo que su padre planeaba hacer contra él. Y ambos se durmieron, consolados.

A la mañana siguiente se despidieron. Al salir, Macheath llevaba otra vez sus guantes de piel y en la mano su viejo bastón con estoque. Su tren no salía hasta muy entrada la noche, pero él tenía aún mucho que hacer. Los hombres de O'Hara estaban de un humor de perros, y había que buscar a Aaron o a uno de los Opper.

Pero primero fue a ver a Gawn, el hombre al que en su momento entregara aquel material comprometedor contra el corredor de comercio Coax, el socio

de Peachum. Hasta entonces no habían publicado nada. Gawn no estaba en su casa. Le dijeron que había ido al *Correspondent*. Allí lo encontró rodeado de periodistas que intentaban sacarle pronósticos para las carreras de caballos. Cuando entró Macheath, se produjo un extraño silencio.

—¡Ah! —dijo uno de los jóvenes con una voz no exenta de amabilidad—. ¡Macheath! ¡Sin duda querrá protestar ante nosotros por su detención! ¿O quiere que lo detengan aquí? ¡Muy correcto de su parte!

Gawn, que estaba mascando media libra de chicle en medio de ellos, fue el primero en darse cuenta de que Mac no sabía nada y sacó un periódico del bolsillo de su americana.

Ya estaban buscando a Macheath. Su hito y su nombre aparecían en las ediciones matutinas. Beecher había concedido una entrevista en la que hablaba de la carta inconclusa de la asesinada.

Gawn cogió a Macheath por el brazo y se lo llevó a un bar.

El material contra Coax, le explicó, era en realidad un material contra Hale, el del Almirantazgo, pues se trataba de su mujer. La campaña se desataría de allí a pocos días.

No le dijo que había utilizado sólo para una jugosa extorsión el material que le confiaron. Aquello le había costado un montón de dinero al señor Peachum. Y la dote de Polly no se vio precisamente incrementada.

Macheath volvió a explicarle que no necesitaba un escándalo público, sino una adecuada intimidación de todo el grupo que rodeaba al señor Coax. Gawn le prometió hacer cuanto estuviera a su alcance y sólo le pidió una entrevista.

Y ambos prepararon una.

Apareció en la edición vespertina. El mayorista Macheath se mostraba muy sorprendido por las acusaciones de la policía.

—Yo soy un comerciante —decía—, no un delincuente. Y tengo algunos enemigos. El éxito y el auge incomparables de mis almacenes B los ha animado a entrar en liza. Pero no suelo atacarlos cuchillo en mano. Intento derrotarlos trabajando infatigablemente al servicio de mis clientes. Dentro de unos días todas las inculpaciones que se me hacen recaerán sobre quienes las difunden. Espero que ninguno de mis amigos que comercian al por menor, y cuyo bienestar me es tan preciado, tenga dudas sobre mi persona. Yo mismo conocía muy poco a la tal Swayér. Hasta donde sé, dirigía uno de los pequeños almacenes B en la zona de Mulberry Street. Con ella no tenía yo más relación que la que tengo con varias docenas de tenderos. Parece ser que se quitó la vida, cosa que yo lamento como lo haría cualquier comerciante honesto. Ahora mismo hay motivos de sobra para sentirse deprimido, y nadie

sabe esto mejor que los comerciantes. Las condiciones de vida de la señora Swayer parecen haber sido particularmente penosas.

Después de esta entrevista, Macheath se dirigió al Commercial Bank.

Allí se encontró con Henry Opper.

Los diarios matutinos ya habían publicado su nombre en grandes titulares y Opper parecía muy desconcertado.

Escuchó a Macheath en silencio y luego dijo:

—¡No debe usted ir a la cárcel por ningún motivo! Culpable o inocente: ¡nunca hay que haber estado en la cárcel! ¡Váyase al extranjero! Desde allí podrá seguir dirigiendo sus negocios. En la SCC tiene usted amigos, y nosotros seguiremos velando por la buena marcha de todo, si así lo desea. ¡Pero márchese ahora mismo! Aaron también acaba de pasar. Estaba fuera de sí.

Macheath se fue muy pensativo. El afán de Opper por mandarlo al extranjero le daba mala espina. Pasó por la Blacksmith Square, donde entró en una barbería sórdida. En aquel recinto de techo bajo y olor a humó congelado reinaba una gran agitación. Por él circulaba la mitad del hampa londinense. En ningún otro lugar podía uno oír más novedades que allí.

Los sillones de afeitar estaban todos ocupados. Macheath se sentó en un banco, entre los que esperaban tumo. Frente a ellos, en el suelo, había una gran vasija de latón en la que podían escupir sus colillas o trozos de chicle.

Mac no vio ninguna cara conocida.

Un hombrecillo arrugado hablaba a voz en cuello de las vejaciones que infligían los aduaneros en un puerto danés.

—No quieren que entre nada barato —se quejaba—. La gente modesta no tiene por qué comprarse brillantes. ¡Una auténtica infamia! El hombre ha de tener carbón y patatas, pero si se le ponen tantas trabas con los brillantes, al final acaba diciendo: «Pues nada, ¡que se vayan todos al diablo!».

Macheath se fijó en ese hombre: le cayó bien.

El peluquero, un coloso deforme con una cabeza diminuta pero coronada por una muestra de peluquería artística, lanzó a Macheath una mirada breve y astuta cuando éste se sentó. Había convenido con Mac en que, cada vez que apareciese en la barbería, haría derivar la conversación hacia su persona. Y lo hizo. Todo el local empezó a hablar del asesinato de la Swayer.

La opinión general era que el mayorista no podía estar relacionado con la muerte de Mary Swayer.

—¡Un hombre como él no hace esas cosas! —dijo un contrabandista con aires de suficiencia—. Anda ocupado en otros menesteres. ¡No os podéis

imaginar la de asuntos que un hombre así tiene que arreglar en un día de trabajo! Dicen que ella lo amenazaba. ¿Cómo hubiera podido hacerlo? Lo que una mujer como ella pueda decir sólo provocaría su detención inmediata por delito de lesa majestad y estupidez intolerable.

—¡Y al parecer no tiene coartada! Seguro que ha ofrecido una recompensa de diez libras a todo el que afirme no haberlo visto a la hora crítica. ¡No! Lo que quiere es pasarse una temporada observando con sus prismáticos quiénes se reirán cuando lo detengan. ¡Así es!

No se dijo más.

Macheath no esperó a que le llegara su tumo. Con su grueso bastón bajo el brazo recorrió a pie dos o tres callejas hasta llegar ante una casa ruinosa, de un solo piso, en la que habían instalado una carbonería. En un pizarrón negro el carbonero había anotado los precios con tiza.

Macheath leyó que la antracita valía 23 y siguió caminando. Entró en una casa que tenía el número 23 tras golpear la puerta con su bastón. La antracita valía unas veces 23 y otras 27 y hasta 29, según el lugar en que la banda tuviera su cuartel general. Los verdaderos precios del carbón, le dijo una vez Macheath a O'Hara, también dependían de una larga serie de circunstancias que nada tenían que ver con el carbón. Además, aquel carbonero tampoco vendía antracita.

Los pasos de Macheath resonaron en dos patios formados por barracones que servían de depósitos. Al llegar a un tercero, Mac entró en una oficina iluminada de la planta baja.

Grooch y Father estaban sentados sobre unas mesas de caoba con sendas botellas de cerveza al lado, mientras Grooch le dictaba cartas a una jovencita elegantemente vestida. En las habitaciones contiguas había gente embalando cajas.

Grooch se puso en pie cuando entró el jefe. Father permaneció sentado.

—¡Qué bueno que de vez en cuando pase por aquí a echar una ojeada, jefe! —dijo Father malhumorado—. Lo que nos falta son ánimos. Sólo hay espíritu de oposición y rebeldía.

Sin decir nada, Macheath cogió de una estantería de madera sin pulir pegada a la pared un grueso infolio y se sentó con él sobre uno de los brazos de un sillón estilo Imperio que había visto días mejores y compañía más, refinada. La SCC tenía sus despachos oficiales en la city. Aquí quedaban sus depósitos. Entre ambas dependencias no había comunicación de ningún tipo, salvo a través de grandes rodeos.

Macheath se negaba a hablar mientras Father siguiera sentado encima de la mesa, de modo que Grooch inició su informe.

La inactividad tenía efectos funestos. Los barracones aún estaban parcialmente llenos de mercancías. O'Hara había dado a su gente libertad para trabajar por su cuenta hasta que pudieran volver a utilizar nuevas remesas, pero no les había proporcionado las herramientas, que eran propiedad de la Sociedad. Sin embargo, los técnicos de O'Hara ya no querían ni podían trabajar con las herramientas viejas y primitivas. Hasta para asaltar tiendas se necesitaban, como mínimo, camiones. Y sobre todo planes muy precisos para el trabajo en equipo. La gente no sabía, pues, muy bien qué hacer. Oscilaban entre la abulia y la agresividad.

Macheath se echó a reír.

—Ya sabía yo que una existencia de funcionario con ingresos seguros no era lo más adecuado para ellos. No en vano querían hacerse a la mar y ser libres e independientes —dijo en tono displicente—. Siempre están alborotando y nunca se sorprenden cuando acaban imponiendo lo que quieren. Cuando yo impongo mis exigencias, me temo siempre lo peor.

—Ya se las apañarían si tuvieran las herramientas —dijo Father en tono brusco.

—Si las tuvieran… —replicó Macheath aburrido.

Father volvió a la carga:

—Quite quiere comprarnos el nuevo taladro. Dice que ha reunido el dinero y que, aparte de él, nadie sabe manejarlo.

—Yo no vendo mis herramientas —dijo Macheath fastidiado—; y, dicho sea de paso, los tableros de mis mesas no son para sentarse.

Cogió el plano de los depósitos, cuidadosamente desplegado sobre una caja de cartón, y le hizo una seña a la joven para que se fuera.

—¿Por qué siguen estando llenos los depósitos? Se había decidido vaciarlos todos, salvo los del 23.

Grooch miró a Father, que se había levantado refunfuñando.

—O'Hara no nos ha comentado nada —dijo sin apartar la mirada de Father.

Macheath no dejó traslucir su sorpresa. Se puso a hojear uno de los catálogos para ganar tiempo.

Luego prosiguió en tono sereno:

—Hay que vaciar los barracones del 29. Es posible que un día de éstos O'Hara tenga que hacer ver que los depósitos están vacíos.

—¿Y adonde llevamos las cosas? Hay tabaco y hojas de afeitar, principalmente. Pero aún deben seguir almacenadas, todo es demasiado fresco. Entre ellas está lo de Birmingham. Los periódicos aún siguen escribiendo artículos kilométricos sobre el tema. Y hay también cuero y lana, cosas que bien pueden necesitar los almacenes B.

—Todo eso debe desaparecer. Que no se venda un solo artículo. Lo mejor es que les prendáis fuego. Los depósitos están asegurados.

Grooch se asustó de verdad.

—Pero ¿no podrían utilizarlo los mismos muchachos? Les sabrá muy mal tener que destruir algo que, después de todo, ellos mismos han reunido.

Macheath empezaba a aburrirse.

—Pienso que ya se les pagó por eso. Y por destruirlo todo también les pagaré horas extras. No quiero que esa mercadería empiece a circular. Además, que compren su tabaco en los almacenes B, por ejemplo. Y otra cosa; los papeles que se necesiten los firmará mi mujer y no O'Hara. ¿Algo más?

Se levantó y se puso los guantes, pero Grooch lo detuvo.

—Honneymaker no nos deja en paz un segundo. Está dispuesto a aceptar cualquier trabajo. Se ve que lo de la cerradura de seguridad le salió mal.

—¿No era segura? ¿O quizá demasiado segura?

—No, todo fue bien. Pero la fábrica lo estafó con la patente.

Macheath volvió a reírse. Honneymaker había sido una figura relevante dentro del ramo, un efractor de primera. Cuando empezó a declinar físicamente —por entonces la gente no hacía deporte—, se dedicó a inventar cosas e inventó una cerradura de seguridad. Para ello puso en práctica todas sus experiencias, producto de una vida activísima y rica en estudios e iniciativas. Y ahora, en la conocida fábrica de cerraduras a la que había ofrecido su invento, se había encontrado con alguien mejor que él.

—Se le podría confiar algún almacén lo —dijo Macheath y salió sonriendo con soma.

Pero no estaba de buen humor.

Sus decisiones no se llevaron a la práctica. En cualquier momento podía ocurrírsele a Aaron la idea de visitar los depósitos. Y Fanny, convencida de que los habían vaciado tal como acordaran, no vería ninguna razón para no mostrárselos. Y resulta que estaban llenos hasta los topes.

Una vez solo en la calle, Macheath dudó un momento entre ir en seguida a casa de Fanny Crysler o donde la señora Lexer en Turnbridge. Era su jueves.

Y recordó que aún podría encontrarse con Fanny en la estación, donde ella estaría esperándolo, y que en Turnbridge probablemente encontraría a Brown, quien, al igual que él, iba allí todos los jueves. Solían jugar una partida de damas juntos.

Las relaciones de Macheath con las damitas en casa de la señora Lexer en Turnbridge exigían, según creía él mismo, algún tipo de excusa, aunque en realidad bastaba con el carácter tan especial de sus negocios. Allí se enteraba mejor que en cualquier otro sitio de todo lo relacionado con la vida privada de la banda. A veces había aprovechado esas relaciones de carácter puramente comercial para permitirse ciertas diversiones a las que, dentro de unos límites razonables, se hallaba autorizado por su condición de soltero. Refiriéndose a este aspecto íntimo, solía decir, sin embargo, que apreciaba las visitas regulares y de una puntualidad escrupulosa que hacía siempre al mismo café de Turnbridge sobre todo porque eran hábitos, y cultivar y fomentar esos hábitos era prácticamente el objetivo principal de toda vida burguesa. Tras unas cuantas turbulencias juveniles, Macheath prefería cubrir sus verdaderas necesidades sexuales allí donde podía combinarlas con ciertas ventajas de tipo doméstico o comercial, vale decir con mujeres que tuvieran una posición económica más bien holgada o mantuvieran alguna relación de negocios con él, como Fanny.

Sabía perfectamente que su matrimonio lo había perjudicado en los medios donde efectuaba sus compras. Seguro que la muerte de Mary Swayer no les había hecho ninguna gracia a ciertas personas. Ahora estaban todas juntas y decían: Mac está engordando. A lo mejor cree que ya llegó arriba.

No había casi nadie que pudiera jurar de verdad que siempre se había llamado Macheath, pero tampoco nadie capaz de probarle que había ido bajo tal o cual nombre a tal o cual escuela, o que había sido estibador, oficinista o pensionista en tal o cual lugar. De todas formas, cualquier día podía difundirse el rumor de que era un pequeño burgués común y corriente, y en ese caso hubiera sido necesario un baño de sangre de grandes proporciones, costoso y peligrosísimo, para restablecer esa penumbra en la que se puede engordar tranquilamente. Y lo cierto es que ya estaba algo rechoncho y sólo servía para hacer trabajos de tipo intelectual.

Se fue, pues, a Turnbridge, a ver si se enteraba de algo y se encontraba con Brown.

No entró en las habitaciones de la planta baja, sino que subió a la cocina por una escalera destartalada. Allí había unas cuantas muchachas tomando café y una vieja gorda en pantalones que planchaba ropa interior. Junto a la

ventana vio gente jugando a tres en raya. Una chica delgada y de nariz aguileña estaba zurciendo un cerro de medias. Todas iban ligeras de ropa y sólo una llevaba puesta una bata floreada.

Cuando entró Macheath se oyó un ¡hola! general. Las mujeres habían leído los periódicos, y la entrevista con Gawn también estaba sobre la tabla de planchar. El hecho de que, pese a ello, Macheath se presentará allí como cada jueves, las dejó a todas impresionadas.

Brown aún no había llegado.

Le sirvieron su café a Macheath, que, sin quitarse los guantes, cogió displicentemente el periódico.

—Esta noche salgo de viaje —dijo sin dejar de leer—. Y me puse a pensar: ¡qué lástima que hoy sea precisamente jueves! ¡Es terrible eso de ser un hombre de costumbres! Pero no estoy dispuesto a renunciar a mis hábitos más inveterados por culpa de los polis aquellos. De no ser así, ya me hubiera ido este mediodía. Por cierto, ¿qué es de Brown?

Sonó un timbre en una de las habitaciones. La mujer gorda dejó la plancha en un soporte de hierro fundido, se puso una bata de algodón y salió a atender a un cliente. A los cinco minutos volvió, probó la plancha con el dedo a ver si aún estaba caliente y continuó planchando.

—Lo de la Swayer no lo habrás hecho *tú* —dijo en un tono que a él le pareció despectivo.

—¡Hmm! —respondió Mac mirándola atentamente.

—Pensábamos que ya te habías vuelto demasiado fino para esas cosas.

—¿Quién lo ha pensado? —preguntó Macheath interesado.

La gorda lo tranquilizó:

—Tranquilo, Mac. Son puros cotilleos.

Mac tenía un oído muy fino. Había moros en la costa. Una especie de repugnancia se apoderó de él súbitamente.

Y allí, sentado en aquella sórdida cocina, mientras miraba planchar a esa mujer gorda, se puso a pensar sobre su situación como no había podido hacerlo hacía tiempo.

El suelo sobre el que se había apoyado y había luchado siempre empezaba a ceder bajo sus pies. Esa gentuza encargada de hacerle las compras no quería someterse, a la larga, a una dirección espiritual. Y recordó una cantidad de detalles mínimos en los que apenas había reparado unas semanas antes. Ciertas órdenes estrictas y bien calculadas que no se habían cumplido con total exactitud, por ejemplo. Y algo más: los dirigentes de la organización le habían ocultado luego aquellas negligencias. Sobre todo desde que se

frenaron las «compras» le había oído hablar a Grooch, por ejemplo, del «descontento» imperante entre los chicos de la banda. Aquella chusma era incapaz de aguantar operaciones de gran envergadura.

¡Y ahora venía a enterarse de que O'Hara ignoraba simple y llanamente órdenes de vital importancia!

Hacía tiempo que la actitud de O'Hara no era la misma de antes. Un buen día quiso tener el poder. Cuando se lo dieron a Polly, él no protestó mayormente. ¿Por qué?

Una cálida oleada de recelo se apoderó de Macheath de un momento a otro.

«Polly», pensó. «¿Qué había realmente entre Polly y O'Hara? Ahora ella tenía el poder. ¿Qué haría con él?». Y de pronto cayó en la cuenta de por qué aquel incidente al regresar del *picnic* a orillas del Támesis lo había torturado tanto desde un principio.

«*Una mujer que tolere algo así, y con alguien a quien conoce tan superficialmente*», se dijo en tono amargado, «*no ofrece ninguna garantía de convertirse en la auténtica compañera de un hombre. Es demasiado sensual Y esto no es sólo un asunto de índole erótica, sino ante todo comercial según se ha demostrado. ¿Qué hará con un poder firmado por su esposo entre las manos si no está segura ni de sus propias piernas? ¡Y es precisamente allí donde la fidelidad de la mujer adquiere su sentido más profundo!*».

¡Qué rápidamente se mostraron los dos de acuerdo con su partida! Ni siquiera se oyó un «cuánto-te-voy-a-echar-de-menos». Era gente demasiado sensata para ello. ¡Mil gracias por ese tipo de sensatez!

Cargado de amargura, Macheath se levantó y se dirigió cansinamente hacia las oficinas. Eran unas habitaciones bastante espaciosas con austeros muebles de escritorio, mesas pequeñas con carpetas y sofás corrientes. También había habitaciones sin sofás, donde se utilizaban mesas con papel secante verde. Uno de los atractivos de la casa era que se podía despachar en ella la correspondencia. Las chicas eran todas muy buenas taquígrafas.

La casa era frecuentada sobre todo por hombres de negocios.

A Macheath le hubiera gustado dictar algunas cartas, pero sólo Jenny estaba familiarizada con su correspondencia y conocía sus costumbres. En caso de necesidad, era capaz de redactar una carta valiéndose de unas pocas notas.

Pero Jenny no estaba. Se había ido a la costa con Bloomsbury. Al parecer, nadie le tomaba a mal su carrera ascendente.

De pie, Macheath abrió una ventanilla oculta tras el empapelado de la pared y escuchó un dictado en la habitación vecina.

«… y no podemos, pues, comprender su punto de vista. O bien entrega usted el Santos a 85 1/5 fob Amberes, *o bien* rebaja aquel precio exorbitante, subrayado exorbitante, y la aduana ya correría por cuenta nuestra».

Macheath volvió malhumorado a la cocina, donde se sentó con desgana.

Aún seguía esperando a Brown. De la entrevista con él dependería que se fuera o no de Londres. Todo estaba preparado para su fuga. Grooch lo esperaría en la estación, probablemente con Fanny. Pero pasó media hora, empezó a oscurecer y tuvieron que encender la luz de gas. El negocio se fue animando lentamente, y Brown no aparecía. Nadie se preocupaba ya de Macheath, que se quedó en el salón, sombrío y adormilado.

No podía viajar en esas circunstancias.

Terna que hacerse nuevamente con la SCC y disolverla. ¡Qué vida aquella que no le permitía a uno largarse tranquilamente cuando la policía le pisaba los talones!

Además, rodeado como estaba de granujas y gente nada fiable, siempre podría manejar mejor las grandes transacciones comerciales con el Commercial Bank desde la cárcel que estando en el extranjero.

Lo invadió una verdadera sed de solvencia. Tratándose de negocios importantes, resultaba imprescindible cierta dosis de honradez y de fidelidad a lo pactado, de confianza humana, sencillamente. ¿Sería acaso la honradez algo tan apreciado si se pudiera prescindir de ella? Al fin y al cabo, la burguesía entera se fundaba en ella. Había que exprimir al máximo a los propios empleados y hacer luego negocios con honradez y decencia. Pero si no se podía confiar ni en el propio socio, ¿cómo podía uno concentrarse en el negocio?

A eso de las siete llegó finalmente Brown.

Aquella casa había sido siempre el mejor lugar para encontrarse. Nadie seguiría a Brown hasta allí. Se hubiera considerado una grosería seguirle la pista a un funcionario de Scotland Yard en semejante establecimiento. ¡La vida privada debía quedar fuera del juego!

Brown lo abrumó en seguida con reproches.

—¡Cómo es que todavía estás aquí! —chilló recorriendo la habitación de un extremo a otro como un tigre enjaulado—. ¡Te he mandado decir que tu asunto va muy mal! La investigación la está llevando Beecher, y es el funcionario menos fiable que tengo. En cuanto husmea una pista, se le olvida cualquier disciplina y no hay forma de pararlo. Arrestaría hasta a su

compañero de juegos. Esta tarde se practicó la autopsia judicial. Tras las declaraciones de Beecher, se dictaminó un homicidio. La sospecha principal recae sobre ti. Lo peor de todo es esa carta en que la Swayer te amenaza directamente con hacer declaraciones sobre el «Cuchillo». ¿Qué sabía ella realmente?

—Nada —repuso Macheath sentado en un sofá con el periódico vespertino en la mano—. Tenía sospechas.

—¿Y el Fewkoombey aquel?

—Es el mayordomo de mi suegro, un soldado licenciado. Parece que últimamente andaba detrás de la Swayer.

Brown anotó algo en el puño de su camisa.

—O'Hara dijo que teníais una coartada, pero que no podíais utilizarla.

—Así es. Las actas de una reunión del consejo administrativo que no debió celebrarse.

—Lo único bueno es que los estibadores que se encontraron con la Swayer dicen que no iba acompañada. Aunque la nota en que le dabas una cita aquella noche es terrible y figura en las actas.

Brown empezó a chillar nuevamente que Macheath debería irse en seguida.

Mac le lanzó una mirada cargada de reproches.

—Esperaba otra cosa de ti —dijo en tono sentimental—; esperaba que cuando yo, acosado y traicionado por todos, me dirigiera a ti lleno de confianza, Freddy, tú reaccionarías de otro modo. Dada nuestra relación de amistad supuse que me dirías: ¡Tranquilo, Mac, que aquí encontrarás un refugio! ¡Instálate aquí! Ya que has perdido el honor, al menos debe quedarte una oportunidad de salvar tu fortuna.

—¿A qué te refieres? —preguntó Brown exaltado.

Macheath lo miró con aire sombrío.

—No puedo seguir dirigiendo mis negocios desde el extranjero. ¿No te das cuenta? Opper me dice que mi reputación se iría al agua si acabo en la cárcel; pero también he oído decir que me robarán todo si abandono el país. Debo permanecer en mi puesto. Tendré que ir a la cárcel y reanudar mi trabajo. ¡Moriré al pie del cañón, Freddy!

—Ni hablar —dijo Brown, aunque parecía algo indeciso.

—Recuerda —le dijo Macheath con voz asordinada— que una multitud de gente humilde me ha confiado su destino. Y tú eres uno de ellos. Tu dinero también se evaporará si yo me voy a Londres. Cierto es que tú podrías soportarlo, pero hay otros que sucumbirían.

Brown volvió a rezongar.

—La culpa es de mi suegro —se quejó Macheath—, que no me puede ver. Nunca he tomado muy en serio sus hostilidades. Era como una muela que empieza a latir y uno la ignora, pensando que quizá se arreglará sola. Te niegas a pensar en ella. Y un buen día amaneces con la mejilla hinchada como masa de hornear.

Se pasaron una larga hora charlando, y Brown le contó, muy preocupado, lo que sabía del señor Peachum, el causante de todo el mal.

El señor J. J. Peachum no era ningún santo, y la policía lo conocía muy bien. Su tienda de instrumentos había sido muchas veces el tema central de serias conversaciones en la jefatura. La primera vez hacía unos doce años largos. Ya entonces quisieron cerrarle el negocio, mas no lo consiguieron. Brown le contó la historia a Mac:

—Sabíamos perfectamente cómo funcionaba su tienda de instrumentos, y él sabía que pensábamos asestarle un buen golpe. Y un buen día se presentó en la jefatura y nos lanzó un discurso insidioso y desvergonzado sobre el derecho de los pobres a apestar y otras cosas por el estilo. Claro está que lo echamos fuera y continuamos con la acción proyectada. Pero pronto advertimos que no se chupaba el dedo. En esos días se iba a desvelar justamente en Whitechapel, en la zona más miserable del barrio, un monumento a cierto filántropo que había perpetrado toda suerte de estupideces contra el abuso del alcohol; creo que repartía limonada con ayuda de unas jovencitas que también habían sido rescatadas de algún modo. A la inauguración del monumento, una mole enorme y blanca, debía asistir la reina. Arreglamos un poco el lugar, pues tal como estaba era una incitación permanente al consumo de alcohol por parte de los moradores y no se hallaba en condiciones de acoger a una reina. Varios hectolitros de pintura blanca obraron maravillas. Transformamos aquel lugar vergonzoso en una especie de alameda. De unos vertederos de basura hicimos parques infantiles, varias casas de alquiler ruinosas adquirieron un aspecto amable, y los lugares más horribles quedaron cubiertos con guirnaldas. Desde agujeros que cobijaban entre doce y quince personas empezaron a colgar banderas de ocho metros de largo. Aún recuerdo cómo los inquilinos se quejaban de que las astas les quitaban demasiado espacio. ¡Esa gente ya no sentía vergüenza ni de los tugurios donde vivían hacinados! Desalojamos a las inquilinas de una casa de citas y pusimos un letrero en el que se leía: «HOGAR PARA JÓVENES PERDIDAS», cosa que también era. En fin, hicimos todo lo posible por crear un ambiente agradable, humanamente digno y tranquilizador. Pero durante la

visita previa que hizo el primer ministro se produjo el estallido. Entre los ramos de flores de las casas recién enjalbegadas fueron surgiendo las conocidas y repugnantes caras de los mendigos profesionales del señor Peachum. Eran cientos y cientos. Y cuando el ministro pasó por debajo, empezaron a cantar el himno nacional. Nosotros ya ni intentamos disfrazar a los niños del barrio. Cualquier intento por disimular su flacura estaba condenado al fracaso: no hay terciopelo que oculte la delgadez de esos miembros raquíticos. ¿Y de qué hubiera servido utilizar a los hijos de los policías si de pronto aparecía un niño auténtico en medio de los importados, y cuando el gordo y sonrosado ministro le preguntase su edad, él, en vez de responderle cinco años, que era lo que por su talla aparentaba, le diría dieciséis? Al lado mismo del monumento había adolescentes desde cuyos ojos hundidos sonreían sardónicamante todos los vicios del mundo. Salían del burdel en pequeños grupos, llevando globos y caramelos. Pues nada, la inspección terminó en una estridente disonancia y le dimos su concesión al señor Peachum. Preferíamos no tener nada que ver con él. ¡Y *ese* hombre es tu suegro! ¡No deja de ser inquietante, Mac!

Brown estaba sinceramente preocupado. Se había preparado para una difícil lucha. Tenía innumerables defectos, pero era un buen compañero. Él y Mac habían hecho el servicio militar juntos en la India. Macheath podía contar con su lealtad.

«*La lealtad*», solía decir el inspector general y viejo soldado en sus círculos más íntimos, «*la lealtad sólo se encuentra entre soldados. ¿A qué se deberá? La respuesta es muy simple: a que el soldado depende de la lealtad. De una persona leal se dice que con ella puede uno robar caballos. Y así es. Un soldado debe poder robar caballos con sus compañeros. Donde no se roban caballos, no hay lealtad. ¿Está claro? Cuando hay que avanzar con la bayoneta calada, muchas veces sin una causa bien justificada, cuando uno tiene que golpear, clavar y estrangular a diestra y siniestra, debe saber que está rodeado de auténticos compañeros, de bayonetas que golpean, clavan y estrangulan por uno. Sólo en situaciones así pueden desarrollarse virtudes tan excelsas. Al soldado la lealtad le viene dada por la misma profesión. No sólo es leal a un determinado amigo, sino que no puede elegir su batallón. Por eso debe ser leal sin más ni más. Y eso es algo que los civiles no entienden. No entienden, por ejemplo, cómo un general puede ser leal a su rey y luego a la república, como es el caso del mariscal Mac Mahon. Mac Mahon será siempre leal. Si cayera la república, volvería a ser leal al rey. Y así hasta la eternidad. Solamente esto puede llamarse lealtad*».

Cuando Macheath se retiró, Brown ya estaba bastante reconciliado con la decisión de su amigo de irse a la cárcel. Algo aliviado, se apresuró a dictar una carta para el director del centro penitenciario.

Habían acordado que Macheath se presentaría en la Jefatura. Pero al subir al ómnibus, ciertas ideas relacionadas con Polly que venían acosándolo secretamente hacía ya varias horas, lo hicieron cambiar de parecer y dirigirse a Nunhead.

Ahí llegó a las ocho. Vio, asombrado, que en la habitación de Polly había luz. Hacía rato que la joven hubiera debido estar en casa de sus padres.

Frente al jardincillo se paseaban un par de inspectores de policía.

De pronto se iluminó una segunda ventana. Polly debía de estar buscando algo en la cocina. Quizá quería pasar la noche ahí.

Macheath avanzó con paso decidido hacia la puerta de entrada. Fue detenido en la puerta del jardín. Agachó la cabeza cuando sintió que alguien le ponía una mano en el hombro. Los policías estuvieron de acuerdo en que hablase con su mujer.

En efecto, Polly estaba junto a la cocina. En seguida comprendió quiénes eran los hombres que acompañaban a Mac, pero se sorprendió de que éste se hubiera quedado en Londres.

—¿Aún no has vuelto a tu casa? —le preguntó él, enfadado, desde la puerta de la cocina.

—No —repuso ella tranquilamente—, he estado donde Fanny Crysler.

—¿Y qué? —preguntó Mac.

—Se va a Suecia —dijo Polly.

—Pues yo no —replicó él con aire sombrío—. Hazme un paquete con ropa interior.

Se iba muy preocupado a la cárcel, y preocupado por Polly.

A la mañana siguiente lo visitó Walley por encargo del señor Peachum. Le habló de divorcio y dejó entrever que en ese caso podría haber para él material de descargo.

—¿Qué necesidad tiene usted de este proceso? —preguntó el abogado—. Sus negocios están florecientes. Divórciese y no habrá proceso. El material decisivo está en nuestras manos. El señor Peachum quiere recuperar a su hija, eso es todo.

Macheath lo rechazó bruscamente. Insistió en que su matrimonio era un matrimonio por amor.

Capítulo undécimo

Son muchachos excelentes
cuando se los deja actuar
y por el botín pelear
armados hasta los dientes.

Canción del jefe de la policía

Las hojas amarillean

Una mañana temprano volvió Polly Peachum, convertida ya en la señora Macheath, a casa de sus padres. Pese a lo temprano de la hora había encontrado un cabriolé. Al pasar por el parque municipal vio que los robles ya teman hojas amarillas.

Y la sorprendió el gran alboroto imperante en la tienda. De pie entre las costureras soñolientas, su madre estaba riñendo con Beery. Apenas si reparó en el Melocotón. Alguien le subió el equipaje y, al cabo de un rato, le llevó el café matinal.

En espera de un inminente registro policial, llevaban ya siete horas escondiendo una serie de cosas: muletas que no podían ser utilizadas por cojos, carritos con compartimientos secretos para las piernas y, sobre todo, uniformes de soldados. Los ficheros fueron a parar a sótanos de muy difícil acceso.

Desde la medianoche empezaron a salir mensajeros con la misión de impedir que los mendigos fueran a sus lugares de trabajo a la mañana siguiente.

Acababan de trasladar el salón de peluquería a la casa de al lado, cuando, al filo del mediodía, la policía entró en la casa.

Buscaba, ante todo, al soldado Fewkoombey, que no se había presentado temprano en la comisaría, como le habían sugerido. Pero no lo encontraron.

Según declaró el señor Peachum, lo había despedido la noche anterior por su conducta recalcitrante.

Beecher informó que la casa, o más bien las tres casas, parecían la madriguera de un zorro. En ellas había una carpintería y una sastrería, todo para mendigos y de proporciones desmesuradas.

Fewkoombey se había mudado, en efecto, a un pequeño hotel del puerto por unos cuantos días. No podía salir de la habitación, pero tenía consigo su tomo de la Enciclopedia Británica. El Melocotón pasó a ocuparse de los perros, feliz de tener algo que hacer. No volvió a ver a su padre hasta el mediodía siguiente. Él se comportó como si ella jamás se hubiera ausentado.

Pero después del almuerzo llegó Coax a conversar con Peachum, y un poco más tarde, cuando salía del despacho y vio a Polly en el vestíbulo poniéndose el sombrero para salir, la saludó con una profunda venia.

—Es verdad —dijo con énfasis—. ¡El Melocotón ha florecido! ¡De lo que es capaz el Sur!

Le cogió ambas manos y le pidió que tocase algo al piano.

Detrás de él estaba el señor Peachum, de pie ante la puerta revestida de hojalata, y cuando Polly advirtió su mirada suplicante, subió al piso de arriba con el corredor de comercio y le tocó *Las campanas del monasterio*.

Cuando Coax ya se había ido y ella se disponía a salir, vio a su padre sentado en la sala del primer piso, mirando en silencio el escaparate falso.

Coax le había comunicado que en un plazo de dos semanas tenían que concluir el negocio de los barcos.

Por primera vez le insinuó cómo se imaginaba él la marcha del negocio. Primero Peachum tendría que poner a su disposición todo el capital; el contrato matrimonial, cuyo tenor discutirían más adelante, arreglaría luego las diferencias entre ambos. De esta manera Peachum recuperaría íntegramente sus pérdidas, y Coax se conformaría con los beneficios como única dote de Polly.

¡Primero poner a su disposición todo el capital! ¡Algo terrible!

Cuando volvió a casa, la señora Peachum tuvo que acompañar a su marido a la cama. Peachum casi no podía hablar, y a duras penas logró subir las escaleras. Durante la noche pensó que se moría. Su mujer tuvo que frotarle media botella de árnica en la zona del corazón. Él consideró incluso la posibilidad de llamar a un médico.

A la mañana siguiente se puso a deambular por los patios donde había pagado cada piedra y que ahora debería entregar a cambio de esos carracones

carcomidos y esponjosos que, fraudulentamente, estaban siendo pintados en los muelles a costa suya. ¡Un negocio formidable para quienes lo hacían!

Desde una distancia de cinco pasos, Peachum, con las manos en los bolsillos del pantalón y el sombrero caído sobre la nuca, se quedó mirando a su hija que, entre dos arbolitos raquíticos y de follaje totalmente amarillento, daba de comer a los perros.

¿Lograría hacer con ella el gran negocio que lo salvaría de la ruina? ¡Si pudiera recuperarla para entregársela a Coax! Pues aquel comisionista inmundo, criminal y depravado sólo lo admitiría en el negocio si quedaba unido a él por sólidos vínculos familiares. ¡Y lo único que podía inducirlo a ello era su abominable lascivia! ¡Tal vez!

Y el Macheath aquel prefería ir a la cárcel y someterse a un juicio muy severo antes que soltar su presa.

Peachum se devanaba los sesos buscando algún modo de inducirlo a divorciarse.

Podría ir a verlo personalmente y decirle, por ejemplo:

«¿Sabe usted que ha estafado a un hombre pobre? Sin duda pensará: ¡Un hombre pobre, mejor que mejor! Con él puede uno hacer lo que quiera. Pues se equivoca usted, caballero. ¡No subestime el poder de los pobres! Quizá no sepa que, en nuestro país, los pobres tienen los mismos derechos que los ricos. Y que el más débil ha de ser protegido para que no lo hundan del todo. ¡Recuerde que lo único que tiene es la igualdad de derechos!».

Se pasaba horas inventando discursos de este tipo. Pero no encontraba nada convincente. Comprendía que no hay nada, absolutamente nada, capaz de inducir a un hombre medianamente sensato a entregar algo que ya posee; nada, excepto la violencia real y directa.

Peachum estuvo toda la mañana luchando consigo mismo. Luego, la debilidad y la tortura acabaron imponiéndole la idea más desesperada de todas: ofrecerle *dinero* a su yerno.

Un hombrecillo pequeño y pringoso, un picapleitos de la zona oeste, fue a ver a Macheath en su nombre.

Ya en la segunda frase le insinuó bruscamente la perspectiva de cobrar algún dinero en caso de que aceptara divorciarse.

—¿Cuánto dinero? —preguntó Macheath con una sonrisa de incredulidad.

El abogado murmuró que varios cientos de libras.

—Dígale usted a mi suegro —repuso Macheath mirándolo como a un reptil curioso— que respeto demasiado al padre de mi mujer como para creerlo capaz de hacerme una oferta semejante en serio. Me niego a admitir

que mi suegro crea que su hija le ha entregado su corazón a un hombre dispuesto a venderlo por quinientas libras.

El abogado hizo una reverenda, azorado, y se retiró.

Unos días después Macheath se encontraba en una situación tal que habría considerado con más respeto una oferta de esta índole, suponiendo que hubieran podido duplicarla.

Pero el hombrecillo pringoso no regresó. Ese tipo de ofertas se repiten raras veces en la vida.

El pensamiento es líbre

Instalaron a Macheath en una celda situada en un ala normalmente deshabitada de la prisión. En otros tiempos había servido de enfermería para varios pacientes y era alta y espaciosa. También tenía luz suficiente, pues disponía de dos ventanas de verdad.

Brown había hecho instalar una gruesa alfombra roja, y en la pared colgaba incluso un retrato de la reina Victoria. Macheath también podía recibir periódicos, aunque no le apetecía leerlos: estaban llenos de descripciones sentimentales de la Swayer, que continuamente era presentada al lector como una gran belleza. Más perjudiciales eran para él los reportajes sobre la tienda y el miserable habitáculo en los que Mary había pasado sus últimos seis meses de vida.

Sobre él sólo decían algo los periódicos poco serios, que evitaban las acusaciones directas. Predominaban, en cambio, las insinuaciones oscuras.

En cuanto a libros, hubiera podido tener cuantos quisiera, salvo los pornográficos, que no estaban permitidos porque el capellán se aparecía por ahí de vez en cuando. Lo que sí le entregaron fue una Biblia.

Las visitas eran raras, y no porque el administrador de la prisión se opusiese a ellas. O’Hara sentía una profunda aversión a presentarse por esos lares. Detestaba encontrarse con gente conocida. Más tarde pasaría varios años en un establecimiento parecido. Fanny Crysler tampoco se dejaba ver muy a menudo.

Respecto a las actividades de la banda y a la situación de los almacenes B, Macheath dependía de los informes de Polly. Ésta trabajaba con O’Hara, generalmente por las tardes, en el despacho de Mac en Nunhead. El arresto resultó ser, pues, una traba muy pesada.

Lo que más deprimía a Macheath era que Aaron no diera señales de vida. Después de todo era su socio. Se devanaba los sesos tratando de adivinar qué tendría el gran Aaron contra él. El simple hecho de su detención preventiva no podía ser el motivo. Cosas peores ocurren en el mundo de los negocios.

Poco a poco fue cayendo en la cuenta de que Aaron y los Opper le crearían grandes dificultades. El proceso que le había iniciado su suegro significaría, probablemente; el final de su relación comercial con ellos. Y si revelaba su coartada, quedaría ante sus socios como el principal animador de la «neutral» SCC.

De noche, en el silencio de su celda, se ponía a maquinar posibles nuevas soluciones. Sus pensamientos se concentraban cada vez más en la figura de Chreston. ¿No podría acaso controlar a Chreston o, al menos, aliarse con él?

«Mi socio Aaron», pensaba, «considera que no vale la pena visitarme ahora que estoy pasando momentos difíciles. Yo lo terna por mi amigo —ciertas diferencias mínimas se habrían superado con el tiempo—, y Chreston era mi enemigo. Ahora bien, hay un dicho viejo y sabio según el cual cuando una amistad se enfría, es preciso atacar *a tiempo* para ser el primero. En la lucha no hay que obstinarse demasiado en saber quién es el aliado y quién el enemigo. Resultaría fatal, como cualquier opinión preconcebida. A lo mejor mi verdadero aliado natural es Chreston, y Aaron, mi enemigo. Es algo que puede quedar claro en cualquier momento a lo largo de nuestras relaciones comerciales. ¡Por supuesto que es terrible verse continuamente obligado a tomar decisiones de esta envergadura!».

Pensaba con amargura que el simple hecho de que Polly no hubiera aportado una dote lo había obligado a seguir aquel camino tan lleno de amarguras y tribulaciones.

En su imaginación veía a Polly sentada en un rincón de la celda. ¿Lograría a la postre hacer con *ella* el gran negocio proyectado?

Lentamente empezó a germinar un nuevo plan en su cerebro.

Polly lo acompañaba a veces, cuando Mac iba a ver al juez instructor.

—Lo peor de todo es que O’Hara ya no funciona como debería —le dijo él en uno de esos viajes, mientras la berlina de dos caballos avanzaba dando tumbos por las calles brumosas, con dos policías en el compartimiento lateral —. A pesar de mis órdenes expresas, no ha vaciado los depósitos. ¿Sabes tú qué le pasa?

—No —dijo ella un tanto asustada.

—¿Y no podrías sonsacárselo? —preguntó él buscando la cara de Polly cada vez que las luces de la calle iluminaban el interior del carruaje. Y

recordó aquel otro viaje en coche con ella. Le desagradó recordarlo porque pensó en O'Hara. También le molestó que ella no respondiera a su pregunta.

Macheath tenía sus dudas sobre la fidelidad de su mujer. Continuamente se repetía:

«*Seguro que me es fiel, ya por el hecho de que está embarazada. No, jamás haría algo semejante. Sería demasiado feo, y, sobre todo, estúpido. Seguro que yo lo descubriría y ¿qué haría entonces ella? Tampoco lo haría porque es inteligente. Sabe que a la mínima yo la destrozaría, sí, ¡la haría trizas! Hasta llegaría a tratarla de puta. ¿Cómo, le preguntaría, yo aquí encerrado y tú no puedes esperar ni tres semanas? ¡No eres más que una zorra! Y ella se derrumbaría. No digas eso, aullaría, no puede ser verdad lo que dices. ¿Cómo que no?, diría yo. ¡Mira que andar puteando con un niño en la barriga! ¡Habrase visto! ¡Ni una puta de puerto lo haría! De sólo pensar en time entran náuseas. Se expondría a oír todo esto y mucho más. No hay mujer que se arriesgue a tanto. Y es que, en serio, yo jamás permitiría que se fuera con otros. Siendo mujer, es como un trozo de cera en las manos de un hombre. Un acto así deja una huella profunda en toda la psique. Después ya no podría utilizarla para nada. Cualquier tipo podría exigirle lo que quisiera, y ella me entregaría sin más ni más al cuchillo. Y precisamente ahora debo tener confianza en ella. Ya hice bien en dejarla preñada. Así no podrá ir de un lado a otro cuando le apetezca. Sencillamente no podrá. Me necesita físicamente. En ese estado, ninguna mujer se deja tocar por otro hombre, ya por simples razones biológicas. ¡Las razones biológicas son siempre las mejores!*».

Y, en efecto, durante esas semanas Polly estuvo muy tierna con él y ya no habló de Fanny Crysler ni del viaje a Suecia. Mac la hacía vigilar continuamente por Father y combatía la angustiosa idea de que éste pudiera estar en connivencia con O'Hara —a su juicio, el principal sospechoso—, pues tanto O'Hara como Polly le hacían falta. Además, acababa de empezar el combate final y él tenía que dirigir sus ataques decisivos desde la cárcel.

Se encontraba, sin duda, en una situación precaria. Comprendió perfectamente que tenía que dejar de lado todos sus asuntos privados hasta que pusiera orden en sus negocios.

Tendría que utilizar a Polly para conseguir que el National Deposit Bank se separara del consorcio Chreston. Poco antes de ir a la cárcel le expuso en pocas palabras lo que tenía que hacer.

Debería ir a ver a Miller al National Deposit Bank, transmitirle un saludo de su padre y hacer luego como si quisiera decir más cosas, pero no se

atreviera, hasta romper finalmente a llorar y preguntarle al anciano qué debía hacer: que su marido quería retirar del banco en fecha próxima la cuenta de su padre, es decir, su dote, e invertirla íntegramente en su negocio de los almacenes B. Añadiría que su padre pasaría por el banco un día de ésos. Probablemente le sugerirían que rogase a su padre no tocar la dote. A lo que Polly debería responder que su padre estaba totalmente dominado por Macheath y luego retirarse llorando.

Polly se declaró dispuesta a colaborar, de modo que él, conmovido, le explicó incluso los verdaderos motivos de su plan.

Le dijo que, en este caso, probablemente el banco se pondría en contacto con él. Y él les pediría entonces que se distanciasen un poco de Chreston, quien acabaría por acercársele con el rabo entre las piernas. De todas formas, la durísima competencia ya debía de haberlo debilitado mucho.

La forma como Macheath hablaba de sus negocios impresionó profundamente a Polly.

Cayó en la cuenta de que estaba intentando asegurar la existencia de los dos.

«*No soy una buena esposa para él*», pensaba. «*Está luchando por mí y yo me paso la vida zascandileando. Aunque sólo es algo superficial y no tiene nada que ver con mis sentimientos más profundos, de vez en cuando me acuesto con otros hombres, pues no soporto que me besen la mano; además, tampoco le quito nada y él me encuentra tan encantadora como antes, y aunque me lo paso bien, sobre todo con O'Hara —lo cual a nadie le importa —, está mal de mi parte y con el tiempo se me notará que soy así, porque eso te va dejando arrugas muy profundas*».

Se fue, conmovida, y se arrancó a sí misma la promesa de romper en seguida con O'Hara, al que después de todo sólo la unían vínculos sensuales, tanto más cuanto que últimamente él había hablado pestes de Mac e insinuado que tenía planes de independizarse.

Se lo dijo esa misma noche, en un restaurante donde tenían por costumbre reunirse. Él se echó a reír y le propuso arreglar los asuntos comerciales en su apartamento; ella tenía que firmar nuevamente unos cuantos despidos.

—Pues bien —dijo O'Hara—, terminemos de una vez. Eres perfectamente libre de decidir lo que te plazca. Nadie puede obligarte a hacer algo que no quieras. Yo sería el último en forzar a una mujer a hacer el amor; no iría a ninguna parte. En cuanto surge el menor obstáculo, .vale más dejarlo estar. Pero eso no debe impedirte venir conmigo y liquidar el trabajo pendiente. ¿Qué tiene eso que ver con nuestras relaciones? ¿O acaso dos personas

adultas no pueden estar en una habitación sin que una se abalance sobre la otra? Hay razones psíquicas y éticas que se oponen a que tengamos relaciones sexuales; dejemos, pues, de tenerlas. Es muy simple. ¿Por qué habrían de tener razón esos pequeños burgueses con su turbia desconfianza y sus inmundas sospechas? Somos dos seres libres.

Sabía hablar muy bien y había estudiado en un instituto.

Polly lo acompañó y terminaron el trabajo. Luego durmieron juntos, pues si bien había razones psíquicas y éticas que se oponían a ello, también había otras de índole sexual que hablaban a favor. De todas formas, fue su última relación durante una larga temporada.

A la mañana siguiente el Melocotón fue a ver a Miller al National Deposit Bank.

Se la veía fresca y descansada, y estaba de excelente humor. Nunca tenía remordimientos de conciencia después de pecar, sino más bien antes.

Miller la recibió en su oficina privada. Polly le transmitió un saludo de parte de su padre, hizo como si quisiera decir algo y no se atreviera, y por último rompió a llorar y le dijo todo lo que Mac le había indicado.

—¡Mac es tan ambicioso! —dijo sollozando—. Siempre quiere ser el primero. Y claro está que para eso necesita dinero y más dinero. ¡Ayuda a tanta gente! También ayudaba a esa Swayer. Fue una infamia por parte de ella calumniarlo como lo hizo. Y yo no puedo impedirle que coja mi dote. ¡Es tan generoso!

Miller se asustó más de lo que ella esperaba. La cara se le puso gris cuando oyó que le reclamaba la cuenta de Peachum. Balbuceó algo acerca de Hawthorne y se metió en la habitación contigua. Viendo que no volvía, Polly se marchó al cabo de un cuarto de hora.

Esa misma tarde se presentó el Siglo y medio en la celda de Mac. Éste llevaba puesto su traje habitual, mandó que les trajeran sillas y les ofreció puros.

La celda no era un mal sitio para negociar. Eso sí, la alfombra roja había desaparecido. Un periódico había aludido a las comodidades de que disfrutaban los grandes hombres de negocios en las cárceles. Por eso dos policías enrollaron la alfombra y se la llevaron. Pero el retrato de la reina seguía allí.

Brown se mostró tan complaciente como pudo. Siempre había recibido puntualmente su comisión de manos de Macheath y era un hombre agradecido por naturaleza. Y como no era político, solía respetar los convenios.

—*También se puede ser libre entre los muros de una cárcel* —le dijo Macheath a Hawthorne, mirando satisfecho en derredor—. *La libertad es un bien espiritual, y nadie podrá arrebatársela nunca a quien la posee. ¿Cómo dice el poeta? ¡Encadenado, pero libre! Hay gente que no lo es ni estando fuera de la cárcel Podrán encadenar al cuerpo, mas no al espíritu. ¡El pensamiento es libre!*

—Señores —añadió luego Mac iniciando la entrevista y paseándose de un extremo al otro de su celda—, me han sorprendido ustedes con su visita. Los azares de la vida, sus eternos altibajos nos separaron no hace mucho tiempo. Nos despedimos como compañeros que se dicen: hasta aquí hemos peregrinado juntos, aquí se bifurcan nuestros caminos. Pero no nos pongamos tristes. Digámonos un alegre: ¡Hasta pronto! Ustedes fueron a ver a Chreston, según oí decir; yo me dirigí a Aaron. Cada uno de nosotros se dedicó a sus negocios, que consistían en ofrecer servicios cada vez mejores al público. ¿Estoy en lo cierto o no?

Miller carraspeó, y Hawthorne retomó el hilo de la conversación, con aire de abatimiento.

—Señor Macheath —dijo con voz apagada—, su concepción de los hechos le honra de veras. Más de uno hubiera podido interpretar nuestra actitud equivocadamente cuando, tras madura reflexión, nos decidimos por Chreston. El National Deposit Bank pertenece a una niña. Nosotros somos sus apoderados legales y no podemos dejamos guiar por nuestras simpatías, como lo hacen otras personas, más independientes. Nos han dicho que quiere usted retirar cierta cantidad que su señor suegro confió a nuestra institución.

—Así es —repuso Macheath—, necesito ese dinero para realizar unas operaciones comerciales que la competencia impone a mis almacenes.

Hawthorne y Miller se miraron.

—¿Es acaso el consorcio Chreston el que lo obliga a hacer esas operaciones? —preguntó Hawthorne casi en un murmullo.

—Tal vez —dijo Macheath.

—Lo lamentamos mucho —dijo Hawthorne, y Miller asintió con la cabeza.

—Les creo, señores —concedió Macheath.

Hawthorne estaba algo afectado.

—Visto desde una perspectiva elevada, señor Macheath —dijo—, resulta casi natural que las empresas con mayor capacidad productiva acaben devorando a las más débiles. Lo mismo ocurre en la naturaleza. No necesito decírselo.

—No —dijo Macheath.

—Hace tiempo, cuando reanudó usted sus relaciones comerciales con nosotros, creímos llegado el momento en que podíamos ofrecerle nuestra ayuda.

Macheath se alegró.

—Ya lo sé. Ustedes duplicaron sus esfuerzos. E invirtieron rápidamente todo el dinero en el negocio de Chreston, el que tenían y también… el que no tenían.

Macheath se detuvo. Había dicho esta última frase a la ligera, sin pensársela mucho. De todas formas esperaba una protesta, y de pronto, con gran sorpresa por su parte, vio que la protesta no se producía.

Lanzó una mirada al Siglo y medio y lo comprendió todo.

¡Habían echado mano del dinero depositado!

Macheath hizo una breve pausa antes de proseguir muy contento:

—O sea que han vendido ustedes sus últimas camisas y, por desgracia, también las de otra gente, ¿no es así?

Hawthorne había agachado la cabeza. Miller miraba con aire absorto el tragaluz de la celda.

—¿Cuánto pide usted? —logró articular Hawthorne con voz cascada.

—Todo —dijo Macheath complacido—. O casi todo. Es decir, muy poco. Tengo que ver este asunto desde una perspectiva bastante baja. Y ya veremos luego qué resulta.

Y con aire ceremonioso escogió uno de los largos y gruesos habanos de la caja, le mordió la punta, sopló a través de él, lo hizo girar entre sus labios carnosos y lo encendió. Era aquel un momento hermoso y feliz de su vida, que compensaba muchos otros no tan dichosos. Una nube de humo azulino salió de su boca.

—Vamos a ver —les dijo—, ustedes han malversado el dinero de mi suegro. Pese a sus ciento cincuenta años, han forzado la cámara acorazada. Y gracias a ese dinero Chreston ha podido lanzar su mercadería a precios bajísimos. Una maniobra destinada a arruinar a Aaron y a mis almacenes B. Es decir, primero robo y después asesinato. Además, si nos hubiéramos arruinado, nos habrían devorado sin dejar ni restos. ¡Oiga, Hawthorne, la verdad es que esto es demasiado!

—¿Cuánto pide usted? —repitió Hawthorne mirando esta vez a su adversario con sus ojos azules e imperturbables.

«Son las primeras personas honradas que he conocido en mi vida», pensó Macheath. «Las únicas».

—Verá usted —dijo lentamente—, les podría pedir mucho, pero he decidido ofrecerles mucho. Así soy yo. No pienso aniquilarlos, sino ayudarlos. Y para eso, lo mejor es que entre a trabajar en su banco como director general, por ejemplo; y antes haremos aún otra cosa: nos alejaremos de Chreston, ya que, visto desde una perspectiva más alta, él es por naturaleza el más débil. Así se acabará este despilfarro absurdo e inmoral de unos bienes adquiridos con grandes esfuerzos. Le exigiremos la devolución de nuestro dinero, para que sienta realmente su debilidad. Quizá luego eche de menos una dirección enérgica. ¿Qué les parece mi propuesta?

Miller se había levantado y Hawthorne lo miró de abajo arriba. Miller le lanzó una mirada breve y perpleja, pero el otro permaneció sentado. Aquello supuso un cambio enorme para Miller. Empezó a envejecer. La espalda se le curvó, los dientes se le cayeron, su cabello comenzó a ralear y su sabiduría fue en aumento.

—Renuncio —dijo en un murmullo— por el bien de la casa.

—Así me gusta —repuso Macheath.

El Siglo y medio se marchó muy triste. Prometieron preparar los papeles necesarios para que el mayorista Macheath ingresara en el National Deposit Bank Además, querían cortarle los créditos a Chreston.

Varios días esperó Macheath a que Chreston fuera a verlo con el rabo entre las piernas, pues sin la ayuda del banco no podía organizar su ya inminente semana publicitaria. Tras la intensa competencia de las últimas semanas sus depósitos debían de estar agotados.

Pero Chreston no fue a ver a Macheath.

En vez de eso, en la SCC ocurrieron cosas oscuras e incomprensibles.

A la cárcel sólo llegaban unos pocos informes inexactos desde Blacksmith Square. O’Hara seguía sin presentarse. Al parecer, las órdenes de Macheath no se cumplían para nada.

Polly tampoco podía decirle nada concreto. Cada vez que iba a ver los depósitos, le impedían la entrada y O’Hara le decía que estaban haciendo inventario. Un inventario que nunca acababa.

Un día en que Polly, ella misma muy intranquila, volvió a presentarse en los depósitos, vio cómo sacaban mercadería en cajas y las metían en carros tirados por caballos. Poco faltó para que los jamelgos la atropellaran junto a la puerta cochera, estrecha y oscura. O’Hara no estaba y Grooch se puso muy nervioso al verla. No supo decirle adónde iban esas cajas.

Polly volvió a casa indignada. Ya hacía tiempo que había reñido con O’Hara, pues no podía permitir que éste perjudicara los intereses de Mac. Al

día siguiente se puso a despotricar de O'Hara ante su marido y gritó que era un sinvergüenza que se robaba la mercadería para venderla en secreto, aparte de que había intentado que ella le diera la llave para apoderarse de las herramientas; al parecer, quería seguir trabajando por cuenta propia con una parte de los muchachos.

Macheath la tranquilizó. Y le pidió que fuera a ver a Miller.

Mucho la halagaba que él la involucrase en sus negocios. Se presentó en el banco como si pasara por ahí casualmente, después de dar un paseo, y mientras Miller la informaba, ella iba de un lado a otro de la habitación con su ridículo a la espalda, mirando los grabados de las paredes.

Se enteró de que Chreston se había llevado un gran susto cuando le cortaron los créditos, pero que ahora esperaba salir a flote sin necesidad de pedir otros. Acababa de recibir grandes remesas de mercadería a unos precios asombrosamente bajos, y esperaba hacer un suculento negocio con su semana publicitaria.

La noticia no le hizo ninguna gracia a Macheath.

En nombre suyo, Polly pidió a Miller, durante una segunda visita al banco, que antes de prorrogar las letras fuera a inspeccionar aquellas existencias tan baratas.

Fanny Crysler, a quien Macheath había decidido aproximarse un poco más, acompañó a Miller en esa inspección. Y comprobó que las remesas tan asombrosamente baratas con las que Chreston quería salvar su semana publicitaria provenían de las reservas de Blacksmith Square.

Cuando estuvo sentada frente a Macheath, en la celda, apenas se atrevió a decírselo. Se puso a hablar de otras cosas hasta que él la increpó. Mac lo comprendió todo antes de que ella pronunciara su primera frase.

O'Hara había descubierto un método muy lucrativo para vaciar los depósitos. Había alimentado a la competencia con sus contenidos.

Macheath se puso hecho una furia.

—¡Esto es una traición en vísperas de la batalla! —exclamó—. ¡Y se produce estando yo aquí atado de pies y manos! ¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué tolero esta inmunda sospecha? Una palabra mía y podría salir a pasearme con toda libertad. ¿Por qué no la pronuncio? ¡Porque me siento obligado a hacer este negocio y no quiero entregar la bandera al enemigo! ¡Porque pienso en toda la gente que acabaría destruida si yo hablase! ¡Porque me digo: «Lealtad por lealtad»! ¡Y al final así es como me pagan! ¿Qué puedo decirle ahora a cualquier tendero de los almacenes B cuando me pregunte adonde pienso llevarlo? ¡Está metido en unos agujeros semivacíos cuyo alquiler ya se

ha vencido, sin mercadería, con los anuncios dé rebajas todavía en el escaparate y sin materia prima en las manos, pero con una familia hambrienta a sus espaldas! Y pese a todo se mantiene erguido e infatigable en la lucha, y, lleno de esperanzas, confía en mí y se entusiasma por la gran idea común. ¡Y de pronto este canalla nos ataca por la espalda! ¡Juro que lo haré picadillo!

Recorrió varios kilómetros dentro de su celda. Pero a la mañana siguiente no tomó medidas de ningún tipo contra O'Hara.

—Es su indecisión de siempre —le dijo Fanny a Grooch—. Es una pena que se deje dominar por sus estados de ánimo. Cuando alguien lo decepciona, se pasa semanas sin poder adoptar una actitud clara y definida. Se entrega por entero a su depresión. Y sólo al cabo de un tiempo su idea vuelve a animarlo lentamente.

—¿Tiene acaso una idea? —preguntó Grooch en tono escéptico—. Me refiero a proyectos de verdad y no sólo ocurrencias. A veces me temo que cuando ya no se le ocurran más extravagancias, será un hombre liquidado.

—Hay que creer en él —dijo Fanny con serenidad.

Seguían saliendo carros de transporte de la Ride Street Macheath no hacía nada por impedirlo.

En vez de ello convocó una reunión con los dos abogados del consejo de administración de la SCC y Fanny, e insistió en que se aplicaran a rajatabla las resoluciones del 20 de septiembre, según las cuales deberían cobrarse de inmediato las deudas de los almacenes B con la SCC. Al parecer, Macheath había elaborado un nuevo plan.

Hacía esfuerzos por conseguir la mayor cantidad posible de dinero en efectivo. Fanny Crysler lo ayudaba desde las oficinas de la SCC: tenía cierta sensibilidad social, y la idea de convertir los almacenes B en un montón de ruinas la molestaba muchísimo. Pero sabía que esta vez se trataba de ser o no ser. Y empezó a exprimir lo que podía del bolsillo de los tenderos. Sólo mucho más tarde se daría cuenta de lo que había hecho.

Una noche, agobiada por el trabajo en la oficina de la SCC, se dio una escapada a su tienda de antigüedades. Aunque ya había pasado la hora del cierre, la vio iluminada. En el interior encontró a varios señores, entre ellos al abogado Rigger. La persona que la sustituía estaba enseñando los libros de contabilidad.

Rigger le comunicó a secas que el señor Macheath deseaba vender la tienda. Pareció sorprendido de que ella no supiera nada. Fanny rompió a llorar desesperadamente.

En efecto, a Macheath se le había olvidado decírselo. Estaba tan seguro de ella que no le hubiera importado nada decirle, como de pasada, que necesitaba el dinero invertido en la tienda. Era una de sus reservas más rentables. Por desgracia, la tarde en que Fanny fue a verlo él no le dijo una palabra del asunto.

Ella volvió a su casa completamente trastornada.

Como pasaron varios días y no se presentaba, ni siquiera a pedido de él, Macheath le escribió una carta muy grosera. Claro que podía imaginarse lo que le ocurría, pero esta vez tampoco se disculpó. Tenía otras preocupaciones. En casos como éstos le parecía correcto hacerle ver que seguía siendo, en definitiva, una *empleada*.

Macheath empezó a desarrollar una actividad de gran envergadura.

Pero su arresto se había vuelto a agravar.

Durante unos días se presentaron muchos visitantes que, en cuanto obtenían el permiso para verlo, no hacían uso de él y se retiraban de la sala de espera. *El Espejo* publicó, con titulares sensacionales, el número de personas que habían conseguido el permiso. Brown se vio obligado, pues, a restringir las visitas. De este modo daba el señor Peachum una señal de humo cada cierto tiempo.

Pero las operaciones financieras de Macheath no toleraban ningún tipo de restricciones.

Le vino un dolor de muelas y Brown le permitió ir a ver a un dentista. El consultorio tenía dos entradas. Mientras los policías hacían guardia en el vestíbulo y en la sala de espera, Macheath recibió a no poca gente con la que tenía urgencia de hablar.

Sentado en el sillón de operaciones con un babero alrededor del cuello por si entraba un policía, hizo tratos con un sinnúmero de mujeres y muchachas muy sonrientes.

Polly también seguía un tratamiento. Se sentaba al escritorio del dentista, que entre tanto tomaba desayuno, e iba anotando en una libreta los nombres de las visitantes y el importe que Mac les concedía. Ella misma sacaba el dinero de un pequeño bolso que llevaba consigo. Era el botín obtenido en los almacenes B. Varios alguaciles lo habían recolectado.

Las mujeres le firmaban un pequeño recibo antes de marcharse. Todas se reían, incluso Polly. Era muy divertido.

Pero en *El Espejo* volvió a aparecer un gran titular: «LOS TIBURONES DE LA CITY SE HACEN ARREGLAR LOS DIENTES». De todas formas, ya se había arreglado todo lo que aún quedaba pendiente.

Macheath estaba de excelente humor.

Hizo venir a Grooch desde Blacksmith Square y, mientras se fumaban un puro —también en el consultorio del dentista—, le preguntó cuántas personas de la SCC estaban, según él, hartas de su oficio: él tenía la intención de darles una oportunidad.

Necesitaba un buen número de personas —en lo posible también mujeres — que un día determinado hicieran una serie de compras para él. Ya les daría más detalles. Quien realizara un buen trabajo, podía contar con que él le conseguiría un almacén lo en condiciones particularmente ventajosas. En un plazo más o menos breve, la SCC dejaría prácticamente de atender pedidos o aceptar artículos de procedencia dudosa. En los almacenes con un futuro promisor, los tenderos podrían iniciar una nueva vida, y él se alegraría de poder dirigir a un grupo de gente capaz (los demás no le interesaban) hacia actividades de mayor validez social.

Después le lanzó el siguiente discurso a Grooch, que lo escuchó boquiabierto:

—*Grooch* —le dijo—, *usted es un ladrón viejo. Su profesión es el robo con efracción. No me atrevería a decir que, en esencia, haya pasado de moda. Sería exagerado. Sólo se ha quedado atrás formalmente. Usted es un pequeño artesano, Grooch, con ello está dicho todo. No me negará que es un estamento en extinción. ¿Qué es una ganzúa frente a un título cambiario? ¿Qué es un atraco a un banco comparado con la fundación de un banco? ¿Qué es, mi estimado Grooch, el asesinato de un hombre comparado con el hecho de darle un empleo? Vea usted, hace unos años nos robamos una calle entera hecha de adoquines de madera: los arrancamos, los cargamos y nos los llevamos. Creíamos haber hecho una proeza. Pero en realidad fue un trabajo innecesario, aparte de peligroso. Poco después oí decir que bastaba con ser concejal del Ayuntamiento y preocuparse un poco del reparto de las concesiones. Pues luego te dan la concesión de una calle y con lo que ganas tienes suficiente para vivir una temporada sin correr ningún riesgo. En otra ocasión vendí una casa que no era mía; sólo estaba desocupada. Puse un letrero: «Se vende. Información señor XX». Era yo. ¡Pamplinas! ¡Una auténtica inmoralidad, es decir, preferencia innecesaria de métodos y medios ilegales! Basta con remozar unas cuantas casas destartaladas sin invertir mucho dinero, venderlas luego a plazos y esperar a que los compradores se queden sin un real Así te quedas tú con las casas y puedes repetir la operación varias veces. ¡Todo esto sin que la policía tenga que meterse! Pero volvamos a nuestro negocio: irrumpimos de noche y con niebla y nos*

llevamos de las tiendas la mercadería que queremos vender. ¿Para qué? Si las tiendas quiebran porque venden demasiado caro, nosotros podremos conseguir la mercadería mediante una compra simple y legal muy inferior incluso a los costes del robo. Y en ese caso, por si le parece importante, habremos robado exactamente igual que si hubiéramos cometido efracción. Pues la mercadería almacenada en esas tiendas también le había sido robada a quienes la habían fabricado y no sin antes decirles: «¡El trabajo o la vida!». Hay que trabajar legalmente. ¡Es un deporte igual de bueno! Al volver de Bélgica, también yo he pasado alguna vez junto a esos señores con sombrero de fieltro y he atravesado la pasarela con un eritema pegado en diagonal sobre la nariz —es lo mejor para cambiar de fisonomía—; pero ¿qué es eso comparado con el juego con la SCC? ¡Una chiquillada! Hoy en día se utilizan métodos más pacíficos. La fuerza bruta ha pasado a la historia. Como le decía, ya nadie envía asesinos si puede enviar al alguacil ejecutor. Debemos edificar, no demoler, lo cual significa que al construir hay que sacar tajada

Mac recorrió a Grooch de pies a cabeza con los ojos entornados. Esperaba que apelando a él podría reconciliarse con Fanny.

—He pensado —prosiguió Macheath— disolver la Sociedad Central de Compras y despedir a todo el personal, usted incluido. Aunque quizás esto último pueda evitarse. Respecto a los demás, ¿cuántos, según usted, podrían contar con el capital necesario para adquirir uno u otro de los almacenes B ahora que van a quedar libres en número cada vez mayor? ¡Hágame una lista! Pienso que de este modo aún podré sacarles algo a los chicos. Tampoco hay por qué echarlos ahora mismo a la calle. Además, puede preguntarle a Fanny quiénes le parecen de fiar; ella aprecia a esos muchachos. Entiéndame, Grooch: lo que yo quiero es cambiar de bandera. Le he hecho venir porque es usted un hombre hábil. Hay otros, en cambio, que no captan los signos de los tiempos, y sobre ellos pasará, merecidamente, la rueda de la historia.

Grooch lo escuchó pacientemente, haciendo visibles esfuerzos por captar los signos de los tiempos. Luego murmuró algo sobre O’Hara.

—¿O’Hara? —dijo Macheath en tono compasivo—. ¡Siempre está pensando en asuntos de faldas! Estoy seguro de que sus resguardos sobre la procedencia de la mercadería no son tan buenos como deberían. Un buen día se los reclamará la policía y ¿qué hará?

Luego se puso de acuerdo con Grooch. En los años que siguieron, éste dirigió las compras para los almacenes de la zona sur de Londres con cautela y honradez.

La semana publicitaria de Chreston

Un soleado día de otoño inició Chreston su semana publicitaria con el sistema de precios unificados.

A las siete de la mañana, dos horas antes de que abrieran, una multitud de compradores se agolpaba ya ante las rejas de hierro de los distintos establecimientos. Nada llamaba la atención en ellos, excepto el número relativamente elevado de hombres.

A la inauguración acudieron los señores Hawthorne y Miller del National Deposit Bank. Esperaban en la oficina de la sede central en compañía de Chreston, un hombre enjuto y larguirucho. Los dos ancianos estaban nerviosísimos. Chreston, en cambio, se mantenía muy sereno. Sus preparativos habían sido sumamente cuidadosos. Los empleados habían trabajado hasta altas horas de la noche para ultimar la reestructuración de los precios en cuatro categorías. A las nueve en punto se abrieron las puertas y el público pudo entrar.

Desde el primer momento se produjeron en todos los establecimientos Chreston una serie de incidentes sumamente raros y lamentables. El público se comportaba de manera extraña.

Nada más entrar, la gente se poma a comprar como loca. Nadie elegía. La compra se iniciaba en las mesas más próximas a la entrada y continuaba en las de al lado. Sin buscar mucho, todos echaban mano de grandes cantidades de artículos del mismo género, los metían en bolsos o incluso sacos, pagaban con billetes bastante grandes y se alejaban a toda prisa para volver al cabo de escasos minutos.

Chreston advirtió muy pronto lo que estaba ocurriendo. No eran compradores normales, no eran aquellos prójimos desconfiados, hostiles y descontentadizos que se pasan un buen rato eligiendo antes de comprometerse por toda la eternidad. Éstos utilizaban los codos sin ningún miramiento, apartaban bruscamente de las mesas a los compradores minuciosos e imponían un auténtico régimen de terror.

Los vendedores, que aquel día tenían participación en los beneficios —cosa, por lo demás, totalmente nueva—, se esforzaban, bañados en sudor, por satisfacer la demanda. Los artículos les eran arrebatados de las manos entre insultos y maldiciones. Sólo en las cajas se mostraba exigente aquel público. Exigían facturas selladas en las que constase el precio del artículo.

Chreston hizo llamar a la policía. Ésta llegó y comprobó la intensa demanda del público, así como la presencia de elementos ya fichados y de pésima fama, pero no pudo intervenir dadas las circunstancias. No podían

impedir a cachiporrazos que el público comprara en una tienda con dinero en efectivo.

Entre tanto, Chreston, que había ido a otras de sus tiendas y observado en ellas el mismo espectáculo, mandó cerrar las puertas por unas horas. Pero cuando algunos reporteros le preguntaron por qué lo hacía, volvió a abrirlas.

Esa mañana y esa tarde, hasta ya entrada la noche, Polly y Grooch tomaron nota, en una pequeña taberna, de todas las compras facturadas. Eran realmente considerables.

Por la noche, Chreston leyó en los periódicos que su semana publicitaria había sido un éxito clamoroso y el público había comprado en un solo día la totalidad de sus enormes existencias.

Y, en efecto, sus tiendas ofrecían el aspecto de un campo de batalla arrasado. Era como si un gigantesco enjambre de langostas lo hubiese devorado todo. Chreston no lograba explicarse esta jugada de la competencia.

Por la noche, mientras los artículos comprados rodaban en carros y carretillas hacia algunos de los depósitos de la Blacksmith Square, Macheath recibió a O'Hara en su celda.

—Me gustan la independencia y la iniciativa —le dijo con voz tranquila —. Fue una excelente idea tuya ofrecerle a Chreston esa mercadería tan difícil de vender. Sin resguardos jamás nos la hubiéramos quitado de encima. Ahora tenemos los resguardos. Mandé que la volviesen a comprar toda. ¿Dónde está el dinero?

O'Hara estaba sorprendido. No se inventó muchos pretextos. Chreston le había dado unas letras y él se las entregó a Macheath. Chreston no había recibido ni exigido resguardos sobre la procedencia de la mercadería.

O'Hara no hizo ningún intento por aclarar las cosas más de lo que lo hiciera Macheath en su breve discurso. Dependía de Mac, quien a su vez dependía de él. Por pura casualidad había empezado Mac a hablar del asunto, aunque también hubiera podido hacerlo O'Hara. Nadie podía probar lo contrario. Hubiera sido muy feo suponer otra cosa. Realmente muy feo.

Cuando O'Hara se marchó —aún se quedó un rato sentado, pero sin decir nada—, Macheath hizo llamar a Brown.

Bebieron té con ron y fumaron. Macheath se había acurrucado en su litera y con la punta del pie levantaba la alfombra que Brown había hecho poner nuevamente. Le costaba mucho empezar, y lo hizo partiendo desde muy atrás.

—¿Recuerdas lo que me dijiste este verano cuando nos pusimos a hablar de las herramientas de Liverpool? Me mostraste un camino. Y desde entonces te he comprendido cada vez mejor. Tengo que liberarme de todos los

vestigios de mi pasado; eso lo veo cada día más claro. Por la noche, cuando no puedo dormir, pienso en tus palabras y lucho contra lo que hay de malo en mí.

Hizo una pausa muy expresiva. Brown parecía bastante asustado.

—No olvides que yo también te ayudé con un dinero que aún no me ha sido devuelto —dijo en tono inquieto.

—Me gustaría —respondió Macheath algo dolido— que ahora no habláramos de dinero, Brown. Lo tienes tan seguro como que me llamo Macheath.

—Y a mí me gustaría que no hicieras estas bromas, Mac —gruñó Brown.

Macheath prosiguió imperturbable:

—Recuerdo tus palabras de entonces como si las hubieras dicho ayer. Tienes que deshacerte de ese O'Hara, dijiste. Tienes que buscarte otro ambiente. Me dejaste tiempo para hacerlo. Pues bien, lo he conseguido.

Miraba a Brown con aire serio y adusto.

—En mi Sociedad Central de Compras se han detectado irregularidades. Y las sospechas recaen sobre uno de mis hombres, O'Hara, a quien tú conoces.

—¿Te engatusaron?

—No, no directamente. Pero las mercaderías que se distribuyeron en mis almacenes y también al consorcio Aaron son, al parecer, de procedencia muy dudosa. Falta una larga serie de resguardos. Tengo que ordenar una investigación, pues si no la ordenará Aaron y estará dirigida contra mí. ¿Me entiendes?

—Sí, te entiendo. Pero ese O'Hara es un mal bicho. No te soltará tan fácilmente.

—Tal vez sí —dijo Macheath con aire ensoñador—, tal vez acepte soltarme. Tiene resguardos para ciertos artículos, pero no para todos. Y los que tiene están guardados en la SCC, bajo el control de Fanny.

—¡Ajá! —dijo Brown.

—Así es —repuso Macheath satisfecho.

—¿Y qué puedo hacer yo en este caso? —preguntó Brown un poco más tranquilo.

—Quizá logres averiguar algo más sobre él. Tendría que ser algo que pueda utilizarse o no, según el grado de sensatez que él muestre.

—Es factible —repuso Brown—, a mí tampoco me gustan los traidores.

—Su forma de vida también es repugnante —añadió Macheath—. Hace tiempo que vengo observando su comportamiento con las mujeres. Siempre

he tenido muy en cuenta sus méritos. Pero nunca he podido frecuentar su casa. Y ahora se me ha agotado la paciencia.

Se quedaron otro rato juntos, fumando.

Luego se marchó Brown.

Y Macheath se durmió lentamente. Estaba preocupado.

Capítulo duodécimo

Cuando el río suena
agua lleva.

Antiguo refrán

¿Tiene el señor Macheath a Mary Swayer
en la conciencia?

El asunto Swayer empezó a causarle quebraderos de cabeza cada vez mayores a Macheath.

Walley, el abogado de Peachum, había convocado una reunión urgente de todos los tenderos de los almacenes B. Se instalaron en la parte de atrás de un restaurante de cuarta categoría y tramaron una serie de desgracias.

El proceso había puesto en evidencia ante todo el mundo la situación de los almacenes B. El gordo Walley propuso la fundación de una asociación de tenderos perjudicados. Les informó asimismo que el mayorista sospechoso del crimen vivía en una habitación principesca de la cárcel, cubierta de alfombras persas.

Un zapatero tísico y larguirucho aludió a la extraña «amistad» del mayorista con la asesinada y exigió indignado una investigación sobre las relaciones entre empleadores y empleadas del sexo femenino. «¡Es allí donde se producen los *abusos* de poder!», exclamó.

Otros, más mesurados, pidieron moderación.

Una mujer ya mayor propuso aplazar todos los pagos pendientes con el señor Macheath hasta que se dictase sentencia, e intentar endilgarle los alquileres de octubre. Encontró un solo partidario, que aprobó la medida porque «le haría ver al señor Macheath que hemos perdido la confianza en él».

Sin embargo, los representantes de la facción moderada dominaron rápidamente la situación. Se decidió dejar de lado los aspectos económicos,

pues nada tenían que ver con el asunto y sólo empañaban los nobles postulados éticos de los presentes. La decisión fue aceptada por unanimidad. La mujer mayor también estuvo de acuerdo.

Y no se habló más de asuntos económicos. A la gente humilde le encanta contemplar su propio hundimiento desde una posición elevada.

Se decidió única y exclusivamente protestar contra la desprotección de los tenderos y exigir que se actuara sin miramientos contra el asesino, «sea cual sea la clase social a la que pertenezca».

Pese a todo, las consecuencias de esta reunión fueron desfavorables para Macheath. La animadversión contra él empezó a proliferar por todas partes.

En los periódicos aparecieron fotos de los hijos de la asesinada. En una de ellas podía verse el letrero del escaparate. «Esta tienda es administrada por la mujer de un combatiente».

Pero la idea más extravagante surgió de Peachum, quien instaló mendigos frente a varios almacenes B, unos individuos famélicos que llevaban letreros colgados al cuello con la inscripción: «Comprar aquí es comprar en *mi* almacén». Los tenderos no hicieron nada contra ellos y los periodistas también los fotografiaron.

En grandes titulares plantearon la pregunta: «¿ES MACHEATH EL ASESINO DE LA SWAYER?».

Pero Macheath tenía que conseguir la anulación de su proceso sin necesidad de revelar su coartada.

Todo dependía de que el suicidio de la Swayer resultase verosímil.

Mac había doblegado al Siglo y medio y tenía material contra Chreston. No obstante, las formalidades para su ingreso en el banco requerían tiempo, y no podría aprovechar plenamente el material contra Chreston mientras no estuviera instalado en el directorio del banco.

Por otro lado, sólo evitaría revelar su coartada si lograba que el suicidio de la Swayer resultase verosímil, aunque un suicidio arrojaría una luz bastante siniestra sobre los almacenes.

La noche anterior a la audiencia ante el jurado de acusación fue Brown a ver a Macheath y le comunicó, muy abatido, que a los estibadores que habían visto a Mary *sola* al borde del agua poco antes de su muerte se los había tragado la tierra. Brown había hecho todo lo posible por encontrarlos, pero alguien debió de llevárselos. Walley llegó a decirle con soma al jefe de la policía que ambos tipos habían hecho declaraciones falsas y ahora temían tener que jurar. Macheath pudo imaginarse, pues, quién había eliminado a los testigos. Probablemente vivían en el mismo hotel que Fewkoombey.

—*¡Ay!* —le dijo a Brown, que lo escuchaba entristecido—. *¡De qué me sirve tu lealtad si lo que cuenta es la habilidad! Me recuerdas al viejo Skiller, ese buen hombre que siempre tenía la mejor voluntad del mundo y, sin embargo, jamás se caigo a nadie porque le faltaban aptitudes para hacerlo. Estaba dispuesto a molerles los huesos a sus enemigos, pero cuando los reconocía ya era demasiado tarde. No lo asustaban cuatro vigilantes de banco juntos, pero era capaz de olvidar sus herramientas en casa, por desgracia. Tú también eres así; si pensaras en la época que pasamos juntos como soldados no vacilarías en quemar en la estufa las actas que pudieran comprometerme. ¡Pero quién sabe si no olvidarías unas cuantas páginas! ¡Son grandes debilidades, Freddy! Vosotros, los funcionarios, sois devotamente leales al Estado y a quienes lo dirigen, pero es una lástima que, en general, sólo aspire a ocupar cargos estatales gente incapaz de defender su puesto en el mercado libre de trabajo. Por eso tenemos tantos jueces que, aunque animados por la mejor de las intenciones, son algo cortos de inteligencia. Están dispuestos a aplicar las leyes con el máximo rigor contra los muertos de hambre y los comunistas, pero raras veces consiguen engañarlos debidamente, cortarles a tiempo la palabra o simplemente tenderles un lazo. Por otro lado, se dan perfecta cuenta de que el acusado fulano o mengano pertenece a sus círculos y simpatizan con él, aunque por pura incapacidad para aplicar e interpretar debidamente la ley, o a veces por pereza mental o escrupulosidad exagerada, se hallan totalmente incapacitados para sacar a su hombre de apuros, o, si lo sacan, su torpeza hará que nuestra maquinaria judicial parezca llena de fallos y lagunas. Y, sin embargo, es una maquinaria de primera, absolutamente eficaz, que sólo requiere ser manejada con lógica e inteligencia para no hacerle daño a nadie. No hace falta violar la ley para dejar tranquilo al prójimo; basta simplemente con aplicarla. ¡Oh, Freddy, sé que eres muy atento conmigo, pero la verdad es que no eres muy capaz!*

Pasaron un buen rato juntos esa noche, evocando más de un recuerdo agradable vinculado a sus andanzas comunes. Sólo minutos antes de irse se atrevió Brown a confesarle a su amigo que hasta su empleada Fanny Crysler declararía en contra de él ante el juez. En la sesión anterior había admitido que Macheath y Mary tuvieron una entrevista en su tienda.

La sesión del jurado de acusación tuvo lugar en una sala acogedora y bien iluminada. El juez era un hombre bajo y enjuto, de grandes ojos azules, una figura que armonizaba muy bien con aquella estancia clara y soleada, de cortinas blancas y paredes encaladas.

Las declaraciones del forense y de los inspectores de la brigada criminal no llevaron mucho tiempo. El juicio se centró muy pronto en Macheath, sobre quien recaía la fundada sospecha de haber asesinado a la tendera Mary Swayer.

Walley, pagado por Peachum, representaba a los hijos de la Swayer en calidad de acusador privado. Macheath, defendido por Rigger y White, declaró ser comerciante mayorista de profesión.

Cometió un pequeño error cuando le preguntaron si tenía antecedentes penales. Como no tenía la impresión de haber sido castigado nunca, dijo:

—No.

Walley intervino en seguida:

—¿No fue usted condenado hace tres años a pagar una multa de una libra, acusado?

—No me acuerdo —repuso Macheath, desagradablemente sorprendido.

—¡Ajá! ¿Conque no se acuerda, eh? ¿Se le ha olvidado que no respetó la hora de cierre? No la respetó, pero no consigue acordarse. Permítame decirle en ese caso que sí tiene antecedentes penales.

Rigger se rió con soma.

—¡De modo que lo condenaron por no respetar la hora de cierre! ¡Pues ésta será la única condena que le impongan, Macheath!

Walley se había vuelto a levantar:

—No se trata del delito en sí, sino del extraño hecho de que el acusado intente ocultar delito y pena. La insignificancia del caso demuestra precisamente que, para Macheath, es ya casi un hábito ocultar todo cuanto pueda dejarlo mal parado ante la opinión pública. En el curso del proceso saldrán a la luz otras cosas similares.

Rigger protestó contra esa tentativa de influir sobre el tribunal, pero White le tiró de la manga. Era un hombre gordo y tenía su propia teoría acerca de la defensa, sobre la que no había logrado ponerse de acuerdo con Rigger. Quería basar su defensa en el suicidio de la Swayer, mientras que Rigger pensaba argüir homicidio cometido por desconocidos. En ningún caso se quería revelar la coartada.

Por desgracia, y como se pudo apreciar ya al comienzo, Walley parecía tener el encargo de llevar el proceso con el máximo rigor.

Los dos estibadores que, sobre las nueve de la noche, habían visto a una mujer dirigirse sola hacia el muelle no se presentaron, claro está, pero sí lo hicieron los mendigos que habían visto al acusado en compañía de la víctima

por la zona del muelle. Uno de ellos, un viejo apellidado Stone, declaró lo siguiente;

—Recuerdo perfectamente al hombre que acompañaba a la muchacha. Es aquél que está sentado allí. Nosotros solemos fijamos en la gente. Ese tipo es de los que se lo piensan tres veces antes de aflojar un penique. Y lo hacen sólo cuando hay damas presentes. Se pasó tanto rato buscando una moneda suficientemente pequeña que yo le dije; más vale que vaya primero a su casa y lo registre todo de arriba abajo. Es posible que un medio penique falso se le haya escurrido detrás del diván, caballero. Recuerdo muy bien que se lo dije. El hombre parecía llevar sólo billetes grandes consigo, aunque al final encontró un penique.

La sala entera se rió. Rigger sacó una hoja de periódico de su cartera y se la entregó al jurado. Era la fotografía del escaparate con el anuncio de que en los almacenes B se hacían rebajas a los familiares de los combatientes.

—Esta fotografía ha sido publicada por nuestros enemigos —dijo Rigger indignado—; yo le pregunto: ¿actuaría así un hombre desprovisto de sensibilidad social?

Walley se reservó para más tarde el derecho a examinar la sensibilidad social del señor Macheath y se limitó a comprobar que el señor Stone había reconocido al acusado por aquel pequeño detalle. Por supuesto que, en su condición de millonario, el señor Macheath terna legalmente derecho a regalar también botones de bragueta a los mendigos. Lo que quizá fuera menos indiferente era saber de dónde los sacaba.

Éste fue el primer ataque contra los métodos comerciales del señor Macheath, quien se puso muy nervioso.

Repuso en tono brusco que los botones se producían en fábricas.

La cuestión, dijo Walley displicentemente, era saber si los fabricantes habían cobrado el precio total.

En ese momento se levantó Rigger de un salto y preguntó si el tribunal estaba dispuesto a tolerar propaganda comunista.

El juez tranquilizó a las dos partes. Lo esencial en la declaración del testigo era únicamente que reconocía en el acusado al señor que, la noche del crimen, había acompañado a la Swayer por los muelles.

Rigger prometió que volvería a interrogar al testigo y recordó que su declaración se contradecía con la de los estibadores. Luego hizo comparecer al comisario de la brigada criminal que había interrogado a los dos estibadores ausentes. Ambos habían hablado, en efecto, de una mujer sola.

—¿Qué mujer? —quiso saber Walley.

El comisario confesó: no se les había mostrado a esos estibadores ninguna foto de la asesinada.

Walley se levantó con aire triunfante.

—¡Pues vaya testigos! —exclamó—. ¡Vieron a una mujer sola caminando por los muelles! ¡Como si en esa zona no hubiese más que una!

Y a una señal suya salió de la habitación de los testigos una persona que, a todas luces, provenía de los más bajos fondos. Declaró ser prostituta y ejercer su oficio en la zona de los muelles. Aquel sábado por la noche había ido allí en busca de clientes y no había encontrado ninguno. No era una buena zona. Ella iba ahí sólo porque tenía la cara marcada por una erisipela y la mala iluminación la favorecía.

Rigger preguntó si aquel barrio no era más bien inseguro para mujeres solas debido a los sujetos de mal vivir que lo frecuentaban.

Ella dijo:

—Para nosotras no.

—Las mujeres que circulan por ahí no llevan riquezas consigo —precisó Walley.

Que también había asesinos perversos, insistió Rigger.

—Para nosotras están en cualquier parte —dijo la testigo, imperturbable.

Rigger quiso saber algo sobre la competencia entre las prostitutas. Si las chicas no se detestaban unas a otras debido a los clientes. Después de todo, y por muy siniestras que fueran sus intenciones, los hombres eran allí simples objetos de uso comercial para esas chicas.

—Tenemos nuestras zonas —dijo la testigo.

—Y también protectores, ¿verdad?

—Yo no.

—¿Por qué no?

—Porque rindo muy poco.

—¡Qué va! Las cabras también producen estiércol. No nos venga con cuentos. Y los protectores no están ahí sólo para defenderlas contra los clientes, sino también contra las otras prostitutas que salen a pescar en «territorio» ajeno, ¿o no es así?

—Tal vez —dijo la testigo.

—Quiero dejar constancia de todo esto —dijo Rigger muy ufano ante los miembros del tribunal—, porque considero posible que la Swayer perdiera la vida de una manera que puede deducirse de las declaraciones de la testigo.

White lo interrumpió.

—Sabemos perfectamente —murmuró inclinado sobre su expediente— cómo murió la Swayer. No insista, por favor.

Permitieron retirarse a la testigo. Todos tuvieron que admitir que ella podía haber sido «la mujer sola» vista por los estibadores. Y en ese caso la Swayer bien pudo haber estado en compañía de Macheath, como pretendían los mendigos.

Con gran nerviosismo por parte de los periodistas, Walley hizo llamar a Fewkoombey, que había desaparecido tras su primera declaración.

Rigger le preguntó en seguida dónde había estado.

Walley respondió por él:

—Sometido a una vigilancia especial. No queríamos que le ocurriera nada. ¡Ya sabemos lo que le ocurrió a la señora Swayer!

Fewkoombey relató con voz serena sus últimos encuentros con la difunta. Macheath le había dado una cita, y ella lo estaba esperando cuando él, Fewkoombey, se marchó. Sin duda Mary quería pedirle ayuda económica, y quizá también amenazarlo, pues sabía cosas de él.

Rigger se puso en pie.

—¿Le temía al acusado la señora Swayer?

—¿A qué se refiere?

—Si temía que él pudiera hacerle algo, tirarla de un empujón al agua, por ejemplo.

—Es muy poco probable; de ser así, no hubiera ido a encontrarse con él.

—Correcto, Fewkoombey, «de ser así, no hubiera ido a encontrarse con él». ¿O sea que no dio señales de miedo?

—No.

Esta vez se levantó el gordo White. Con su voz de falsete preguntó si la señora Swayer no tenía nada que temer del señor Macheath. Si no temía, por ejemplo, que él tomara medidas de índole comercial contra ella.

El ex soldado titubeó antes de contestar. Luego dijo tranquilamente:

—Pensaba, eso sí, que Mac no tendría ningún miramiento con ella a la hora de hacer negocios. Por ahí sí que le temía.

—Correcto —dijo White y se sentó con aplomo.

Walley, que había escuchado sonriente, dijo entonces:

—Pero aún queda un tercer punto. El deseo de Mary de obtener apoyo económico, su necesidad misma pueden haber sido mayores que su miedo a jugarse el pellejo. Acaban ustedes de oír la escasa importancia que las mujeres de vida airada conceden a su propio miedo ante los peores peligros. Yo estoy aquí representando a dos huérfanos, señorías. Del testimonio del

señor Fewkoombey deducimos que esa madre no tenía miedo alguno cuando se trataba de conseguir comida para sus hijos.

Macheath confirmó luego, cuando se lo preguntaron, que la nota que le envió a la Swayer dándole una cita procedía de él. En cuanto a la letra de Mary, negó conocerla. Y de verdad no la conocía, porque si no habría identificado a tiempo a la autora de aquella carta sobre el «Cuchillo» que llevaba consigo hacía ya tanto tiempo.

El presidente del tribunal hizo una pausa al mediodía. Polly fue a ver a su marido a una habitación donde sólo estaban él y sus abogados, discutiendo en un rincón sobre los métodos de la defensa.

Mac y Polly se comieron un emparedado. El proceso había deprimido mucho a Mac Preguntó, entre otras cosas, qué había querido decir Walley con esa observación estúpida de que lo importante era saber si los fabricantes también recibían el precio total.

—Es una insolencia increíble —dijo Macheath—; por supuesto que estaba insinuando que mi mercadería era robada. Supongamos que vendo botones y se los compro a pequeñas empresas en quiebra. En efecto, es igual que si los robara, pues no estoy pagando el precio total. Y aunque se lo pagara a esas pequeñas empresas, ellas tampoco son los fabricantes. A los productores, es decir, a los que han hecho los botones, se les estaría robando la mercadería aunque se les pagara su trabajo. *Naturalmente* que no recibirán el precio total. ¿De dónde saldría en este caso el beneficio? Debo decir que no veo mucha diferencia entre robar y «comprar». Ya me las pagará el Walley aquel. Me ha perjudicado.

Polly le dio la razón.

En el ínterin se había puesto aún más bonita. Había nadado mucho, y tomado baños de sol durante el verano, claro que en lugares protegidos, debido a su estado. Aún tenía los brazos ligeramente bronceados, aunque cuando las mangas cortas y sueltas de su blusa se deslizaban hacia atrás, se los veía blancos por encima de los codos. Era sencillamente fascinante y ella lo sabía.

Por deseo de Walley, el proceso se reanudó con el interrogatorio de Fanny Crysler.

Ésta tenía ojeras y estaba muy nerviosa. La pérdida de su tienda de antigüedades la había afectado mucho.

Se limitó a declarar que la difunta le había pedido un préstamo al señor Macheath confiando en sus antiguas relaciones de amistad.

—Pero ¿no amenazó diciendo que sabía una serie de cosas sobre el acusado?

—Sin duda se refería a las circunstancias de su propio matrimonio —dijo rápidamente la testigo—; el señor Macheath había tenido algo que ver en él y quizá no le hacía mucha gracia que se lo recordaran públicamente.

—¿Qué sabe usted sobre el «Cuchillo»? —preguntó de pronto Walley.

Fanny palideció visiblemente detrás de su velo.

—Nada —repuso haciendo un esfuerzo—. Solamente lo que aparece en los periódicos.

—Pero Mary amenazó al acusado con hacer ciertas revelaciones vinculadas al «Cuchillo».

Fanny, que había recuperado su aplomo, dijo en tono indiferente:

—Ya no me acuerdo. Dijo muchos disparates porque estaba nerviosísima y se sentía postergada. Seguro que a Mac sólo le molestaba que quisiera hablar públicamente sobre sus relaciones cotí él.

White quiso saber de pronto cuál era la situación económica de la difunta.

—No era buena, pero tampoco peor que la de otros tenderos. Los almacenes van todos mal de momento.

—¿Es usted empleada del acusado? —preguntó Walley.

—Sí.

—Quizá la defensa prefiera presentar testigos propios que nos informen sobre el comportamiento comercial de Macheath —dijo Walley en tono irónico—, personas que no sean empleados suyos.

White se enfadó.

—Mi colega —dijo con aire importante— parece creer que en Inglaterra ya no queda gente capaz de decir la verdad sin tener en cuenta intereses de orden material. Debo decir que lo encuentro lamentable.

—¿Qué encuentra usted lamentable? —preguntó Walley no sin cierto placer—. ¿Que ya no haya gente así o que yo me lo crea?

Pero el juez cortó la discusión. Y Walley pasó a interrogar a un redactor de *El Espejo*.

Cuando éste declaró sin tapujos que la difunta había identificado al señor Macheath con el temible asesino apodado el «Cuchillo», Rigger vio el cielo abierto.

—Esto viene a demostrarle a toda persona inteligente, es decir, a todo el que no lea periódicos, lo penosamente débiles que son los fundamentos de la acusación —exclamó—. ¡Pretenden que el señor Macheath es el «Cuchillo»! ¡Como si nuestros mayoristas fuesen por ahí con linternas sordas, forzando

cajas de caudales! Señores, sabemos perfectamente lo que puede la envidia. Pero todo tiene un límite. ¡La acusación entera se basa en la hipótesis de que el señor Macheath, uno de nuestros más conocidos hombres de negocios, no es, en realidad, un hombre de negocios, sino un delincuente: un asesino! Pues de lo contrario la acusación no tendría sentido. Si él no fuera un criminal, sino el conocidísimo propietario de los almacenes B, no tendría ningún motivo para temer las «revelaciones» de una persona sobre cuya moral preferimos no decir nada censurable porque está muerta. ¡Qué absurdo!

Tras decir esto se sentó ruidosamente.

Walley se volvió hacia el acusado:

—Señor Macheath, ¿cómo se explica usted las amenazas de la difunta contra su persona?

Macheath se puso en pie lentamente. Parecía francamente desconcertado.

—Señores —dijo a los miembros del tribunal mirándolos uno por uno—, me resulta un tanto penoso tener que hablar de estas cosas. Sólo puedo hacerlo de *hombre a hombre*, y como tal debo confesar que no me siento libre de culpa. Quizás ustedes puedan decir de sí mismos que siempre han actuado *correctamente* en sus relaciones con mujeres, que siempre han cumplido con ellas y jamás, ni siguiera inconscientemente, les han causado sufrimientos. Yo no puedo decir lo mismo. Yo no tenía «relaciones», como suele llamarse aquello, con esa pobre criatura que se llamaba Mary Swayer y murió a manos de algún miserable o quizá por su propia mano, como opina mi defensor, el señor White. Pero ¿tenía ella acaso relaciones conmigo? Yo era su jefe, por decirlo claramente, y admito que hace un tiempo llegamos a salir algunas veces juntos y quizás ella se hiciera toda suerte de ilusiones. Señores, ¿quién de nosotros, los hombres, sabe que acaso esté pecando sin darse cuenta al hacer estas cosas? Seguro que ustedes saben tan bien como yo lo difícil que a veces le resulta a un jefe conservar la debida *distancia* frente a sus empleadas. ¿Y quién podría tomarles a mal a esas pobres muchachas —que en general han de trabajar duramente y disfrutan poco de la vida— que se enamoren de sus jefes, pertenecientes a una clase más distinguida y culta que aquella que habitualmente frecuentan? Y de ahí a esperanzas secretas, y de éstas a amargas decepciones no hay sino un pequeño paso. Y ahora permítanme no añadir nada más a lo que acabo de decir.

Los periódicos vespertinos publicaron casi todos este discurso en composición espaciada. La actitud «digna y humana» del propietario de los almacenes B halló una excelente acogida. Sólo un periódico proletario salpicó de lodo al Napoleón de los almacenes B, pero no pudo ser tomado en serio, ya

que contrariando todo espíritu deportivo, negaba a su adversario dignidad y humanitarismo, y exigía además la transformación violenta de todo el orden social.

Pero la audiencia no terminó con el breve discurso del señor Macheath.

—Según las declaraciones de la testigo Crysler, usted mismo se tomaba tan en serio sus relaciones que hasta le daba dinero a la Swayer —dijo Walley lanzando una mirada de satisfacción hacia el juez.

El juez era un hombre bajo y amojamado, que disfrutaba permaneciendo impasible ante discursos que causaran impresión.

Macheath respondió en seguida:

—Señores, me atrevería a decir que hay casos en los que uno da dinero sin recibir amenazas o incluso pese a ellas, cuando la persona que nos pide se encuentra en una situación difícil. Yo no lo hago. Sólo diré que me interesaba evitar incidentes como la visita de la extinta a la redacción de *El Espejo*, visita que de todas formas se llevó a cabo. Un hombre de negocios debe evitar que le caiga encima cualquier sombra de sospecha. Qué poco me importaba su amenaza puede deducirse del hecho de que no la tomé en cuenta ni fui al «Pescado frito».

—Pero sí citó allí a la Swayer.

—Lo hice por compasión. Y también hubiera ido por compasión, de no habérmelo impedido una reunión de negocios. Si se hubiera tratado de algo serio para mí, por supuesto que un motivo así no me hubiera detenido.

Walley se empezó a animar.

—¿Y qué reunión de negocios era aquélla? Si tuvo una reunión de negocios, también tiene entonces una coartada.

Macheath miró a sus abogados y dijo luego:

—Si no es indispensable, preferiría no hablar de esa reunión por razones de negocios.

—Quizá sea indispensable —dijo el juez en tono seco.

Pero Rigger y White negaron con la cabeza e hicieron comparecer a un testigo de descargo, el tabernero del «Pescado frito».

Éste declaró que la difunta había estado sola en su establecimiento, había esperado largo rato, dando cada vez más muestras de impaciencia y, al irse, no se había puesto el sombrero, sino que salió con él en la mano. Nadie había preguntado después por ella.

Walley le preguntó si desde la calle se podía ver el interior del local.

La respuesta fue que sí.

Y si el local tenía otras salidas aparte de las que daban a los muelles y a la Deph Street, donde la víctima pudo haberse encontrado con alguien que llegara tarde.

La respuesta fue que no.

Walley resumió: el acusado pudo haberle echado el guante a su víctima frente al «Pescado frito», o haberse encontrado con ella en el camino de regreso.

Encendieron los grandes globos de cristal, pues como el otoño ya estaba muy avanzado, oscurecía temprano.

Walley esperó a que terminaran y prosiguió:

—Hace un rato alguien preguntó —con mucho humor, por cierto— cómo esa modesta tendera pudo haber amenazado al mayorista Macheath. Ahora me gustaría interrogar a un testigo sobre el particular.

Y compareció un hombre endomingado, de brazos largos y oscilantes. Era un zapatero que vivía frente a la tienda de la Swayer y declaró que un día la difunta había admitido ante él saber la procedencia de las mercaderías que recibía. Y se lo dijo en un tono tal que a él, el testigo, no le quedó más remedio que suponer que el origen de esos artículos era francamente oscuro y no podía salir a la luz.

Macheath se levantó. Quiso responder en seguida, pero Rigger le tiró de la manga y le susurró algo al oído. Mac volvió a sentarse, y Rigger pidió al presidente del tribunal una pequeña pausa. Harto ya de tanta charlatanería, quería animar a su cliente a que revelara su coartada.

El juez aceptó.

Pero, ya en el pasillo, Macheath les dijo en tono enérgico que aún no estaba en condiciones de hacer pública la coartada.

Los dos abogados le respondieron que, en ese caso, él parecería sumamente sospechoso al término de la audiencia y tendría que hacer frente a una acusación de homicidio. De todas formas, White quería convencer al tribunal de que la Swayer se había suicidado. Y Rigger ya no tenía valor para contradecirlo.

La sesión se reanudó tras una interrupción de un cuarto de hora.

Los abogados de Macheath comunicaron al tribunal que, lamentablemente, su cliente no estaba en condiciones de precisar dónde se hallaba en el momento en que murió la Swayer. El motivo de su silencio era estrictamente comercial. El juez aceptó la excusa en un tono bastante seco. Después, White expuso su convicción de que la Swayer no había sido víctima

de ningún asesino, sino que se había dado muerte ella misma. Y prometió intentar demostrarlo.

Para ello convocó a sus testigos y los interrogó. Eran tenderos de los almacenes B. Les pidió que describieran su situación.

Ellos lo hicieron. Unánimemente afirmaron que su situación era desesperada. Uno dijo que no era nada extraño que de pronto alguno se ahorcara por ahí. Ya no sabían qué hacer, sobre todo desde que se suspendiera el suministro de mercaderías. White les agradeció e hizo comparecer a los vecinos de la Swayer en la Mulberry Street.

Les preguntó:

—¿Saben ustedes algo sobre la forma como la difunta Mary Swayer llevaba su negocio?

—Pues sí, todo lo que puede saber un vecino.

¿Era hábil como comerciante?

—Era trabajadora.

—¿Se fijaba mucho en el dinero?

—No. Aunque no fueras muy bien provisto, te daba la mercadería.

—¿No era, pues, muy hábil en el sentido habitual del término?

—No lo sé; el hecho es que te daba calcetines nuevos cuando le enseñabas los tuyos rotos. Bastaba con ir a su tienda un día de lluvia.

—¿No era entonces lo que se dice una buena negociante?

El testigo guardó silencio.

—Señores —dijo White—, ya lo ven: si la muerte de esta desdichada mujer fue realmente, como creemos, voluntaria, la declaración que acaba de hacer este testigo vendría a demostramos hasta dónde pueden llevar la bondad y el espíritu caritativo.

El juez sonrió.

Una mujer mayor se acercó a la barra de los testigos.

—Explíquenos, por favor —le pidió el señor White—, qué le contó la difunta sobre la manera como se hizo cargo de su tienda.

La mujer se sonó ceremoniosamente. Sin duda deseaba mostrar su pañuelo rojo.

—Prácticamente se la regalaron.

—Yo creía que también había pagado algo.

—Muy poco. No terna casi nada. Su marido era soldado.

—Pero algo tendría, de todos modos. ¿Fue eso lo que dio?

—Al menos es lo que decía.

—¿Le dijo alguna vez la cantidad?

—Creo que unas dieciocho o diecinueve libras. Seguro que no tenía más y nunca llegó a tenerlas.

—Pero ésas sí las tenía. Y las invirtió en el negocio, ¿verdad?

—Quería arreglar un poco su vivienda por los niños. Así era ella, prefería gastar en esas cosas lo poco que tenía y guardar las apariencias.

—¿Y hubiera perdido esas dieciocho o diecinueve libras de haber tenido que dejar el local por no pagar el alquiler o la mercadería?

—Por supuesto. Ya podrá usted imaginarse.

—¿Y qué hubiera podido hacer en ese caso?

—Muy poco.

La mujer mayor sostuvo todo el rato su pañuelo en la mano, como si esperara estornudar de un momento a otro. Por último lo dobló.

La audiencia prosiguió lentamente. Se aclararon algunos detalles, pero no se discutió nada nuevo. Al preguntárseles qué sabían sobre la causa del fracaso de sus almacenes, varios tenderos declararon de consuno que los precios habían caído en todas partes, y que el mismo Chreston vendía a precios ridículos. Y para eso seguro que no había motivos. Era algo tan indefinible como, por ejemplo, el hecho de que un año lloviera mucho o poco en el campo. Lo grave era el corte del suministro, debido probablemente a que ya no se encontraban mercaderías baratas. El mismo señor Macheath había hecho esfuerzos por conseguir nuevas remesas, pues antes los había animado a contratar nueva mano de obra y hacer una publicidad especial, de suerte que las existencias se agotaron rápidamente. Pero al final no pudo encontrar nada y su Sociedad de Compras lo dejó en la estacada.

Por último, White resumió —Rigger había enmudecido extrañamente— todo cuanto pudiera hacer verosímil la tesis de un suicidio.

La situación del pequeño negocio en el que la señora Swayer había invertido sus ahorros se había vuelto insostenible. Y aquello era, en definitiva, un motivo suficiente para suicidarse.

—*Mary Swayer, caballeros, no necesitaba un asesino* —exclamó el abogado—. *Para quien conozca las circunstancias en las que se veía obligada a vivir, su muerte no es ningún enigma insoluble. Quien conozca ese género de vida, la vida de una tendera de ínfima categoría, deberá admitir que una persona obligada a vivir en esas condiciones acabará diciéndose, tarde o temprano: ¡Basta ya! ¡Acabemos de una vez por todas! No hacía falta una decisión especial para poner fin a una vida así. Socavada por las deudas y una total ausencia de perspectivas, esa existencia no ofrecía ya, como tantas otras, ningún tipo de atractivo. Miren ustedes el habitáculo de esa*

mujer (no he dicho vivienda expresamente; ustedes tampoco se atreverían a llamarlo vivienda). ¡Miren a los hijos de esa mujer! ¡No, mejor no los miren! ¡Pésenlos! ¡Compartan la existencia cotidiana de una persona así y verán que para ella no hay domingos! ¡Y encima es amenazada en ese agujero! ¡Hay acreedores que siguen llamando a su puerta! No, Mary Swayer no necesitaba ser asesinada por el señor Macheath. Mary Swayer se quitó la vida ella misma.

—Si se objetara que la Swayer había sido una persona vital y alegre, podría argüirse que había perdido esa alegría de vivir precisamente por el mal curso que tomaron sus negocios y quizá también por la desilusión que le produjo la falta de ayuda proveniente del señor Macheath —añadió—. Y no es nada extraño que intentara echarle la culpa, sin duda con profunda convicción. Los pequeños comerciantes no tienen un conocimiento muy preciso de las leyes que rigen el comercio. Suelen echarles la culpa de todo a los mayoristas cuando sobreviene alguna crisis. Y ni se imaginan que éstos también dependen de procesos económicos muy concretos, regulares y, además, difíciles de prever. Acababa de estallar una crisis y las empresas pequeñas y débiles empezaban a hacer aguas.

Walley lo interrumpió cuando ya no sabía muy bien qué decir.

Que debía plantear nuevamente su pregunta anterior, le dijo, a raíz de la cual, una hora antes, el señor Macheath pareció por un instante dispuesto a revelar su interesante coartada. Según rumores que circulaban por la city, la procedencia de las mercaderías para los almacenes B se hallaba envuelta en un gran misterio. El señor Macheath afirmaba que, hasta donde él sabía, los artículos provenían de una SCC (Sociedad Central de Compras). ¿No querría el señor Macheath decirles algo sobre esa Sociedad?

—No —respondió Rigger tras un breve diálogo con Macheath—. El señor Macheath no desea hablar de ese asunto.

En cualquier caso, añadió, era una empresa debidamente registrada, en cuyo directorio figuraban un miembro de la alta nobleza y dos abogados. También era cierto que últimamente no había cumplido con sus compromisos frente al señor Macheath, aunque esto era un asunto entre él y la compañía, que no le interesaba a ese tribunal. Si él, Rigger, abordaba esa cuestión, era simplemente para que nadie pensara que el señor Macheath tenía la culpa del colapso económico de la Swayer. Su colega White acababa de aludir a la desastrosa situación de los almacenes B. Sin duda había sido desastrosa en los últimos tiempos, aunque no por culpa del señor Macheath, sino precisamente de la SCC, que había cortado el suministro de un momento a otro.

Rigger ofreció además testigos de cómo, en momentos críticos, el señor Macheath solía quitarse la americana en los almacenes y echarles una mano a los tenderos.

También Macheath volvió a pedir la palabra.

—Se ha dicho en esta sala —declaró— que la vida de la señora Swayer fue sumamente dura. De ahí que no se descarte la posibilidad de un suicidio. A ello quisiera añadir que, en efecto, en nuestros almacenes B solemos ir hasta el límite de nuestra capacidad de rendimiento. En el esfuerzo incesante por servir al público nos imponemos limitaciones que sólo *los más fuertes* de nosotros somos capaces de aguantar. Somos demasiado baratos. Nuestros beneficios son tan exiguos que nosotros mismos nos morimos de hambre. Tal vez seamos excesivamente fanáticos en nuestro empeño por ofrecer al comprador modesto buena mercadería a precios asequibles. He de confesar francamente que, en estos últimos días, cuando todo ha empezado a recaer sobre mí, me he preguntado a veces si realmente podremos resistir. Quizá debamos subir otra vez los precios, después de todo. Y créanme de veras que la muerte de mi colaboradora me ha afectado profundamente.

El juez lanzó una mirada fría sobre los reporteros que escribían apresuradamente, volvió a preguntarle a Macheath si no quería revelar su coartada, y al recibir una respuesta negativa anunció que el jurado se retiraría a deliberar.

Al cabo de diez escasos minutos regresaron y se leyó el veredicto: en opinión del jurado, Mary Swayer había sido asesinada, y el comerciante Macheath era suficientemente sospechoso del crimen.

Los periódicos vespertinos abundaron todos en el «caso Macheath». Sus grandes titulares decían: «EL MISTERIO SOBRE LA MUERTE DE MARY SWAYER EMPIEZA A DISIPARSE. Y: ¿EN QUÉ MISTERIOSO LUGAR SE HALLABA EL MAYORISTA A LA HORA EN QUE MURIÓ SU EX AMIGA?».

Durante la semana que siguió al proceso, Macheath recibió noticias de Aaron. Por primera vez desde que lo encarcelaran, Fanny Crysler fue a verlo a la prisión para informarle que Aaron y el Commercial Bank hacían gala de una reserva muy particular en su relación con la SCC.

En el curso de una visita, dijo, Aaron había murmurado algo acerca de «cierta relación entre el asesinato de fulanita de tal y el corte del suministro de mercancías». En la Ride Street, varios individuos de aspecto sospechoso, probablemente empleados de una oficina de detectives, habían pedido información sobre los depósitos de la SCC.

El día anterior, Jacques Opper, el presidente del Commercial Bank, la había mandado llamar y le había pedido sin más trámites los resguardos de las últimas remesas enviadas al consorcio Aaron.

Macheath lanzó una mirada sombría. Tras unos instantes de reflexión, le encargó que se procurase nuevos resguardos y, por si acaso, hiciera también nuevas compras a crédito en Bélgica.

Al despedirse, ella le dijo:

—Si tu proceso se prolonga mucho tiempo, la situación se volverá insostenible. Espero que te hayas dado cuenta.

Era la última semana de octubre.

Los asuntos de los señores Peachum y Macheath se acercaban a una solución definitiva.

La «Bella Anna», el «Joven Marinero» y el «Optimista», maquillados y encorsetados, esperaban confiar nuevamente sus viejos cascos al océano. El «Optimista» con la sensación de estar viviendo sus últimas semanas. Peachum se imaginaba a su hija con el velo de novia avanzando hacia el altar del brazo del corredor de comercio. Macheath se la imaginaba en otro ambiente y situación. Los almacenes B habían perdido ya toda esperanza y aumentaban en sabiduría y conocimiento de la realidad. El comisionista Coax ya no llenaría muchas hojas más de su diario con signos extraños. Las actas del proceso contra el asesino de la tendera Mary Swayer habían sido escritas en vano y tampoco aumentarían mucho más. Y al soldado Fewkoombey aún le quedaban sesenta y cinco días de vida.

LIBRO TERCERO

¡Sólo quien vive en la abundancia vive bien!

Quienes sólo para el deber viven,
y tienen siempre en mente un ideal
—sentimientos que leemos en poemas—
jamás dan en el blanco porque apuntan mal.
Parten muy orgullosos su pan seco,
ganado honradamente y con sudor,
y olvidan por el séptimo mandamiento
que la carne ¡guay! sabe mucho mejor.
La modestia sirve, es cierto, pero ¿a quién?
¡Sólo quien vive en la abundancia vive bien!

No es mala cosa tocar siempre tierra,
y no pensar sino en la propia conveniencia,
después del baño un buen aperitivo,
¡y luego a hincharse hasta quedar sin conciencia!
¿Fruncís el ceño? ¿No os gusta mi programa?
¿Que el hombre sólo es hombre cuando llora y no mama?
Debo confesar que a mí esto me estomaga,
y que la gente buena por eso no me traga.
Mas de una cosa estoy seguro al cien por cien:
¡Sólo quien vive en la abundancia vive bien!

Balada de la buena vida

Capítulo decimotercero

Ultima ratio regis

Inscripción en los cañones prusianos

Decisiones graves

Apenas habría llamado la atención el señor Peachum sentado en una habitación entre cinco o seis hombres de negocios. Al verse obligado a sacar cuentas hasta el último céntimo con todo el que se le acercaba, tenía, para la gente de su entorno inmediato, un rostro muy definido: el de un comerciante duro y difícil de engañar. Pero quien considera estafadores a todos los demás, dista mucho de tener confianza en sí mismo. Y el señor Peachum no era, en absoluto, un hombre de carácter. Un miedo intenso y quizás exagerado a los cambios rápidos de la fortuna humana, así como la idea, profundamente arraigada en él, de que todo era perversidad y rigor extremo en la ciudad donde vivía (y en todas las demás ciudades), lo impulsaban a adaptarse con peculiar celeridad a cualquier nueva exigencia que surgiera en su medio. Sus conciudadanos sólo podían imaginárselo como el propietario de las «Guardarropías para mendigos J. J. Peachum», pero él hubiera estado dispuesto a abrir en cualquier momento otro negocio que fuera más rentable y menos peligroso, o bien, en lo que a duración respecta, más seguro. Era un hombre pequeño y amojamado, de aspecto raquítico, aunque ni siquiera esto era definitivo en él. Si la situación del negocio no hubiera ofrecido perspectiva alguna para hombres pequeños y amojamados, de aspecto raquítico, seguro que hubiera podido verse a un señor Peachum sumido en hondas meditaciones y capaz de transformarse en un hombre de mediana estatura, entrado en carnes y optimista. Su pequeñez y su aspecto amojamado y raquítico eran tan sólo una propuesta suya, una oferta sin compromiso que podía ser retirada en cualquier momento. Había en ella algo penoso, pero que a la vez constituía todo el secreto de su éxito, sin duda bastante considerable.

Hacía negocios con la lástima, incluyendo la suya propia. Pero también había peligros, como aquéllos a los que debía enfrentarse en ese momento en su lucha por la vida y que lo llevaban a superarse a sí mismo. Amenazado con la pérdida de su existencia, y espoleado al mismo tiempo por la perspectiva de obtener grandes beneficios, en el curso de pocas semanas se transformaba en un tigre, incluso exteriormente. Por la época en que llevó a término los asuntos de la CEB en nombre de Coax, su aspecto era brutal y carnoso.

En mangas de camisa y con las manos en los bolsillos del pantalón recibió a Hale, quien venía a darle un sablazo por cien libras que había perdido jugando. Peachum no le dio ni un penique.

La Compañía estaba agonizando a ojos vistas.

Tras su entrevista con Hale, Peachum había convocado a una nueva reunión. Acudieron todos. Moon, normalmente muy tranquilo, protestó por la elección del establecimiento de baños como lugar de encuentro. Se presentó antes de la hora y fue parando en el umbral a todos los que llegaban. Indignado, se puso luego a vociferar en plena calle que ya estaba harto de esa olla de grillos. Fue así como la última sesión de la Sociedad se celebró en un restaurante próximo a los baños.

Peachum informó sobre la maniobra extorsionista de Hale, insistió en la necesidad de ceder y no ocultó que debían estar preparados a afrontar otros sablazos similares. Declaró que a él ya se le había agotado la paciencia y les pidió autorización para terminar aquel asunto en solitario después de que un balance general e inmediato estableciera cuánto tenía que pagar cada uno. Él garantizaba un arreglo satisfactorio siempre que nadie más se inmiscuyera.

Su propuesta fue aceptada.

Gon una dureza extrema procedió Peachum a cobrar las cuotas de pérdida establecidas.

Al *baronet* le aceptó unas letras que lo ataron por siempre —o al menos por algunos meses— a la cama de la americana. Su último pretexto de que era homosexual fue rechazado por Peachum. Eastman pagó con relativa docilidad porque podía hacerlo: poco antes había aumentado los alquileres de los bloques de viviendas que poseía en el norte y en los que vivían sobre todo obreros que no podían permitirse los gastos de una mudanza.

Moon, cosa sorprendente, necesitó un tratamiento especial antes de pagar. Era corredor de apuestas, y sólo cuando advirtió que una multitud cada vez mayor de mendigos formaba filas en su oficina de apuestas, algunos con carteles en los que se leía: «El que apuesta, tiene, y el que tiene, puede dar» y

«Aquí aposté yo también», se dignó apoquinar ochocientas libras en efectivo y el resto en pagarés.

Crowl, en cambio, desertó al ultimo momento.

Se presentó una mañana en la Old Oak Street y preguntó por Peachum. Juntos repasaron su situación. Crowl dijo: «Vale más que me pegue un balazo en la cabeza». Peachum le dio la dirección de la oficina de Coax. Le pareció que sería una buena lección para Coax ver hasta dónde podían llevar sus vejaciones.

El dueño del restaurante irrumpió esa misma tarde en la oficina de la city y dijo a la secretaria que tenía una cita con el corredor de comercio y deseaba esperarlo. Esperó más de dos horas y Coax no apareció. Claro está que no sabía nada de aquella cita, como se aclaró más tarde. Cuando la muchacha se disponía a cerrar la oficina, él murmuró algo incomprensible, se volvió hacia la pared, donde había un paragüero, y se descerrajó una bala de revólver en la boca. En su casa, sobre la mesa, su mujer encontró una carta en sobre cerrado dirigida: «Á mi mujer, para que la abra no antes de las ocho de la noche, si es que no he vuelto». En la carta había escrito sólo: «Queridos míos: unos delincuentes sin escrúpulos me han arruinado. Perdonadme, pues yo quería lo mejor para vosotros. Albert Crowl, restaurador».

Finney fue quien opuso, al final, las mayores dificultades.

Cuando se enteró del suicidio de Crowl, decidió hacerse operar de inmediato. Pero Peachum aún logró enterarse a tiempo y se precipitó a casa de Finney, que ya se había ido al hospital. Peachum tuvo que recurrir prácticamente a la violencia física para que el ama de llaves le diera la dirección del hospital. Se encontró con Finney media hora antes de la operación.

Su ira no tenía límites, pero también Finney estaba verde de rabia y decidió despedir a su ama de llaves en el acto. Peachum se puso a dar tales alaridos que todas las enfermeras del pabellón acudieron. Él dijo entonces a la jefa:

—Este hombre no podrá pagar ni su escupidera. Se hace operar sólo porque tiene que pagar unas enormes deudas pendientes. Aquí en el bolsillo llevo un periódico con la noticia del asesinato del restaurador Crowl, que quiso abandonar el mismo negocio de forma muy parecida a la de este caballero. Ya veremos qué comentan los periódicos sobre los tejemanejes a los que se presta vuestro cirujano. Aunque quizás así tenga una amplia afluencia de suicidas.

Finney no pudo soportar tanta infamia y pagó antes de que lo llevaran al quirófano.

En apenas una semana ya tenía Peachum una visión bastante exacta de las cantidades que podría sacar de la CEB.

El caso Crowl fue la señal de alarma para Macheath.

Fanny le llevó los periódicos de la mañana con la noticia del suicidio del restaurador en la oficina del corredor de comercio William Coax.

Hacía ya un tiempo que Macheath había puesto a Fanny sobre las huellas de Peachum. El negocio de los barcos de transporte entre su suegro y el corredor de comercio Coax le interesaba cada vez más. Polly le había revelado que, por culpa de Coax, su padre estaba al borde de la ruina, según confesión propia. El suicidio de Crowl arrojó cierta luz sobre el oscuro trasfondo de aquel negocio.

A través de Polly se enteró también Macheath de que la noche aquella Coax había ido a ver a Peachum y se había pasado media hora vociferando en el despacho. Parece ser que lo acusó de haber tramado cosas contra éL Era evidente que Peachum y Coax se hallaban enzarzados en una lucha a vida o muerte, aunque no se sabía bien si entre ellos dos o bien contra terceros.

Al filo del mediodía regresó Fanny. Ya había estado en el apartamento del suicida.

Y se había enterado de muchas cosas. La viuda de Crowl era una mujer fea y muy llorona que no lograba dominarse. En un lapso de cinco minutos hizo a todo el mundo responsable de la muerte de su marido.

Indignada, Fanny contó que la mujer había gritado en presencia de su anciano padre: «¿Y ahora qué hago con este vejestorio? Se le ha acabado la pensión de jubilación y ya se hace todo encima».

Macheath meneó la cabeza condenando semejante falta de tacto. Pero estaba preocupadísimo.

Fanny había averiguado que la CEB, al parecer dirigida ahora por Peachum, se encontraba en una situación muy difícil. Coax parecía tener a Peachum en sus manos, «un poco como tú a Hawthome», dijo Fanny. En un futuro muy próximo, prosiguió, la compañía iba a necesitar grandes sumas de dinero, en realidad ya hacía semanas que las necesitaba. Pero Peachum parecía haber planeado algo que volvería superfluos esos gastos, para él insostenibles. Sólo así se explicaba el que aún no hubiese retirado su dinero del National Deposit Bank.

Macheath sabía que Peachum había confiado en divorciar a su hija para ofrecérsela al corredor de comercio. Al no conseguirlo, debía de estar pasando

un muy mal rato. En cualquier momento podía presentarse en el National Deposit.

El propio Macheath aún no estaba al frente del National Deposit Bank, pero las formalidades ya estaban a punto de concluir. Todo dependía, para él, de ganar tiempo. Debería conservar la dote y entregar a la mujer, al menos de momento. Así no perdería a Polly, cuyo embarazo la mantendría ligada a él.

Tenía que llevar a término su plan.

Esa misma noche hizo llamar a Walley, el abogado de Peachum, y le dijo que aceptaba el divorcio.

Coax seguía frecuentando la casa de los Peachum, y en los últimos tiempos llevaba siempre a su hermana, por lo que las relaciones entre ambas familias no podían ser más íntimas. La señorita Coax estaba encantada con la señora Peachum y su hija. Las señoras se ponían a jugar *whist* en el salón mientras Polly trabajaba en un bordado que representaba a Lord Nelson en Trafalgar. Una noche llegó el comisionista a buscar a su hermana y se sentó unos minutos para hacerle compañía a las damas. Como de costumbre, pidió al Melocotón que le tocase algo al piano, cosa que ella hacía muy bien. También tenía una voz preciosa, y al tocar se le resbalaban las mangas de tul, dejando al descubierto sus hermosos brazos.

Al verla tocar el piano, Coax comprendió que alguna vez hasta hubiera pensado casarse con ella. La joven tenía grandes cualidades.

«*¿Será en verdad tan importante*», escribió en su diario, «*el hecho de haber poseído ya a una muchacha? ¿Qué significa esa primera posesión, por lo general tan imperfecta? Sin duda cabe pensar en un instinto dominador del hombre que encuentra su placer principal en someter a la mujer, en vencerla. ¿Cómo se explica, si no, esa indiferencia una vez consumada la posesión? ¡Una indiferencia que aparece incluso cuando ni siquiera se trata de una desfloración! ¿O es acaso cierto que las consideraciones de orden económico desempeñan un papel tan importante en la vida psíquica? ¿Podría ser tan decisiva la influencia de esos factores para que yo deje de considerar seriamente a la Peachum como un buen partido tras las pérdida que ha sufrido su padre? Después de todo, soy yo quien le ha cornado esas pérdidas… Aunque quizás el instinto no quiera saber nada de la culpa y se atenga sólo a los hechos… En cualquier caso, empiezo a descubrir en mí una sensación de total y absoluto distanciamiento*».

Tales sensaciones debían ser disimuladas frente a Peachum.

Y él las disimulaba. Los ramos de claveles que enviaba a Polly eran cada vez más grandes.

A finales de septiembre se enteró de que la hija del señor Peachum estaba casada con un tal Macheath desde hacía medio año. Se sorprendió, calló y guardó la noticia en su corazón.

Luego se produjo el suicidio de Crowl y Coax tuvo una buena razón para enfadarse oficialmente. De hecho, el asunto le había acarreado muchas dificultades. Por razones de negocios era miembro de cierto club muy distinguido y se había visto obligado a renunciar cuando los periódicos publicaron la noticia del incidente ocurrido en su despacho. Y más desagradable aún era pensar que si se producía un escándalo por culpa de los barcos, su nombre quedaría indisolublemente asociado a ese asunto.

El caso Crowl ofreció a Coax la posibilidad de hacerle el vacío a Peachum. Pero siguió visitando con su hermana a la señora Peachum y a Polly. Eso bastaba para tranquilizar a Peachum con relación a las futuras intenciones del corredor de comercio. Más tarde, cuando estalló la huelga de los obreros portuarios, el trabajo en común volvió a acercarlos en el plano humano.

Gracias a una serie de tejemanejes, Peachum había logrado rebajar varias veces los salarios de los trabajadores en los astilleros. Y una mañana, de los doscientos se presentaron sólo cinco en su lugar de trabajo. Los demás se apostaron en las puertas de entrada para impedir que otros obreros ofrecieran sus servicios.

Aquello era desagradable y hasta peligroso. Cierto es que con el pretexto de la huelga se podía aplazar la entrega de los barcos. Pero la atmósfera de intimidad generada entre ambos socios por las dificultades comunes llevó a Coax a contarle que el deseo del gobierno de conseguir barcos a través de la CEB para el transporte de tropas no había sido particularmente intenso. Disponía de unidades suficientes para fletar. Fue Hale quien observó que en las altas esferas tampoco pondrían reparo alguno a la adquisición de unidades suplementarias. Pero una vez firmado el contrato, y más que nada para evitar preguntas engorrosas, Hale consiguió a través de amigos en el Estado Mayor que se efectuase un pequeño transporte de tropas en los barcos recién adquiridos. Claro que esas tropas también se hubieran podido embarcar en otras naves, pero la opción de Coax sobre los barcos suplementarios anclados en Southampton, que era preciso tener a mano hasta que finalizara todo el arriesgado negocio, no tardó en caducar. Hale había perdido por completo los estribos y podía intentar cualquier día nuevas extorsiones. Peachum hizo lo posible porque se reanudaran los trabajos. Sobre todo buscó apoyo en las entidades públicas hablando de «extorsión por parte de los trabajadores en un

momento de emergencia nacional». Hasta llegó a pensar en una posible intervención del ejército.

A toda marcha hizo confeccionar uniformes en sus talleres. En un principio pensó organizar una gran manifestación de soldados inválidos contra los huelguistas. Tendría que causar una profunda impresión, especialmente en las columnas de los diarios, que un grupo de ex combatientes, mutilados de guerra, representaran los intereses de toda la nación.

En medio de esos esfuerzos llegó, a través de Walley, la noticia de que Macheath había aceptado finalmente el divorcio. Así parecía eliminado el terrible obstáculo para que Peachum se asegurase a Coax definitivamente y diera un giro feliz a aquel funesto negocio que lo tenía en vilo hacía ya más de tres meses.

Y fue entonces cuando su hija, que escuchó de boca de su padre la noticia de su inminente divorcio, le confesó a gritos:

—¡Estoy embarazada!

Peachum quedó fuera de sí.

—¡Pues te divorciarás! —le respondió también a gritos—. ¡Te divorciarás e irás a ver a un médico! ¿Crees que voy a permitir que me arruines? Yo también tengo nervios y no me dejaré pisotear. Y si me lo ponéis muy difícil, me meteré en mi cama de cara a la pared y dejaré que todo se vaya al diablo. ¡Y ya podéis buscar sitio en el asilo, marranos!

Durante aquellos días no miraba a la derecha ni a la izquierda. Seguía las huellas como un perro feroz.

Sabía demasiado poco.

De haber sospechado que Coax estaba al tanto hacía tiempo del infeliz matrimonio de su hija, de haber sabido tan sólo lo que ocurrió durante la última visita de su hija al apartamento del corredor de comercio, seguro que habría actuado de otra manera.

Aquella misma noche fue Polly a ver a su marido a la cárcel.

Él, por supuesto, le dijo que todo aquello era sólo pura «formalidad». Un divorcio duraba un tiempo determinado, y bastaba con señalar que uno de los motivos del divorcio no era válido para que todo el proceso diera marcha atrás en el último momento. Pero no podía evitar pedir el divorcio porque Peachum lo acosaba muchísimo y lo tenía totalmente en sus manos.

—¡Puede mandarme ahorcar y lo hará! ¡Tú lo conoces!

Polly repuso en seguida que tendría que ir a ver a un médico y abortar. En su excitación le había confesado a su padre que estaba embarazada.

Macheath se asustó. No había contado con eso. Con voz ronca y sin mirar a su mujer, dijo que eso no podía ser, que no podía sacrificar a su hijo, al menos no sin que una necesidad imperiosa se lo exigiera.

Y, de hecho, se pasó media noche dándole vueltas al asunto en su celda cuando Polly se marchó, bañada en lágrimas. Le gustaba la idea de ser padre de familia y llegar a tener un hijo. Y mientras pensaba en éste con emoción torturada empezó a creer, antes de dormirse, que la idea del pequeño lo había impulsado precisamente a lanzarse a todos sus negocios.

«*¡Ah!*», pensaba, «*¿para qué tanto ajetreo si en cualquier momento podemos irnos y no hay nadie que se haga cargo de todo? ¿Qué haría yo en esta celda si no fuera por mi hijo? ¿De dónde sacaría fuerzas para superar todo esto? Llevándolo de la manita me pasearé con él por los almacenes que algún día serán suyos y le diré: ¡Hijo mío, esto me ha costado grandes penas y esfuerzos, no lo olvides! ¡Tu padre ha sudado sangre para dejártelo! No trabajó pensando sólo en él mismo ni te pide que se lo agradezcas; no, eso no; pero sí te lo dice para que veas que tú y tu padre estáis unidos por muchos lazos. Tu padre morirá cuando le llegue la hora, y tú seguirás trabajando en memoria suya, sí, en memoria ele quien… trabajó por ti. Yo se lo diré y él lo entenderá. Y lo llamaré Dick*».

Estaba realmente afectado. Pero sólo al mediodía siguiente le mandó decir a Polly que fuera a ver al médico, que era necesario. Contaba con que ella retrasaría la visita unos dos o tres días como mínimo, y hasta entonces esperaba haber conseguido algo que evitase la operación, aunque de todas formas Polly debía hacerse a la idea y no dar el menor pábulo a la desconfianza dé su padre.

De hecho, Mac no podía permitir que le acortaran el respiro que se había concedido al aceptar el divorcio, y que le serviría para dar su golpe de mano contra el National Deposit Bank.

Volvió a presionar a Hawthorne y a Miller para que aceleraran los cambios dentro del banco.

Los dos señores tuvieron que aguardar media hora en la sala de espera. Macheath lo había dispuesto así. Víctimas de una depresión indescriptible, se quedaron allí sentados entre los familiares de los presos, personas de ambos sexos desconsoladas o depravadas, o desconsoladas y depravadas.

Macheath les dijo a gritos que la cosa ya duraba demasiado y no entendía por qué lo hacían esperar tanto para entrar en una empresa totalmente corrupta.

Luego discutió con ellos el asunto Chreston.

Chreston había concluido su liquidación sin solicitar más dinero. Aún seguía sorprendido por la competencia que le había comprado todas sus existencias. De todas formas, los precios estuvieron muy por debajo del promedio…

La tan ruidosamente anunciada semana publicitaria de los establecimientos Aaron y los almacenes B lo tenía muy preocupado, pues la expectativa del público era enorme. Aún no sabía nada sobre el inminente ingreso de Macheath en el banco.

Y éste le mandó decir entonces que parte de las mercancías que había vendido en su semana publicitaria eran sospechosas. Coincidían con la descripción de un lote de mercaderías robadas en Birmingham. Y le pedía los resguardos respectivos.

Poco después se presentó Chreston.

Era un señor enjuto de un metro noventa de estatura, que sentía aversión por los platos de carne, el clero e I. Aaron. Estaba muy asustado.

—Señor Chreston —le dijo Macheath en tono reservado—, el asunto que le ha traído hasta aquí es muy penoso. Debo decir que no daba crédito a mis oídos cuando me dijeron que en su liquidación se habían vendido grandes partidas de artículos de dudosa procedencia. Espero que tenga usted los resguardos.

El señor Chreston no tenía un solo resguardo.

Había comprado las partidas porque eran baratas y las necesitaba debido a la fuerte competencia Pero no le habían dado resguardos. Parecía un delincuente sorprendido *in fraganti*, más o menos como si contra su más íntima convicción se hubiera comido una chuleta fresca

Macheath se mostró duro con él. Con voz untuosa se refirió a la necesidad de jugar limpio en la competencia y a la sabiduría de la ley que castiga por igual al encubridor, al revendedor y al ladrón. Si él, Macheath, vendiera ahora esas partidas en su semana publicitaria, le dijo, dispondría de resguardos: las facturas de Chreston. Pero Chreston no tenía resguardos. Después le hizo saber en forma breve y brutal que muy pronto asumiría la dirección del National Deposit Bank, y le enumeró las condiciones bajo las cuales sus tiendas podrían integrarse en un consorcio dirigido por él, Macheath, y abastecido por laSCC.

El larguirucho señor Chreston pareció recibir un mazazo en la cabeza al enterarse de que la competencia había entrado en el banco del que él dependía por completo. Comprendió su situación rápidamente.

Los señores pidieron al guardián que les trajera papel y lápiz, y empezaron a anotar cifras que señalaban con sus puros. En una de las paredes Macheath había clavado un plano de Londres color azul verdoso. Sin dejar de fumar sus gruesos puros, con un lápiz rojo fue marcando ciertos distritos, subrayando nombres de plazas y trazando una complicada red de líneas sobre toda la ciudad y sus suburbios. Era el esquema de distribución de los almacenes B-C (Baratura-Chreston).

Algunas de las tiendas Chreston deberían ser eliminadas, fusionadas con otras o convertidas en dinero. Macheath las iba tachando inexorablemente con su lápiz rojo. Su banco necesitaba ese dinero.

—No olvide que el banco pertenece a una niña —le dijo a Chreston—. Esa fortuna ha sido despilfarrada irresponsablemente, y hay otras que también se han visto afectadas. Esto no puede seguir así. Debo ser capaz de asumir toda la responsabilidad frente a una propietaria que es menor de edad. No soy sentimental, pero no toleraré que me acusen de desvalijar a una niña. Los niños son el futuro de Inglaterra, no hay que olvidarlo un solo instante.

Los precios deberían volver a subir gradualmente, y en la publicidad habría que introducir la palabra «cualidad».

Macheath relató a Fanny su entrevista con Chreston y le hizo una descripción del personaje.

«*Fue una especie de diálogo mudo entre él y yo. Le pregunté: "¿Se siente usted responsable de lo que ha hecho?". Y él me respondió en seguida: "No". "¡Ah! ¿De modo que quiere defender su independencia cueste lo que cueste?", volví a preguntarle. "Cueste lo que cueste, no", me contestó. "¿O sea que prefiere darse por vencido y rendirse a mis pies?". "Pues la verdad es que me resulta más barato", fue su respuesta. "Él no es lo que se llama un hombre de gran personalidad es muy sensato. Hoy en día no tiene ya mucho sentido crearse una personalidad*"».

Aún tuvo Macheath que darle otro disgusto a Miller… y a Hawthorne. Se veía obligado, dijo, a exigirle a Miller que firmase una declaración reconociendo haberse apropiado, bajo su propia responsabilidad y sin que lo supiera Hawthorne, de los depósitos de Peachum con fines especulativos. El banco debería quedar libre de toda sospecha.

Miller se derrumbó por completo. Apoyó su anciana cabeza en el respaldo de la silla y rompió a llorar. Después se sobrepuso, se levantó y dijo con dolida dignidad:

—No puedo hacer eso, señor Macheath. Jamás podría firmar que he utilizado con fines especulativos unos depósitos confiados al banco. ¿Sabe

usted lo que significa «confiados»? Que usted ha puesto en mis manos un dinero ganado con grandes esfuerzos y me ha dicho: Señor Miller, aquí tiene mi fortuna, todo lo que poseo, se la entrego porque sé que queda en *buenas manos* y usted me la administrará *según su leal saber y entender*. ¡Confío en usted! Yo soy un hombre honrado y usted también. Y ahora me pide usted que diga: ¡pues se ha esfumado! ¡Yo sigo estando aquí, pero el dinero se ha esfumado! Jamás, señor Macheath, escúcheme bien: ¡jamás diré una cosa así!

—Pero es que usted sigue estando allí, señor Miller, y el dinero se ha esfumado.

—Así es —dijo Miller y se sentó con cara de niño asombrado.

Por último salió meneando la cabeza y mascullando algo entre dientes, tras haber pasado cinco minutos más en la celda sin intercambiar una sola palabra.

Dos horas más tarde, el viejo Hawthorne trajo la declaración. En la parte inferior se leía el apellido de Miller, escrito con una letra clara y precisa, como de colegial

Con voz emocionada, Hawthorne pidió a Macheath que Miller siguiera ocupando su puesto en el banco —sin goce de sueldo, claro está—, pues el anciano no sabía muy bien qué decirle a su mujer y a sus vecinos.

Macheath le dio su consentimiento.

Aquel mismo día hizo su entrada en el National Deposit Bank, tras quitarse un peso enorme de encima. Por fin podían enterarse Aaron y los Opper de que el presidente de la SCC se llamaba Macheath, pues el director del National Deposit Bank también se llamaba ahora Macheath, como el nuevo socio de Chreston.

Polly fue a ver a la señora Crowl después de almorzar.

La enviaba su padre, pues ya llevaba un tiempo asumiendo algunas de las obligaciones de Peachum como procurador de los pobres.

La señora Crowl se emocionó mucho al ver la canastilla de víveres y la botella de sidra que le llevó Polly. Se quejó amargamente de la CEB, que le había embargado todos los muebles no «indispensables», y de su propio padre, que la escuchaba con aire desconsolado.

—No sé qué hacer con él —se lamentó—; es peor que los niños, que al menos ya no se ensucian. Su jubilación la dilapidó mi marido especulando, y ahora no tenemos en qué caernos muertos.

—Si al menos pudiera usted juntar *algo*, señora Crowl —dijo Polly con voz compasiva—, quizá yo podría convencer a mi marido de que le confíe

uno de sus pequeños almacenes B. Allí trabajaría usted por su cuenta y nadie la mandaría. Pero por supuesto necesita un pequeño capital inicial.

Estuvo muy amable con la señora Crowl. La desolada habitación se alegró mientras ella estuvo ahí sentada, sonriendo y con la canastilla vacía en el regazo.

La señora Crowl titubeó. Su opaca mirada se deslizó sobre los míseros muebles sin rozar al anciano. Y de pronto dijo:

—Aún me queda una posibilidad. Él tiene una hermana que quizá podría invertir alguna pequeñez —más tampoco tiene— en una cosa tan absolutamente segura…

Y volviéndose hacia el anciano, le preguntó:

—¿Tú qué opinas?

El hombre no respondió. Seguro que ni había entendido. Su cabeza ya no parecía funcionar muy bien.

Las dos mujeres aún comentaron unos minutos más el asunto. Cuando Polly se levantó, ya había hecho la firme promesa de pedirle a su marido la concesión de un almacén para la señora Crowl. Aunque al llegar a la escalera se le había olvidado. Una de sus pasiones era hacerse querer por todo el mundo.

De vuelta en su casa, le dijeron que fuera al despacho de su padre. Peachum le comunicó en tono seco que Macheath había aceptado la solución del aborto. Se lo había hecho saber directamente a través de un tal Grooch. En su habitación la esperaba un mensaje.

Polly lo leyó y quedó profundamente afectada. ¿Tan poco estimaba Mac a su hijo? Pues para él era su hijo, ya que ignoraba lo de Smiles. ¡Era monstruoso! Se ofendió tanto que esa misma tarde le dijo a su madre que quería ir al médico, que ella conocía uno que cobraba quince libras.

La señora Peachum quiso probar primero con quinina.

El primer día había que tomar tres cápsulas, el segundo, cuatro, y así hasta llegar a siete. No se debía sobrepasar esa dosis, pero tampoco interrumpir el tratamiento ni escupir el medicamento si se presentaban palpitaciones, zumbidos en los oídos y náuseas.

La señor Peachum se enteró de que ya no estaba en el primer mes y no quedaba nás remedio que ir al médico.

Y fueron inmediatamente después del té. El médico no pareció reconocer al Melocotón, quizá porque tenía muchísimas pacientes. Además, esta vez le tocó tratar con la madre y, para él, las pacientes eran aquellas personas con las

que discutía sobre sus honorarios. Sentado en medio de sus armas, se acarició la hermosa y suave barba, no del todo libre de bacterias, y dijo:

—Señora, permítame recordarle que lo que se propone usted hacer no está en consonancia con la ley.

Manejaba su voz tan hábilmente que la citada «consonancia» se convertía en una especie de música de las esferas. Pero la señora Peachum lo interrumpió con un seco y tajante:

—Sí, ya lo sé, cuesta quince libras.

Treinta años de convivencia con su marido y el abundante consumo de bebidas espirituosas le habían enseñado a conocer al ser humano.

—No sólo se trata de que cueste quince libras, suma que no sé de dónde ha sacado usted, por lo demás; la operación se sitúa en un plano más alto —repuso el doctor en un tono exageradamente solemne—, es «una cuestión de conciencia».

—Dice usted que la operación se sitúa en un plano más alto —replicó la señora Peachum—. ¿A qué altura?

—Digamos… unas veinticinco libras, mi estimada señora, pero sobre todo tiene usted que tomar una difícil decisión y preguntarse si está realmente dispuesta a destruir una vida embrionaria, es decir, si de verdad se trata de una necesidad imperiosa e incondicional, como lo es, por ejemplo, la de mis pacientes pobres, que sencillamente no pueden costear la manutención de un hijo, cosa que, si bien no justifica la intervención como tal, la hace humanamente comprensible, ¿verdad?

La señora Peachum lo miró con atención y le dijo:

—Se trata precisamente de una necesidad de ese tipo, señor doctor.

—En ese caso todo cambia —dijo el doctor al ver que la madre y la hija se ponían en pie—; les ruego estar mañana aquí a las tres de la tarde. Los honorarios se pagan en el acto, para evitar que le lleguen recibos a su casa, señora. A sus órdenes.

Las dos mujeres se fueron a comer una tarta. Como aún era muy temprano para volver a casa, se metieron en un cine.

Era uno de esos establecimientos pequeños y tristes que ofrecen películas en sesión continua. Tenía la forma de un pañuelo alargado, y la pantalla era minúscula. Una lluvia incesante diluía las imágenes, y los personajes se movían como agitados por el baile de San Vito.

La película se titulaba *¡Madre, tu hija te llama!*

En la escena inicial se veía a una dama todavía joven y muy distinguida preparándose para asistir a una velada. Con ayuda de su criada estaba

abrochándose un corsé larguísimo y colgándose varias libras de diamantes en las orejas y en el cuello. Después se admiró en un espejo de pared y entró en el dormitorio de su hija, una niña de unos tres años que yacía enferma en su camita. El médico, un hombre serio y barbudo, le estaba tomando el pulso junto a la cabecera. Luego intercambió unas cuantas palabras —al parecer muy graves— con la joven madre, que se rió frívolamente, abrazó un instante a la niña y se fue como alma que lleva el viento.

En medio del pasillo estaba, de pie, el narrador, un señor gordo.

—La frivolidad y la lascivia —dijo con una voz de bajo un tanto ronca— llevan a esa joven madre a abandonar a su hija gravemente enferma para precipitarse al vértigo de los placeres.

Luego apareció un salón extraordinariamente elegante y lujoso en el que se veía un gran grupo de damas y caballeros bailando.

—La crema y nata de la sociedad divirtiéndose por todo lo alto —explicó al mismo tiempo el bajo.

La joven madre hizo su entrada. Un criado de librea la anunció. Los caballeros se levantaron presurosos y pidieron champán. La joven madre se sentó en un túrgido sofá de terciopelo entre dos señores. De rato en rato se levantaba para bailar y volaba de brazo en brazo.

—Volando pasan las horas —explicó el narrador al público.

Luego volvió a verse la habitación de la niñita en la casa. La criatura empeoraba a ojos vistas. Sentada en su camita, estiraba los brazos hacia su madre ausente. De pronto se desplomó hacia atrás.

—¡Oh! —dijo el bajo—. ¡Se está muriendo, se ha caído hacia atrás! ¡Todo ha terminado!

Volvió a aparecer el salón de baile. Inclinada hacia delante, la joven madre bebía a sorbos el champán de una copa. De pronto, la pared del fondo del salón se volvió transparente y surgió la habitación de la niña. Transparente también, la pequeña muerta se levantó de la camita hasta quedar totalmente erguida. Tenía dos alitas en los hombros, pues ya era un angelito, y echó a volar hacia su madre joven y ausente, es decir, salió por la pared del fondo en dirección al salón y llegó hasta la mesa de mármol a la que estaba sentada la joven mujer, divirtiéndose. Al llegar ante la mesa, la niña cayó al suelo y se desvaneció.

—En una visión —dijo el narrador con voz de trueno— la aterrorizada madre ve a su hija, ya muerta, que se aleja para siempre de ella convertida en ángel. ¡Ah, qué conmovedor!

La joven madre se desmayó. Aún se la vio unos segundos en el vestíbulo, poniéndose velozmente un abrigo.

—¡Ojalá no sea demasiado tarde! —susurró la infeliz, y las manos le temblaron al abrigarse.

Después volvió a aparecer la habitación de la niña. La madre entró precipitadamente, cayó de rodillas junto a la camita y abrazó a su hija muerta retorciendo las manos. Todos intentan consolarla, pero al parecer no pueden mitigar su dolor ni los reproches que se hace a sí misma.

El bajo concluyó entonces con voz apagada:

«¡Muy tarde! ¡Muy tarde! ¡Ya dicha no habrá!
¡No te desesperes, que no volverá!».

Durante la función, las dos mujeres fueron compartiendo la emoción del público. En la caja se habían comprado un chocolate, pero a poco de iniciarse el melodrama ya habían dado cuenta de él. La película las fascinó.

Cuando la niñita murió sola, lejos de su frívola madre, Polly sintió un dolor punzante en el pecho. Le cogió la mano a su madre en la oscuridad. Las lágrimas bañaban los ojos se ambas mujeres cuando la pequeña muerta entró volando en el salón de baile, con sus bracitos estirados y sus claros rizos.

Salieron del cine profundamente conmovidas por aquella obra de arte.

—¡Lo que es *yo* no pienso llevarte allí mañana por la tarde! —dijo la señora Peachum con voz apagada en cuanto estuvieron en la calle. Polly tampoco lograba explicarse cómo así había querido sacrificar a su hijo. ¿No estaba actuando como aquella madre frívola y criminal en el salón de baile?

Sólo por la noche se recuperaron las dos de los efectos del arte. Caminando con medias de algodón, la señora Peachum entró en el dormitorio de Polly y, sentándose al borde de la cama, le dijo:

—No vayas a comer nada mañana al mediodía. De lo contrario vomitarás con la anestesia.

Polly vio la colección de armas del doctor durante toda la noche.

El señor Peachum estaba muy ocupado.

Aquella noche recibió al abogado White y a Fanny Crysler. Peachum había insistido en que su yerno le nombrase a la persona que juraría ante el tribunal que había habido adulterio. Tenía que ir sobre seguro.

Macheath había propuesto a una chica de la casa de citas de la señora Lexer en Turnbridge, y el gordo White la había llevado a la Old Oak Street.

Ella se expresó con toda franqueza, pero el señor Peachum se escandalizó y rechazó el testimonio. Dijo que jamás toleraría que su hija fuera humillada públicamente de esa manera, pero en realidad temía que el tribunal impugnara el testimonio de la prostituta.

Macheath tuvo un ataque de rabia.

—¿Con cuántas mujeres tendría que haberme acostado según la opinión y el deseo de mi suegro? —exclamó.

Sin embargo, aceptó nombrar a Fanny Crysler.

Aunque ya estaba en la dirección del banco, la quiebra de Peachum no le parecía aún deseable: ahora lo miraba como a un cliente. Y si ese cliente lograba llegar a un arreglo con su adversario sin verse obligado a retirar su dinero, mucho mejor para el banco.

La idea de divorciarse realmente de Polly cruzó aquellos días más de una vez por la mente de Macheath.

Frente a Grooch, con el que, indiscreto como siempre, discutió la presentación de Fanny Crysler como testigo, se expresó en los siguientes términos:

—Podrían ocurrir ciertas cosas que me separasen de mi esposa. En ese caso, lo más inteligente por mi parte sería propiciar una ruptura. Pero si ahora confieso mi relación con Fanny, ello no supondría, ni mucho menos, romper con mi mujer. Al fin y al cabo espera un hijo de mí y no puede ceder a cualquier capricho ni largarse por una tontería. Solamente razones de mucho peso podrían obligar a una mujer a abandonar a su marido en semejante situación. Ésa es la ventaja de que estén embarazadas. Sólo entonces se dan cuenta de lo que valemos. La naturaleza, Grooch, es muy astuta. Acaba consiguiendo lo que quiere. ¿Y por qué? Porque se las sabe todas.

Acurrucado en su colchón, Grooch fumaba y asentía con aire circunspecto.

—Sólo hay un caso en el que mi mujer podría tenderme una trampa —prosiguió Macheath pensativo—: *si aceptara renunciar realmente al niño que lleva dentro. Pero sería un acto de tanta sangre fría que después la ruptura me resultaría indiferente. Lo he dejado a su buen criterio, y no me he pronunciado ni a favor ni en contra. Con ello he querido darle a entender que es ella quien debe decidirlo todo. Es una prueba muy dura para Polly, una prueba de fuego. Y francamente no sé cómo se las arreglará para superarla. Ni siquiera sé si ya está todo decidido. En este momento ignoro si aún lleva al niño en su vientre o no. Me he guardado muy bien de preguntárselo. Aparento no preocuparme del asunto. Pero llegará un día en que le*

preguntaré: ¿dónde está tu hijo? ¿Qué has hecho con él? ¿Significaba tanto para ti que por nada del mundo te hubieras separadlo de él? ¿O quizá no? ¡Ese momento será el decisivo!

Grooch había vuelto a asentir con la cabeza, y en ese instante Mac creyó de veras en lo que estaba diciendo. Era algo muy suyo eso de dar instrucciones estrictas y responsabilizar luego a quienes las cumplían.

Y White acompañó a Fanny Crysler a casa de Peachum.

Éste los recibió de pie en su pequeño despacho.

Fanny se comportó con total naturalidad y, como siempre, dio una impresión de gran dama. Declaró estar dispuesta a hacerle al señor Macheath el favor que le había pedido. No estaba atada por ningún compromiso ni le preocupaba el «qué dirán».

—¡Alto ahí! —la interrumpió bruscamente Peachum—. ¿Debo entender que está usted dispuesta a jurar en falso por complacer al señor Macheath? La verdad es que no nos serviría de nada.

Fanny miró muy sorprendida al abogado, que a su vez clavó una mirada confusa en un rincón del mísero despacho. Ella era la única de los tres que estaba sentada y encendió un cigarrillo.

—¿Quiere que le diga —repuso— si realmente me he acostado con su yerno?

—Así es —corroboró el señor Peachum.

Ella se rió, pero no de forma desagradable. Luego se volvió hacia White:

—No sé si al señor Macheath le hará gracia que yo hable sobre esas cosas, White.

Suprimió adrede el tratamiento de «señor» para demostrar que socialmente se hallaban al mismo nivel, es decir, que ella era una de las clientas de White.

—Le haga o no gracia al señor Macheath —dijo Peachum amargado—, yo tengo que saberlo. Y mi mujer también, si no tiene usted inconveniente. Esto no es una broma.

Y abriendo la puerta de hojalata, llamó a su mujer a gritos.

Ésta no parecía haber estado muy lejos, pues llegó en seguida. Se quedó mirando a la visita con curiosidad, las manos cruzadas sobre el vientre. No era una dama.

—Te presento a la señorita Crysler —dijo Peachum señalando a la dama, que dejó inmediatamente su boquilla, pero mantuvo las piernas cruzadas y una sonrisa indefinida—. La señorita Crysler ha venido para comunicarme

que ha tenido relaciones íntimas con el señor Macheath hasta hace muy poco tiempo, o sea incluso después de su boda. ¿Verdad que sí?

—Así es —dijo la señorita Crysler ya muy seria esta vez. Y por cortesía hacia la mujer desconocida añadió como quien no quiere la cosa—: Yo dirijo uno de los negocios del señor Macheath y trabajo continuamente con él.

Luego se levantó, guardó su boquilla en el bolso, se despidió con una leve inclinación de cabeza y salió. White le abrió la puerta con una sonrisa de circunstancias.

Aquella noche Peachum durmió tranquilo por primera vez en varios meses. Quería organizar la entrevista decisiva con Coax para la mañana siguiente. Quería revelarle el desliz de Polly y a la vez el consentimiento de Macheath en cuanto al divorcio. Ya no hacía falta comprar los barcos de Southampton; el dinero para hacerlo estaba disponible, salvo la parte de Peachum.

Pero a la mañana siguiente, cuando Peachum se estaba afeitando para ir donde Coax, éste irrumpió en su casa y le gritó, agitando una carta en la mano:

—¡Oiga, caballero! ¿Quién se ha creído usted que soy? Intenta convencerme de que me case con su hija y se pasa meses organizándome encuentros con ella. De esta manera pretende asegurarse una posición privilegiada en nuestro negocio y me impide actuar contra usted como lo hago con los otros estafadores entre los que usted mismo se cuenta. Y esta mañana me entero de que su hija está casada hace ya tiempo y va a divorciarse, y de que su marido es un delincuente que, según me dicen, está preso. ¿Ha perdido usted el juicio, señor Peachum?

Con la cara llena de espuma de jabón y el brazo con la navaja en alto, Peachum estaba de pie ante un espejito que había colgado en la manija de la ventana. Los tirantes de sus pantalones le caían por detrás hasta el suelo. De pronto lanzó un gemido sordo.

—¿Es ésa su respuesta, caballero? —prosiguió Coax en tono gélido—. ¿Es eso todo lo que tiene que decirme? ¿Un gruñido? ¡Qué cara tiene!

Peachum bajó la navaja. Tenía una cara ordinaria, pero su dolor era tan grande en ese momento que casi parecía noble.

—Coax —dijo con voz apagada—. ¡Coax, cómo puede hablar así!

Y su expresión de dolor era tan auténtica que Coax se limitó a decir lo estrictamente necesario.

—Dentro de dos horas, Peachum, *dos* horas, deberá usted entregar el dinero para la CEB y me lo entregará a mí en mi despacho. Y que luego no lo

vuelva a ver, o dentro de cinco horas estará en la cárcel haciéndole compañía a su impecable yerno.

Y salió muy erguido, topándose con Polly y su madre, que habían acudido a toda prisa al oír el ruido. Cuando pasó junto a ellas, dijo en tono cortante:

—¡Buenos días, señora Macheath!

La señora Peachum se dirigió directamente al despacho, y al ver a su marido pálido junto a la ventana, supo lo que había ocurrido.

—Esperemos un poco más antes de ir al médico, Polly —le dijo a su hija un cuarto de hora más tarde.

Peachum se quedó de una pieza. Había contado firmemente con la concupiscencia del corredor de comercio. Y estaba tan seguro de ella porque a él, como buen puritano, le parecía inmunda. Había confiado plenamente en que Coax sacrificaría sus intereses materiales a su lascivia y por eso lo había despreciado. Pero lo había subestimado…

Tras la jugada de Coax, los acontecimientos se precipitaron vertiginosamente.

Peachum se dirigió a su banco y escuchó toda suerte de evasivas cuando quiso retirar sus depósitos. Receloso, pidió hablar con Miller, y viendo que lo hacían esperar, irrumpió sin más ni más en la oficina. En ese mismo instante entraba Hawthorne, presuroso, por la otra puerta. Una simple mirada al Siglo y medio y Peachum lo supo todo, o casi todo.

Una breve entrevista disipó sus últimas dudas.

Tendría que tratar con el señor Macheath si quería disponer de su dinero. Desde el día anterior el señor Macheath era el director gerente, aunque, eso sí, desde la cárcel.

Peachum dejó a los dos viejos y voló a la oficina de Coax. Ya eran las once.

Coax escuchó su informe en silencio, y luego le dijo en tono áspero:

—Le doy de plazo hasta mañana ál mediodía. Para entonces deberá tener el dinero o documentos que lo garanticen. Como usted dice, su yerno es el director del banco. Entrégueme ahora mismo el contrato con el gobierno y la declaración en la que Crowl y el *baronet* confiesan sus delitos y, por tanto, los de todos los demás.

Peachum volvió a salir y regresó con los documentos exigidos por Coax. Parecía estar en trance. Luego, de vuelta ya en su casa, se encerró en el despacho. No comió nada. A eso de las dos mandó buscar a Fewkoombey al hotel.

El ex soldado se veía bien alimentado, con la cara casi gorda. Sólo el color de su tez era enfermizo. Mientras Peachum hablaba con él, mirando como de costumbre hacia el escaparate falso, el cojo se quedó de pie, inmóvil, junto a la puerta de hojalata, sosteniendo la gorra entre sus gruesas manos.

Peachum le dijo en pocas palabras lo siguiente:

Que su fábrica había sufrido varios atracos y tenía que reducirse sustancialmente, por lo que él se veía obligado a poner en la calle a parte se su personal. Entre ellos también estaba él, Fewkoombey.

El señor Peachum se pasó un rato hablando del terrible problema de la desocupación:

—Soy perfectamente consciente de lo que significa poner al personal en la calle. Particularmente terribles son las consecuencias morales de este fenómeno. El típico desocupado suele perder muy pronto cualquier asidero moral Muy raras veces es capaz de mantener intactos sus principios éticos contra las influencias devastadoras del hambre y del frío. Su autoconciencia se quebranta. Se da cuenta de que él es una carga. Y en ese estado de ánimo se vuelve presa fácil de agitadores irresponsables que intentan convertirlo en enemigo del orden social Yo sé todo esto, pero ¿qué debo hacer?

Había, sin embargo, una posibilidad de que no tuviera que despedir de inmediato a parte de sus empleados, entre ellos a Fewkoombey. Por Londres circulaba un señor llamado William Coax, que llevaba en el bolsillo interior de su americana un documento sobre el que no tenía derecho alguno. Al tal Coax había que eliminarlo antes de la mañana siguiente. Tenían preparada una coartada para quien se encargase de esta diligencia y evitase así el despido de un buen número de empleados. En cuanto acabara su misión, esa persona tendría que ir a un sitio determinado y pasar en él la noche.

—Es un asunto de negocios —concluyó el señor Peachum filosóficamente *—. Es la continuación del mismo negocio con otros medios. Piense un poco en la guerra, usted que es soldado: cuando a los hombres de negocios se les acaba la cuerda, entra a tallar el soldado. Es cierto que en el mundo de los negocios empleamos por lo general otros métodos, más pacíficos. Lo cual sólo significa que hoy en día existen otras posibilidades, además de un cuchillo bien manejado, para conseguir lo que deseamos. Por desgracia, aún quedan excepciones*.

El soldado conocía al corredor de comercio Coax. Algunas veces le había llevado cartas.

La señora Peachum aún lo vio en el patio después de la entrevista.

Fue la última vez que lo tuvo ante sus ojos, y más tarde solía contar que le había parecido siniestro. De pie entre la ropa colgada, el hombre se había quedado un buen rato mirando a los perros sin acercarse a ellos, aunque no habían comido y estaban aullando de hambre.

—Sabe Dios qué pensamientos sanguinarios habrán cruzado por su mente mientras estaba allí —dijo sollozando.

Y en realidad no estaba pensando en nada que no fuera calcular cuánto podía valer aquel lugar protegido de la lluvia, mas no del frío, bajo la barraca techada con cartón alquitranado donde él había encontrado un refugio. Muy breve había sido el tiempo que pasó allí. No había podido acabar el medio tomo de la enciclopedia.

Cuando salió de la tienda de instrumentos de la Old Oak Street llevaba una navaja en el bolsillo trasero derecho del pantalón. Aún no había tomado una decisión.

Casi al mismo tiempo, la señora Polly Macheath mantenía una entrevista con el señor O'Hara en casa de éste.

La señora Macheath le contó en tono muy vehemente que acababa de encontrar en su habitación una carta de su marido donde éste le escribía que no tenía por qué intranquilizarse, pues jamás llegarían al divorcio (la palabra «divorcio» estaba subrayada); que llegado el momento acusaría simplemente al comisionista Coax de adulterio con ella: tenía un material muy comprometedor que demostraba a todas luces que Coax era un crápula. Ello le quitaría a éste, por muy inocente que fuese en este caso, cualquier interés en un pleito de divorcio.

Y le enseñó el papel, escrito presurosamente a lápiz.

O'Hara no pareció muy impresionado.

—¡Coax deberá comparecer como testigo! —repitió Polly indignada.

—¿Y qué? —preguntó O'Hara sin levantarse siquiera del sola, pues ya había comido y estaba leyendo el *Times*, concretamente la sección deportiva.

—¿Y qué? ¡Pues no me da la gana!

—¿Has cometido tú adulterio con él?

—Por supuesto que no.

—¿Entonces por qué no quieres que declare?

—Porque no. ¿No basta con esto? Y como no me da la gana, vale más que desaparezca antes del proceso.

—Si te he entendido bien, lo que quieres es que se lo carguen.

—Noj por supuesto que no.

Hubo una pausa en la que O'Hara reanudó su lectura.

—¿Entonces qué? —preguntó Polly—. ¡Deja ese periódico! ¿Qué manera es ésa de tratarme? ¡Te he hecho una pregunta!

—¡Ajá! —repuso O'Hara—. Pues muy bien. Que desaparezca. ¿Y qué pasaría si no desapareciera?

—En ese caso yo misma presentaría a un testigo con el cual he *cometido* adulterio —dijo Polly marcando cada silaba.

—¡Ajá! Conque tú misma presentarías un testigo…

—No tienes por qué sonreír así. No entiendes nada.

Yo jamás compareceré ante un tribunal público con un personaje tan ridículo como Coax. Si he cometido adulterio, que sea al menos con un hombre relativamente aceptable. ¿Has visto alguna vez a Coax? Es un chivo viejo, pero no un hombre como para cometer adulterio.

Tú tampoco es que valgas gran cosa, pero al menos tienes cierta presencia. La suficiente para un tribunal, en todo caso.

O'Hara se llevó una impresión más que desagradable. Su nada exigua experiencia con mujeres le decía que el motivo que aducía Polly para nombrarlo a él, O'Hara, en caso de necesidad, es decir, en caso de que el corredor de comercio no desapareciera, era decisivo para ella. Para él significaría, en cambio, la ruptura anticipada con su jefe Macheath, el fracaso de sus planes y, posiblemente, cosas aún peores. Conocía a Macheath desde la época en que todavía se llamaba Beckett Y no siempre había sido gordo y pacífico.

O'Hara dobló cuidadosamente el periódico y se levantó.

—Y ahora cierra el pico —dijo en tono grosero—, ya has cotilleado bastante. Puedes irte.

Había comprendido que ahora le tocaría pagar. Polly se fue para no irritarlo más. De acuerdo con la moda imperante, llevaba uno de esos sombreros grandes como ruedas de carreta, con plumas teñidas, un velo de tul, un parasol y un corsé que le marcaba el trasero. Iba muy emperifollada y se contemplaba en cada escaparate. Y de paso también veía qué hombres se fijaban en ella o la seguían. Se dirigió a la cárcel a ver a su marido.

Estuvo encantadora con Mac. Se sentó coquetamente en la litera, cruzó las piernas y se puso a taladrar agujeros en el aire con el parasol. Elogió a Mac por querer nombrar a Coax, pues así todo el proceso se iría al agua. Ella señalaría al comisionista con el parasol en presencia del tribunal y diría: ¿Pretenden ustedes que yo me haya acostado con este caballero? Y simplemente se reiría. De hecho se rió mucho cuando describió esta escena.

Mac permaneció sombrío. Miller, el del National Deposit Bank, había ido a verlo para contarle, alterado, la visita de Peachum al banco. El tal Coax significaba un serio peligro para Peachum y su fortuna. Y no parecía contentarse con Polly. Pero si Peachum no conseguía acabar con él, el banco cuya presidencia tantos esfuerzos le había costado acabaría explotando. Sintió dolorosamente la unidad de destino con su suegro, así como cierto deseo de hablar con él, tal y como hablaban otros yernos con sus suegros cuando el bienestar de la familia corría peligro.

Estaba demasiado nervioso para tener a Polly a su lado, y la despachó muy pronto. Pero ella no se fue sin haber sido besada.

Poco después tuvo una entrevista muy seria sobre Coax con su hombre de confianza, Ready. Era su mejor sicario.

El hombre enfermo muere

Entre tanto, Coax bajaba por la Harrow Street en dirección a los muelles de las Indias Occidentales. Peachum le había expresado el deseo de que su gente se manifestase contra la huelga. Les había puesto uniformes de soldado para que expresaran la indignación de los viejos combatientes ante la codicia de los obreros portuarios, que impedía a los soldados británicos llegar al escenario de la guerra. En la Old Oak Street había unas pancartas pintadas que decían: «¡Estáis impidiendo que nuestros camaradas vayan a combatir!» y «¡Mirad lo que hemos sacrificado!».

El corredor de comercio quería observar el jaleo. Peachum pensó que no aumentaría demasiado; lo importante era ponerse de acuerdo con los diarios para que lo inflasen un poco.

En el muelle de Limehouse Coax se encontró con Beery, quien parecía muy acalorado y le contó que Peachum había desconvocado la manifestación prevista esa mañana, aplazándola para después del almuerzo. Sin embargo, no había podido contactar a tiempo con todos los participantes, por lo que ahora probablemente se realizaría una manifestación parcial y bastante ridícula. Muy abatido, Beery se fue a salvar lo que aún podía salvarse.

Coax iba silbando. De modo que Peachum había hecho huelga al principio y ahora volvía a trabajar…

Cuanto más se acercaba a los muelles, más gente veía. Muchos se instalaban simplemente en las esquinas, pero un gran número se dirigía, como

él, hacia esa zona. Parecían esperar o haber visto algo. Preguntó y le dijeron que un grupo de soldados inválidos se estaban manifestando en los muelles.

El gentío se iba haciendo cada vez más compacto.

Era la hora del cambio de turno. Los obreros que todavía trabajaban tuvieron que irse de los muelles. Como hasta entonces no se habían producido incidentes violentos, no se creyó necesario alejar a los esquiroles en barcazas de los centros de trabajo. Tuvieron, pues, que pasar por entre las filas de los huelguistas.

Y, en efecto, llegaba un gran ruido de la zona de los muelles.

Un par de esquinas más abajo, el corredor de comercio se encontró nuevamente con Beery, quien se abría paso a contracorriente de la multitud que avanzaba hacia los muelles.

Los dos hombres permanecieron unos minutos juntos, estrujados por el gentío.

—*Al final se ha convertido en una manifestación considerable* —dijo el administrador de Peachum bastante excitado—. *De los nuestros sólo ha venido una tercera parte, pero se han presentado verdaderos inválidos de guerra, aunque no se lo crea. Todas las calles de abajo están repletas de auténticos soldados mutilados. Claro está que no contábamos con ellos. A los nuestros se les paga por manifestarse, lo que explica que acudan masivamente. Además, no han visto nada de la guerra. Pero los que participan ahora son soldados de verdad que acusan a los obreros portuarios de no querer sacrificarse demasiado por la patria. ¿No oye cómo rugen? ¡No son los obreros contra los esquiroles, sino los soldados heridos ya en más de una ocasión que arremeten contra los huelguistas! Al principio queríamos contratar inválidos de verdad. El señor Peachum creta que, dada la exigüidad de sus pensiones y la miseria en que vivían, harían cualquier cosa por cuatro peniques, incluso una manifestación en favor de la guerra. Pero luego descartamos este plan porque nuestra propia gente nos inspiraba más confianza. ¡Y ahora vemos lo erróneo que hubiera sido pagarles algo! ¡Lo hacen de balde! ¡Jamás valoraremos suficientemente la estupidez de la gente! ¡Esos tipos sin brazos, sin piernas y sin ojos siguen siendo partidarios de la guerra! ¡Toda esa carne de cañón cree que es realmente la nación! ¡Es fantástico! ¡Con ellos aún se puede hacer mucho, créame! Nosotros también tenemos uno así un tal Fewkoombey, que sólo tiene una pierna. Pero nunca hubiéramos creído que haría algo semejante. Y eso que él ya ha conocido la paz, mientras que los de ahí delante al parecer todavía no. ¡Es para morirse de risa! Pero no me canso de repetir: hay que hacer la guerra, porque las*

posibilidades de hacer negocios con ella son enormes. La guerra hace aflorar una serie de instintos que nunca hubiéramos sospechado en la gente, y que basta con saber explotar para hacer cualquier tipo de negocio sin capital. ¡Es francamente grandioso!

La multitud los separó.

En filas de ocho y diez, llenando por completo la calzada y rozando a su paso a los entusiastas pegados a las paredes de las casas, los manifestantes marchaban entonando canciones patrióticas, con la mirada fija ante ellos. Eran todos —unos más, otros menos— mutilados. Algunos renqueaban apoyándose torpemente en sus muletas, pues hacía poco que las tenían. Por ahí flotaba una pernera vacía. Otros llevaban un brazo en cabestrillo y la chaqueta colgando sobre los hombros. A la luz crepuscular, los vendajes blancos y sucios parecían banderas. Había incluso ciegos de guerra en ese increíble cortejo, guiados por otros que creían ver bien. Eran señalados entre el público como trofeos conquistados. Otras víctimas rodaban en carritos porque habían dejado sus piernas sobre el altar de la patria. El público les hacía señas desde las aceras y les gritaba bromas alusivas a sus defectos físicos; ellos respondían riendo. Cuanto más destruidos iban aquellos despojos, más enfervorizaban al público con su patriotismo. Llegaban incluso a la competencia desleal entre sí. Pues ¡cómo podía competir un manco, por ejemplo, con un hombre que había perdido las dos piernas!

Toda esa horda avanzaba metida hasta las rodillas en la inmundicia de Poplar, y con sus últimas fuerzas intentaba llegar a las horribles chabolas de Limehouse, profiriendo cánticos de guerra y apestando el aire con olor a carbol y aliento famélico.

Entre los uniformados marchaban, marcando el paso con ellos, grupos de civiles, en su mayoría señoritos bien vestidos que no querían perder esa ocasión de demostrar su patriotismo.

Pero todos deseaban que los barcos estuviesen a punto lo antes posible para cargarlos con carne fresca: gente ilesa con sus dos brazos y piernas y un par de ojos sanos. Aquellos parias mutilados e inservibles deseaban ante todo y con urgencia multiplicarse. La miseria posee un poderoso instinto de reproducción.

Corrió la voz de que los manifestantes se dirigían en ese momento hacia el Ayuntamiento para exigir que la policía actuase con firmeza contra los huelguistas.

Coax se encaminó a su casa. Ya había oscurecido del todo. El otoño se hacía sentir.

Aún quedaban grupos aislados que comentaban lo ocurrido. En general, los vecinos del barrio estaban, como es natural, en favor de los obreros. Sus sospechas se aproximaban bastante a la realidad de las cosas. Aparentemente no pertenecían a ese «pueblo de Londres» del que hablaban los grandes periódicos.

El corredor de comercio aceleró el paso. Estaba algo intranquilo, como siempre que asistía a manifestaciones o se enteraba de ellas. Entró en una tabernucha sucia y maloliente y se pidió un *whisky*. Lo encontró abominable y pensó: «¡Esta gente tiene un gusto espantoso!».

Cuando salió a la calle, tropezó con un hombre que masculló algo entre dientes y se alejó a toda prisa. Un ruido seco y continuado le reveló que tema una pata de palo.

El tropezón asustó a Coax. Se le ocurrió que podrían asaltarlo por ir tan bien vestido.

«En realidad es inconcebible», pensó, «que no nos maten allí donde nos encuentren. Después de todo, no somos muchos. Si yo confiara en Peachum para que me defendiera, sin duda acabaría mal parado. Y tampoco me jugaría el pellejo por él. Pero lo peor es que la gentuza de estos barrios no tiene el menor respeto por la vida humana. Piensan que cualquier vida vale tan poco como la suya, a lo cual se añade el odio que sienten por toda persona bien situada, porque es intelectualmente superior a ellos».

Al llegar a la esquina siguiente sintió pasos detrás de él, se volvió y recibió un fuerte golpe en la cabeza. Se derrumbó sin decir esta boca es mía.

Cayó sobre el adoquinado, intentó arrastrarse hasta la pared de una casa, recibió un segundo golpe y se quedó tumbado hasta que lo encontraron unos policías, que lo levantaron y se lo llevaron a la comisaría. De ahí lo trasladaron al depósito de cadáveres, donde tres días después fue identificado por su hermana. Ésta lo hizo enterrar en el cementerio de Battersea, donde una estela funeraria que reproduce una columna truncada lleva la inscripción: «William Coax, 1850-1902».

Fewkoombey se pasó toda la tarde siguiendo al corredor de comercio. Después de la siesta lo vio salir de su domicilio, como le había dicho el señor Peachum. Al poco rato observó que también seguían a Coax otras personas.

No tenía ningún plan de acción determinado. El encargo no le hacía la menor gracia. Pero ya estaba en marcha y había que seguir adelante.

Los pocos meses de vida tranquila y buena alimentación en la Old Oak Street lo habían corrompido, y más aún los días que pasó en el hotel del

puerto. Ya no quería regresar a la fría nada de las calles, de la que había surgido, y menos aún ahora que se acercaba el invierno.

Varias veces había estado cerca del comisionista en medio de la multitud, pero no sintió deseos de hacerle nada.

Mientras Coax estaba en la taberna, el soldado perdió incluso su navaja. Había estado haciendo muescas en la madera de la barandilla a la que estaba apoyado, cuando la navaja se le cayó en la cuneta. Quiso bajar a recogerla, pero vio que el comisionista salía del bar y atravesó corriendo la calle.

Cuando tropezó con él frente a la taberna, se asustó como si fuera Coax quien planease asesinarlo y no al revés.

Y prosiguió la persecución.

Fewkoombey advirtió entonces claramente que en ella participaban dos personas más, como mínimo. Caminaban guardando cierta distancia entre sí, pero reaparecían en cuanto las calles volvían a vaciarse.

Una vez perdida su navaja, a Fewkoombey ya no le quedó posibilidad alguna de liquidar al corredor de comercio; pero no pensó en ello. Continuó su marcha hablando consigo mismo.

«*Fewkoombey, tengo que despedirlo*», se iba diciendo para sus adentros. *«Ya no lo necesito. Seguro que me preguntará: ¿y ahora qué hago? Y yo tendré que decirle: no lo sé. Sus posibilidades son muy modestas. Antes de venir a verme usted intentó ser mendigo. Se dijo a sí mismo: ha perdido usted un pie. Y sin ese pie no podrá ejercer ya ningún oficio que lo mantenga. Confiaba usted en que todos los albañiles, embaladores, repartidores, carreteros y qué sé yo, en fin, que los transeúntes estarían muy compungidos al ver que usted ya no podrá cargar argamasa, ni embalar muebles, ni arrear jamelgos, y que ellos, emocionados por su suerte, compartirían, su pan con usted. ¡Grave error! ¿Sabe qué diría esa gente si creyera que vale la pena —o la infamia— dar alguna opinión sobre su caso? Dirían: ¿Qué? ¿Se da de baja? ¿Uno que se da de baja? ¿Qué importa la baja de uno si quedan mil más? ¡Eso no arregla nada! ¡Si se dieran de baja mil! ¡Si nuestros empleadores tuvieran que preguntar por todos lados dónde hay alguien que les cargue los muebles! ¿Sabe usted cuántas cosas se hacen para eliminar gente del proceso de producción? Muchas de las cosas que, en general, suelen hacerse, Fewkoombey. Ése es, precisamente, el trabajo principal de la mayoría de la gente. Uno no vive de querer arrastrar muebles, sino de no querer arrastrarlos y ser solicitado, rogado y pagado para hacerlo. Pero para eso tendríamos que ser muy pocos, pues si somos demasiados comienzan los líos y las marranadas. Ahora estás fuera, amigo. Y haces bien*

en empezar a ser algo más simpático. ¡Aunque tampoco demasiado! Por eso podemos suponer, Fewkoombey, que usted goza de la simpatía general, que nadie lo perseguirá directamente si se queda tranquilo. Y eso, tal como están las cosas actualmente, ya es muchísimo. Pero ¿cree usted que deberían compadecerlo? ¡Oh santa inocencia! ¿Los que pasan por el puente de Battersea deberían compadecerlo? ¿Esa gente curtida y endurecida de Battersea, capaz de soportar cualquier miseria, incluida la de usted? ¿Cuánto cree que cuesta estar bien curtido y medianamente endurecido? No es algo connatural al hombre, sino que debe adquirirse. ¡El hombre no nace carnicero! ¡Observe usted estos instrumentos masticatorios! ¡Los suyos, si gusta, en el espejo! Yo le digo que una cuarta parte de esas mandíbulas bastaría para triturar los alimentos. Pero antes de masticar hay que morder, ¿y cuántas de estas mandíbulas serían, en su opinión, lo suficientemente fuertes para dar ese mordisco tan importante y decisivo que derribará, dominará y matará a la víctima? Muy pocas, señor, muy pocas. ¿Le falta a usted un pie? ¿No tiene nada más que ofrecer? ¿Que tiene hambre? ¿Y eso es todo? ¡Qué poca vergüenza! Es como si alguien, en la calle, quisiera atraer la atención general porque es capaz de pararse en un pie. ¡Hay miles que pueden hacerlo! Lo que se ofrece es totalmente distinto. ¿Es usted infeliz? Pues sufre usted bajo la desgracia de los más desgraciados. Y eso lo hace incapaz de resistir la competencia. ¡La competencia, caballero! ¡Sobre ella reposa nuestra civilización, por si aún no lo sabe! ¡La elección de los más hábiles! ¡La selección de los más aventajados! Pero ¿cómo podrían ser más aventajados si no hubiera nadie a quien pudieran superar? Gracias a Dios que existe usted, pues se le puede superar. Sólo podemos concebir la evolución de todos los seres vivos de este planeta a partir de la competencia. ¿Cómo habría, si no, una evolución? ¿De dónde habría surgido el mono si los saurios no hubieran sido incapaces de competir? Porque fíjese: a usted le falta una pierna, y eso puede demostrarlo en caso necesario (aunque también hace falta otra persona dispuesta a aceptar su demostración. ¡Quizá no había pensado en esto!). Pero aún le queda la otra pierna, ¡y la tiene entera! ¡Y los brazos! ¡Y la cabeza! No, no, mi estimado, la cosa no es tan simple, ahí no hay selección posible. ¡Eso no es otra cosa que comodidad, raza de mala calidad y renitencia! ¡En realidad es usted un parásito! Sin que eso le beneficie, con su simple existencia perjudica usted a todos los demás, a los más capaces y a los más miserables. ¿Qué hacer con tantos desgraciados?, se pregunta la gente. ¿Cómo ayudarlos? ¿Por dónde empezar? Una cosa es clara: cuanta más desgracia hay en el mundo, menos falta hace preocuparse

por ella. ¡Es algo ya prácticamente general! ¡El estado natural! ¡El mundo es desgraciado exactamente como el árbol es verde! ¡Acabemos de una vez con usted!».

Estaba oscureciendo.

Durante este soliloquio el soldado se había ido enfureciendo. Al llegar a una esquina se puso a pensar cómo podría atacar al comisionista. En ese mismo instante observó desde su esquina cómo un hombre delgado, envuelto en un havelock, se acercaba por detrás y a pasos rápidos al corredor de comercio y le arreaba un golpe en la nuca con un saco de arena o algo parecido y de gran peso. Fewkoombey se asustó, pero vio cómo el agredido se incorporaba de pronto sobre la acera e intentaba llegar a gatas hasta la pared de la casa vecina, al parecer para apoyarse en ella. El soldado se lo quedó mirando fijamente unos instantes. Luego atravesó la calle a toda prisa hasta llegar junto al herido, que aún seguía arrastrándose.

Lentamente deslizó la mano en el bolsillo de su chaqueta y después en el del pantalón, pero no halló ni sombra de la navaja, como había esperado. Con una expresión casi de asombro miró su mano vacía. Luego, apoyándose en la pared y mirando fríamente al hombre que ahora había girado y se dirigía jadeando hacia la calzada, empezó a desabrocharse la pata de palo, sujeta con una correa de cuero. Cuando por fin se la quitó, y, dando saltitos sobre su pierna sana, le golpeó con ella la espalda y la cabeza al hombre que no se volvió a mirarlo, exclamó, sin duda pensando aún en el esfuerzo que suponía quitársela: «¡Maldita pierna!».

Capítulo decimocuarto

El hombre fuerte combate

Estaba Polly cosiendo ropa infantil con su madre en su cuartito color rosa cuando Beery, entreabriendo la puerta, le dijo que su padre quería hablar con ella.

Bajó en seguida, con el hilo y la aguja aún entre los dedos.

El señor Peachum se había puesto un traje dominguero y le dijo que quería visitar con ella unos cuantos almacenes B.

Bajaron por la Old Oak Street en dirección al centro. Era un día soleado de finales de otoño. El follaje de los árboles estaba amarillo, y por el canal Botaban castañas.

Peachum no abrió la boca, pues no tenía nada que hablar con su hija. Pero ella interpretó ese paseo a dos como una señal favorable, y como hasta los barrios más míseros resultan amables en el aire diáfano y dorado del otoño, se puso de muy buen humor.

Aún no había oído nada de O'Hara. El señor Coax no había vuelto a presentarse por la Old Oak Street Polly encontró a su padre mucho más calmado que de costumbre. Parecía haberse producido una ligera distensión.

Al llegar a Back Street entraron en el primer almacén. Una mujer alta vendía batería de cocina y herramientas. Conocía a Polly y respondió, por tanto, a las preguntas de Peachum, aunque de mala gana.

Contó que recibían remesas muy reducidas, y que si su marido no hiciera trabajos de hojalatería ni reparase herramientas de jardinería y lámparas, ya se habrían muerto de hambre hacía tiempo. Pero ahora les habían prometido entregarles regularmente artículos de hojalatería.

El alquiler lo pagaban ellos solos, añadió, pero se habían retrasado. No eran los primeros que administraban ese almacén; antes había habido otros que dejaron todas las instalaciones a cambio de que sus sucesores pagasen los alquileres atrasados.

—Todo está empezando —le explicó Polly a su padre cuando reanudaron su caminata—. Las tiendas apenas tienen medio año de existencia, y el arresto

de Mac ha sido un golpe muy duro para esta gente. Pero las cosas van mejorando gradualmente. Los que aguanten, saldrán adelante.

Peachum no respondió nada.

Recorrieron varias calles en silencio, uno junto al otro.

El segundo almacén que visitaron tenía anexo un taller de zapatería. Había en él media docena de niños, los mayores de los cuales ya trabajaban.

Dijeron que recibían cuero en cantidad suficiente, incluso en aquel momento. También durante la peor época, cuando los demás almacenes se habían pasado semanas enteras sin recibir nada, a ellos les llegaban pequeñas remesas de cuero. Pero había muchos desechos, y como las piezas se valoraban según la medida, tenían que pagar también los retales.

El marido, por desgracia, se había enfermado. Además, la luz era muy cara en el agujero donde trabajaban, y tenía que estar encendida todo el día.

—De todas formas, esto es mejor que la fábrica —dijo la mujer—. Allí no puedes hacerte ningún extra.

Peachum asintió con la cabeza y preguntó si los precios del calzado los fijaba la empresa que suministraba el material.

La respuesta fue que sí, y que eran demasiado bajos.

Ya nuevamente en la calle, Peachum le preguntó a su hija:

—¿Presentará cuentas esta gente?

Según Polly, no recibían nuevas remesas de mercadería mientras no liquidaran las anteriores. Le preocupaba que los almacenes no acabasen de gustarle a su padre, pues éste no decía palabra.

En el tercer almacén casi no pudieron hacer preguntas, porque el tendero empezó a hablar en seguida de los disturbios en los muelles.

—*¡A todos esos comunistas habría que colgarlos!* —dijo—. *Le rompen a uno las ventanas como si a los fabricantes nos regalasen los cristales. Nos odian porque ellos no tienen nada y nosotros tenemos algo. Como no logran salir adelante, no quieren que nadie prospere. Cualquier habilidad deberá ser silenciada, y el mejor no tiene por qué vivir en otras condiciones que el inútil ¡Esos son los verdaderos anticristos! Y en esta casa también hay unos cuantos. No beben una sola gota, pero hacen cosas peores. Quisieran quitarle a uno todo, incluido el taburete de debajo del trasero, si pudieran. ¡Como si fuera poco todo lo que tenemos que luchar! Una sola cosa no debió hacer el señor Macheath: meterse con el judío Aaron. ¡Ahora verá lo que es bueno!*

Mientras el tendero hablaba, Peachum inspeccionó la tienda. En unas toscas cajas de madera con cristales se veían relojes baratos. Sobre todo

vendían despertadores. Pero también había tabaco y tejidos de punto. Sobre la puerta se leía: «Artículos diversos».

La pareja que administraba el almacén tenía un aspecto muy poco saludable. El marido era ya el tercer administrador de esa tienda, el tercero que intentaba mantenerse a flote. A juzgar por su aspecto y el de su mujer, el intento debía de ser bastante fatigoso.

El marido tenía una actitud servil que no cuadraba para nada con su imponente figura. La mujer guardaba silencio y miraba con aire sombrío.

—Todos los almacenes son más o menos como éste —dijo Polly un tanto deprimida cuando estuvieron en la calle—. ¿Quieres seguir viendo otros?

Haciendo parte del trayecto en un ómnibus con imperial, visitaron aún otros almacenes.

Ante uno de ellos se detuvo Peachum a mirar la acera con cara impenetrable. Sobre ella, el tendero había dibujado con tiza a un señor muy elegantemente vestido y con bombín, así como una lista de sus precios rebajados. Peachum conocía esa técnica.

Un joven de pelo rubio les dijo desde detrás de un mostrador donde había varios trajes:

—¿Sabe una cosa? ¡Aquí *se gana* dinero! El volumen de ventas no es nada despreciable. Si volvemos a recibir mercadería barata, nos dejan subir un poco los precios y la gran competencia no nos hostiga, aún podremos seguir tirando. No en vano nos levantamos a las cinco de la mañana y no nos acostamos antes de las diez u once de la noche. Y eso *se empieza a notar* a la larga, ¿no le parece?

En otro almacén se estaban mudando justo cuando ellos llegaron.

Los que se iban habían retrasado su salida hasta el último momento. Aún seguían con sus hijos y sus muebles en el minúsculo local enjalbegado, cuando los nuevos inquilinos ya estaban fuera descargando sus trastos del carro.

Los niños aullaban y recibían bofetones de sus indignados padres. Los nuevos inquilinos entraron con un niño tranquilo. Eran gente alta y pacífica. La mujer hizo una serie de preguntas sobre el precio del gas y la humedad del local.

Los que se iban comenzaron a hilvanar quejas ante las que los nuevos no ocultaban su incomodidad. Habían cometido un fallo al empezar haciendo preguntas y no querían oír nada más. Pero la familia seguía desembuchando con total desparpajo.

—Por supuesto que no hay que tomar en serio lo que dicen —explicó el nuevo tendero a Polly y a su padre con la cara un tanto enrojecida—. Están amargados. Ahora todos son culpables de su desgracia, excepto ellos mismos.

Y la mujer dijo en tono despectivo:

—Son gente para trabajar en una fábrica. Se van a Lancashire, a las hilanderías. Ese tipo de gente no debería montar negocios independientes. La fábrica es lo suyo.

Pero se quedó mirando preocupada la gran mancha de humedad que la otra mujer le había señalado con gesto triunfante. Cuando alquilaron el local había un armario delante…

Polly y su padre se retiraron cuando aún no se había acabado el jaleo. Volvieron a casa.

Polly ya no siguió hablando porque pensaba que era inútil. Sin embargo, antes de llegar a la casa aún dijo que esa gente conservaba su independencia y sabía valorarla. No querían que nadie los mandase y preferían trabajar hasta la medianoche.

No sabía si su padre la estaba escuchando. Pero lo cierto es que él la seguía con toda atención.

Al día siguiente se dirigió Peachum al National Deposit Bank, donde estuvo varias horas trabajando con Miller. Poco pudo decirle éste sobre las relaciones entre Macheath y Aaron. Pero Peachum había comprendido hacía rato que sólo su yerno estaba en condiciones de salvar el banco. La manera como se había apoderado de él tenía ya cierta gracia.

En líneas generales, Peachum se llevó una buena impresión de los almacenes B. La organización no era mala. Así se le podía sacar mucho a la gente.

Polly había temido innecesariamente que la miseria de los almacenes pudiera desagradar a su padre. Éste sabía de sobra que el bienestar no es sino el reverso de la pobreza. Pues ¿qué es el bienestar de uno sino la pobreza de los demás?

«*Detesto a los que pretenden arreglar el mundo* —solía decir con frecuencia—. *Aún recuerdo el escándalo que un día armaron los periódicos diciendo que los “slums” no eran habitáculos dignos de un ser humano debido a la falta de higiene. Demolieron entonces un barrio entero y trasladaron a los habitantes a unas casas preciosas, bien construidas e higiénicas en Stokton-on-Tyne. Llevaron una estadística muy rigurosa y cinco años más tarde comprobaron, al comparar sus datos, que la mortalidad en los “slums” ascendía a un 2 por 100, mientras que en las nuevas casas era de*

un 2,6 por 100. Se sorprendieron muchísimo. Pero resulta que las nuevas casas costaban entre cuatro y ocho chelines más por semana, y los habitantes tenían que ahorrárselos de la comida. ¡En eso no habían pensado nuestros filántropos y salvadores de la humanidad!».

El talento de su yerno impresionó a Peachum. Alzando a ratos la mirada de los contratos y fijándola en la ruina Miller, se preguntaba si la animadversión entre ambos no sería simplemente la habitual entre generaciones. Lo había subestimado, considerándolo un delincuente. Pero era un hombre de negocios muy trabajador y con una gran visión de las cosas.

Esa misma noche fue Peachum a ver al abogado Walley en su domicilio particular.

Conversaron en un lujoso salón de paredes ricamente estucadas y piso cubierto de alfombras exóticas. En un rincón, cerca del gigantesco escritorio, había plantas de hojas gruesas en macetas esmaltadas de gris.

—¿Viene usted por lo del divorcio? —le preguntó Walley con cierta frialdad—. Francamente, la idea de este proceso no me hace ninguna gracia. El adulterio del señor Macheath es algo comprobado y admitido. Nombrar al señor Coax —uno de sus socios, si no estoy mal informado— como testigo del adulterio de su hija es, claro está, una artimaña; pero mucho me temo que de esa manera se sacarán muchos trapitos al aire.

—¿Quién ha nombrado al señor Coax como testigo? —preguntó Peachum asombrado.

—El señor Macheath, hace unos días.

—Ajá —dijo Peachum lentamente—. Pues el señor Coax ha desaparecido hace dos días. Anteayer no regresó a su casa. Su hermana, con la cual vivía, parece estar muy preocupada. Por desgracia, Coax tiene ciertas inclinaciones que lo llevan a codearse con la escoria de la sociedad, por lo que su ausencia despierta las peores sospechas. En otras palabras, temo que ya no tendremos que preocuparnos más de Coax.

—¡Ah! —fue todo lo que dijo Walley al tiempo que escrutaba a su interlocutor con la mirada, como si no lo hubiera entendido muy bien.

—He roto todo vínculo comercial con el señor Coax —prosiguió Peachum—. En Southampton asistí a una escena que me abrió los ojos. Permítame ahorrarle la descripción de los repugnantes detalles que se ofrecieron a mi vista y por poco me provocan náuseas. A partir de ese momento el hombre perdió toda fiabilidad moral para mí.

Luego dejó de lado el tema Coax y contó, con expresión impenetrable, que su hija estaba esperando un hijo de su marido, lo que cambiaba

totalmente las cosas. La posibilidad de un divorcio quedaba así descartada.

El abogado pareció muy aliviado. Peachum siguió hablando con su habitual aspereza. Se informó sobre la situación actual y el probable desenlace del proceso de su yerno. Dio a entender que ahora estaba interesado en una solución favorable.

El abogado jugaba con un abrecartas en forma de cuchillo.

—Señor Peachum —dijo—, aunque usted me ahorque, le diré que su yerno acabará absuelto y no quedará ni la sombra de una sospecha. ¡Créame! ¡No olvide que tiene una coartada!

—Muy bien —dijo Peachum intentando levantarse.

—No tan bien —repuso Walley indignado—. Si no encuentran un asesino, la absolución aún puede tardar un buen tiempo. Querrán comprobar la coartada. No, mi estimado Peachum, nosotros también tendremos que arrimar el hombro.

Se retrepó en la silla y cruzó sus manitas sobre la barriga.

—Mi estimado Peachum —dijo dándose importancia—, a usted le interesa y debe interesarle el total esclarecimiento de las circunstancias que provocaron la muerte de la señora Swayer. Creo que fue White quien defendió en la audiencia ante el jurado de acusación la tesis de que la Swayer, teniendo en cuenta su situación económica, no necesitaba ningún asesino para irse de esta vida. Y, en efecto, las cosas le iban lo suficientemente mal.

Walley hablaba cada vez más despacio, como buscando una transición. Paseó la mirada por el señor Peachum, que seguía ahí sentado con sus huesudas manos entre las rodillas, y haciendo un esfuerzo evidente reanudó su discurso.

—Lamentablemente —dijo con firmeza—, esta interpretación resulta insostenible a la luz de los hechos recientemente descubiertos.

Walley se levantó y empezó a recorrer a grandes pasos las gruesas alfombras que le había deparado su facundia.

—Señor Peachum —dijo luego con aire importante y sin dejar de caminar —, últimamente había un hombre que solía frecuentar la tienda de la difunta Mary Swayer y que estaba incluso en peor situación que ella, un soldado apellidado Fewkoombey. Durante la vista compareció ante el gran jurado en calidad de testigo y declaró haber estado con la señora Swayer la noche del crimen y haberla acompañado hasta el muelle.

El abogado hizo una pausa. Se detuvo bruscamente junto a Peachum, lo miró fijamente y añadió con toda calma:

—Allí habló la última persona que vio a la muerta, y a ninguno de los que la escucharon se le ocurrió pensar en algo tan evidente. ¡A tal punto cegaba a los testigos, en su mayoría gente de origen humilde, el odio que sentían hacia un hombre socialmente superior a ellos! El soldado acompañó además hasta la redacción de *El Espejo* a la desdichada Swayer, que probablemente apenas era dueña de sí misma a esas alturas. Hay pruebas, *tiene que* haber pruebas —testimonio de vecinos o qué sé yo—, del influjo demoníaco que aquel individuo ejercía sobre la desdichada Mary. Se había enquistado en el acogedor nido en que vivía ella, mientras el marido de la Swayer, también él un soldado, es decir, un camarada de Fewkoombey, se hallaba en el frente. ¡Un hombre, pues, que sentía un placer especial en seducir a la mujer de un camarada, y todo eso se llevaba a cabo en una habitación minúscula y en presencia de los niños! Cuando barruntó la inusual amistad y el cariño paternal que el señor Macheath demostraba tener por la más insignificante de sus colaboradoras, debió de estar día y noche detrás de la mujer, insistiéndole en que aprovechase tan rara oportunidad. Y puede ser que ella, hasta entonces una mujer decente y honrada, se negase, presa de la vergüenza, a chantajear al gran hombre de negocios; y puede que en aquel muelle nocturno se produjera una escena… en cualquier caso, tendremos la declaración de un obrero portuario que, paseando por allí aquella dudosa noche, hacia las nueve y cuarto vio venir a Fewkoombey de la zona del muelle exterior. ¡Señor Peachum! (Aquí el abogado alzó la voz). El mismo criterio que nos impide creer que el pudiente banquero Macheath haya podido asesinar a la tendera Mary Swayer, nos sugiere precisamente que el asesino debió de haber sido el ex soldado Fewkoombey, un hombre carente de moral y de recursos. Es el criterio que se funda en el grado de cultura de una persona. El oficio de guerrero, que lleva al hombre culto e imaginativo a superarse a sí mismo y realizar las más nobles proezas, despierta en el individuo inculto y primitivo los más bajos instintos. Le atrae el lucro en cualquiera de sus formas. El mero placer de matar lo empuja al asesinato. Para él no existe esa competencia franca y activadora de todas las energías, ese afán de ascender y esa infatigable ambición de dar lo mejor de sí mismo que distingue a los estratos cultos de nuestra sociedad. Lo poco que aprende en la escuela no influye decisivamente sobre él; en general es sólo el calor de la estufa lo que le lleva a ir al aula, cuando no el temor a las palizas que le arrean en su casa. No consigue ganar dinero, es demasiado tonto para ello. Y si gana algo, en seguida se le va de las manos. La indemnización que recibe del ejército se le esfuma y muy pronto se queda sin nada. Usted lo sabe mejor que nadie, señor

Peachum: Londres no es precisamente un jardín de la infancia para los que andan con los bolsillos vacíos. Nuestro hombre intenta mendigar, pero fracasa, quizá porque no es lo suficientemente simpático. Y de pronto se encuentra en ese estado de ánimo en que la menor perspectiva de hacer dinero le quita todas las inhibiciones. ¡*Tendrá que* matar, si eso le permite hacerse con unos cuantos chelines! La naturaleza, que reparte desigualmente sus dones, así como el entorno y la educación, tienen su parte de culpa en todo esto: ¡no pretendamos negarlo!

El abogado alzó unos momentos la mirada, fijándola en la araña de cristal que colgaba del techo.

—Ya oigo su objeción —prosiguió en voz baja— de que la Swayer era una persona muy pobre, francamente indigente, que apenas llevaba unos cuantos peniques consigo. Ya le he explicado que yo creo en la posibilidad de una escena, de un intento, que fue demasiado lejos, por ejercer presiones sobre el comportamiento de la desdichada Mary. ¡Pero también puede haberse tratado sólo de esos pocos peniques! ¡*También* esto es posible! ¿Cómo? ¿Una vida humana por cuatro peniques? ¿Será posible? ¡Señorías! (Arrebatado por su propia locuacidad, el abogado se olvidó de que estaba en su casa). Una simple mirada sobre nuestra ciudad nos revela cosas terribles e increíbles: ¡sí, es posible! ¿Qué son para ustedes, caballeros, unos cuantos peniques? ¿Qué son para ustedes unas cuantas libras? ¿De qué debería tratarse para que *ustedes.*…?, no quiero desarrollar la idea. ¿Saben lo que es una noche bajo los puentes? ¡Ahórrenme la descripción!

De pie, con las manos apoyadas en el respaldo de la silla, el abogado estaba a dos pasos de Peachum. Inclinó la mirada hacia él y concluyó tranquilamente su discurso con aire un poco ausente, como si estuviera memorizando en la región occipital los puntos básicos de su extraordinaria improvisación para la defensa oral:

—Resumiendo: lo que hubiera podido llevar a Mary Swayer al suicidio, su miserable situación material, incitó al soldado Fewkoombey, aún más pobre que ella, a matarla. Pues cuando tengo que buscar al autor de un delito, siempre me pregunto: «¿Quién tenía necesidad de este delito? Aquel que lo necesitaba, señorías ilustrísimas, es quien lo ha cometido».

Y la primera autoridad en el ámbito de la miseria lo escuchaba dándole su aprobación.

La batalla en los muelles
de las Indias Occidentales

Impávido lucha el barco entre las olas
de la noche tempestuosa.
¡Qué tétrica aquella campana!
Negros arrecifes oculta el oleaje,
y todos ellos con el mar
por su patria dispuestos van a luchar.
¡La muerte está cerca! ¡La muerte está cerca!
Y todos a bordo sin miedo la aguardan.
Más fuerte comienza a tañer la campana,
la nave hace aguas, ya todo se acaba.
¡Estad preparados! ¡Estad preparados!
¡Ahora zarpamos a la eternidad!
¡Que Dios nos proteja!
La paz en el fondo del mar nos espera.
¡Que Dios nos proteja!

Fortuna marinera

Sólo tres días después de su asesinato fue encontrado Coax por su hermana en un depósito de cadáveres de Poplar.

La prensa comentó la muerte del corredor de comercio William Coax en relación con la huelga de los obreros portuarios, que cada vez preocupaba más a la opinión pública.

«*No puede caber la menor duda*», escribían los periódicos, «*de que William Coax ha caído por su patria. Todas las investigaciones policiales dan por seguro que en este caso los obreros huelguistas han llegado hasta el crimen. En colaboración con el gobierno, Coax había conseguido barcos para el transporte de tropas a Ciudad del Cabo. Si al gobierno le falta voluntad o capacidad para proteger a quienes trabajan con él por el bien del país, pronto no habrá un solo hombre de negocios que esté dispuesto a hacerlo. Resulta trágico que este hombre de gran mérito perdiera la vida en circunstancias directamente relacionadas con una noble manifestación de soldados inválidos. Precisamente aquel martes se manifestaron en los muelles varios cientos de ex combatientes mutilados contra la irresponsable huelga de los trabajadores portuarios, por culpa de los cuales podrían sucumbir los soldados ingleses que, asediados en Mafeking esperan*

refuerzos. Como se sabe, el motivo de la huelga son unos cuantos peniques. Ninguno de los obreros huelguistas podría comprarse otro par de botas con unos cuantos peniques más por semana. La crítica situación que atraviesa el país es, pues, vanamente utilizada aquí para extorsiones que no benefician ni a los mismos extorsionistas. Los mejores cerebros de nuestra industria trabajan día y noche para reducir al mínimo el coste de vida. Hace pocos días, un sensacional proceso nos dio la oportunidad de observar cuán incansablemente se esfuerzan nuestros hombres de negocios por abaratar, incluso a costa de grandes sacrificios, los artículos de primera necesidad Poniendo en juego todas sus fuerzas, la cadena de establecimientos Chreston, el consorcio Aaron y docenas de pequeñas tiendas y talleres independientes, reunidos bajo el conocido sistema de los almacenes B, han rebajado los precios de sus artículos. ¿Cómo sería esto posible si una parte de la población insistiera en sus reclamaciones? Nadie impugnará que los obreros tienen los mismos derechos que cualquier otro estamento a que se les retribuya en forma justa su trabajo. Pero los medios empleados en este caso no tienen justificación de ningún tipo, y menos aún en un momento en que el imperio lucha por su existencia y todo el mundo debe sacrificarse. Esperemos que el gobierno actúe por fin con mano férrea. El asesinato del comerciante William Coax es una señal flagrante que nos indica el grado de deterioro al que hemos llegado en Inglaterra».

Pero aún habrían de ocurrir otras cosas para que el gobierno se diera cuenta de cuál era su deber.

Como presidente de la CEB, Peachum concedió una serie de entrevistas. Expresó el profundo dolor de la Compañía por la pérdida del insustituible socio y resaltó los criterios elevados y patrióticos del fallecido. Desde que descubrieron el cadáver de Coax hasta que lo enterraron, Peachum se dedicó a estudiar el aspecto puramente comercial del negocio de los barcos.

Revisó en nombre de la señorita Coax los papeles del extinto, le prometió el pago de la comisión por valor de 12 250 libras y se apoderó de unos documentos relacionados, con asuntos internos de la CEB y firmados por dos de sus socios, así como de la opción sobre los barcos de Southampton.

También encontró los papeles de compra-venta de las viejas carracas, que le hacían falta para la CEB.

Por último, hizo un descubrimiento sensacional entre los papeles del finado: encontró un *segundo* contrato con el gobierno, relativo a los nuevos barcos de Southampton. El difunto, que a través de la CEB había adquirido a

muy bajo precio tres barcos en buen estado, no había vacilado un instante en ofrecérselos al gobierno.

¡Los beneficios derivados de esta operación debían de ascender a más de 120 000 libras! Peachum sintió un vértigo.

Por un instante temió caer víctima de un ataque de apoplejía.

En la habitación de al lado —la puerta se hallaba entreabierta— estaban Polly y la señorita Coax cosiendo vestidos de luto. Durante unos minutos Peachum luchó con su deseo de pedir un vaso de agua. Pero el peligro de que la señorita Coax advirtiera que algo extraño ocurría era muy grande. Fueron quizá los minutos más trágicos de su vida. Y salió triunfador. Respirando con dificultad, la mano puesta sobre el corazón desbocado, temiendo derrumbarse en cualquier momento, decidió renunciar al trago de agua.

Cuando recuperó su aspecto normal —lo estuvo controlando en los cristales del armario-biblioteca— se despidió de la señorita Coax con palabras muy sentidas y se dirigió al Almirantazgo.

Allí obligó a Hale a transferirle los dos contratos con el gobierno. Para ello le bastó con amenazar al secretario de Estado diciéndole que enviaría al gobierno el recibo de mil libras que, en concepto de anticipo, él mismo le había entregado a Coax. Hale estaba muy afectado por la desaparición de su viejo amigo, ausencia de la que, según dijo, jamás se repondría del todo.

Los beneficios de la primera operación con los barcos ascendieron para Peachum a unas 29 000 libras.

Su cuenta definitiva con la CEB fue como sigue:

Los siete socios —uno de los cuales, cuya parte había asumido Peachum en su momento, se había retirado— contabilizaron un total de 77 450 libras en concepto de gastos por los tres barcos viejos, su reparación, los sobornos, la comisión de Coax y las tres embarcaciones nuevas (estas últimas costaron 38 500 libras). Como ingresos figuraban las 49 000 libras pagadas por el gobierno. Peachum dedujo además de los gastos 2100 libras por los barcos viejos que, supuestamente, había vendido a través de Brookley & Brookley. Y Crowl, antes de partir hacia la eternidad, ya había apoquinado las casi cuatro quintas partes de su cuota de pérdidas.

Por lo demás, los barcos de Southampton sólo costaban 30 000 libras, según comprobó Peachum al leer la opción.

Cuando volvía andando a su casa por los *slums* tras asistir a la incineración de Coax, Peachum se entregó a sus pensamientos por primera vez en esos turbulentos días:

«¡*Resulta curioso observar* —pensaba— *cómo los negocios más complicados se acaban convirtiendo en prácticas sumamente simples y ya utilizadas desde tiempos inmemoriales! ¡La verdad es que nuestra tan celebrada civilización no se halla demasiado lejos de la del hombre de Neandertal, que tenía que abatir a su enemigo a golpes de porra! ¡La cosa empezó con contratos y sellos oficiales y al final ha habido que recurrir al crimen! ¡Con lo que detesto yo el asesinato! ¡Qué aborrecible barbarie! Pero los negocios lo hacen necesario. No se puede prescindir completamente de él. Hay castigos para quienes lo cometen, pero también los hay, y más terribles incluso, para quienes no los cometen. Crowl, por ejemplo, fue castigado con la muerte por su actitud fatalista en este difícil negocio de la Compañía para la explotación de barcos de transporte. Una caída en la miseria de los* slums *como la que nos amenazaba a mí y a toda mi familia no es menos terrible que un encarcelamiento. ¡Los* slums *son prisiones perpetuas! Es indudable que la cultura va en aumento y las conciencias se sensibilizan más y más (la imagen de Coax se nos aparecerá a menudo en sueños a mí y, sobre todo, a su asesino, aquel Fewkoombey), pero la cultura, la bondad y el humanitarismo no son lo bastante fuertes por sí solos ni bastan para eliminar el crimen en cualquiera de sus formas. ¡Demasiado grandes son los premios que lo recompensan, y demasiado duras las penas con las que se castiga su omisión! ¡Aunque lo asesinaron, aquel Coax murió en realidad de muerte natural! ¡Con él todo hubiera llegado a ser atroz; sin él, todo, o casi todo, acabará muy bien! ¡Cierto es que el crimen es el último recurso que aún puede emplearse, el último de todos! ¡Y pensar que él y yo sólo hacíamos negocios!*».

A la mañana siguiente volvió a los muelles, donde las cosas iban de mal en peor. Había apenas media docena de obreros trabajando. La hostilidad de los trabajadores que hacían guardia ante los barcos para que nadie pidiera trabajo le afectó profundamente.

—¡La misma violencia en todas partes! —les dijo en tono amargo a unos empleados que, de pie en tomo a él, espiaban los muelles a través de los ventanucos de un barracón—. No quieren trabajar por el salario que les pago, de acuerdo. Pero ¿por qué no dejan trabajar a quienes sí quieren hacerlo? ¿A los que necesitan con urgencia ese dinero porque sus familias pasan hambre? ¿Por qué atentan contra esa gente paupérrima y no la dejan trabajar? ¡Cada cual debería ser libre de hacer lo que quisiera!

Peachum estaba desconcertado.

Y entonces se llevó una sorpresa por parte de su hija y su yerno.

La noticia de la muerte de Coax había creado una atmósfera muy peculiar en el seno de la familia Peachum.

Aunque bastante nerviosa, Polly estaba contenta de poder consolar a la señorita Coax y ayudarla en todas las diligencias necesarias para el entierro del corredor de comercio. Esas actividades ejercieron un efecto tranquilizador sobre ella.

Los informes sensacionalistas que publicaban los periódicos sobre la huelga en los muelles le hicieron ver además las dificultades que estaba atravesando su padre. Por intermedio de su madre le preguntó si necesitaba gente capaz de proteger a los que quisieran trabajar, pues su marido podría proporcionársela con mucho gusto.

—Es como si el gran pesar que le ha tocado compartir en estos días le hubiera abierto los ojos a las preocupaciones ajenas —dijo la señora Peachum a su marido—. Quiere saber si puede ayudarte.

Peachum masculló algo parecido a:

—¡Ese tipo es el estafador más grande que hay en esta ciudad!

Pero al final mandó decir a su hija que hablara del asunto con Beery. Y ella lo hizo.

—No debemos dejar que el odio nos guíe cuando hay un capital en juego —le dijo Macheath cuando ella le transmitió el encargo—. Nuestros sentimientos son contrapuestos, pero las circunstancias exigen urgentemente un acuerdo.

O’Hara mandó a los muelles a unas cuantas docenas de sus hombres, que en seguida introdujeron un sistema en la lucha contra la huelga. Trataron a los huelguistas con tal brutalidad que hasta los policías se asustaron. Hicieron gala de un marcado *sentido del orden*, rompiendo cuanto hueso se interponía en su camino y golpeando cualquier cara de aspecto famélico. Refiriéndose a ellos, el ingeniero constructor le dijo a Peachum que en todos esos brutos había, sin embargo, un fondo bueno, que todo dependía siempre de *para qué* los contrataban.

Los esquiroles cobraron nuevos ánimos.

Los hombres de O’Hara convencieron entonces a un grupo de forajidos de que asaltaran varias tiendas de víveres en las inmediaciones de los muelles.

Y se produjo una auténtica batalla que entró en los anales de la SCC como la «batalla en los muelles de las Indias Occidentales» y selló la derrota de los obreros portuarios.

En presencia de un muro de obreros silenciosos, Bully y los suyos destrozaron primero los cristales de unos cuantos escaparates. Pero cuando

penetraron en el interior les cayeron encima los huelguistas, que no querían saber nada de actos de pillaje. La gente de la SCC cogió jamones y trozos de carne y empezó a golpear con ellos a los hambrientos. Un obrero esmirriado fue abatido por una pierna de buey entera. Otros recibieron potes con carne en salmuera en sus enjutas caras, y al no poder ver nada caían, ciegos, en manos de la policía que iba llegando a toda prisa. También se utilizaron panecillos como proyectiles que hirieron a varios niños raquíticos. Las barras de pan se convirtieron en armas terribles. Con un pan de cinco libras le rompieron a una anciana el brazo en el que sostenía su cesto de la compra vacío. El brazo roto testimonió más tarde contra ella ante los tribunales.

Los periódicos informaban indignados sobre los pillajes y, en particular, sobre la manera como «el pueblo» destrozaba los víveres.

«Ésos son los horrores de la anarquía», escribían, «de los instintos desencadenados. Los señores socialistas deberían tener bien presentes escenas como éstas cuando pergeñan sus artículos hipócritas contra el orden social establecido».

A partir de ese momento, las autoridades pasaron a actuar con el máximo rigor contra la huelga y las reivindicaciones salariales de los trabajadores.

A los dos días enviaron contingentes militares contra los huelguistas. Las jóvenes tropas, que estaban destinadas a Sudáfrica, acordonaron los muelles y brindaron su protección a los esquiroles. Aún se produjeron tiroteos aislados los días siguientes, pero se pudo asegurar la puesta a punto de los barcos de transporte.

La batalla decisiva había sido breve y encarnizada.

Eran casi todos reclutas que habían luchado allí por primera vez. Estaban mejor alimentados que los obreros, pero si a ellos les hubiesen puesto monos de trabajo, y a los obreros, uniformes, habría sido muy difícil distinguir a los combatientes entre sí. Todos se parecían porque eran de la misma clase. La verdad es que, sin armas ni uniformes, los jóvenes soldados se hubieran masacrado unos a otros.

Tampoco hay que olvidar que hablaban el mismo idioma, un inglés con el acento de las clases bajas. Los insultos que se lanzaban eran los mismos. Si a un soldado le arrebataban el fusil que estaba blandiendo, el obrero que se lo había quitado lo blandía con idéntica pericia, pues estaba acostumbrado a manejar martillos de herrería. Y aunque los obreros estuvieran menos adiestrados en este tipo de lucha, sí que habían mamado con la leche materna la certeza de que, si no se defendían, jamás conseguirían una sola patata. También por la misma fuente los soldados sabían que no cobraban su paga

para estar papando moscas. Y así, una vez sueltos, combatieron todos entre sí del mismo modo que combatían juntos la pobreza, el hambre y las enfermedades, todo aquello que les ofrecían las ciudades y con lo cual los amenazaba el campo.

Los periódicos informaron detalladamente sobre los combates. Las descripciones coincidían más o menos todas bajo titulares como: LAS JÓVENES TROPAS, ANSIOSAS POR ACUDIR EN AYUDA DE SUS COMPAÑEROS EN MAFEKING, TIENEN QUE CONQUISTAR SUS BARCOS DE TRANSPORTE CON LA BAYONETA CALADA.

La puesta a punto de los barcos no duró ya mucho tiempo. Las dificultades consistían principalmente en el cúmulo de formalidades administrativas destinadas a proteger a la nación del engaño y la explotación.

Un día viernes se entregaron los barcos a la comisión gubernamental, y una semana más tarde se hicieron a la mar.

Era un día de mucha niebla. Aunque sólo se trataba de uno de los reducidos transportes de tropas que zarpaban cada semanaria rada estaba llena de militares, de familiares de los soldados que se iban y de representantes del gobierno y de la prensa. No se veía gran cosa de lo que pasaba; la gente a duras penas lograba ver su propia mano entre la espesa niebla.

«—¡Estimados amigos! —dijo el secretario de Estado en su discurso—. El futuro de Inglaterra reposa en el espíritu de sacrificio y la valentía de su juventud. Toda Inglaterra celebra el momento en que estos dos mil jóvenes, la flor y nata de la nación, se embarcan en estas naves de Su Majestad para dar un ejemplo de valor y patriotismo. La fuerza ciega de los elementos los rodea, y se hallan amenazados por enemigos astutos e inescrupulosos. Sólo el genio de Britania los acompaña; están en las manos de Dios, y con esto queda dicho todo».

Los cuerpos enormes e imprecisos de los tres barcos soltaron amarras y se adentraron en la niebla que todo lo envolvía, entre los sones de una marcha militar y los sollozos de las madres y las novias.

Once horas más tarde, el «Optimista», aún en el canal de la Mancha, se fue a pique con toda su tripulación.

Una catástrofe nacional

La noche tempestuosa ha pasado,
y en el fondo reposa ya el barco.

En torno al solitario arrecife
sólo nadan delfines y tiburones saciados.
De todos esos hombres tan llenos de vida,
ni uno sólo a la muerte ha escapado,
y allá abajo, en el fondo del mar,
con pálidos labios dormitan ahora.
Y el mar les repite su vieja canción:
¡Ten cuidado, marinero, ten cuidado!
¡Escucha las voces del viento y del mar!
¡Duerme tranquilo! ¡Duerme tranquilo!
¡También tú entre corales dormirás algún día!

Fortuna marinera

Peachum oyó el vocerío chillón de los vendedores de periódicos al bajar una mañana por la Oxford Street en un ómnibus con imperial. Se apeó y leyó en una de las ediciones extraordinarias que el «Optimista» se había hundido y que por la city corrían rumores sobre actos de sabotaje contra los transportes de tropas. Los barcos habían salido del puerto en un estado que no podía calificarse de «apto para navegar». Sé esperaba que la policía exigiría cuentas a los *elementos irresponsables* que estaban implicados en el caso y amenazaban la seguridad de Gran Bretaña.

Volvió a su casa en seguida.

Las ediciones extraordinarias también habían llegado a la Old Oak Street Beery tenía una en la mano cuando entró Peachum. Estaba pálido y temblaba.

Peachum pasó a su lado y le lanzó una mirada torva y terrible, pero Beery se limitó a mirarlo como a una aparición.

La señora Peachum lo recibió con la amabilidad que sacaba a relucir cada vez que había estado en el sótano. Aún no había oído nada.

Peachum se dirigió a la habitación donde guardaba el fichero de reserva y se encerró. Su mujer lo oyó caminar de un extremo a otro durante varias horas. Cuando fue a buscarlo para cenar y llamó a su puerta, no obtuvo respuesta. Él no tocó la cena que le puso ante la puerta. Estaba esperando su detención.

Hacia las once de la noche, es decir, catorce horas después de que apareciera la edición extraordinaria, bajó a su despacho y llamó a Beery. Lo mandó a la taberna más cercana a comprar periódicos, pues el tipo aseguraba no tener ninguno.

En los diarios se leían grandes titulares del tipo: «UNA DESGRACIA NACIONAL» y «NIEBLA CAUSA HUNDIMIENTO DEL “OPTIMISTA”», así como varias descripciones de la catástrofe, en la medida en que ya se tenían. Lo que no había eran alusiones a las posibles causas, como las que aparecieron en la edición extraordinaria. Sólo se decía que el Almirantazgo había iniciado una investigación.

Peachum lo leyó todo a conciencia, sin saltarse una línea. Luego pasó a la acción.

Junto con Beery elaboró un plan para transformar por completo sus talleres. Más de la mitad del personal debería vestir uniforme y lucir heridas de guerra. Desde la perspectiva del negocio de la mendicidad, esa desgracia nacional equivalía a una victoria. No cabía duda de que Londres, con la descripción de la tragedia ante los ojos, estaría dispuesta a sacrificarse. Durante los días siguientes, cualquier hombre uniformado y con heridas más o menos visibles sería colmado de atenciones.

Peachum trabajó varias horas y se levantó tras un breve descanso. Los talleres —carpintería, sastrería y talabartería— empezaron a confeccionar uniformes y muñones a las seis de la mañana.

Esa misma mañana, después de darse una vuelta por el Almirantazgo, donde conversó cinco minutos con Hale, se encaminó a la Jefatura superior de policía.

Hale le había causado una excelente impresión. Su educación militar permitía al viejo funcionario soportar con serenidad los golpes del destino. Reinaba gran actividad en la secretaría. Las órdenes de Hale eran escuetas y precisas. En dos días más se celebrarían los funerales oficiales. En cuanto al segundo contrato con el gobierno, que garantizaba la compra de los barcos de Southampton, no veía Hale peligro alguno mientras no estallara un escándalo en relación con el primero.

El inspector jefe recibió a Peachum con una evidente desconfianza que sólo se disipó cuando éste se presentó como presidente de la «Compañía para la explotación de barcos de transporte», eliminando así cualquier duda que pudiera relacionar su visita con el caso Macheath, cuyo proceso iba a ventilarse en esos días.

Peachum le consultó qué debía decir a la prensa sobre la supuesta causa de la catástrofe. Brown se mostró muy dispuesto a darle información. Aún no se había averiguado la causa del hundimiento, pero tenían noticias de que también el «Joven Marinero» había sufrido serias averías. Probablemente ambos barcos habían colisionado debido a la mala visibilidad.

Peachum se fue rápidamente a ver a Eastman. Con él y con Moon —Finney aún seguía en la clínica, convaleciendo de su operación— se pasó el resto de la mañana preparando la liquidación final. Ninguno de los dos señores estaba de humor para enfrascarse nuevamente en los detalles del negocio. Además, nunca habían visto los barcos de Southampton, que suponían en alta mar bajo los nombres de los viejos barracones siniestrados, y temían una investigación.

En el camino de vuelta Peachum se lo tomó con más calma. Deambuló indeciso por distintas calles, tratando de pescar diálogos al vuelo. Todo el mundo hablaba de la catástrofe.

Ante un almacén lo oscuro y diminuto, el tendero estaba conversando con un grupo de transeúntes.

—Con el viento y las olas no se puede bromear —decía—. Ahí no hay previsión humana que valga. El hombre es impotente ante la niebla. Son fuerzas de la naturaleza, elementos destructores. Todos tenemos nuestras preocupaciones, pero eso de irse a pique así como así, y en medio del canal… ¡Es una gran desgracia nacional! El viernes se celebrarán los funerales en la iglesia de la Trinidad. ¡Apuesto a que han sido los comunistas!

Por la tarde Peachum siguió trabajando con Beery.

Crearon nuevos modelos de cartas para las peticiones. Con mano temblorosa, algunas viudas de guerra cuyos maridos «reposaban en el frío fondo del mar» pedían una ayuda para abrir un pequeño negocio, y por cierto que fue ésa la primera vez que se mencionaron los almacenes B en las cartas petitorias salidas de la fábrica Peachum.

Las direcciones fueron cuidadosamente seleccionadas de los ficheros, que contenían los nombres de personas caritativas junto con sus debilidades particulares.

La fábrica Peachum demostró estar a la altura de la desgracia nacional.

Al atardecer, Brown mandó llamar a Peachum.

Lo recibió con aire sombrío en una habitación donde había otros dos altos funcionarios de la policía.

Era un salón grande. Encima del escritorio se veía, sobre un papel secante verde, un Atlas de bronce de un pie de altura que sostenía en la nuca un reloj de tic-tac sonoro. En la esfera se leía: *Ultima multis*. De la pared colgaba un retrato de Wellington.

—Señor Peachum —dijo el inspector jefe iniciando el diálogo—, según las investigaciones efectuadas hasta el momento, cabe suponer que el barco de transporte «Optimista» presentaba graves desperfectos internos. Como

mínimo hubo una rotura de timón. Debo comunicarle que Hale, el secretario de Estado en el Almirantazgo, ha recibido de sus superiores inmediatos la orden de no abandonar su domicilio particular hasta nuevo aviso. La orden debe mantenerse en secreto. Supongo que usted deseará dar su opinión sobre el caso.

El señor Peachum se quedó con la mirada fija en el vacío.

—Sí que lo deseo —dijo—. Creo que se trata de una acción criminal.

El inspector jefe lo examinó con una de esas miradas penetrantes propias de las autoridades, cuya finalidad no es percibir, sino ser percibidas.

Tras un breve y expresivo silencio, Peachum prosiguió:

—Señores el timón debió de haberse roto; sin tempestad, sin que el timonel tuviera la culpó, con escasa visibilidad, aunque con un mar en calma. No hace falta una investigación, sino reflexionar un poco solamente. Basta con conocer nuestro sistema administrativo y los sistemas administrativos de todos los países civilizados. Sólo una breve meditación sobre la manera como elegimos a nuestros funcionarios, encargados de velar por el bienestar del Estado, sobre la manera como los educamos y como ellos mismos se ponen a disposición de la nación. También es necesaria, para llegar a la conclusión de que unos barcos como ésos estaban irremediablemente condenados a hundirse, una fugaz reflexión sobre el objetivo para el que fueron construidos, la manera como fueron vendidos y los beneficios que debieron producir. En cuanto hayamos reflexionado sobre estos puntos, tendremos que llegar a ese convencimiento —lo queramos o no— al que me refería cuando dije hace un momento: creo que se trata de una acción criminal

Los señores de la habitación se miraron unos a otros. Se habían levantado, mientras Peachum, sentado, continuó diciendo:

—Reflexionando sobre otros puntos, caballeros, también llego a otros resultados. Partiendo de la excelencia de nuestro gobierno y de la honradez de nuestros comerciantes y nuestras empresas, del carácter justo de nuestras guerras y del altruismo de todos nuestros conciudadanos que comen razonablemente, viven como Dios manda y se visten con decencia, llego a la conclusión, en relación con el hundimiento de uno de nuestros medios de transporte bélicos en un mar en calma y sin ningún tipo de investigación, o quizá después de ella, llego a la conclusión, repito, de que una acción criminal queda excluida y es probable, o quizá seguro, que haya sido un accidente. En ese caso diré: no creo que se trate de una acción criminal, sino de un accidente.

Y el señor Peachum miró atentamente y de abajo arriba a sus interlocutores antes de proseguir.

—Si me permiten elegir, bajo su mirada, entre estas dos conclusiones una que me satisfaga, me decidiré por la segunda. Es preferible por muchas razones. Dentro de dos días, según he oído, se celebrarán los funerales por los soldados de Su Majestad que perecieron ahogados. ¿Les parecería correcto que, con motivo de esa celebración, los mismos soldados mutilados que hace poco se manifestaron en favor de la partida de los barcos hicieran ahora otra manifestación para protestar por su hundimiento? Según me han dicho, esta intención prevalece en la zona de los muelles debido a una noticia publicada en la edición extraordinaria de un periódico.

El señor Peachum abandonó la Jefatura de policía sin ser molestado. Por todas partes iba viendo crespones y banderas a media asta. La metrópoli lloraba a sus hijos.

Operación limpieza

Father era un hombre alto y huesudo, una de las tres personas que habían conocido a Macheath cuando aún se llamaba Beckett Trabajaba en la Ride Street a las órdenes de O’Hara, y tenía amistad con él.

Macheath le había encargado vigilar a su mujer y a O’Hara, y Father se lo contó en seguida a su amigo.

Juntos vaciaron el depósito que hubieran debido destruir y lo trasladaron por cuenta propia. Father mantuvo apartado de la operación a Grooch, el tercero de los colaboradores antiguos.

Conocía además bastante bien lo de las relaciones entre O’Hara y la señora Macheath, pues consideraba útil estar informado sobre el mayor número posible de cosas.

También había seguido al hombre que liquidó al corredor de comercio Coax. Pero su amigo O’Hara ignoraba que él lo sabía.

Una mañana en que el precio de dos quintales de antracita subió a veintiocho peniques en la Ride Street, tres funcionarios de la brigada criminal entraron en los depósitos situados en la parte posterior de la casa número 28 y sacaron de la cama a Father, que vivía allí en un cuartito. Con la cortesía que distingue a Scotland Yard le pidieron que les mostrase los depósitos.

No quedaba ya mucho, pero aún había cosas desperdigadas. Los funcionarios tomaron nota y se despidieron sin mayores comentarios.

Father acabó de vestirse lentamente, y como O'Hara no iba a llegar antes de las once, fue a ver a Macheath a la prisión.

Mac estaba tomando su café matinal. Interrumpió bruscamente a Father:

—En el cobertizo 28 no ha quedado nada, ya pueden inspeccionarlo tranquilamente —dijo con indiferencia.

—¿Y cómo sabe usted eso? —preguntó Father desazonado, al tiempo que intentaba sentarse en la mesa.

—Porque ordené que lo vaciaran —repuso el comerciante mojando una tostada en el café—. Por eso lo vaciaron, hace unas cinco semanas.

—Pues resulta que estaba medio lleno, por si no lo sabe. Queríamos acabar de vaciarlo mañana, pero hoy aún estaba medio lleno.

Macheath siguió comiendo en silencio. Luego dijo:

—Ajá. En ese caso me gustaría saber qué almacenaron en mi cobertizo. Ojalá no haya sido nada que deba mantenerse oculto a la opinión pública, y espero que tengáis resguardos.

Father calló, muy afectado. Al cabo de un rato dijo a media voz:

Pues fueron directamente al número 28.

—¡Mal asunto! —replicó Macheath mirando a Father de abajo arriba con sus ojos acuosos.

Éste por fin cobró ánimos. Se sentó con un gesto rápido en el borde de la mesa, apartando con su gran mano el calendario que Macheath había dejado allí previsoramente, y dijo en voz alta y airada:

—Se equivoca usted, Beckett, si cree que iremos en su lugar a Old Bailey. No figura en nuestros planes. O'Hara es mi amigo y los dos somos uña y carne, aunque otros se dediquen a rumiar todo tipo de traiciones contra sus viejos compañeros. ¿Me ha entendido?

El gran comerciante siguió comiendo con toda tranquilidad.

—¡Desahóguese, Father, pero bájese de mi mesa o lo hago sacar de aquí aunque seamos viejos compañeros!

Father se levantó torpemente. Estaba temblando de rabia.

—¿Conque esas tenemos, eh? ¿Quiere usted hacer limpieza? Comienza engatusando a un grupo de gente buena con su sistema y les paga sueldos fijos porque le interesa tener sus depósitos llenos; luego, como ya no necesita más mercadería, empieza a pagar a destajo según su propia conveniencia, y ahora los entrega sin más trámites a la policía. Pero es usted banquero, ¿verdad? Y no sabe nada de nada, ¿eh que sí?

Macheath lo miraba con atención.

—No soy un hombre susceptible —repuso con cierta amabilidad—. Conmigo puede usted hablar sin tapujos. Pero tenga en cuenta que yo le encomendé una tarea que usted no ha cumplido. Cierto que es amigo de O'Hara, pero eso no podía yo saberlo. Es un cerdo tan repugnante que me parecía imposible que tuviera amigos dispuestos a ir por él a la cárcel.

—¡Y en cuanto a usted! —dijo Father tartamudeando de rabia—. ¡Haga vigilar a su casta esposa por algún espía! ¡Seguro que podrá contarle muchas cosas! No todos parecen tener tan mala opinión de O'Hara como usted, ¿sabe?

Estaba ciego de rabia, pero al hablar seguía mirando a su interlocutor.

De nada le sirvió, Macheath permaneció impertérrito.

Y se limitó a decir:

—Veo, Father, que no es usted tan malo como quiere hacernos creer. Ha mantenido los ojos bien abiertos.

—Así es, Beckett, un poco.

Father inclinó pérfidamente el cráneo.

—También vi lo que mandó usted hacerle a Coax. Ese saco de arena no cayó del cielo.

Macheath dejó de pronto su cucharilla sobre la mesa. Parecía sinceramente interesado.

—Father —dijo con una voz muy distinta—, sobre eso tendrá que decirme algo. Le aseguro que no sé nada. Ese Coax murió muy de prisa, ¿verdad?

Father estaba librando una dura batalla consigo mismo. Conocía a Macheath y sabía que su tono de voz era auténtico. Pero si no sabía nada sobre el asesinato de Coax, seguro que había sido un asunto privado de su amigo O'Hara. Y él había hablado más de la cuenta.

Macheath observaba muy tenso su mímica.

—Father —dijo en tono amable—, ya no podrá salvar nada. Con sacos de arena sólo trabaja Giles. Yo no lo conozco personalmente, y usted lo sabe. ¿Verdad que es uno de los hombres de O'Hara? Mire a lo que hemos llegado, Father. Tiene usted que descargar su conciencia. Y tratar de irse de Ride Street y conseguir un pasaporte y dinero para el viaje, hombre. Yo no soy un monstruo. Usted me sigue llamando Beckett, pero mi nombre es Macheath. También quiero olvidar que se ha sentado en el borde de mi mesa. Lo que me ha dicho sobre mi esposa es producto de la ira. Tiene tiempo hasta las once para preparar sus maletas e irse luego a la peluquería, donde recibirá instrucciones. Pero si le dice una sola palabra a O'Hara, por ejemplo «adiós»

o «¡qué tiempo de perros hace hoy día!», a las once y media estará entre rejas. ¡Quiero que lo entienda!

Father no llegó a decir nada más. Macheath no quería oírlo. Y sobre todo no quería oír ya nada sobre Polly y O'Hara. No quería desperdiciar un segundo más pensando en ese asunto tan oscuro. No quería encontrarse con nadie que pudiera disfrutar tocándole el tema.

Father no podía saberlo, pero eso lo salvó.

Muy alterado, volvió a la Ride Street, donde preparó su maletín de mano y se puso su mejor traje. Eran las diez y media cuando atravesó el arco del portón del fondo. En ese mismo instante entraba O'Hara por el primer portón, con su cigarrillo matinal entre los labios. Father dudó si decirle o no algo. Eran viejos amigos. Father había conocido muy bien a la madre de O'Hara.

Se detuvo, indeciso, tras el batiente de la puerta. O'Hara aún no lo había visto. Y tomó su decisión.

Salió de detrás del batiente y, sin decir palabra, con la mirada fija delante de él y los labios bien apretados como los bordes de un cofre de acero, pasó de largo junto a su amigo.

O'Hara, sorprendido, lo siguió con la mirada.

Cuando dobló la primera esquina, Father lanzó un suspiro de alivio. Seguro que O'Hara había visto el maletín y su elegante traje gris.

Pero hacia las once y media O'Hara fue detenido en su domicilio.

Entró en la Jefatura superior de policía muy seguro de sí mismo. Al enterarse de que lo acusaban de robo con efracción y encubrimiento, se echó a reír. Afirmó haber comprado las mercaderías entregadas a la SCC. Los resguardos estaban en la oficina de la SCC en la city.

Le dijeron que justamente de allí había llegado la denuncia contra él.

Exigió una confrontación inmediata con el banquero.

Cosa que tuvo lugar por la tarde. Estaban presentes en la celda de Macheath lord Bloomsbury y el señor Brown, de Scotland Yard.

Antes de que O'Hara pudiera abrir la boca, Macheath se le acercó y le preguntó:

—Señor, ¿de dónde saca usted la mercadería que viene suministrando hace medio año a mis almacenes?

Sólo cuando estuvo nuevamente en su celda logró recuperarse de su asombro. Pero de pronto metieron a empujones a Giles-Saco de arena.

Father ya estaba en alta mar cuando una frase suya aún revoloteaba por la mente de su jefe, Macheath. La frase decía algo así como: ¡Vale más que vigile a su casta esposa!

Fuera estaba lloviendo. Mientras recorría su celda de un extremo a otro, con las manos en los bolsillos del pantalón, Macheath escuchaba la lluvia. A ratos se detenía expresamente, bajaba su cabeza de rábano y escuchaba con particular atención. Por último dio un puntapié contra la gruesa alfombra y pensó, enojado:

«*Me alegra que por ahora esté preso. Me han dicho que mis hombres se quejan de mi indecisión. Pero cuando hace falta, siempre sé encontrar la fuerza para decidirme. Yo sé mejor que nadie que a veces hay que intervenir con firmeza. Hay que estar informado de todo lo que ocurre en el negocio y dejar que las cosas maduren como un absceso purulento. Y un buen día hay que actuar súbitamente, como rayo caído de un cielo sereno, como un jefe. Y sacar a la luz toda la podredumbre, sin ningún miramiento, y que todo el mundo se quede petrificado. El jefe nos ha estado observando largo tiempo, pero al final ha intervenido. No ha dejado escapar ni a sus compañeros más viejos al advertir que algo andaba mal Así es él, no se le puede engañar*».

Avanzó unos pasos, volvió a detenerse y se sumió de nuevo en sus cavilaciones.

«*Poseer a una mujer se ha vuelto muy difícil*», pensó. «*Antes regresabas de una cacería dos horas antes de lo previsto y ahuyentabas de la cama de tu mujer a algún chicarrón corpulento. Pero ¿qué digo de la cama? ¡Bastaba verla de pie con un tipo en una habitación y todo quedaba aclarado! Hoy en día, el mundo de los negocios la obliga, le guste o no, a exponer sus pantorrillas a las miradas del mundo masculino, y en ciertas oficinas se hace el amor como quien se lava las manos, sobre todo para robamos a nosotros, los empresarios, unas horas de trabajo. Ya nadie piensa en hacer descubrimientos desde que el adulterio es algo tan poco llamativo e importante como lavarse las manos*».

Macheath meneó sorprendido la cabeza, volvió a escuchar la recia lluvia de otoño y siguió caminando. Al poco rato se sentó a su escritorio y se puso a estudiar las actas de su proceso.

La vista debía celebrarse en unos cuantos días.

Días de desasosiego

Trabajar y no desesperarse

Carlyle

En la pequeña fábrica de la Old Oak Street se hacían horas extras y tumos de noche.

En la sastrería habían fijado a la pared con chinchetas un recorte de periódico que relataba la muerte heroica de la modistilla Mary Anne Walkley.

Mary Anne Walkley, de veinte años, empleada en un taller de modas, colaboraba en la confección de los vestidos de gala que las damas nobles iban a lucir en el baile de homenaje a la princesa heredera con motivo de su reciente presentación en sociedad Era la época de mayor trabajo de la temporada. La joven trabajaba veintiséis horas sin descanso junto con otras sesenta muchachas, distribuidas en grupos de treinta en sendas habitaciones que apenas contentan una tercera parte del airé necesario para respirar, mientras que por la noche dormían de a dos en cada cama, ocupando los distintos agujeros en que habían dividido el dormitorio utilizando tabiques. Un poco de jerez, vino de Oporto y café iban reponiendo esas energías cada vez menores que ella, en forma totalmente desinteresada y por una remuneración mínima, había puesto al servicio de la reina. Mary Anne cayó enferma el viernes, pero siguió cosiendo y murió el domingo. Es la suya una muerte no menos heroica que la de los héroes de Mafeking

Pero, más aún que este edificante recorte, lo que en verdad aceleraba el ritmo de trabajo era el método de Beery, consistente en echar simplemente a la calle a cualquier trabajadora débil o malhumorada.

Tú no tienes la culpa de estar tuberculosa —solía decirles—, pero yo tampoco.

Una vez se le ocurrió un invento. Según había podido comprobar, los operarios y operarías solían fumar a veces un cigarrillo en el retrete; desde el patio, Beery veía salir el humo por la minúscula ventanita cuando tardaban demasiado en volver a sus puestos de trabajo. Mandó entonces construir un tabique de madera oblicuo para que sólo pudieran sentarse inclinados. Cuando Polly volvió a casa de sus padres, solía contemplar aquel rinconcillo con su vista sobre los viejos arbolitos raquíticos del patio y sentía una enorme emoción: allí estaba en casa.

El trabajo avanzaba a buen ritmo. Pero en los periódicos iban apareciendo, en relación con los funerales por las víctimas del «Optimista» (que por cierto iban a celebrarse el mismo día, un jueves, que la vista principal del juicio contra el banquero Macheath), toda suerte de preguntas sumamente impertinentes sobre el curso de la investigación para dar con los culpables.

El inspector jefe guardaba un tenaz silencio. Peachum sabía que la policía estaba haciendo pesquisas en el puerto, y que había practicado también

algunas detenciones. Estudiaba todos los diarios con febril desasosiego, pero ninguno traía declaraciones de la Jefatura superior.

En las proximidades de la casa de Old Oak Street merodeaban, en cambio, toda suerte de funcionarios de la brigada criminal.

Peachum se las vio negras en aquellos días.

«*Es evidente que se viene lo peor*», se decía a sí mismo, sobre todo cuando, de noche, se detenía unos instantes en los pasillos oscuros al pasar de unas habitaciones bien iluminadas y repletas de gente trabajando a otras no menos iluminadas. «*Vivir es aguardar a que llegue lo peor. Y, sin embargo, puede que esta vez no intervenga la policía. El "Optimista" se ha ido a pique, no lo niego. Pero ¿debo ahora irme a pique yo también? Claro que para los familiares de las víctimas es, una desgracia innegable. Pero ¿sacarían acaso algún provecho si también lo fuera para mí?*».

Sin embargo, la desdicha de esos días le inspiró una idea comercial basada en la reflexión siguiente:

«Catástrofes como las del "Optimista" son inevitables. Volverán a producirse una y otra vez. Totalmente inevitables son también las guerras, las tempestades, los terremotos, las aventuras comerciales y las malas cosechas. Quien conoce la naturaleza humana sabe que toda obra humana es imperfecta. La frase ya aparece en la Biblia, y expresa un temor que es preciso tener en cuenta. De hecho, nueve de cada diez hombres temen con razón el futuro. (A lo sumo, uno de cada mil tiene razones para no temerle). Habría que partir de aquí. Podría ser un negocio excelente. Pensemos en ciertas cosas temidas por todos: la enfermedad, la miseria, la muerte. Digamos a quienes tienen miedo porque conocen la vida y a su prójimo: os vamos a asegurar contra ese futuro inevitable. Vosotros nos pagáis periódicamente (así casi no os daréis cuenta) una pequeñez sacada de vuestros ingresos en la época de vacas gordas, y nosotros os la devolveremos (o a vuestros deudos, en caso de que hayáis muerto), cuando se produzca la inevitable catástrofe. ¿Os parece una buena oferta? Estoy seguro de que esta promesa será bien recibida. ¡Hay que ayudar a la gente! ¡Y quién no paga por recibir ayuda! Si logro salvarme de este lío, si por esta vez la policía no interviene con sus torpes manazas, llevaré esta idea a la práctica, seguro que sí. Pensemos sólo en los soldados que perecieron en el "Optimista". Eran en gran parte jóvenes, aunque también había padres de familia. ¡Qué distinta sería ahora la situación de los familiares si esos soldados se hubieran asegurado contra posibles naufragios! Si al recibir la orden de embarcarse no hubieran tenido otra posibilidad que asegurarse lo más rápidamente

posible. Pero ellos no lo hicieron. Sin embargo, quien haya leído en los periódicos descripciones de catástrofes como la del "Optimista", debería estar a favor de la idea del seguro. ¡Y hay tantas catástrofes! ¡La vejez, por ejemplo, es una de ellas! ¡La vejez en las grandes ciudades! ¡Los últimos años de vida de los ya no explotables! ¡Años inevitables y, sin embargo, horrorosos! La desocupación es también otra de esas calamidades. Es el caso de mis empleados, por ejemplo. Yo me aprovecho de que ellos no sepan adonde ir si los echo a la calle. Los exprimo lo mejor que puedo y obtengo mis beneficios. Deben tener, me atrevo a suponerlo, una enorme necesidad de ayuda. Tal vez hasta se pueda sacar algún provecho de esa ayuda. Se podrían construir grandes edificios para administrar esos céntimos. Mientras esas cajas de seguros contra enfermedades no tengan que pagar nada, podrán florecer, pero en cuanto tengan que hacerlo, podrían irse a pique. De todas formas, si uno lograra meterse entre esa gente y sus empleadores y les consiguiera unos peniques más, podría quedarse con esos céntimos por la ayuda prestada. Sería un negocio redondo. Pues la mayoría de los que pagan mueren al pie del cañón o nunca pueden demostrar sus achaques, etc. En cualquier caso, es posible que los obreros prefieran recibir esos servicios de manos de sus iguales, es decir, de ex obreros… Pues sí, se podría contratar a unos cuantos, por aquello de guardar las formas. Quizás hasta se podría interesar al Estado en este tipo de seguros. E inventar leyes que obliguen a los trabajadores a pagar sus cuotas. ¡El propio Estado tendría que combatir así la imprevisión de las grandes masas, ese optimismo iluso y criminal que las lleva a creer que todo va a acabar bien, cuando sabemos perfectamente lo que les espera a empleados, obreros y a toda la gente humilde! No se pueden impedir las guerras ni las crisis. Hay que echar a los muchachos a la calle cuando su trabajo ya no resulte rentable; no se pueden construir viviendas más saludables si los alquileres no lo permiten, etc. ¡En pocas palabras, hay que procurar que sean previsores! Ante la infinita insensatez de esa gente ignorante y perezosa que acaba haciéndose soldado y obrero de fábrica, no queda más remedio que adoptar medidas legales. Hay que obligarlos a asegurarse. Más no pueden hacer, pero eso sí deben hacerlo. ¡Es un asunto de interés público y además un negocio! Claro que fundar una aseguradora así requeriría algo de capital. Si me sale lo de los barcos, ahí tendría el capital. Y por cierto que los nuevos barcos, los de Southampton, están en perfectas condiciones para hacerse a la mar. Creo que la cosa debe salir bien siempre y cuando la policía no se meta».

El miércoles por la tarde, nueve días después del hundimiento del «Optimista» y víspera de las exequias oficiales, viendo que la policía aún no había dado a conocer su postura, Peachum ya no pudo resistir la tensión nerviosa.

Presa de una especie de pánico, decidió presionar a la policía y envió a la Jefatura a Beery y a dos personas más con unas pancartas en las que se leía: «¿QUÉ OCURRIÓ CON EL "OPTIMISTA"? 200 SOLDADOS INVÁLIDOS PREGUNTAN: ¿CON CUÁNTO HAN SOBORNADO AL ALMIRANTAZGO? ¿Y POR QUÉ SE AHOGARON LOS DEL "OPTIMISTA"?». Una de las pancartas, pintada a mano, preguntaba incluso: «¿QUIÉN ES EL SEÑOR PEACHUM?».

Beery declaró que venía de parte del señor Peachum, el presidente de la CEB, y que las pancartas habían llegado a sus manos a través de unos mendigos que solían pedir en préstamo instrumentos musicales en su tienda. Al parecer se estaba preparando una manifestación con esas mismas pancartas y otras similares para la mañana siguiente.

Una hora más tarde Peachum se presentó personalmente en la Jefatura.

Brown lo despidió con brusquedad. Apenas escuchó su queja de que una manifestación de esa índole podría arruinarlo y de nada le serviría que algunos altos funcionarios del Estado también salieran mal parados.

Peachum se retiró desesperado.

Cogió el primer coche de alquiler y se dirigió a la redacción de *El Espejo*.

Pidió ver al redactor en jefe y tuvo una conversación muy seria con él, consiguiendo que le prometiera reservar, hasta las ocho de la mañana, dos columnas libres en la edición matutina para publicar una sensacional declaración del presidente de la «Compañía para explotación de barcos de transporte» sobre las *Causas de la catástrofe del «Optimista»*.

Luego volvió a pie a su casa, dispuso la realización de la planeada manifestación para la mañana siguiente, se encerró con llave en su despacho y se pasó toda la noche escribiendo.

Brown, al que le había parecido bien mostrarse indiferente con Peachum, no se sentía, sin embargo, nada a gusto en su pellejo. Ordenó que esa misma noche practicaran una nueva redada (la séptima) en los muelles, interrogó a los veinte primeros trabajadores que cayeron en sus manos, y, muy deprimido, se trasladó luego a la prisión a visitar a Macheath.

Mac estaba solo, leyendo un libro.

Brown hizo salir a los guardianes y se sirvió cerveza de una de las botellas que había en un rincón de la celda.

Antes de que pudiera abrir la boca para contarle sus cuitas al amigo, éste le dijo, nervioso:

—¿Qué pasa con O'Hara? Estoy muy intranquilo. ¿Todavía no ha confesado?

—No —dijo Brown con aire cansado.

—¿Le has dicho que podemos probar su culpabilidad en el crimen si no mantiene el pico cerrado?

—Sí. Se lo dije todo. Y me respondió que prefiere que lo cuelguen a verte a ti libre. Creo que se lo ha tomado por el lado humano.

Macheath iba de un extremo a otro de la celda. La vista de su proceso debía celebrarse al día siguiente, y si tenía que confesar que era el presidente de la Sociedad Central de Compras, no podía aparecer envuelto en historias de robos con efracción.

Al cabo de un rato se sentó nuevamente y se tranquilizó.

—El hombre es un ser dotado de razón —dijo cogiendo un puro—. No se deja guiar por sus instintos ciegos, sino por motivos racionales. Yo creo en eso. El día que deje de creerlo, haré que me cuelguen. Las ciudades en las que vivimos, toda esta civilización con sus enormes ventajas constituyen la prueba del poder de la razón. Y ese individuo también combatirá su ciega sed de venganza y preferirá cuatro años de prisión —o mejor digamos tres, siempre podemos presentar unos recibos más— a morir en la horca.

Brown añadió que le había dado plazo a O'Hara hasta el día siguiente a las dos de la tarde.

—Sí, a las dos como mucho debo tener esa declaración —dijo Macheath —. Inmediatamente después de la audiencia tengo una entrevista con Chreston en el National Deposit Bank, a la que tal vez asistan Aaron y los Opper. Quisiera poder presentarles la confesión de mi proveedor, reconociendo haber cometido atracos.

Por fin pudo Brown hablar de sus propias y nada intrascendentes preocupaciones.

El caso del «Optimista» ofrecía muy mal cariz. Apenas quedaban dudas de que ese barco y las otras dos naves gemelas no habían sido entregados en buen estado. La empresa que los había vendido acababa de sufrir otra «desgracia». El corredor de comercio William Coax, asesinado en la zona de los muelles, había mantenido estrechas relaciones económicas con ella y su muerte aún distaba mucho de estar aclarada. Habían detenido a unos cuantos desocupados, gente despedida con motivo de la huelga y que había hecho declaraciones desafortunadas. Pero no habían podido probarles nada grave. El

hundimiento del «Optimista» amenazaba con traer mucha cola. Brown no se tomó muy en serio las amenazas del señor Peachum relativas a los efectos inmediatos de la manifestación. El número de efectivos policiales desplegados para proteger la ceremonia fúnebre del día siguiente contra posibles disturbios era más que suficiente. Pero había otra cosa peor.

El inspector bajó la voz al hablar de ella.

Debido a algún fallo en el Almirantazgo, no se había despachado la orden que disponía el regreso inmediato de los otros dos barcos, uno de los cuales como mínimo, el que había colisionado con el «Optimista», debía de estar averiado. Las naves seguían en alta mar, rumbo a Ciudad del Cabo. El Almirantazgo no había actuado debidamente, por lo que el propio Brown estaba muy inseguro. A lo mejor valía más no provocar aquella manifestación. La policía tenía que vigilar el orden público.

Cierto es que no todo estaba en manos de Peachum, a quien se podía frenar fácilmente. También los comunistas planeaban hacer manifestaciones contra las exequias oficiales. Y no podían impedirse esas manifestaciones.

—Pero sin Peachum no tendrán pruebas —acotó Macheath, que acababa de encender un gran puro.

—Eso es cierto —dijo Brown un poco más tranquilo—. Hacen siempre el ridículo con sus eternas suposiciones que jamás pueden probar.

—Volverán a decir disparate y medio sobre la corrupción en los ministerios, y tal vez hasta insinúen que al mismo secretario de Estado le han untado varios miles. ¡Algo totalmente ridículo!

—*¿Sabes una cosa?* —dijo Brown sirviéndose también un puro—. *A veces me hago mala sangre por culpa de esos cretinos. Todo el tiempo nos echan en cara que no respetamos las leyes con suficiente rigor. ¡Como si las leyes se hubieran hecho en beneficio de ellos! Son horriblemente quisquillosos con aquello de respetar siempre la legalidad Si hubiera una ley que le permitiera a Hale cobrar algún honesto tributo por el esfuerzo que supone hacerse la vista gorda, jamás le reprocharían los miles que supuestamente se ha embolsado. En ese caso no tendrían la sensación de que los están embaucando. Es francamente divertido. Ya se sabe que en la alta política y en las finanzas no todo es agua de rosas; siempre hay cosas que le resultan incomprensibles al pequeño contribuyente. ¡Y ahí entran en juego beneficios gigantescos, no sólo unos cuantos miles! ¡Cualquier fabriquilla textil se forra de manera muy distinta! ¡Pero nuestros «profetas» se aferran entonces a auténticas fruslerías y te salen con que los del Ayuntamiento son unos vendidos, que la policía no es imparcial y otras cosas por el estilo,*

quejamos pueden probar y en la mayoría de los casos no son ciertas! Y ese maniqueísmo simplista hace que todo lo que esos alborotadores proclamen sea, simple y llanamente, increíble.

—Si alguien escribiera ahora lo que estás diciendo —replicó Macheath pensativo—, también parecería maniqueísmo simplista.

—Increíble —dijo Brown con una sonrisa irónica—, ¡absolutamente increíble!

Hablaron un rato de política.

—La verdad es que no existe un partido que represente plenamente mis intereses —se quejó Macheath—. *No llegaré al extremo de llamar al parlamento una tertulia de comadres, no es justo, claro que no. En el parlamento no solamente se habla, sino que también se negocia. Se hacen tratos sobre mil y una cosas, y eso es algo que tendrá que admitir todo aquel que no sea un revolucionario perdido. Pero la cuestión está en saber si el parlamento daría abasto en caso de necesidad. En mi opinión, y es la opinión de un hombre de negocios que trabaja seriamente, no tenemos la gente adecuada al frente del Estado. Todos pertenecen a algún partido, y los partidos son egoístas. Su punto de vista es unilateral. Necesitamos hombres que estén por encima de los partidos como lo estamos nosotros, los comerciantes. Vendemos nuestra mercadería a pobres y a ricos. Sin fijamos en quién es el cliente, le vendemos un quintal de patatas, le montamos una instalación eléctrica o le pintamos su casa La dirección del Estado es una tarea moral. Hay que lograr que los empresarios sean buenos empresarios, y los empleados, buenos empleados; en pocas palabras: que los ricos sean buenos ricos, y los pobres, buenos pobres. Estoy convencido de que llegará un día en que la dirección del Estado será así. Y yo me contaré entre sus partidarios.*

Brown suspiró y dijo:

—Por desgracia, aún no tenemos ese partido. ¿Qué puedo hacer yo ahora?

—¿No has investigado qué pasó con los trabajos de reparación durante las huelgas?

—Por supuesto. Todos esos días. Fue lo primero que hice. Pero no pasó realmente nada.

—¿Cómo que no? Esos carpinteros que acaban de hacer una huelga sin éxito tenían toda la razón del mundo al intentar algo en este sentido. Jamás he comprendido cómo un hombre puede trabajar en semejantes condiciones. Son realmente seres infrahumanos.

—Pero cuando trabajan, lo hacen de verdad. No se les ocurriría echar a perder un barco una vez que han empezado a repararlo. En ellos hay una especie de pereza mental, ¿sabes? Pero nunca harían algo así.

—Pero poco después de la huelga tuviste a *mi* gente allí, o mejor dicho los tuvo Peachum.

—Quieres decir que…

—Por supuesto. Pueden dar testimonio de todo eso sin ningún problema. Mandaré llamar a Bully.

—¿Podrías hacerlo? —preguntó Brown un tanto consolado.

—Claro que sí —respondió Macheath cordialmente—. Lo haré por ti. Y de paso te recuerdo (sin querer influir en tus decisiones) que Peachum es mi suegro. Al fin y al cabo, la dote de mi mujer está en el National Deposit Bank. Y yo soy el director. Según he podido comprobar, los depósitos están en un desorden lamentable debido a la competencia. Los de Peachum han desaparecido; desde un punto de vista familiar, también los puedo llamar míos. Hay asimismo un sinnúmero de pequeños ahorristas, y si ahora, tras la catástrofe del «Optimista», se enteran de que sus depósitos se han hecho humo, armarían un revuelo tan grande que mermarían la ola de patriotismo surgida a raíz del hundimiento del barco. No son vínculos sentimentales los que me unen a mi suegro, pero créeme, será mejor que no lo metas para nada en el juego.

Brown salió convencido a medias e interrogó a otro par de carpinteros detenidos.

Pero esa noche durmió mal y hacia la madrugada tuvo un sueño.

Iba por uno de los puentes del Támesis. De pronto oye algo parecido a un gorgoteo y se asoma por la barandilla, pero no logra ver nada. Decide entonces retroceder y echar una ojeada al agua desde la orilla. Y esta vez también ve el puente, desde abajo. Por ahí hay un pequeño brazo de tierra que está siendo erosionado por las aguas del río. Sobre el puente ondean unas banderas negras y otras con los colores patrios. En el brazo de tierra que hay bajo el puente embanderado empieza a moverse algo de aspecto humano o similar que muy pronto se extiende y no se sabe de dónde sale, es como si allí hubiera otra oquedad más profunda. En cualquier caso son ya multitudes las que se desplazan hacia arriba a través del talud, y saltándose las barandillas recién pintadas se concentran sobre el puente mismo, justo debajo de las banderas. Sí, aquel islote va escupiendo un número infinito de gente a un ritmo incesante; una vez puesto en marcha, el torrente ya no cesa. Claro que ya ha llegado la policía dispuesta a acordonar el puente, y hay tanques que

abrirán fuego y tropas que…, pero ya está ahí la miseria y empieza a formar filas, y avanza marchando en batallones compactos y del mismo ancho que las calles, ya va llenándolo y penetrándolo todo como el agua, pues no tiene sustancia. Cierto es que la policía se les echa encima blandiendo sus porras de goma, pero ¿de qué les sirven si al golpear atraviesan esos cuerpos sin materia?: formando una gran ola avanza la miseria hacia la ciudad dormida a través de la policía, los tanques en movimiento y las alambradas, avanza sin hacer ruido a través de los gritos de alto de la policía y el tableteo de las ametralladoras, y se vuelca hacia las casas como un río de lodo. Legiones de miserables transparentes y sin rostro avanzan en silencio a través de las paredes, imparables, y van invadiendo los cuarteles, los restaurantes, las pinacotecas y los edificios del parlamento y el palado de justicia

Brown se torturó el resto de la noche con este sueño. Por último se levantó muy temprano y se dirigió a su despacho. Detestaba soñar con periódicos de izquierda. Pero pensó que, en efecto, la presencia de varios cientos de soldados inválidos armando escándalo contribuiría muy poco a realzar los funerales.

Hizo salir de su oficina a las señoras de la limpieza, se sentó, acomodó debidamente su lámpara verde y escribió de su puño y letra una noticia para la prensa.

También el señor Peachum estaba en su despacho. Con el tintero delante, la pluma en la mano, él sombrero en la nuca y la camisa arremangada, se había pasado la noche entera de pie ante su pupitre o paseándose en su pequeña oficina excesivamente calentada por una estufa de hierro.

Estaba escribiendo un artículo periodístico en el que daba a conocer a la opinión pública los chanchullos cometidos por el corredor de comercio Coax y un alto funcionario del Almirantazgo.

Cierto es que a él también le interpondrían una querella criminal si se revelaban los pormenores del negocio de los barcos de transporte, pero las claras alusiones a la corrupción imperante en el Ministerio de Marina bastaban para reducir al mínimo el interés del gobierno en una querella criminal de esta índole. ¡El nuevo negocio, el verdadero negocio, se iría, eso sí, al agua!

De rato en rato interrumpía Peachum su trabajo para echar un vistazo a los talleres, donde había pancartas cuidadosamente pintadas en las que se leía: «¿NOS MANDAN A SUDÁFRICA SÓLO PARA GANAR CON EL TRANSPORTE?», o «¡YA QUE NOS MANDÁIS AL INFIERNO, AL MENOS PROCURAD QUE LLEGUEMOS!», o «¡LAS VÍCTIMAS DEL

“OPTIMISTA” NO MURIERON POR ACCIDENTE, SINO ASESINADAS!».

A las cinco de la mañana aún volvió a bajar y les dictó un nuevo eslogan a los trasnochados pintores, que seguían arrodillados en los pasillos ante sus pancartas, bajo la luz de lámparas de petróleo: «PEOR QUE LA NIEBLA Y LAS TEMPESTADES ES LA CODICIA DE NUESTROS HOMBRES DE NEGOCIOS».

Aquella mañana dejó su «Confesión» en un sobre en el apolillado escritorio de Beery, mientras su gente, llevando las pancartas en carretillas, se dispersaba por los distintos barrios de la ciudad para organizar la manifestación.

Una hora más tarde leyó en un diario matutino la noticia de la detención de los comunistas que habían perforado las paredes del «Optimista».

Envió a Beery de inmediato a los puntos de reunión de su gente para que desconvocase la manifestación. Y acto seguido se sentó, muy aliviado, a tomar el té.

Los de la Jefatura de policía habían, pues, recapacitado. La noticia de que los obreros portuarios, excitados por la propaganda socialista, eran los culpables de la tragedia del barco, armonizaba mucho mejor con la ola de nacionalismo omnipresente en los periódicos que una noticia sobre la corrupción en el Ministerio de Marina.

La señora Peachum se acercó a la cama de Polly cuando aún estaba oscuro. Se sentó al borde de la cama y sorprendió a su hija contándole que con sus ruegos había conseguido que Peachum diera su conformidad al arbitrario casamiento.

Y le explicó, emocionada, el contenido de su discurso:

—*No intentes separar* —le decía yo todo el tiempo— *a esos dos jóvenes unidos por el amor. Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre. Piensa que nosotros también fuimos jóvenes e insensatos, aunque dentro de ciertos límites. ¿Podrías responsabilizarte acaso de que las penas de amor los consuman y una vida incipiente sea impíamente asesinada? No quieren otra cosa que ser el uno para el otro, juntos han pasado muy malos momentos, pero su amor lo ha vencido todo, y eso también tiene su valor. Los lazos de un amor tan grande no pueden romperse así como así. Yo sé que tú querías por yerno a Coax. Cierto es que era un hombre de presencia imponente y muy atractivo. Y tú lo apreciabas mucho precisamente por su habilidad en los negocios. Pero ahora está muerto y no puedes resucitarlo. ¿Qué es lo que aún tienes contra Macheath? Todo el mundo dice que también*

es muy hábil y le gusta el dinero. Que hace sudar la gota gorda a los tenderos de los almacenes B. ¡En sus locales no existe la pereza! Hará muy feliz a Polly. Yo he hablado con él y creo que será un marido excelente. Los hombres como él acaban siendo los mejores padres de familia. Tú siempre has tenido muy presente la felicidad de tu hija. ¿Por quién te matas trabajando de la mañana a la noche si no es por ella? Siempre has insistido en este punto. Macheath dio pruebas de poseer un hondo sentido de la unidad familiar cuando, pese a las tensiones existentes entre vosotros dos, te ofreció a su gente para los muelles de las Indias Occidentales. Con ese gesto dio a entender que el patrimonio familiar es para él algo sagrado y está por encima de todas las diferencias personales. La familia es y será el fundamento de toda moral, eso puede decírtelo cualquiera. Y el fundamento de la familia es el amor: esto te lo digo yo. Si no hubiera familias, nos devoraríamos los unos a los otros y no habría ningún comportamiento decente entre los hombres. Pase lo que pase, no siempre podemos ser como queremos, y ni siquiera en asuntos de religión se puede tocar a la familia. Por algo es un apoyo firme, y una mujer jamás podrá olvidar al primer hombre que la poseyó. Lo de ellos fue un amor a primera vista, y esto le es concedido a muy pocos. ¡Haz una excepción, Peachum! ¡Ellos nunca lo olvidarán! ¡Nuestra Polly no es el tipo de muchacha que pueda ser realmente feliz sin el consentimiento de sus padres!

Muy emocionada por sus propias palabras, la señora Peachum le prometió que asistiría al juicio.

—Y no te preocupes por el juicio —le dijo estando aún en el umbral—, tu padre ya lo ha arreglado todo.

En ese mismo instante, Peachum, abajo, se levantó de la mesa después de desayunar y se acercó a la ventana.

Aún estaba oscuro, pero una niebla espesa y blancuzca cubría las calles. Le asaltó el presentimiento de que tal vez no le sería fácil a Beery alcanzar a tiempo a los manifestantes con sus terribles pancartas.

Capítulo decimoquinto

Y así llega en fin de cuentas
Todo siempre a su final
Cuando no falta dinero
Casi nunca acaba mal.

Por pescar en río revuelto
Se pelean esos dos
Luego llegan a un acuerdo
Y que al pobre ampare Dios.

Que unos andan a la sombra
Y otros andan a la luz
En la luz es fácil verlos
En la sombra es una cruz.

La película de cuatro cuartos

La coartada

Hacia las ocho de la mañana se dirigió Polly con su madre a la prisión.

Una espesa niebla cubría las calles de Londres.

Cuando entraron en la celda, donde seguía ardiendo la lamparilla de gas, Macheath aún no había desayunado, pero su celda ya se había llenado de hombres de negocios. Estaban: Chreston, Miller y Grooch. Con gruesos puros en sus labios discutían los últimos detalles de su plan de ataque contra el Commercial Bank.

La vista del juicio tendría que acabar pronto, pues a las dos de la tarde habían convocado una sesión en el edificio del National Deposit Bank. Hawthorne les había escrito a los señores I. Aaron y J. Opper una carta invitándolos a presentarse en el National Deposit Bank. El señor Macheath, decía la carta, había asumido la dirección del banco y quería someter a la

consideración de los señores unas cuantas propuestas para poner fin a la intolerable competencia dentro del comercio minorista.

Macheath, entre tanto, ya había presentado al juez las actas de aquella sesión de directorio de la Sociedad Central de Compras celebrada un sábado por la noche, en la que él mismo figuraba como el «señor X». Bloomsbury había firmado bajo juramento que Macheath era el «señor X». El juez había dado a entender a Rigger que él consideraba aquello como una coartada absolutamente válida. Pero según el veredicto del jurado de acusación la audiencia era ineludible.

Pese a todo, Macheath contaba con poder estar a las dos en el National Deposit Secretamente confiaba en que la parte contraria aún no sabría, tan poco tiempo después del proceso, que él era el presidente de la Sociedad Central de Compras, dato que él tenía que confiar al tribunal.

La llegada de las dos damas puso fin a la reunión.

Polly lucía un vestido negro y sencillo que ya había llevado el día del entierro de Coax. También su madre iba de luto. Después de la audiencia querían ir al funeral por las víctimas del «Optimista».

Macheath quedó visiblemente sorprendido por la aparición de su suegra. La presentó a los asistentes y pronto se entabló un diálogo sobre la niebla londinense.

Entre tanto, Mac se retiró con su mujer al otro rincón de la celda, donde le habían servido el desayuno.

Bajando la voz, Polly le habló en seguida del cambio de actitud de su padre.

Macheath lo aprobó con un gesto de la cabeza. Aún no tenía muy claro qué papel había desempeñado Polly en el asesinato del corredor de comercio. En el ínterin se había enterado por Ready de que el asesino de Coax había sido Giles. Pero ¿qué tenía que ver Giles, al que sólo podía haber enviado O’Hara, con el corredor de comercio? ¿O acaso Polly se oponía a que Coax declarase en el proceso de divorcio? Y si así fuera, ¿qué poder tenía ella sobre O’Hara?

En el fondo, Macheath no tenía interés en arrojar demasiada luz sobre el asunto con Polly. Tampoco le hizo preguntas sobre su aborto. Fue ella misma quien abordó el tema.

No sin una expresión de felicidad en su cara radiante y levemente sonrojada, con la que el color negro del vestido hacía muy buen juego, le contó que una película las había decidido a ella y a su madre a renunciar a la ya planeada intervención. La profunda impresión causada por esa sencilla

obra de arte les había impedido cometer un *pecado contra una vida ya en camino*. La conmovedora visión de esa criaturita en la pantalla había podido más que ellas.

—Nunca —dijo— hubiera podido ir a ver al médico después de esa película. Me habría sentido una asesina. Tienes que entenderlo, Mac, simplemente no podía.

Mucho molestaba a Polly no poder sincerarse totalmente con Macheath. Hubiera preferido decirle la verdad, pero era imposible.

«Ahí está, por ejemplo, ese asunto con O'Hara. Sería horrible que Mac lo descubriera. Pensaría que yo lo engañé y nunca me creería que fue por él que guardé silencio. De hecho, se llevaría una opinión totalmente falsa de mí si le confesara todo. Pensaría que no soy una mujer de fiar, lo cual sería absolutamente falso. Es demasiado receloso para poder decirle la verdad. Y tiene una mala opinión de las mujeres. Todo es muy difícil».

Macheath le prometió ver esa película a la primera ocasión y cogió un huevo para desayunar. En las pausas iba hablando de la manera como quería administrar sus almacenes en el futuro. Dijo un montón de cosas sabias, pero Polly se dedicó a observar sobre todo cómo trataba el huevo. Tenía mucho que aprender, y la mayoría de lo que en el futuro llegó a saber como mujer de negocios —y algo llegó a saber— lo aprendió en esos pocos minutos, observando cómo su marido se comía aquel huevo. Mac habló de los pequeños negocios, de los almacenes de la city, y el huevo también era pequeño entre sus manos gruesas. ¡Pero con qué delicadeza lo asían! Era un huevo pasado y muy blando: cuatro minutos y medio. Con menos cocción hubiera quedado demasiado gelatinoso; con más cocción, demasiado duro. En cuanto a los pequeños almacenes, también era preciso saber esperar, aunque sin dejar pasar el instante preciso. El hecho mismo de cocer era una especie de no hacer nada que exigía dominio de sí mismo. Pero a la vez era una actividad. Un cocinero hábil podía ir haciendo otras cosas en esos cuatro minutos y medio: al fin y al cabo, un huevo no es una comida completa. Macheath no se refirió en ningún momento al huevo, se limitó a comérselo. Todo esto se desprendía de la forma como golpeó la cáscara con la cucharilla antes de descabezarlo y ponerse a hurgar en la clara. Después vino la primera punción exploratoria y, sin embargo, enérgica, que al mismo tiempo llenó la cucharilla: la especificidad del huevo quedó entonces claramente a la vista. Había que tratar de que la parte de yema reacia a quedarse en la cucharilla al momento de sacarla volviera a caer dentro del huevo abierto. ¡Girar ágilmente la cucharilla, sacar sal del barrilito con la punta del mango y esparcirla con

cuidado sobre el huevo! Eso le daba sabor al contenido. Junto con la yema se desprende siempre un trozo de clara pegada a la cáscara cuando se usa la cucharilla con cierta osadía. La mano izquierda presta ayuda girando el huevo hacia la cucharilla. ¡Así debe hacerse para que no quede nada en el cascarón! Una vez vaciado, hay que levantarlo en línea casi horizontal y mirar el interior. Al final queda sólo la cabecita, que cuando se inició, la operación fue cuidadosamente colocada en el plato junto al huevo; vaciándola de golpe, rinde una cucharilla llena.

Polly lo observaba fascinada. Cosas como ésa no podían verse en cualquier parte. Desde un principio, la expresión del rostro de Macheath fue de una honda y casi penosa concentración, más o menos como si debiera alimentarse exclusivamente de aquel huevo, como si tuviera que extraer de él todas sus energías físicas, ¡tarea en verdad nada sencilla! Como si, aparte del huevo, sólo contemplara de arriba abajo sus enormes miembros para luego volver una vez más al diminuto huevo. Eso explicaría la mirada pensativa que lanzó sobre la cáscara vacía cuando todo hubo pasado. No estaba descontento, no suspiró ni una vez, pero ya había terminado todo y sólo quedaba la preocupación de saber si también le probaría… Dos segundos más tarde arrojó despreocupadamente las cáscaras sobre el plato (la cucharilla, en cambio, la devolvió a su sitio con todo cuidado) y se levantó de la mesa sin ningún sentimiento visible de pesar, sino más bien con una expresión de absoluta indiferencia.

Estaba muy tranquilo. La vista de su causa era una pura formalidad. O’Hara tampoco le preocupaba. Creía que la razón le induciría a declararse el único culpable de los robos para no ser acusado de instigación al asesinato. Como era de prever, sus asuntos particulares le habían impedido hacer carrera en el mundo de los negocios.

Llegó Rigger. Ya era hora de ir a los juzgados.

Mientras Macheath se preparaba, Chreston y Miller se dirigieron al National Deposit Bank dispuestos a hacer los últimos preparativos para la conferencia.

Macheath prometió ser puntual.

En el camino a los juzgados, Rigger contó algo sobre el juez Laughers, que dirigía el proceso contra Macheath.

Dijo que no era un hombre como el juez Broothley del jurado de acusación, que se pasaba once meses al año borracho y solamente uno lúcido, justo cuando cogía vacaciones y se iba a pescar a Escocia. Durante esas

cuatro semanas no bebía una sola gota, pues solía decir que los peces no se dejan pillar tan fácilmente, que son astutos y no creen en la justicia.

Laughers, añadió, no tenía necesidad de emborracharse. Era un jurista excelente y tenía una extraordinaria capacidad de concentración. Por eso nunca se ponía nervioso cuando alguien le abría su corazón; su entrenamiento mental le permitía no oír absolutamente nada de lo que le decían. Cuando acudía a la audiencia, iba muy bien preparado. Sabía exactamente cuál era la situación jurídica del caso y no se dejaba confundir.

—El jurista —comentó Rigger— ve el caso desde un ángulo totalmente distinto que el lego. Éste se lanza a hablar y afirma que es inocente y piensa en cosas como que no soportaría la prisión o qué haría su familia sin ayuda, o ¡si ese día hubiera llevado algún testigo a casa de mi tía! El juez, en cambio, sólo juzga el caso, que es lo único que tiene en la cabeza; de ahí que esté siempre por encima del acusado.

La sala de audiencias estaba bastante llena. Los ataques de la prensa habían surtido efecto.

Muy al fondo, pero bien visible para Rigger, el gran Aaron, sentado en el extremo de una fila junto al pasillo central, había puesto su bombín en el suelo y estaba limpiando, nervioso, sus quevedos. Junto a él se veía a su apoderado, un tal Power.

Buena parte de la sala estaba ocupada por los tenderos de los almacenes B.

Desde que un veredicto del tribunal lo declarara oficialmente sospechoso de homicidio, Macheath había perdido toda su popularidad entre ellos. Grooch, que estaba en medio de ellos y al que no conocían, los oía comentar cosas como éstas:

«*Me han dicho que vive con gran sencillez, sólo fuma poco y no bebe una sola gota. Alguien ha dicho incluso que es vegetariano. Se comenta que a nivel personal no hay nada que reprocharle, que sólo vive por su ideal. Y claro que así uno le perdonaba mucho de lo que ocurría en el negocio. Siempre se ha dicho: la gente que lo rodea es mala, pero él no sabe nada. Aunque desde que me enteré que le reprochan cosas como la de ahora, he empezado a verlo todo con otros ojos*».

Aquella buena gente estaba muy nerviosa. Corrían rumores de que el tribunal se había negado a aceptar una prueba de la coartada del banquero acusado fuera de la audiencia. Todos tenían sus esperanzas puestas en el gordo Walley, al que señalaban continuamente.

Macheath compareció con un traje de etiqueta negro.

También había algunas damas y caballeros que, al parecer, querían ir de allí directamente a los funerales. Los vestidos de negro daban la impresión de que esa parte del público sólo se hallaba de paso por ahí, como quien dice.

Todos hablaban en voz muy alta sobre las últimas carreras o alguna novedad reciente en el mundo de los negocios. Estaban de pie y se gastaban bromas gritándose de un grupo al otro.

La vista empezó con cierto retraso. El juez Laughers había tenido algo que hacer en otro sido. Uno de los abogados entregó al acusado un legajo de papeles que éste se puso a estudiar de inmediato con gran interés. El público supuso que se trataba de actas relacionadas con el proceso, pero sólo eran papeles que Miller le había enviado, extractos de cuentas para la reunión del banco.

Observado atentamente por toda la sala, Walley se acercó a Rigger y a White y les mostró una carpeta. White la recibió interesado y se puso a hojear los documentos. Él y Rigger se acercaron luego a su cliente para mostrárselos, pero Macheath les dio a entender con un gesto que estaba enfrascado en la lectura de sus papeles. Mientras corregía los textos, escuchaba con una oreja a sus abogados y de rato en rato sacudía la cabeza con expresión de asombro.

Por último entró Laughers con peluca, armiño y toga escarlata. Se hizo un silencio total y el juez declaró abierta la sesión.

Trató claramente la causa como una formalidad, dando la impresión de que se había sentado sólo debido a su decrepitud.

Walley llamó inmediatamente al acusado Macheath a comparecer como testigo. Éste respondió breve e indolentemente a sus escasas preguntas. La defensa renunció a interrogarlo.

Cuando, entre otros testigos, se llamó al soldado Fewkoombey, resultó que no estaba presente en la sala de audiencias. Walley pareció muy disgustado. El único que le interesaba era Fewkoombey, y no estaba.

Entonces se levantó White y comenzó un largo discurso:

—Ilustrísimo señor —dijo—, la acusación contra el señor Macheath se basaba en su negativa a decimos dónde se encontraba a la hora en que la infortunada Mary Swayer halló la muerte. De haber podido presentarse esta coartada —el señor Macheath consideraba un deber suyo mantenerla en secreto—, la acusación, de entrada, hubiera carecido de objeto. En tal caso, Mary Swayer habría muerto o por suicidio o por homicidio, pero sin la intervención del señor Macheath. Ya de por sí la acusación jamás llegó a ser muy verosímil. ¿Qué interés podía tener el mayorista y banquero Macheath en la muerte de una de sus empleadas, y en el caso de la señora Swayer, más o

menos empleada? En el curso de la investigación se habló ante el jurado de acusación de una serie de amenazas que, supuestamente, ella habría proferido contra él. De hecho las llegó a pronunciar, y nada menos que en la redacción de *El Espejo*. Pero ¿qué hicieron los redactores? Se rieron en su cara. ¿Por qué habría de mover, pues, el señor Macheath un solo dedo para conjurar unas amenazas que sólo habían provocado hilaridad? Pero no quiero detenerme en este punto. El señor Macheath dispone de una coartada absolutamente irrebatible y definitiva para la noche del 20 de septiembre, que excluye por completo su participación en un eventual asesinato. Y ahora haré entrega a Su Señoría de las actas de la sesión de la Sociedad Central de Compras, s.c.r.1., en la que el señor Macheath participó en calidad de presidente.

Y le entregó las actas al juez.

—Como testigos cito a los señores socios de la SCC aquí presentes, quienes firmaron las actas y podrán corroborar que el señor Macheath es la persona que, por razones comerciales, figura en ellas como el «señor X».

Mientras el juez anotaba los apellidos de los signatarios y tanto Bloomsbury y Fanny Crysler como los abogados Rigger y White iban acercándose al banco de los testigos, se produjo un pequeño incidente en la sala. Dos señores se habían levantado y se abrían paso entre el público en dirección a la salida.

—Con esto tengo bastante —le decía uno de ellos al otro en voz bastante alta—. Ésa fue la sesión en la que se escribió la carta informándonos que nunca más llegaría una sola hoja de afeitar a las tiendas. Y Macheath es el presidente.

Como todos los asistentes, también Macheath advirtió aquella salida precipitada. Y quedó bastante asustado.

—Aquí hay otro apellido —murmuró el juez—, creo que es O’Hara. ¿Está aquí este señor?

Macheath se puso en pie muy nervioso y dijo rápidamente:

—Ese señor ha sido detenido a raíz de una denuncia por encubrimiento que yo, como presidente de la SCC, interpuse contra él. Los hechos delictivos se cometieron durante y a consecuencia de mi detención.

Volvió a sentarse y miró intranquilo hacia la puerta por la que acababa de desaparecer el gran Aaron.

Fanny Crysler, Bloomsbury y los dos abogados prestaron juramento como testigos y juraron que el señor mencionado en las actas era el banquero Macheath.

Luego volvió a levantarse White. Tenía en sus manos la carpeta que le había entregado Walley al iniciarse la audiencia.

—No incumbe a mi defendido —dijo con aire indolente— identificar ante el tribunal al verdadero asesino. Pero como tiene sumo interés en que se esclarezca totalmente el asesinato de una de sus empleadas, hago entrega aquí al tribunal de unos documentos que permiten deducir quién es el presunto asesino.

Y White puso sobre la mesa del juez un legajo de actas antes de sentarse, agotado. Los asistentes se levantaron ruidosamente y reanudaron sus conversaciones interrumpidas. Entre tanto, Macheath había mirado varias veces su reloj. Era evidente que estaba muy nervioso.

Casi inmediatamente después de que el jurado se retirara a deliberar sobre su absolución, Macheath se puso en pie y, seguido de un policía, se dirigió al pasillo para hablar con los periodistas, a los que condujo a un pequeño despacho vacío tras susurrarle algo a Polly al oído.

El policía estaba acostumbrado a ver hablar a los delincuentes con los hombres de prensa como con sus iguales, y no puso mayor atención. Mientras los señores se apretujaban para entrar en el despacho, Macheath se quedó detrás, cerró la puerta con llave y siguió avanzando por el pasillo.

Nadie reparó en él. Y bajó las escaleras sin sombrero y enjugándose el sudor de su cabeza puntiaguda.

Polly le dio el alcance abajo, ante el portón.

Mac tenía que ir a la Jefatura de policía y después al National Deposit Bank.

Cuando ya estaba subiendo con Polly a un coche de alquiler, llegó Grooch a la carrera. Juntos partieron rumbo a la Jefatura de policía, aunque sólo lograban avanzar muy lentamente, pues la niebla era espesísima.

Un triunfo de la razón

Mientras escribía en su despacho un nuevo artículo para *El Espejo*, en el que expresaba la sospecha de que los culpables del hundimiento del «Optimista» tenían que ser *elementos subversivos*, Peachum se había pasado toda la mañana intentando contactar en vano con su gente en la ciudad. Algunos de sus emisarios volvieron sin haber encontrado a nadie en los puntos de reunión. Otros simplemente desaparecieron.

Hacia el mediodía perdió la paciencia y se dirigió a la Jefatura de policía. Encontró al inspector jefe ya vestido de traje negro para la ceremonia. Pero tuvieron que sacarlo de un interrogatorio.

Peachum le comunicó que no había podido impedir la manifestación de varios cientos de soldados inválidos con pancartas y carteles espantosos. Cabía esperar que al cortejo se uniera una multitud enorme. Ya estaba avanzando hacia la iglesia de la Trinidad.

—¡Ordene usted que disparen sin más trámite! —exclamó Peachum—. No son sino gentuza, la escoria de la sociedad. Puedo darle las listas, hay algunos con antecedentes penales. En sus pancartas preguntan qué ha pasado con sus compañeros del «Optimista» y para qué sirve la guerra. ¡Ordene que disparen! Nadie puede responder a sus preguntas, tenemos que disparar contra ellos.

Brown estaba bañado en sudor.

Anotó todos los puntos de reunión y se marchó.

Muy preocupado se dirigió Peachum al National Deposit Bank.

Poco después entró Macheath precipitadamente en la oficina de Brown, al que tuvieron que sacar de una reunión con los inspectores. Entre tanto, el banquero negoció con O'Hara, que estaba sentado en un rincón con un policía a su lado y el sombrero sobre las manos esposadas. Su interrogatorio había sido suspendido por la llegada de Peachum.

La mirada de O'Hara era tranquila, casi alegre. Y también habló en tono alegre:

—Esta vez confesaré tus crímenes, Mac —le dijo—. Así aliviaré tu corazón. Cuando te haya quitado ese peso de encima, te sentirás mucho mejor.

Macheath hizo salir al policía, que era un conocido suyo.

—Has perdido el juicio, O'Hara. Sólo nos quedan unos minutos para salvarte de la horca y tú sigues haciendo retórica. Le he pedido a mi amigo Browii que deje escapar a Giles para que no pueda decir quién le ordenó matar a Coax. ¿Me entiendes?

—Perfectamente. O sea que debo pudrirme en la cárcel.

—Estamos buscándote el mayor número posible de resguardos, O. Yo no tengo nada contra ti; todo lo contrario. Pero es simplemente indispensable que alguien se haga cargo de esto. Yo no puedo fallar, o se derrumbaría todo. También he estado en chirona. *Por la causa*.

—¿Seis años de cárcel por la causa? Ni hablar. Yo también quiero pasármelo bien. Si os acaban pillando a todos, la horca no me parecerá un

precio demasiado alto.

—No van a pillar a tantos como crees. A mí no pueden probarme nada, y a ti tampoco. Sólo tu negocio se resentirá si no confiesas. Y para ti no serán seis años. A lo sumo cuatro. Tendrás que admitir encubrimiento en relación con diez o doce robos, nada más. Para todo el resto te datemos resguardos. La oficina de la city ha trabajado muy bien. Dirás que sólo en los últimos meses te apartaste del buen camino.

—Mientras tú estabas fuera, ¿eh?

—Sí, mientras yo estaba fuera. Y sólo añadirás que lo hiciste por pura sensibilidad social. Que los almacenes te daban pena Clamaban tanto por recibir mercadería que no pudiste aguantar más. Tú mismo provienes de ese medio. Había muchas existencias en juego. Y además, suministrar mercadería barata era tu ambición como hombre de negocios. Los almacenes B ofrecen la mercadería más barata de todo Londres.

—¡Ajá! ¿También debo decir eso?

—No estaría mal. Debes actuar con sensatez y mirar el lado comercial de todo. Pero has de decidirte ahora mismo. Yo tengo que irme.

Entró Brown.

El interrogatorio comenzó de nuevo y duró más de una hora. O'Hara volvió a gritar que Macheath había arruinado a una de las mejores bandas de Londres y del mundo. La gente se había dispersado a los cuatro vientos. Y él, O'Hara, le arrancaría la máscara del rostro.

Pero luego estuvo más sensato. La conversación puso rumbo por fin hacia la realidad. O'Hara no quería admitir más de dos o tres robos como fuente de aprovisionamiento. Se pusieron de acuerdo en cinco.

Macheath se comprometió a presentar recibos para todas las otras mercaderías.

Al final se estrecharon la mano.

—Lo mires como lo mires, O —le dijo Macheath—, es un triunfo de la razón. No podías decidir otra cosa. Esta solución me entristece desde un punto de vista humano. Esta noche dormirás mejor que yo.

Macheath aún se quedó un rato a solas con Brown. Le entregó un pequeño sobre lacrado.

—Yo pago mis deudas —dijo en tono cordial. Y añadió con voz solemne —: Además, me he tomado la libertad, querido Freddy, de ofrecerte una pequeña gratificación para festejar el día de hoy.

Brown abrió el sobre y abrazó conmovido a su amigo y viejo compañero de armas.

—Lo acepto —dijo clavando en él una mirada franca y abierta—, y supongo que me lo das porque somos amigos. Y no al revés, espero que lo sepas, Mac.

Al salir nuevamente a la calle con Grooch y Polly, Macheath comprobó que la niebla había aumentado todavía más.

Niebla

En la sala de sesiones del National Deposit Bank esperaban ocho señores.

De pie en una esquina estaban, formando un grupo, el señor Peachum, Hawthorne, Miller y Chreston. En la esquina opuesta, también de pie y bajo un busto de yeso del príncipe regente, se hallaban los dos directores del Commercial Bank y Aaron con sus apoderados.

Ambos grupos procuraban no mirarse y conversaban en voz baja.

Aaron les contaba a los dos Opper los pormenores del juicio.

Cuando recibieron la invitación de Hawthorne, Aaron fue el menos sorprendido por el evidente doble juego de Macheath. La forma como recibió la noticia de que su socio Macheath era al mismo tiempo presidente de la tan hostil SCC y estaba confabulado hacía tiempo con la competencia, vino a demostrar su condición de hombre de negocios de gran talla. Era partidario de abstenerse de cualquier tipo de emoción moral y limitarse a tener en cuenta los cambios operados en la situación. Sin embargo, los señores del Commercial Bank no compartían su punto de vista objetivo y más bien mostraban su extrañeza ante semejante opinión.

De todas formas, Aaron confesó estar intrigado por ver cómo se las arreglaría Macheath para mirarlos a la cara.

Por fin entraron Macheath y Grooch.

Se detuvieron en el umbral e hicieron una reverencia. Los integrantes de los dos grupos se inclinaron a su vez, y de uno de los grupos se separó un hombre bajo y de facciones ordinarias que se acercó a los recién llegados.

—Permítanme la pregunta —les dijo—: ¿cuál de los caballeros es el señor Macheath?

Macheath volvió a inclinarse.

Peachum vio un cuarentón bajo y corpulento con cabeza de rábano.

Y casi al mismo tiempo dijeron:

—¿Cómo le va? Encantado de conocerle.

Luego volvió Peachum al grupo que estaba junto a la ventana. Su yerno Macheath y Grooch se quedaron cerca de la puerta. Mac no consideró prudente entablar conversación con los señores Opper del Commercial, que le lanzaban miradas gélidas.

Y se quedó, nada feliz, junto a su apoderado Grooch. Ambos con traje negro como casi todos los otros asisten tes a la reunión, y ambos bien visibles a la luz de la lámpara de cristal opalino que tenían al costado.

«*Sólo esperan poder hacer contratos* —pensó Macheath fastidiado—. *¡Y este regateo es lo que a mí, ex asaltante callejero, me repugna realmente! Ahora tendré que sentarme a pelear con ellos por unos porcentajes. ¿Por qué no saco simplemente mi cuchillo y lo hundo en sus barrigas cuando no quieren darme lo que pido? ¡Qué modales tan indignos esos de chupar así los puros y redactar contratos! ¡Me piden que intercale frasecitas y suelte unas cuantas alusiones! ¿Por qué mejor no decir directamente: ¡la bolsa o la vida!? ¿Para qué hacer un contrato si lo mismo se consigue clavándole al otro astillas de madera bajo las uñas? ¡Y siempre esa estrategia indigna de atrincherarse detrás de los jueces y alguaciles! ¡Es una forma de rebajarse ante sí mismo! Cierto es que nada puede hacerse ahora con el simple y natural atraco callejero, que es a la práctica comercial lo que la navegación a vela es a la navegación a vapor. Sí pero los viejos tiempos eran más humanos. ¡El viejo y honrado latifundismo! ¡Cómo ha decaído! Antiguamente el latifundista le arreaba un puñetazo en plena cara al arrendatario y lo mandaba al calabozo. Hoy en día tiene que comparecer ante un tribunal y, con el código civil en la mano, obligar al hijo de algún arrendatario, que trabaja allí de juez, a garrapatearle un papelucho para poder echar a su arrendatario a la calle. Antes un empresario simplemente echaba fuera a sus obreros y empleados si a éstos no les alcanzaba el sueldo o a él no le bastaban los beneficios. Ahora los sigue echando fuera, naturalmente, y también sigue obteniendo beneficios, quizá hasta más que antes, pero ¡en qué circunstancias tan humillantes! Primero tiene que meterles unos cuantos puros en el morro a los dirigentes sindicales y sugerirles qué decir a los señores obreros para que se dignen aprobar los beneficios del patrón. ¡Es una actitud digna de un perro! En esas circunstancias, ningún hombre decente podrá alegrarse de sus beneficios, por muy importantes que sean. ¡Los obtiene con un sacrificio demasiado grande de su dignidad! Y esto vale hasta para el gobierno. Claro que hoy en día también se exhorta a las masas a llevar una vida de trabajo y sacrificios, pero ¡en qué condiciones tan deplorables! Nadie se avergüenza de pedirles, con la papeleta de sufragio en*

la mano, que elijan a la policía que habrá de sojuzgarlos. También aquí se hace palpable la ausencia de una actitud digna. ¡Que esa gente sepa que yo, un vulgar y corriente ex asaltante callejero, no hubiera adoptado una actitud tan humillante ni siquiera en los tiempos en que aún podía considerarme un asaltante callejero!».

Esperaban a Bloomsbury, de la SCC.

Llegó media hora después que Macheath y le estrechó las dos manos.

—Le han absuelto —dijo en tono cordial—. Pero le han puesto una multa por escaparse de la audiencia.

Con él había llegado Fanny Crysler, que se quedó con Polly en el despacho del director. Macheath no quería que estuviera en la sala de sesiones debido a su suegro.

Los señores tomaron asiento alrededor de la gran mesa redonda, sobre la que había una jarra de agua, seis vasos y una caja de puros. Hawthorne declaró abierta la sesión en su condición de notario y dueño de casa.

Saludó a los presentes y acto seguido cedió la palabra a Macheath diciendo:

—El señor Macheath, a quien todos ustedes conocen como el fundador de los almacenes B, desea, si he entendido bien su carta, hacerles unas cuantas propuestas.

Aaron levantó su mano regordeta.

—Permítanme aclararles primero un asunto que nos parece de suma urgencia para luego escuchar con toda calma la exposición del señor Macheath. Se trata de los rumores sobre ciertas irregularidades en la Sociedad Central de Compras.

Macheath se puso en pie.

—Estoy informado al respecto —dijo pausadamente—. Los rumores fueron provocados por la detención de un tal O'Hara, que era proveedor de mis almacenes. Lo arrestaron a raíz de una denuncia que yo mismo hice porque la procedencia de algunas remesas me parecía dudosa. Mis averiguaciones me permitieron detectar que, en efecto, provenían de robos. Entre tanto, O'Hara ha confesado todo a la policía y se le ha iniciado un juicio por encubrimiento.

Aaron no pareció particularmente sorprendido e hizo un gesto de aprobación, no exento de respeto.

Macheath pasó entonces a hacer sus propuestas, tratando de ser lo más breve posible.

El negocio de los almacenes estaba atravesando, según él, una grave crisis. La brutal competencia los había obligado a bajar los precios tanto tiempo que últimamente ya ni pensaban en obtener los beneficios apropiados. El principio de las tiendas de precio único estaba destinado a *servir al cliente*. Pero para poder asegurar este servicio a largo plazo, las tiendas tenían que estar saneadas y en condiciones de acumular reservas. El actual sistema de hacerse una competencia más o menos despiadada suponía una enorme carga para las instituciones bancadas. Y ahora él les proponía crear una consorcio de almacenes ABC que agrupase las tiendas Aaron y Chreston, así como los almacenes B, que estudiase las necesidades del público comprador, organizase una distribución regional de sus establecimientos y elaborase un plan de ventas fijo para conseguir así precios adecuados.

Azorado, el gran Aaron miró a los señores del Commercial Bank y dijo lentamente que a él también le parecía deseable poner fin a la competencia.

Hubo un silencio, y el presidente del Commercial Bank carraspeó antes de decir:

—Quisiera preguntar si ya ha habido conversaciones sobre lo que acaba de proponer el señor Macheath. Hasta dónde yo sé, el consorcio de los almacenes B, cuyo propietario es el señor Macheath, pertenece por ahora a nuestro grupo y está sujeto a ciertas resoluciones adoptadas conjuntamente.

En su respuesta, Macheath eligió cada palabra con sumo cuidado.

Por razones de parentesco —dijo señalando con un gesto de la mano al señor Peachum, que estaba sentado frente a él y permaneció impasible— se había visto obligado a ocuparse de los asuntos del National Deposit Bank, que trabajaba con la cadena de tiendas Chreston. Las consideraciones sobre el destino futuro de este consorcio habían surgido, como quien dice, en el seno de su familia. Más tarde había mantenido también conversaciones previas de carácter informativo con el señor Chreston.

—¿Y cuál fue el resultado de esas conversaciones previas? —preguntó Aaron sin mirar a sus colegas del banco.

—Un acuerdo total —respondió Chreston por Macheath.

Aaron se echó a reír.

—¿Y se abordó también en esas conversaciones previas de carácter informativo el papel de la Sociedad Central de Compras? —preguntó el presidente del Commercial retomando fríamente la palabra.

Y de paso miró a Bloomsbury, que no paraba dé moverse en su sillón, muy infeliz porque no entendía nada.

Macheath contestó por él con toda calma.

—Esa pregunta puede hacérmela a mí —dijo.

—Se la he hecho a la SCC —replicó Jacques Opper.

—O sea a mí —confirmó Macheath serenamente—. La SCC, y esto ya no puede seguir ocultándose, ha entablado relaciones más estrechas conmigo desde hace algún tiempo.

—¿Relaciones de parentesco? —preguntó el más joven de los Opper con una ironía gélida.

—No, de amistad —replicó Macheath en tono amable—. Bloomsbury y yo somos amigos.

—Muy interesante —dijo Henry Opper mirando a Aaron.

Se produjo un penoso silencio. Hawthorne se sirvió un vaso de agua y pidió cortésmente a los presentes que evitasen cualquier tono irónico.

—O sea que usted, Macheath, es presidente de la SCC y director del NDB, si no me equivoco —resumió Aaron con una amabilidad no exenta de cierto humor negro.

Macheath asintió con gesto grave.

—Esto cambia las cosas, Opper —concluyó Aaron—. Si no me equivoco —¿y por qué habría de equivocarme?— Chreston volverá a recibir pronto nuevas remesas de la SCC. Las relaciones familiares y comerciales, a las que se suman las de amistad, crean, dicho sea sin ninguna ironía, una atmósfera sumamente armónica en la parte contraria. Y en ese caso cabe preguntarse si podrán seguir existiendo tales partes contrarias, Opper. Esto podemos comentarlo mañana o ahora mismo. Y lo mejor sería ahora mismo, caballeros. ¡Una píldora así vale más tragársela de golpe! ¿Qué les parece?

—La SCC —observó Macheath— es una organización muy potente si no se le pagan precios demasiado bajos, cosa que, lamentablemente, ha sucedido con frecuencia en los últimos tiempos. La presión ejercida por las rebajas sobre las tiendas no afiliadas a los consorcios se ha dejado sentir plenamente en fecha reciente. Se han producido una serie de bancarrotas, sin duda muy lamentables desde un punto de vista humano, pero beneficiosas para el saneamiento del comercio minorista. De aquellos negocios en quiebra han podido obtenerse importantes partidas de mercadería a precios bajísimos. ¡El hombre enfermo muere y el hombre fuerte combate, caballeros!

Aaron se miró las uñas. Nadie parecía sentir la necesidad de decir algo. De modo que Macheath prosiguió:

—Anunciar ahora que nuestra semana publicitaria no podrá celebrarse sería, sin duda, desfavorable, mi estimado Aaron. Tenga usted en cuenta que el público comprador londinense ha seguido nuestra lucha. Un consorcio de

las empresas aquí representadas podría, claro está, relanzarla o hacerla fracasar.

—¡Ajá! —dijo Aaron—. ¿O sea que usted montaría de todos modos sú semana publicitaria aunque no lleguemos a un acuerdo? Yo pensé que los depósitos de la SCC estaban, de momento, agotados.

—Y así es —le explicó Macheath en tono complaciente—, pero le he comprado unas cuantas partidas a… Chreston. Eran algo más caras que las de la SCC, pero no tanto como las del mercado oficial.

—Y en un consorcio como el que ahora se imagina —dijo Aaron—, ¿tendría usted una posición fuerte, Macheath, siendo también, como es, la SCC?

—¡Digamos que… una responsabilidad muy fuerte! —replicó Macheath en tono amable.

—¿Qué opinan ustedes? —preguntó Aaron a los señores del Commercial Bank.

Henry Opper miró a su hermano y dijo en tono mordaz:

—Se lo diré ahora mismo. Yo, por mi parte, prefiero no entrar en ninguna de las tres posibles relaciones con el señor Macheath. Además, le ruego que abandone esta sala ahora mismo con nosotros.

Y se levantó.

Aaron lo miró con aire triste.

—Pero ¿por qué? —dijo con voz quejumbrosa y sin levantarse—. ¡Escuche primero!

Henry Opper lo miró un instante con aire despectivo. Luego se volvió sin decir palabra y, seguido de su erudito hermano, abandonó la sala tras hacer una breve reverencia.

Aaron miró a todos los asistentes uno tras otro.

—Es indudable que mis amigos no tienen ningún sentido del humor. Yo me he quedado aquí en mi sitio porque quiero demostrarles que tengo sentido del humor. Y saber estas cosas es bueno para los socios. No puedo irme si mi negocio se queda empantanado —concluyó algo molesto.

Y como nadie tomaba la palabra, prosiguió:

—Una cuestión que podría ser clave es la siguiente: ¿podremos prescindir de la ayuda financiera del Commercial Bank?

Por primera vez intervino Peachum en la discusión:

—Pienso —dijo en tono seco— que mi yerno puede hacerlo. Por suerte, la «Compañía para la explotación de barcos de transporte», que yo presido, no ha sufrido ninguna pérdida financiera a causa de la terrible catástrofe

marítima. Así al menos no hay sacrificios económicos que se sumen a los sacrificios de vidas humanas. Es más, les puedo decir en confianza que hasta se ha previsto un nuevo plan de cooperación con el gobierno. Yo mismo estoy en condiciones —siquiera temporalmente, hasta que pueda llevar a cabo unos proyectos más amplios— de brindarle mi apoyo a una empresa tan promisora como es el Consorcio de almacenes ABC.

Aaron hizo una reverencia desde su asiento. Luego le lanzó a Macheath una mirada casi ensoñadora y dijo en tono suave:

—Creo que empiezo a ver claro, Macheath. Con su mercadería fabulosamente barata de la SCC nos enfrentó a mí y al Commercial Bank en una intensa lucha competitiva con Chreston, quien acabó por los suelos. Cuando éste estuvo abajo y ya se había gastado el dinero del National Deposit para poder rebajar sus precios como nosotros, usted hizo que el National le cortara los créditos. Pero a nosotros, incluidos sus propios almacenes, nos cortó el suministro de mercaderías en el momento culminante de la lucha, y ahora me separa a mí del Commercial tal y como separó a Chreston del National. ¡Realmente extraordinario! Alguna vez tendremos que comentar todo esto detalladamente con una botella del cuarenta y ocho, ¿no le parece? ¡Y ahora basta de negocios! Por lo que veo, la mayoría de nosotros pensamos asistir a los funerales en honor de nuestros héroes. En ese caso tenemos que salir ahora mismo. Ya no podremos discutir hoy los pormenores.

Los otros señores estuvieron de acuerdo. El Consorcio de almacenes ABC bajo la dirección del señor Macheath ya era un hecho consumado.

Polly y Fanny, que esperaban en el despacho del director, se habían divertido mucho. Fanny le contó un gracioso incidente relacionado con el proceso.

Después de la absolución, dijo riéndose, varios tenderos de las almacenes B participaron con sus mujeres en la búsqueda del banquero Macheath. Fanny iba detrás de ellos y pudo oír lo que hablaban. Querían estrecharle la mano a Mac de todas maneras.

Y hablaron pestes de Walley, que los había hostigado.

«Seguro que el tal Walley perseguía objetivos turbios», decían indignadas.

Fanny le contó a Polly que la coartada que tanto les gustaba porqué dejaba a Macheath libre de toda culpa, había sido esa sesión de la SCC en la que se decidió cortarles el suministro de mercaderías, es decir, su ruina.

Polly se rió mucho, y después siguieron hablando de modas de otoño. Al término de la reunión ya se habían invitado mutuamente. Polly estaba un poco nerviosa porque era la primera vez que su padre veía a Macheath.

Vio salir a su marido y a su padre juntos de la sala de sesiones. Caminaban en silencio, enfrascados ambos en sus propios pensamientos.

Se dirigieron a la iglesia en cuatro coches de alquiler. En uno de ellos iban Polly y su marido con las manos entrelazadas. Su amor había vencido todos los obstáculos.

La niebla se había espesado aún más durante la reunión en el NDB. Los coches de alquiler avanzaban muy lentamente. En algunos cruces, los cocheros discutían sobre la dirección que debían tomar.

En el segundo coche viajaban Peachum, Fanny y Bloomsbury. Este último se refirió entusiasmado a la genialidad de su amigo Macheath.

—Es un gran trabajador —dijo con sumo respeto—. La verdad es que trabaja todo el tiempo. No piensa en sí mismo, sino en sus empresas. Casi nunca toma vacaciones, y al mediodía sólo come un tentempié. La cárcel es el único sitio donde realmente puede descansar.

Fanny habló luego con el señor Peachum sobre alquileres de tiendas en Hampstead.

No tardaron en reñir, y Fanny Crysler, riéndose y mirando a Peachum de soslayo, dijo que él sabía que ella decía siempre la verdad.

Peachum hizo grandes esfuerzos por sonreír.

Tenía el rostro gris y se veía envejecido. Estaba asustado. Al mirar entre la niebla distinguió comitivas borrosas, racimos de personas que llevaban pancartas horribles con acusaciones redactadas por él mismo.

«Por suerte hay niebla», pensó apoyado en el respaldo. «Aunque en cualquier momento puede disiparse. ¿Y entonces qué? Es cierto que yo vivo amenazando, pero esta vez he amenazado un poco más de la cuenta y eso puede costarme la vida. Sólo la policía me inspira confianza, pero ¿será lo suficientemente hábil? ¿Sabrá hacer bien su trabajo? También avanza entre la niebla. Todos aquí rebosan de optimismo. Y no saben lo que les espera, ni han visto las pancartas que avanzan, tambaleantes, hacia ellos. ¡Ah!».

Grooch iba con Chreston y Aaron, acompañado aún por su apoderado.

Aaron estaba muy impresionado por Macheath. Confesó que en cuanto se enteró ante el tribunal de que Macheath era el hombre de la SCC, decidió concederle un cargo directivo en el consorcio.

Por lo demás, los cocheros no parecían muy seguros de ir por el buen camino. Varias veces se detuvieron a discutir a voz en cuello desde sus pescantes. Y en cierto momento dieron todos media vuelta.

Luego interrogaron a unos transeúntes que tampoco sabían dónde estaban.

Un policía les explicó algo y ellos espolearon a sus caballos como si de pronto supieran adonde iban.

Macheath gritó varías veces desde el fondo del coche:

«¡Iglesia de la Trinidad!».

Pero al cabo de un rato se apearon Grooch y Aaron, atravesaron la calle y comprobaron que ya se veía campo abierto, al menos a un lado de la calzada.

Los cocheros se pusieron a deliberar. Enumeraron todos los parajes donde a un lado de la calle se podía ver el campo, y al no ponerse de acuerdo, siguieron viaje. Hawthorne, molesto, le dijo a Miller (el Siglo y medio viajaba en el último coche): «Ya nadie sabe cuál es su puesto».

Tras media hora de viaje Macheath perdió la paciencia y le dijo a Polly en tono brusco:

—Nos apearemos en la próxima esquina y entraremos en la primera casa que veamos. No se puede seguir así.

Y de hecho se apeó, y con él todos los otros.

La casa que encontraron tenía un muro muy alto y parecía ser bastante grande, aunque la niebla no permitía distinguir nada preciso. El muro no tenía cuando acabar, y tardaron un buen rato en encontrar el portón.

Cuando se toparon con él, vieron que estaban ante la cárcel de Old Bailey.

Dieron media vuelta riendo y, sin dejar de bromear, volvieron a subir a los coches. Era evidente que se habían extraviado por completo.

Por pura casualidad se encontraron con otro policía que, al enterarse de que los señores tenían invitaciones oficiales para ir a la iglesia de la Trinidad, guió a los cocheros hasta una esquina desde la cual pudieron ir directamente a su destino.

Llegaron con más de una hora de retraso. Vieron poca gente en la plaza de la iglesia, excepto algunos soldados inválidos que pedían limosna.

Incrédulo, Peachum miró desde su coche hacia el portal.

Y vio docenas de sus hombres empapados y miserables.

Interrogó a uno de ellos en un rincón y se enteró, de que aunque Beery no había llegado a tiempo al punto de encuentro, la marcha tampoco había tenido lugar. A primera hora de la mañana se había producido un auténtico motín. La gente había tirado las pancartas y se había negado a dejar de trabajar para cargar canelones en un día de tanto movimiento comercial

—Más cerca están mis dientes que mis parientes —dijeron—. Vale más que la policía no se fije en nosotros. La población está dispuesta a darles algo a esos pobres soldados para que no pierdan las ganas de sacrificar sus extremidades por la grandeza y la gloria de Inglaterra, ¿por qué habríamos de

acusar precisamente ahora a ciertos miembros del gobierno, a los que nunca hemos visto, de querer perjudicamos? ¿Qué pasaría entonces con el negocio? Mañana, los soldados que salgan a mendigar serán denunciados nuevamente a la policía, pero hoy los celebrarán. No todos los días se hunde un barco. Contra la corrupción también podemos manifestarnos en épocas de vacas flacas.

Y con estos razonamientos y otros similares se fueron dispersando.

Estaban muy bien repartidos por las calles adyacentes, decían, pero la niebla dificultaba mucho su trabajo. En vez de pedir a los deudos de las víctimas, que daban generosamente, muchas veces se dirigían a los numerosos miembros del gobierno.

Más aliviado, Peachum suspiró y entró en la iglesia.

Aún estaba medio vacía. Sus altos pilares se hallaban envueltos en paños negros. Al pie del púlpito se veían grandes coronas.

Los funerales aún no habían comenzado.

Ni siquiera había llegado el cordón militar. La compañía, que avanzaba a tientas por las calles de Chelsea, desembocó finalmente en el Támesis. A punto estuvo de caerse al agua.

Lanzando maldiciones dieron marcha atrás. Su misión como guardia de honor era proteger a sus compañeros ahogados de los desmanes del populacho, no de los excesos de las masas de agua.

Cuando por fin llegó, aún faltaban las autoridades eclesiásticas. Extraviadas debido a la niebla, habían recalado en los mataderos. El obispo, que llevaba en su bolsillo el discurso de homenaje a los héroes, se perdió buscando al portero y recorrió, desesperado, los estrechos pasillos por los que solían arrear a ciertos animales hasta el matadero. Unos guardianes lo encontraron sentado en un corral de ovejas vacío.

Tras la llegada del obispo se inició el funeral por las víctimas y el homenaje a los héroes.

Las autoridades ya habían llegado. Macheath divisó a Brown sentado junto a un alto funcionario cuya fotografía había visto en las revistas. Se alegró de que Brown pareciera tan inalcanzable para todo el mundo y se sintió orgulloso de él.

El señor sentado junto a Brown era Hale. Peachum lo reconoció en el acto. El coche de Brown había topado con el de Hale entre la niebla. Y como ambos esperaban orientarse mejor estando juntos, hicieron el resto del trayecto en el mismo coche.

Los bancos para el pueblo seguían medio vacíos. No se esperaba mucha asistencia por parte de los deudos, y cientos de personas que tenían familiares en el frente no habían podido llegar a tiempo.

En su mayor parte eran esposas y madres que deambulaban por las calles de la capital preguntando en cada esquina, o incluso en las casas y las tiendas, dónde tendría lugar el homenaje a los héroes y el funeral por los caídos.

Tras una obertura musical que creó la atmósfera propicia, el obispo, temblando aún por su aventura en el matadero, pronunció la oración fúnebre. Eligió como tema la parábola de las minas.

Primero leyó la parábola que, en el Evangelio de San Lucas, empieza con las siguientes palabras:

«Un hombre de la nobleza marchó a un país lejano a recibir la dignidad real y volvió».

El hombre dio una mina a cada uno de sus siervos y les dijo que la negociaran hasta que él volviese. Cuando regresó, uno de los siervos había producido diez minas y el noble le dio el gobierno de diez ciudades. El segundo había producido cinco minas y recibió el gobierno de cinco ciudades. Pero el tercero no había producido nada. Y el noble le quitó la mina y se la dio al que había producido diez minas, diciendo que al que tiene se le dará, y al que no tiene, aun lo poco que tiene se le quitará.

Ésa era la parábola, y sobre ella organizó el obispo su sermón.

—*Queridos hermanos* —empezó—, *el terrible hundimiento del barco de transporte «Optimista» en el canal ha desatado una ola de patriotismo en nuestro país. Es como si la desgracia que lo ha castigado le hubiera abierto los ojos sobre su misión, una misión que ya casi había olvidado cuando el jueves último por la mañana el lector de los periódicos matutinos encontró junto a su plato, mientras desayunaba, la noticia de esta catástrofe que ha conmocionado a Inglaterra.*

Ahora bien, ¿a qué me estoy refiriendo cuando digo que se le han abierto los ojos? Hermanos míos, en todos los acontecimientos de la vida —y la vida es un continuo acontecer— hay siempre un delante y un detrás. Existen los primeros planos de un suceso, como nuestra catástrofe marítima, por ejemplo, y también el telón de fondo. Y hay gente que ve lo de delante, mas no lo de atrás, aunque lo verdaderamente importante es el telón de fondo; sólo quien lo conoce, conoce la vida.

¿Y cuál es, os pregunto yo ahora, queridos hermanos, el telón de fondo de la catástrofe que tan duramente nos ha golpeado?

El obispo se apoyó en el respaldo del púlpito, quedando erguido como un huso. Su mirada franca y temeraria recorrió la nave de la iglesia que se abría a sus pies: los representantes del gobierno, los oficiales del Almirantazgo con Hale a la cabeza, los hombres de negocios y los parientes de quienes estaban en el frente de guerra.

—*Hermanos míos* —prosiguió el obispo tras esta revisión—, *el amo de nuestra parábola es un amo severo. Reclama su dinero con intereses simples y acumulados. Con estas cosas no bromea. Y al siervo que pretende devolverle solamente su mina lo manda arrojar a las tinieblas, donde será el llanto y el crujir de dientes. Así es, queridos hermanos, Dios; pues el amo de la parábola es Nuestro Señor mismo; Dios es un amo muy severo y reclama sus intereses. Sin embargo, también es un amo justo. No le reclama el mismo interés a cada uno de sus siervos. Acepta las diez minas del primero y también las cinco del segundo. Acepta lo que le dan. Y sólo rechaza la nada del tercer siervo, el perezoso, escrupuloso y desleal. Ese hombre ya no tiene nada que esperar de él. Le quitarán incluso lo que tiene, es decir, la mina que todos recibieron del amo, el capital inicial. El sentido profundo de esta parábola reside, pues, en la sorprendente frase: A cada cual según su fortuna*.

Quisiera intercalar aquí unas palabras sobre el concepto de mina. En las Sagradas Escrituras hay dos versiones de la parábola que hoy nos ocupa. En una de ellas se habla de minas, y en la otra, de talentos. La palabra talento tiene dos significados: por un lado es una gran moneda de plata usada en la antigua Grecia, y por el otro sirve para designar una capacidad intelectual. Encuentro que es una anfibología muy hermosa. Las capacidades son dinero, y el rendimiento, bienestar. Pero esto lo digo sólo entre paréntesis.

Hermanos míos, en este mundo nos topamos a cada paso con la desigualdad Todo hombre llega a él como un pequeño ser desnudo y desvalido, y en ese estado no se diferencia de ningún otro lactante. Pero al cabo de un tiempo empiezan a notarse las diferencias. Unos permanecen en un estadio inferior, mientras otros siguen desarrollándose. Son más inteligentes, trabajadores, parsimoniosos y enérgicos que los primeros, y los superan en rendimiento. También llegan a ser más ricos, poderosos y respetados que aquéllos. La desigualdad se pone de manifiesto. Ahora bien, ¿cuál es la postura de Dios ante todo esto?

¿Aprecia también de modo diferente a los hombres según sus distintos rangos? ¿Ama acaso más al que da mayor rendimiento que al que sólo llega a realizar una tarea modesta? No, hermanos míos, Dios no hace estas cosas.

Distribuye los premios según el rendimiento: diez ciudades a uno y cinco al otro, según lo que hayan producido, pero aparte de eso, para Él no existe diferencia alguna. Aparte de eso, quiere a todos sus siervos por igual. ¡Y esto, mis queridos hermanos, es la igualdad ante Dios!

Queridos hermanos, esta parábola de las minas nos enseña cómo debemos considerar el sacrificio de nuestros soldados del «Optimista».

Nuestro país tiene grandes hombres cuyos méritos son inconmensurables. Nuestros estadistas están día y noche en el puente de mando de la nave estatal. Nuestros generales elaboran los planes de sus campañas inclinados sobre sus mapas. Nosotros, los siervos de Dios, contribuimos desde los púlpitos a infundir ánimo en los corazones. Y nuestros soldados suben a los barcos y se hunden con ellos si así lo quiere la inescrutable voluntad de Dios. Nosotros devolvemos nuestra mina con intereses, y ellos también devuelven la suya. Pero todos colaboramos juntos para que nuestro país también devuelva a su vez, constantemente multiplicada, la mina que Dios le confió, y para que más tarde, cuando llegue la hora de comparecer ante El podamos señalar a nuestra patria y decirle: ¡Tú nos diste estadistas, generales, comerciantes y soldados, y mira, Señor, lo que hemos hecho con ellos!

Y si entendemos así todo lo que acontece, queridos hermanos, lo bueno y lo malo, ya no nos quedaremos sólo con los primeros planos de una desgracia nacional como el hundimiento del «Optimista», tal como hacen unos cuantos cuyos intereses están exclusivamente ligados a los bienes terrenales. Y entonces se nos caerán unas como escamas de los ojos y veremos el telón de fondo, y cuando lo veamos, nuestros soldados y marineros no habrán perecido en vano pese a no haber alcanzado al enemigo. En ese caso, aquel barco que se fue a pique entre la densa e impenetrable niebla no habrá llevado totalmente en vano el glorioso nombre de «Optimista». Pues su optimismo, queridos hermanos, consistía en la certeza de que la nación sabría evaluar debidamente su hundimiento. Y así también habremos ganado algo con ese barco condenado a hundirse: ¡ha producido intereses simples y compuestos, oh Señor!

Finalizada la ceremonia fúnebre por las víctimas, el señor Peachum, el matrimonio Macheath y los señores del National Deposit Bank y del Consorcio de almacenes ABC se dirigieron a un restaurante cercano para dejar que la vida privada siguiera su curso una vez concluidos los trámites comerciales. El matrimonio Macheath se convirtió en el blanco de un fuego cruzado de felicitaciones y discursos lisonjeros. El primero en hablar fue Aaron:

*—Estimada señora, señores todos —*dijo*—: El día de hoy marcará un importante hito en la historia del comercio minorista de Inglaterra. Un hombre en quien todos nosotros hemos reconocido últimamente a uno de los representantes más conspicuos en nuestro ramo se pondrá al frente de un gran consorcio de establecimientos comerciales. A partir de mañana pondrá al servicio de nuestra causa común toda su fuerza, sus ingentes conocimientos comerciales, su inquebrantable energía y esa sabiduría en el trato con la gente que todos conocemos y sabemos apreciar. El público se dejará convencer por esa nueva fuerza, y nosotros, los comerciantes, ya no malgastaremos nuestras energías haciéndonos la competencia, sino que lucharemos por una causa común. Todos acabamos de escuchar las espléndidas palabras de nuestro pastor espiritual sobre la parábola de las minas. Nuestro nuevo directorio, encabezado por el señor Macheath, sabrá sacar todo el provecho que haya dentro de esa mina de oro que es nuestra vastísima organización.*

En su brindis, el señor J. J. Peachum hizo una notable propuesta:

*—No pretendo decir —*afirmó*— que en todo momento haya adoptado una actitud igualmente positiva frente al matrimonio de mi hija con el señor Macheath. Sólo quedé realmente convencido de que mi hija había elegido bien cuando eché una mirada sobre las actividades prácticas de mi yerno. Advertí que su postulado fundamental era ponerse al servicio de las clases necesitadas, lo que de inmediato encontró eco en mi alma. En general la gente tiene en muy poca estima a las clases bajas, y esto es una gran injusticia. Puede que sean menos cultas que nosotros y que sus modales sean más primitivos e incluso groseros que los nuestros, pero es preciso que todos los hombres, ya sean de clase baja o alta, vivan en armonía unos con otros y no se hundan del todo en aquel estado animal que muchas veces suele ser el suyo. Aunque sólo tengan una vaga idea de estas cosas, eso en nada cambia la necesidad de ocuparse de ellos. Y ahora mismo me gustaría hacer una propuesta práctica: ustedes, caballeros, y tú, mi querido yerno, venden hojas de afeitar y relojes, enseres domésticos y qué sé yo cuántas cosas más; pero no sólo de eso vive el hombre. No basta con que vaya bien afeitado y sepa qué hora es. Ustedes tienen que ir más lejos y venderle también cultura, quiero decir libros, novelas baratas, de esas que no presentan la vida en tonos grises, sino que la pintan de colores vivos, que le abren al ciudadano de a pie un mundo más elevado y le dan a conocer las exquisitas costumbres de las clases altas, esa forma de vida tan deseable de los socialmente privilegiados. No me refiero al negocio que podría hacerse con esto y que*

sería, quizá, considerable; me estoy refiriendo a la humanidad, a la que se le haría así un gran servicio. En fin, era sólo una pequeña sugerencia.

Después de que el señor Aaron le agradeciera su sugerencia al señor Peachum en nombre del Consorcio de almacenes ABC, se levantó el señor Hawthorne y contó, en tono de broma, una pequeña anécdota de los últimos meses.

—*A estas alturas ya no quisiera ocultar* —dijo de buen humor— *que fue una experiencia muy concreta y de tipo netamente humano la que nos llevó a nosotros, los del National Deposit Bank, a hacer todo lo posible por poner fin a la competencia criminal entre las grandes cadenas de establecimientos Fue una visita que la señora Macheath, aquí presente, hizo a nuestro banco. No fue a hablar de negocios. Sólo habló de cosas humanas. Pero sus palabras nos conmovieron tanto —pues los viejos también tenemos nuestro corazoncito — que ya no pudimos más y fuimos a visitar a su difamado esposo, un hombre inocente metido en la cárcel con el que estuvimos conversando hasta llegar a un acuerdo. Y, por muy anticuado que esto suene, quisiera decir que no fue la mentalidad comercial la que en este caso logró superar una situación difícil, sino el amor*.

También se levantó Polly, que al pronunciar su breve discurso parecía más que nunca un melocotón en flor:

—*Aunque no esté muy bien visto que nosotras, las mujeres, pronunciemos discursos —pues a nadie le gusta que nos ocupemos de negocios—, quisiera decir algo sobre la felicidad que me produce el hecho de haber seguido siempre mis sentimientos y no haber dudado nunca de mi amor por mi marido. Las mujeres no pensamos tan lúcidamente como los amos de la creación, pero mi ejemplo viene a demostrar que el verdadero amor también puede tener un buen fin. Basta con que posea la fuerza suficiente. Además, no debe preocupamos que la gente nos mire a veces de reojo. Puede que los hábiles proyectos fraguados por nuestros maridos sean de enorme utilidad, pero muchas veces las mujeres vencemos justamente gracias al amor, aunque éste parezca casi insensato. Y más de una vez he podido ver cómo Mac, el hombre de negocios frío y calculador, lo tiraba todo por la borda y ponía en juego su carrera pira no perderme a mí, la elegida de su corazón, ¿verdad, Mac?*

Por último habló Macheath:

—*¡Querida esposa, querido suegro, amigos todos! En líneas generales estoy muy contento con el acuerdo al que hemos llegado hoy día después de superar múltiples malentendidos. No pretendo negar que vengo de muy*

abajo. No siempre me he sentado a mesas como ésta ni en compañía de tan honorables caballeros. Inicié mis actividades a escala muy reducida y en otro medio. Pero más o menos siguen siendo las mismas. Se suele atribuir el progreso social de un hombre a su ambición o a algún proyecto vasto y complicado. Y, francamente, yo nunca he tenido un proyecto así. Yo sólo quería evitar el asilo de indigentes. Mi divisa era: el hombre enfermo muere y el hombre fuerte combate. Al fin y al cabo, sólo la gente como yo logra llegar arriba. Y si alguno de los que llegan arriba no se toma en serio esta divisa, no tardará en caer de nuevo. Comparto la opinión de mi amigo Aaron de que la economía siempre ha exigido hombres de mi temple. Hay otros que no consiguen sacar un solo céntimo de la mina que la Providencia ha puesto entre sus manos. No quiero hacer predicciones, pero creo que el consorcio sabrá cumplir con su cometido. Una cosa es segura: los precios de los artículos no pueden seguir tan bajos como están actualmente. Y concluiré con el dicho: ¡Arriba, siempre arriba! «Per aspera ad ostra!». Y ¡nunca mirar atrás!

Una profunda seriedad se había apoderado de los presentes al oír las últimas frases del señor Macheath. Todos sintieron que acababa de mencionar un problema fundamental.

Y, muy pensativos, vaciaron sus copas.

La mina de los pobres

Los que no tienen ni un real
Yo me pregunto ¿qué harán?
¿A todos los enterrarán
Y el mundo seguirá igual?

Que no, que no, caballeros.
Pues si no fuera por ellos
No nos pondríamos bellos
Ni tendríamos dineros.

Canción infantil

El sueño del soldado Fewkoombey

El soldado Fewkoombey también había estado en la iglesia de la Trinidad. Desde su atentado contra el corredor de comercio Coax sólo se había presentado una vez en la Old Oak Street Y Beery lo puso en la calle inmediatamente.

Fue a la iglesia de la Trinidad porque esperaba encontrarse allí con el señor Peachum. Sabía que éste tenía algo que ver con el hundimiento del barco, pero claro está que no consiguió acercársele. Escuchó, eso sí, el sermón sobre las minas, pues la iglesia estaba bien calefaccionada.

Pasó los días siguientes merodeando por los muelles, sin techo, sin amigos y huyendo de la policía. Su aspecto era cada vez peor. Como no leía los diarios, no se enteró de la acusación presentada contra él en el caso Mary Swayer.

Un día muy frío de noviembre se produjo un incidente ante una panadería de la West India Street.

Un chiquillo cogió un pan del mostrador y echó a correr. Los de la panadería armaron un alboroto y varios transeúntes se lanzaron en persecución del ladronzuelo que, aunque corría con toda la rapidez que le permitían sus piernecitas, no llegó demasiado lejos. Un hombre le echó una zancadilla en una esquina y el chico cayó al pavimento. Lo cogieron, lo trajeron de vuelta a la panadería y poco después se lo llevó un policía.

La gente se dispersó echando pestes.

Entre los que habían perseguido al muchachito se hallaba un hombre harapiento y de edad indefinible. Cuando entregaron al chico a la policía, él se dirigió a los muelles. Allí conocía un recoveco donde podía pasar la noche.

Para ser más exactos, fue él quien le echó la zancadilla al chiquillo y dio con él en tierra. Lo había hecho mecánicamente.

Al llegar bajo su puente, sacó una pitanza semipodrida del bolsillo, le quitó el papel que la envolvía y empezó a comérsela lentamente. Luego se quitó unos restos de zapatos que arrastraba consigo, levantó una piedra bajo la que había dos periódicos, se sentó, extendió los periódicos sobre sus piernas, se echó de espaldas, recostó la cabeza sobre su chaqueta y sus manos y se enroscó lo más que pudo. Se quedó dormido y tuvo un sueño.

Tras muchos años de miseria llegó por fin el día del triunfo.

Las masas se levantaron, quitándose por fin de encima a sus torturadores. De golpe se liberaron también de sus consoladores, acaso los enemigos más terribles que tenían, renunciaron definitivamente a cualquier esperanza y consiguieron la victoria Todo cambió radicalmente. La infamia y el cinismo perdieron su gloria, lo útil se volvió glorioso, la estupidez perdió sus privilegios y ya no se pudo hacer negocios con la barbarie. No la primera ni la segunda, pero sí la tercera o la cuarta cosa que se hizo fue celebrar un gran juicio.

Todo el mundo sabe lo que eso significa. De este juicio se ha hablado siempre y se lo ha esperado desde tiempos inmemoriales; todos los pueblos se lo han imaginado con lujo de detalles. Algunos habían intentado aplazarlo hasta el fin de los tiempos, pero esta tentativa de aplazamiento se había vuelto sospechosa, y los pueblos no podían esperar tanto. Era imposible que ese juicio pudiera celebrarse al final de toda vida, ya que más bien él la iniciaba. Antes de su celebración no podía hablarse, por supuesto, de la verdadera vida.

Y por fin tuvo lugar.

El que soñaba era el presidente del tribunal. Había llegado a serlo sólo tras una lucha encarnizada, pues antes se había presentado una enorme multitud de candidatos que se peleaban el cargo aullando y debatiéndose como locos. Pero como nadie puede impedir que alguien que está soñando salga vencedor, nuestro amigo se convirtió en el presidente del tribunal más grande de todos los tiempos, del único realmente necesario, completo y justiciero.

Ante él deberían comparecer no sólo los vivos, sino también los muertos, todos aquellos que de algún modo hubieran abusado de los pobres y desamparados tanto de obra como de palabra.

La tarea del soldado Fewkoombey, que ahora era el juez supremo, sería inconmensurable. Él mismo calculó que el juicio podría durar varios cientos de años. Pues todos los que alguna vez hubieran sido maltratados podrían presentar allí sus quejas.

Tras una larga reflexión, que por sí sola duró algunos meses, el juez supremo decidió iniciar el juicio con un hombre que, según declaraciones hechas por un obispo durante los funerales de unos soldados desaparecidos en un naufragio, había inventado un parábola que desde hacía dos mil años era predicada desde los más diversos púlpitos y, en opinión del juez supremo, constituía un delito especial.

La audiencia se celebró en un patio en el que, extrañamente, había ropa tendida y una gran perrera con catorce perros que escuchaban atentamente.

No les habían dado de comer ni les darían nada hasta que no se pronunciara el fallo.

El acusado fue introducido por dos mendigos.

Era un tendero o un artesano, a juzgar por su indumentaria modesta, aunque correcta, y su cuello duro.

Sobre la mesa del juez había un cuchillo y una carta escrita con tinta que tenía adherido un número de referencia.

El juez supremo abrió la sesión preguntando al acusado si era consciente de la trascendencia de sus sermones y de la prédica en general.

El acusado respondió que sí, que todo el mundo lo conocía como fundador de una religión.

Su respuesta, al igual que todo lo que contestó, fue anotada por un mendigo gigantesco, el señor Smithy, un hombre al que el juez supremo conocía por su meticulosidad como escribiente. Era el mismo que, en su momento, solía anotar con extrema prolijidad, antes de pedírselos, los ingresos de su empleado Fewkoombey en el negocio de la mendicidad callejera.

En segundo lugar, el juez supremo preguntó al acusado si se reconocía culpable de ofrecer en su parábola una visión deformada de la realidad y de haberla puesto en circulación.

El acusado negó, muy nervioso, semejante culpabilidad.

Era perfectamente posible, dijo, sacar cinco o incluso diez minas de una sola trabajando con ahínco y llevando debidamente un negocio.

A la pregunta de qué entendía por llevar debidamente un negocio sólo supo repetir que para él significaba llevarlo de manera idónea y consagrada por el uso.

Ante la insistencia del juez supremo, el acusado admitió, no tener ningún interés por asuntos de tipo económico y saber, por consiguiente, muy poco sobre el tema.

El juez supremo lo miró fijamente tratando de averiguar si decía la verdad, y luego dio un puñetazo tan fuerte sobre la mesa que hizo saltar el cuchillo oxidado y la carta.

Pero no dijo nada. Siguió preguntando:

—Usted dijo, al parecer, que no sólo unos cuantos, sino *todo* el mundo, es decir, todos los seres humanos, reciben una mina. Me permito recordarle que éste es el punto principal.

El acusado admitió haber dicho esas cosas. Sólo pareció sorprendido de que ése fuera el punto principal.

—En tal caso díganos, acusado —prosiguió el juez supremo con toda tranquilidad—, dónde ha oído decir que todos los hombres de la Tierra reciben esa mina que luego se multiplica por cinco o por diez.

—Lo decían todos —replicó el acusado lentamente, pues aún seguía pensando por qué tendría que ser ése el punto principal.

—Pues ahora citaremos e interrogaremos aquí a quienes se lo decían —propuso el juez en tono serio.

Tocó la campanilla del mediodía y de detrás de la ropa tendida salió un grupo de personas vestidas como el acusado y también con cuello duro, todos conocidos de sus años juveniles, vecinos, maestros e incluso parientes.

Se instalaron ante la mesa del juez y fueron interrogados.

Admitieron haber recibido todos una mina. Y por ella entendían su sentido común, sus conocimientos en los oficios que ejercían y su capacidad de trabajo.

—¿Y teníais también algo más? —preguntó el juez.

Uno de ellos declaró haber tenido un taller de carpintería. Era el padre del acusado.

Otro confesó haber recibido dinero de sus padres para ir a un colegio. Era el maestro del acusado.

Un tercero heredó una tienda de ultramarinos. Era uno de los vecinos del acusado.

Al oír cada una de estas declaraciones, el juez asentía con la cabeza, como si no hubiera esperado otra cosa. De rato en rato miraba a los perros que se pegaban a los barrotes de la jaula y les lanzaba una carcajada, silenciosa, eso sí.

—O sea que a esa mina se sumaban muchas más cosas, ¿eh? —dijo. Y preguntó a los testigos—: ¿Y habéis multiplicado generosamente vuestra mina?

Todos aseguraron en voz alta que habían puesto el máximo empeño en multiplicar su mina, conservando lo que ya tenían, adquiriendo nuevos bienes, educando a sus hijos y dándoles a cada uno otra mina.

El juez volvió a reírse en dirección a los perros.

Luego se dirigió nuevamente al acusado, preguntándole si no había encontrado gente que, a diferencia de los testigos, no tuviera ni una mina.

El acusado negó con la cabeza.

El juez volvió a tocar su campanilla y de detrás de la ropa tendida surgieron otras personas. Estaban peor vestidas que las anteriores y caminaban con mayor dificultad.

—¿Quiénes sois? —preguntó el juez—. ¿Y por qué os mantenéis alejados de los testigos que ya están aquí?

Resultó que eran los criados y criadas de los otros. No querían cometer la insolencia de acercarse demasiado a sus señores.

—¿Conocéis al acusado? —les preguntó el juez.

Lo conocían. Era el que soba hablarles con frecuencia. Entre otras cosas, les había dicho que cada cual recibía de Dios una mina, es decir, sus energías mentales y físicas, y terna que acrecentarlas y utilizarlas debidamente. Lo habían oído de sus propios labios.

—¿De modo que él os conocía? —inquirió el juez.

—Naturalmente —respondieron, y el acusado tuvo que admitir que los conocía.

—¿Y vuestra mina se ha multiplicado? —preguntó el juez supremo en tono severo.

Ellos se asustaron y dijeron:

—No.

—¿Y él ha visto que no se multiplicaba?

A esta pregunta no supieron responder en el acto. Sin embargo, después de meditar un rato se adelantó un chiquillo muy parecido a aquél al que el soldado Fewkoombey había echado una zancadilla con su pata de palo frente a una panadería. Se plantó ante el juez con aire decidido y dijo en voz alta:

—Tiene que haberlo visto, pues nos helábamos cuando hacía frío y pasábamos hambre antes y después de comer. Mira tú mismo si se nos nota o no.

Se metió dos dedos en la boca y silbó, y de entre la ropa tendida, pero aún más mojada que ella, salió una mujer muy parecida a la tendera Mary Swayer.

El juez supremo se inclinó hacia delante en su silla para poder observar mejor a la mujer.

—Quería interrogarte para saber si en el lugar de donde vienes hace frío, Mary —dijo en voz alta—, pero veo que no es necesario. Ya veo que de allí donde vienes hace frío.

Y viendo que estaba agotada, le dijo:

—Siéntate, Mary, has trajinado demasiado.

Ella buscó una silla a su alrededor, pero no vio ni una.

El juez agitó la campanilla y empezó a caer nieve, aunque sólo en el perímetro de una columnita no más gruesa que un árbol mediano, hasta que se formó un banco de nieve en el que Mary pudo sentarse. El juez esperó a que acabara de nevar y añadió:

—El banco es un poco frío y se funde cuando sube la temperatura. Entonces tendrás que estar otra vez de pie, pero así son las cosas y no hay nada que hacer.

Y dirigiéndose a los testigos les dijo:

—¿Se ha probado acaso que os echaron fuera, donde será el llanto y el crujir de dientes?

—No —replicó uno de ellos cobrando ánimos—. Jamás nos dejaron entrar.

El juez los observó a todos con aire pensativo, y se volvió nuevamente hacia el acusado:

—Lo tiene usted mal, mi estimado. Le hace falta un defensor. Pero uno que se adecúe a usted.

Tocó la campanilla, y de la casa salió un hombrecillo de cara vulgar.

—¿Es usted el defensor? —murmuró el juez—. Si es así, póngase detrás del acusado.

Cuando el hombrecillo se instaló detrás del acusado, éste empalideció, pues se dio cuenta de que el juez le había asignado aquel defensor con toda mala intención.

El juez supremo resumió la situación. El tribunal daba por demostrada la veracidad de dos de las afirmaciones del acusado: en primer lugar, que las minas se multiplicaban, es decir, que de ellas se pueden obtener beneficios, y en segundo lugar, que aquellos que no generan ninguno son arrojados a las tinieblas, donde será el llanto y el crujir de dientes. Pero el tribunal daba por no demostrado que *todos* los hombres recibieran una mina.

—Mary Swayer —prosiguió el juez supremo—, tú firmaste un contrato con el señor Macheath. ¿Constaba en él que no se podrían abrir nuevos almacenes en las proximidades de tu tienda?

Ella hizo memoria y dijo:

—No.

—¿Y cómo así no advertiste que faltaba esa cláusula?

—No lo sé, Few.

El juez supremo tocó la campanilla. Por entre la ropa tendida surgió un hombre muy alto que llevaba una palmeta. Había sido el maestro de la suicida.

—Tú no les enseñabas a leer a tus alumnos —le acusó el juez—. ¿Cómo es eso?

El hombre alto miró con aire severo a la mujer y dijo:

—Ella sabe leer.

—¡Pero no contratos! ¡Contratos no! —exclamó el juez y montó en cólera.

El maestro puso cara de ofendido.

—Mis alumnos en Whitechapel no tienen por qué saber leer contratos —gruñó—. Que aprendan a trabajar y no necesitarán contratos.

—¿Qué significa *association*? —preguntó el juez rápidamente.

—Asociación —respondió el maestro, sorprendido—. ¿A qué viene esa pregunta?

—Correcto —dijo el juez supremo satisfecho—. Asociación. ¿Y qué significa Ática?

El maestro se quedó callado.

El juez supremo pareció decepcionado, pero prosiguió.

—¿Ha ido usted a la escuela? —preguntó volviéndose hacia el acusado, que tenía la cabeza gacha. Y cuando el hombre del cuello duro asintió con la cabeza, el juez insistió:

—¿Qué significa Ática?

Pero él no lo sabía. El maestro intentó soplarle la respuesta. No le hacía ninguna gracia que el acusado supiera tan poco.

—Sí —dijo el juez—, usted sabe poco.

Pero al oír esto intervino el hombrecillo que hacía las veces de defensor y exclamó:

—Sabía bastante. Para nosotros sabía bastante.

—Claro que sí —murmuró el juez con aire sumiso y como mecánicamente.

Cuando volvió a levantar su campanilla, un hombre enjuto con un delantal de camarero se acercó a la mesa del juez. Era el primer propietario de la taberna que luego fue del soldado Fewkoombey.

—¿Sabe escribir este hombre?

El juez le hizo esta pregunta al maestro, quien examinó al testigo, lo identificó también como alumno suyo y asintió moviendo su enorme cabezota.

—Pero a mí —le dijo el juez al testigo, hecho una furia— no me escribiste en el contrato que sólo habría clientela mientras estuvieran construyendo aquellas casas.

—No podía escribírtelo —replicó el camarero—, no tenía dinero suficiente cuando me hice cargo del local, y me alegró mucho poder salir de mis deudas gracias a esas construcciones y volver a trabajar de camarero.

—¡O sea que *no* sabía escribir! —exclamó el juez nuevamente enfadado.

Pero luego se dominó e hizo una pausa.

Y cuando todos aguardaban indecisos a que la audiencia prosiguiera, el juez se acercó al maestro y le preguntó con voz amable y casi sumisa qué significaba realmente Ática, que él no había llegado a ese pasaje del libro todavía, pues se lo habían quitado. Pero el maestro se limitó a mirarlo y no le respondió.

El juez supremo sollozó y reabrió la sesión. No sabía muy bien cómo proseguir.

Miró a la testigo principal, Mary Swayer, y vio que estaba cosiendo de nuevo. Daba puntadas muy precisas con la aguja aunque no tenía tela, pues el suministro de mercaderías se había interrumpido. Cosía, pues, en el aire, y de sus manos no salía camisa alguna.

—Si no hubieran cortado el suministro de mercancías —preguntó el juez en voz baja y con aire pensativo— ni hubieran instalado esa nueva tienda, ¿crees que hubieras podido prosperar, Mary?

—¿Por qué no? —dijo ella cansada—. No en vano tenía costureras.

—Éste es un punto fundamental —dijo rápidamente el juez supremo—. Pero no avanzamos nada. Nunca me imaginé que sería tan difícil poner las cosas en claro.

Se levantó y se dirigió a la perrera. Los perros aullaron muy contentos porque creyeron que iba a darles de comer, pero el enigma no se había resuelto todavía.

El juez supremo miró de reojo a los testigos de descargo que daban la razón al acusado, todos bien alimentados y vestidos, con perspectivas y éxitos, y frente a ellos a los desnutridos y prematuramente envejecidos, a esa mujer que seguía cosiendo sin tela, sentada en el banco de nieve, y al chiquillo con el brazo arqueado como si llevara debajo un grueso pan, peto sin pan.

Al volver a su sillón renqueando con su pata de palo, el juez pasó junto al acusado y le dijo a media voz:

—¿Es que *tú* no lo entiendes?

Pero el hombre del cuello duro se limitó a encogerse de hombros y no acertó a decir nada.

—¡Tanta diferencia y ninguna razón que la explique! —sollozó el juez—. En algún lugar debe estar la culpa, pero ¿dónde?

Permaneció de pie, indeciso, sin saber si tenía algún sentido sentarse nuevamente en el sillón de juez.

«Es mi ignorancia», pensó, «soy demasiado inculto para averiguarlo, demasiado inculto. ¡Si supiera en qué consiste su mina!».

De pronto se detuvo, perplejo, y recordó el poder que tenía desde hacía poco. Se precipitó a la mesa y con un gran movimiento de su brazo agitó la campanilla.

De detrás de la ropa tendida emergieron, formando un largo cortejo, los cuarenta tomos de la Enciclopedia Británica. Avanzaban con dignidad y eran gordos.

Formados de cuatro en fondo comparecieron como soldados ante el juez supremo.

—Amigos míos —empezó diciendo el juez con voz respetuosa—, ¿sabéis por qué algunos de nosotros, los menos, consiguen acrecentar sus bienes y sacar de una sola mina, según se dice y exige en la Biblia, dos, cinco o incluso diez? ¿Y por qué, en cambio, otros, la gran mayoría, a lo sumo consiguen acrecentar su miseria durante una vida larga y sobrecargada de trabajo? ¿Cuál es, amigos míos, esa mina de los afortunados que arroja beneficios tan ingentes y cuya posesión desencadena entre ellos una lucha encarnizada, según he oído decir? ¿En qué consiste?

Los cuarenta tomos formaron un círculo y se pusieron a deliberar. Luego se adelantó uno de ellos:

—Yo puedo dar información sobre el *capital* —dijo en un tono de voz grosero y autosuficiente—. El dinero es lo que produce intereses como la vaca pare terneras. Ya sea heredado o adquirido, quien dispone de él obtiene intereses. Tal vez esto pueda servirle.

El juez se volvió hacia la Swayer:

—Tú también tenías dinero, si no recuerdo mal. Entiéndeme, no te pregunto cómo lo obtuviste, pero el caso es que algo tenías, Y no se ha multiplicado.

—Así es —dijo ella en tono indiferente—, tenía un poquito. Y muy pronto se esfumó.

—O sea que tu vaca no parió —dijo el juez en tono severo.

En ese momento se adelantó otro tomo:

—Yo puedo hablar sobre la *fuerza de trabajo* —dijo en voz alta—. Cuando alguien invierte en algo su fuerza de trabajo, ese algo aumenta de valor. Unas cuantas piedras no valen mucho, pero una casa…, ¿me entiende?

—¡Ah! —repuso el juez con voz cansada—. Eso no puede ser. Fuerza de trabajo hemos tenido todos. Pero aquello en lo que la invertíamos no nos pertenecía o se iba rápidamente a pique, ¿no es cierto, Mary?

Luego se adelantaron otros tomos y hablaron de la *inventiva*, del *talento organizador* y del *ahorro*. Pero ninguno supo explicar satisfactoriamente en qué consistía la mina de los afortunados.

Por último se alinearon todos militarmente en una fila y cada cual dijo su número en voz alta para que el juez supremo viera que no faltaba ninguno. Y estaban todos.

El juez les ordenó entonces dispersarse y quedó más preocupado que nunca.

Y volvió a dirigir la mirada hacia la testigo principal, la costurera Mary Swayer.

—¡Sirio! —llamó.

Se sentó de nuevo en su sillón y tocó la campanilla. De detrás de la ropa tendida salió Sirio. Tenía cinco grandes puntas y dos pies diminutos.

—¿Ha entrado usted últimamente en el signo de Libra? —preguntó el juez supremo.

Sirio hizo memoria y dijo que no.

—Si hubiera usted entrado en el signo de Libra o en cualquier otro signo —preguntó el juez—, ¿cree que eso habría significado una amenaza para la tienda de la señora Swayer?

Sirio lo negó sin vacilar un instante. Parecía muy ofendido.

—¿O sea que ustedes tampoco son los culpables? ¿Tampoco es la suerte la que decide?

—¿Quién ha dicho esa estupidez? —preguntó Sirio.

El juez lo dejó ir. Con la barbilla apoyada en el pecho, se sentó y se quedó mirando fijamente ante sí, no sin cierto aire de amargura.

Entre los testigos de cargo se produjo cierta inquietud.

—Ahora tenemos que irnos —dijeron—. No logrará averiguarlo. Es un hecho que existe una gran desigualdad, y que los otros son más inteligentes que nosotros.

—La desigualdad es muy grande —dijo el defensor tomando la palabra y deslizando su sombrero hasta la nuca—. Entre un hombre con una pata de palo y un hombre sin piernas y ciego hay una enorme diferencia, que también se refleja económicamente, mi estimado Fewkoombey.

El juez escuchaba con suma atención las palabras del defensor, y era evidente que no dejaba escapar ni una. Y sabía además que todos lo notaban.

—¡Haga comparecer a Beery, mi administrador! —exigió el defensor con sarcasmo—. Es hijo de un obrero de las minas de carbón.

El juez se quedó pensando. Luego tocó la campanilla y entró Beery.

Confirmó, sin que se lo preguntaran, que tenía una cuenta en el banco.

—Pero a mí también se me ocurren cosas —dijo dándose importancia—. Los retretes con pared oblicua son idea mía.

El defensor corroboró:

—Él sí sabe sacarle partido a la gente.

Los testigos de cargo murmuraron algo.

—¡Cállese! —le recriminó el juez supremo.

La mirada del juez recayó en los objetos que había sobre la mesa: el cuchillo y la carta. Se levantó, caminó hasta el otro extremo de la mesa, se detuvo allí él como un testigo y dijo mirando hacia arriba como uno de ellos:

—Yo recibí este cuchillo como mina.

Volvió a toda prisa a su sillón y añadió en tono severo:

—Éste es otro punto fundamental, Mary. ¿A ti qué te dieron?

Y le señaló la carta, como para influir en sus declaraciones.

—Yo recibí esta carta como mina —dijo Mary intentando entenderlo, y le ayudó a dar un paso más.

—En esta carta afirmas saber ciertas cosas sobre tu empleador que podrían llevarlo a la cárcel. Es un chantaje, ¿verdad?

—Por cierto —repuso ella.

—Sí, ésta es nuestra mina y así la vemos —murmuró él con aire ausente —, pero ¿cuál es la de ellos?

Había apoyado la cabeza en una mano y estaba sumido en hondas cavilaciones. Parecía totalmente desesperado.

—No acaba de quedar claro —se quejó—. ¡Esos almacenes B, esos barcos de guerra! ¡Beneficios y más beneficios! ¿De dónde salen realmente? ¡Esos negocios monstruosos, todas esas guerras, esa desigualdad! ¿Cómo lo hacen?

Pero en ese instante miró a Beery y tuvo una idea. Se volvió hacia su secretario, que en cierta ocasión había sido su empleador.

—Smithy —le preguntó—, ¿si aquella vez me hubieran permitido seguir a tu servido, crees que te habrías hecho rico?

—¿Por qué no? —respondió Smithy.

—En ese caso todo está clarísimo —dijo el juez con voz trémula por la emoción—. En ese caso está demostrado cuál es vuestra mina. Ponte de pie, Mary, ven aquí, hija mía, y tú, Smithy, ponte al lado de ellos.

Y con aire triunfante se volvió hacia los parientes del acusado:

—¡*Ésta* es vuestra mina! ¡Somos nosotros! ¡El hombre es la mina del hombre! ¡Quien no puede explotar a nadie, se explota a sí mismo! ¡Resuelto el enigma! ¡Vosotros lo habéis mantenido en secreto! ¡He aquí la pared de la

casa! ¿Dónde está el albañil? ¿Acaso le han pagado todo? ¡Y este papel! ¡Alguien debió de fabricarlo! ¿Recibió lo suficiente por su trabajo? ¡Y esta mesa! ¿Seguro que no le deben nada al que cepilló la madera? ¡Y esa ropa tendida en el cordel! ¡E incluso el árbol, que sin duda no se plantó aquí solo! ¡Ese cuchillo! ¿Está todo pagado? ¿Íntegramente pagado? ¡Claro que no! Hay que enviar una circular: «Que se presenten todos aquellos que no hayan sido remunerados en forma satisfactoria. ¡Los libros de historia y las biografías no bastan! ¿Dónde están las listas de los salarios?».

Y, volviéndose hacia el acusado, añadió en voz muy alta:

—¡Te declaro culpable! ¡Lo has descrito todo equivocadamente! ¡Has difundido la mentira! ¡Por eso te condeno! ¡Por complicidad! ¡Por haberle dado a tu gente esta parábola que también es una mina y se puede multiplicar! ¡Y a todos los que siguen difundiendo esta parábola y se atreven a contar algo así: también a ellos los condeno! ¡A muerte! Y voy incluso más lejos: ¡a quienes la escuchen y no reaccionen de inmediato contra ella también los condeno! Y como yo también la he escuchado y me he callado, ¡yo mismo me condeno a muerte!

Y se sentó, bañado en sudor.

El soldado Fewkoombey fue detenido pocos días después. Para gran sorpresa suya, le iniciaron un proceso por el asesinato de Mary Swayer. Fue condenado a muerte y ahorcado en presencia y entre las ovaciones de una gran multitud de tenderos, costureras, soldados inválidos y mendigos.



BERTOLT BRECHT nació el 10 de febrero de 1898 en Augsburgo (Baviera) en el seno de una próspera familia. Su padre era propietario de una fábrica de papel. Crece en su pueblo natal y desde la adolescencia revela su vocación de escritor.

Se inscribe a la Escuela de Medicina en la universidad de Ludwig-Maximiliam de Munich. A la vez asiste a seminarios de teatro con Artur Kutscher. Cursó estudios en las universidades de Munich y Berlín.

Desde los 15 años inicia una relación sentimental con Paula Banholzer. En 1919 nace su primer hijo, Frank, y el autor participa con guiones en el *cabaret* político Karl Valentin de Baal.

En el año 1924, aparece como autor teatral en el Berlín Deutsches Theater, bajo la dirección de Max Reinhardt. En sus primeras obras se puede observar la influencia del expresionismo. En 1928, escribió un drama musical, *La ópera de los dos centavos,* con el compositor alemán Kurt Weill. Se estrenó en Berlín en 1928. En 1924 conoció a Elisabeth Hauptmann, una escritora y traductora un año mayor que él, y se hicieron casi de inmediato amantes y colaboradores literarios. En ese mismo año, comenzó a estudiar el marxismo, y, desde 1928 hasta la llegada de Hitler al poder, escribió y estrenó varios dramas didácticos musicales.

La ópera *Ascensión y caída de la ciudad de Mahagonny* (1927-1929), de nuevo con música de Weill, era una crítica al capitalismo. Durante este periodo dirigió a los actores y comenzó a desarrollar el teatro épico. Se decantó por una forma narrativa libre en la que aparecían mecanismos de distanciamiento tales como los apartes y las máscaras para evitar que el espectador se identificara con los personajes de la escena. Esta característica aparece en *La toma de medidas*, *La excepción y la regla*, *El que dice sí y el que dice no*…

Su oposición al gobierno de Hitler le obligó a exiliarse a Alemania en 1933, viviendo primero en Escandinavia y estableciéndose finalmente en California en 1941. En estos años escribió algunas de sus mejores obras, como *La vida de Galileo Galilei* (1938-1939), *Madre Coraje y sus hijos* (1941), que consolidaron su reputación como importante dramaturgo, y *El círculo de tiza caucasiano* (1944-1945).

En 1948 regresó a Alemania, se estableció en Berlín Este, donde fundó su propia compañía teatral, el Berliner Ensemble. Escribió también varias colecciones de poemas.

Bertolt Brecht falleció el 14 de agosto de 1956 en Berlín de un ataque cardiaco, dejando inacabada la novela *Los negocios del señor Julio César*.

Notas

[1] La traducción de esta canción, así como de todas las que procedan de la *Opera de cuatro cuartos*, se debe a Miguel Sáenz y proviene de la edición del *Teatro completo*, tomo III, publicada por Alianza Editorial, Madrid, 1989. <<


Bertolt Brecht
LA NOVELA DE CUATRO CUARTOS
Lectulandia